

THRILLER DEL SIGLO XXI  
ERÓTICO

# REDES

RAQUEL ANTÚNEZ



REDES

RAQUEL ANTÚNEZ

Segunda edición en digital: septiembre 2019  
Primera edición en digital: mayo 2012 (Tombooktu Ediciones)  
Título Original: Redes  
Título anterior: Redes de pasión  
©Raquel Antúnez  
Corrección: Raquel Antúnez  
Maquetación: Raquel Antúnez  
Diseño de portada: Raquel Antúnez ©  
Imágenes interior maqueta: Diseñados por rawpixel.com / Freepik

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Para Paco Mayor,  
el mejor profesor de Lengua que pude tener.  
Va por ti, porque sin ti probablemente nunca me  
hubiera atrevido a esta locura literaria

*«Life is what happens to you when you're busy making other plans»*  
John Lennon

# Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Epilogo](#)

# Prólogo

Cuando empecé a estudiar Periodismo nunca imaginé que me iba a cruzar con una historia como esta, que un día el destino me llevaría a enfrentarme a lo que todo el mundo temía, que me iba a acercarme a ella, la cual había pasado un infierno del que nadie se atrevía a mencionarle.

Pero allí acudí, me costó un trabajo del demonio dar con el lugar donde podría encontrarla, pero la paciencia y la tenacidad eran mis mayores virtudes, las cuales pronto dieron sus frutos. Cuando la vi allí, en aquella calle, no podía creérmelo. Estábamos frente a frente. Carraspeé, tragué con fuerza e hice acopio de voluntad para que no se notara el temblor en mis manos. Con paso decidido me acerqué. Me sorprendió lo que capté a primera vista, estaba radiante, feliz, el brillo en sus ojos era especial... No sé qué esperaba encontrarme cuando por fin la conociera, pero te aseguro que no era eso.

En definitiva, le hablé... y ella me miraba atónita, casi con ganas de arrastrarme al psiquiatra al que se dirigía para que me llevaran al manicomio del que imaginaba que me había escapado; igual por mi corta edad o igual por mi cara de pánico, vete a saber, porque a mí no me parecía tan descabellado, solo quería saber más. Supongo que en ese momento no supo si reír o llorar y mucho menos qué contestarme. Sin embargo, ocurrió, se abrió a mí.

Y solo puedo pensar que, sin ella y todo lo que ocurrió en el transcurso de la investigación para el reportaje más sonado de los últimos tiempos en el periódico *Redes* de la ciudad de San Antonio, jamás existiría esta novela.

¿El destino? No lo sé... Tan solo sé que ella se convirtió en especial y que siempre, siempre, ocupará un espacio en mi corazón.

Han sido muchas horas, muchos días, meses... Muchas lágrimas vertidas y risas. Charlas infinitas, confesiones y muchas cosas más con las que podría llenar muchas líneas, pero las cuales para ti igual no tienen sentido o simplemente no te conciernen.

Lo importante de todo esto es que al fin lo logramos, aquí está, en mis manos, en las tuyas...

¿Quieres saber de qué hablo?

Acomódate y lee....

# Capítulo 1

**Meritxell**

Un año antes...

Intenté limpiar la gota de sangre que resbalaba labio abajo, camino de mi camiseta favorita. Sorbí el último instante de vida de Jonás y me quedé mirando sus ojos inertes, vacíos, perdidos en la noche... Mientras, la gran luna llena, que hoy parecía estar más cerca que nunca, se reflejaba en ellos. Me pareció la escena más romántica que había vivido en el último año.

El corazón me latía con fuerza, diría que estaba a punto de romper mis costillas de un momento a otro. Besé sus carnosos labios y apoyé la yema de mis dedos sobre sus párpados para que aquellos azules ojos fueran a la oscuridad por el resto de la eternidad.

Aún tenía los dedos de Jonás clavados en mis antebrazos, realmente me iban a salir unos terribles cardenales después de aquello. No pensé que me costase tanto presionar la almohada contra su rostro, imaginé que sería mucho más rápido, tal como había visto mil veces en aquellas películas de Hollywood. Tenía zarpazos por todas partes, ese capullo había logrado pegarme un buen manotazo antes de pasar a mejor vida.

Una vez se fue, no pude evitar volver a morder ese cuello que me estaba haciendo enloquecer, cuya piel aterciopelada al contacto con mis labios hizo que un escalofrío recorriera mi espina dorsal. Aquello ya no le iba a doler, así que apreté hasta que pude chupar su sangre. No entendía por qué razón había hecho tal asquerosidad, solo sé que en ese instante me pareció lo más romántico, sexi y provocativo del mundo.

—Te quiero, Jonás... —le susurré al oído. Esta vez mis labios aterrizaban en su mejilla izquierda—. Nunca te olvidaré.

Empecé a llorar, consciente de que había hecho la cosa más terrible que podía haber siquiera imaginado. La sensación era tal que no podía arrepentirme, aunque quería. Hundí la cara entre mis manos con la esperanza de que aquella escena desapareciera de repente y de pronto me sentí feliz y



radiante como una colegiala al obtener su primer beso de amor.

El nudo de mi estómago oprimía más fuerte al recordar ese segundo, ese instante, en el que dejó de respirar.

Miré a Jonás pensando qué podía hacer en aquel momento. Acabábamos de hacer el amor y había huellas mías por toda la habitación de aquel hotel. La reserva la habíamos registrado a mi nombre y seguro que con el ADN podrían confirmar que yo era la responsable con mayor rapidez de la que sucede un estornudo en primavera.

Hacía tan solo dos semanas que había conocido a aquel chico tan risueño, cuando se atrevió a acercarse a mí en la playa. Yo no quería matarlo..., ni siquiera quería conocerlo, pero se acercó, se presentó y me robó el corazón, me lo arrebató sin previo aviso y se lo llevó para siempre con su último halo de vida.

Al bajar la cabeza pude observar que mi camiseta favorita estaba hecha un trapo, estirajada y rota.

—¡Joder! ¡Maldito capullo!



Desperté con sudores fríos, no recordaba haber tenido un sueño tan extraño en mi vida. Aún sentía el nudo en el estómago, como un pellizco muy fuerte que me apretaba y me cortaba el aliento. Tuve que incorporarme y mirar a mi alrededor. «¿Estoy en casa? Sí, creo que sí».

Apoyé la mano en el lado izquierdo de la cama. Allí estaba Víctor, dormido como un tronco, con su leve respiración acariciando el silencio de la oscuridad, como había ocurrido todas y cada una de las noches que habíamos pasado juntos los diez últimos años.

Volví a recostarme, aunque ya no pude pegar ojo, hubiera jurado tener un leve sabor a sangre en la boca y en mi nariz un perfume que estaba segura de no haber olido nunca antes. A mi corazón le costó serenarse de ese salvaje sueño que acababa de vivir y que me había parecido tan real. Cuando por fin cerré los ojos, sonó el dichoso despertador.

Como cada mañana, lo primero que hice fue encender la cafetera que había dejado preparada la noche anterior y me apresuré a meterme en la ducha. En apenas diez minutos sonaría el despertador de mi esposo y entonces ya podría despedirme del cuarto de baño.

Le di mil vueltas con la cuchara a aquella humeante taza, el aroma que desprendía ya lograba espabilarme algo. Sentía un leve dolor en los antebrazos y los examiné en busca de cardenales, marcas... algo que me dijera que aquella pesadilla había sido real. Pero allí no había nada, simplemente el rastro de una tensión muy intensa que debí acumular mientras soñaba.

Víctor pasó a mi lado sonriente y me dio una palmada en el trasero, como solía hacer a diario, y rozó mis labios con los suyos antes de ponerse a cotorrear. ¡Dios! ¿Después de diez años todavía no se había enterado de que yo no podía escuchar ningún sonido humano hasta después de las ocho de la mañana? Me limité a asentir mientras apuraba los restos de mi café.

Rápidamente planché mi vestido gris, ya llegaba tarde a la oficina. Ese día sin falta tenía que ponerme con el reportaje del Asesino del Mordisco. Odiaba escribir sobre asesinatos, odiaba esa sección que mi jefe, Miguel Suárez, me había otorgado como un gran premio... No me dejaba conciliar el sueño.

Necesitaba elevar mi autoestima, así que después de ponerme dos capas de maquillaje, cogí la última caja de zapatos de la fila: unos tremendos tacones de doce centímetros de color violeta, a juego con mis pendientes y mis pulseras favoritas, serían la combinación perfecta para arreglar mi mal despertar.

Mientras salía del garaje con mi BMW Z3 de color azul, que había sido mi

sueño durante los dos últimos años de trabajo hasta que por fin conseguí comprarlo, me di cuenta de que necesitaba otro café urgentemente. El desvelo me iba a pasar factura, sin duda alguna.

Paré un par de manzanas antes de llegar a la oficina, para tomarme una última dosis de cafeína en mi lugar favorito: Sweet Café.

Virginia vio cómo me acercaba y juraría que ya le había pedido la comanda a Roberto para que me fuera sirviendo mi doble capuchino de «he-tenido-un-despertar-horrible» y mi *donut* relleno de crema. Este nuevo puesto de trabajo ya me había hecho aumentar una talla en el último año y había pasado de mi espectacular treinta y ocho a llenar completamente una talla cuarenta. Mi culo se veía más voluminoso, pero Víctor parecía más contento desde entonces, suponía que era debido a que mi pecho había aumentado en mayor proporción que el resto.

Sonreí por primera vez en la mañana al oír unos tremendos piropos que Roberto había incluido en el menú.

—¿Qué le ocurre a la bella Meritxell esta mañana? —me preguntó Roberto, al mismo tiempo que Virginia lo servía todo antes de que pudiera apoyar el trasero en mi butaca favorita, frente a la barra.

—Gracias, guapísima —le susurré a Virginia—. Pues, verás —me dirigí esta vez a aquel cuarentón que me sonreía cada mañana—, creo que anoche me pasó un tractor por encima mientras dormía. No estoy segura, no pude verlo, pero estaría dispuesta a jurarlo. —Roberto soltó una gran carcajada y me hizo sonreír.

—Anda, exagerada. —Se acercó y extendió hasta mi plato un bombón de chocolate—. Invita la casa, es el mejor calmante que conozco. —Me guiñó un ojo y se dio la vuelta, perdiéndose por la puerta que conducía a la cocina, el sitio de Roberto, donde pasaba más de doce horas diarias.

—Umm —refunfuñó Virginia—, a mí nunca me hace esos regalos —dijo bien alto para que lo oyera Roberto, su esposo, y me guiñó un ojo.

Hacían una entrañable pareja. Él era algo regordete, muy alto y acudía a la cafetería perfectamente afeitado cada jornada. Virginia parecía mucho más joven que él, quizás tenía unos treinta y cinco años, de larga melena pelirroja que siempre llevaba bien recogida en una cola de caballo. Tenía unos grandes ojos de color miel y esos hoyuelos que se le formaban al sonreír hacían que resultara más encantadora aún.

Levanté la cabeza y vi entrar a Ariadna por la puerta, diría que su despertar había sido aún peor que el mío, aunque logré adivinar una pequeña sonrisa

mientras se acercaba a mí.

—¡Cielos, Ariadna! ¿Estás bien? ¿Ocurre algo? ¡Estás horrible!

—Yo también te quiero, preciosa —me dijo, tras lo cual estampó un beso en mi mejilla y me robó un mordisco del *donut* relleno. Dudé entre fulminarla con la mirada o darle una colleja.

—Siéntate, anda. ¿Has pasado mala noche?

—¿Mala? ¡Mala! ¡¡No había pasado mejor noche en mi vida!! —soltó tras una risotada.

Ariadna tenía treinta años, igual que yo, pero a veces olvidaba que su vida era algo más emocionante que la mía. Hacía lo que quería, cuando se le antojaba y con quien le apetecía.

—Cuéntame, arpía. ¿En qué clase de orgía estuviste ayer? —sonreí al preguntarle.

Otra carcajada iluminó su cara. Reía demasiado mis bromas, realmente me había equivocado. Ella tenía muy, muy, muy buen día.

—Anoche tuve un «mano a mano» a vino y ostras con Gonzalo. —Se sonrojó al recordarlo sin dejar de sonreír. Hacía dos semanas que mi amiga conocía a Gonzalo, pero parecía que ese ligue le estaba durando algo más que el resto—. ¿Qué tal tú, cielo? Veo que Roberto no ha dudado en servirte esta mañana el menú extra de «despertar horrible» —dijo señalando el envoltorio del bombón que acababa de zamparme—. Luego te quejarás de que ese culo sigue creciendo —me reprochó dándome una palmada en la parte del trasero que sobresalía del taburete, haciéndome enfurruñar.

—¡Dios, niña! ¡Cierra esa boca! —gritó Roberto que salía de la cocina con una bandeja de sándwiches recién hechos para ponerlos en el mostrador—. Mi desayuno es el único de toda la ciudad que logra arrebatarme una sonrisa de esos labios cuando están así de apretados.

—Eso es cierto —reconocí. Siempre lograba hacerme reír un poquito.

Odiaba cuando Roberto y Virginia se iban de vacaciones porque me sentía perdida. Desde que trabajaba en *Redes*, pasaba por aquella cafetería cada día de camino a la oficina.

Ariadna vio los enormes sándwiches rellenos de aquella pasta deliciosa que preparaba Roberto y dejó de escuchar toda conversación. Sus ojos verdes se le salían de las órbitas.

—¡Por favor, Roberto! ¡No me hagas rogarte uno de esos! —Roberto rio y le sirvió uno en un plato a mi amiga y compañera de trabajo, mientras Virginia

ya preparaba su doble expreso con leche condensada.

—Tuve una noche horrible —le confesé una vez había dado un par de mordiscos a su desayuno, cuando estaba segura de que me escuchaba de nuevo —. Tuve un sueño espantoso.

—¿Qué clase de sueño? —dijo con la boca llena.

—No sé, uno muy raro. Salía un chico muy joven y...

—Ummm, ¿un chico? ¡Pervertida!

—¡Ariadna! ¡Que no es eso! —Le di una palmadita en el brazo para que me dejara continuar—. La parte extraña no fue la sexual —reconocí ruborizándome—, sino que, después de eso, cogí una almohada y lo asfixié. —Ariadna abrió los ojos como platos, tan expresiva como siempre, y masticaba sin parar—. No contenta con ello, una vez le quité la almohada de la cara, mordí su cuello hasta que sangró... ¡Qué asco!

Mi amiga estuvo a punto de atragantarse con las risas.

—Meritxell, ¡vampira! —se burló con la boca aún llena de comida.

—¡Ariadna! Odio que hables con la boca llena —dije yo, con la mía no menos vacía, pues acababa de dar cuenta de mi último trozo de *donut*. Ambas reímos—. La verdad es que es una tontería, pero fue tan real que cuando me desperté me sentía perdida. La angustia me comprimía el pecho y el corazón iba a salirse de su sitio... Me costó tranquilizarme y ya no pude conciliar el sueño.

—Pobre Meritxell —siguió cachondeándose mi amiga acariciando mi pelo, como si consolase a una niña asustada—. Necesita tanta emoción en su vida que no puede evitar soñar jugar a vampiritos con tal de agenciarse un auténtico guaperas.

—No entiendes nada —refunfuñé pensativa.

Se me había puesto la piel de gallina al recordar la pesadilla. Aún lo veía todo muy nítido en mi cabeza. Aquel chico no podía tener más de veintiséis años, su tez era demasiado pálida para mi gusto, pero esos tremendos ojos azules quitaban el sentido. Su pecho y sus brazos estaban curtidos por algunas horas diarias de gimnasio, que eran evidentes a través de su camiseta. ¡Pero de dónde habría sacado yo tremenda imagen! Y, lo peor, ¡cómo conseguiría que se borrara de mi cabeza si tan solo había sido un sueño! Ariadna se carcajeaba de nuevo.

—Si al final resulta que te lo pasaste incluso mejor que yo anoche, ¿quieres dejar de ruborizarte como una adolescente embobada?

Sacudí la cabeza y me puse en pie mientras le dejaba un billete de diez

euros a Roberto para pagar nuestro desayuno. ¡Se había hecho demasiado tarde! Hacía al menos media hora que debería haber estado tecleando mi próximo reportaje.

## Capítulo 2

### Ariadna

Salí huyendo hacia el lavabo, apenas llevaba mis braguitas de encaje de color negro y le había tomado prestada a Gonzalo su camiseta favorita que se había dejado olvidada una de las últimas noches que había pasado por casa. Adoraba esa camiseta, se la había traído expresamente su mejor amigo de un viaje a Londres. Eso era todo, o casi todo, lo que sabía de él. ¡Ah!, y también que me estaba volviendo loca por sus huesos. Sin embargo, tenía la sensación de que lo conocía desde hacía meses, años, quizás.

No recordaba con exactitud cómo había conocido a aquel chico, apenas recordaba si me podía mantener en pie después de al menos ocho copas que mi hígado se resistía a filtrar. Lo admito, se me iba mucho la mano los fines de semana. Después de todo lo que había pasado en los últimos años de mi vida había decidido que quería disfrutar, pensar en mí, pasarlo bien, divertirme, reírme, follar con el primero que se cruzase en mi camino y que llamara mi atención; tal como había pasado esa noche.

No recordaba demasiado, solo unos labios seductores que me sonreían y me decían «hola». Y, ¡puf!, bragas fulminadas. Apenas dos horas después me había llevado a aquel completo desconocido a mi casa, a mi cama... De eso hacía ya dos semanas e increíble, pero cierto, aún tenía ganas de pasar tiempo junto a él. Me parecía una persona misteriosa, inteligente y atractiva.

Con él me sentía tan cómoda, reíamos sin parar. Podíamos pasarnos horas hablando de lo que fuera, cine, culturas de otros países, pintura —aluciné cuando descubrí que a Gonzalo le encantaba no solo pintar como a mí, sino también todo lo que tenía que ver con ese arte. No había conocido a nadie en mi vida que compartiera mi afición—. Hablábamos durante horas de una película que habíamos visto, de un reportaje televisivo, de música, de deportes, de política incluso. Era increíble lo mucho, muchísimo que habíamos charlado y lo poco que lo habíamos hecho sobre nosotros mismos.

En mi defensa debía decir que tampoco tenía demasiado que contar; trabajaba muchísimo, porque me apasionaba mi trabajo, lo cual me había

permitido vivir con soltura económica. Me independicé pronto, muy pronto, porque mis padres querían irse a vivir al extranjero y a mí me parecía bien, habían trabajado mucho toda su vida y se merecían, una vez llegada la jubilación, vivir como les apeteciera. Mi piso no era muy grande, pero estaba situado en una de las mejores zonas de Santa Catalina, relativamente cerca de la costa, sin llegar a estar en medio del barullo producido por el turismo; cerca de las áreas comerciales, a unos cinco minutos en coche, y con un amplio y larguísimo paseo donde podía acudir cada día a hacer un poco de ejercicio. Tenía la suerte de vivir en una ciudad con un clima extraordinario, nunca hacía demasiado frío, ni demasiado calor, por lo que daba gusto hacer ejercicio al aire libre prácticamente durante todo el año.

En ese momento Gonzalo me estaba lanzando almohadas desde su lado de la cama. Escondí mi cuerpo tras la puerta del cuarto de baño que se encontraba en mi dormitorio, asomando la cabeza para hacerle muecas. Me quedé un rato observándolo, cada día me resultaba más atractivo.

Su tez estaba curtida por el sol, debido al buen tiempo que nos había acompañado las últimas semanas. No era exactamente el estilo de chico que siempre me había llamado la atención, pero sus blancos dientes en aquellos carnosos labios me hacían estremecer. Tenía los ojos más bonitos que había visto nunca, de un color negro azabache, al igual que su pelo que llevaba corto y de punta. Parecía uno de esos chicos de anuncio de ropa interior, con una barba de unos dos o tres días que realmente le hacía parecer un gran seductor.

Su cuerpo no estaba musculado, pero no le sobraba un gramo de grasa por ninguna parte, cuestión que me asombraba por la forma exagerada que tenía de comer.

Recordé su pose al tocar el timbre la noche anterior en la puerta de casa. Apoyado en la pared, con aires chulescos y un pie cruzado por delante del otro. Traía una gran bolsa con comida y una rosa de color rojo, a juego con su corbata.

En un vistazo pude darme cuenta de que se había vestido demasiado elegante para una simple cena en casa. Camisa y pantalones de color negro, perfectamente planchados. Zapatos negros, completamente brillantes, podría jurar que acababa de comprarlos. Todo ello me hizo sentir algo de vergüenza, pues yo me había vestido mucho más informal, con unos vaqueros y un top sin tirantes, casualmente también de color rojo, al igual que mis zapatos de tacón alto que había elegido correctamente, un toque ideal para el conjuntito que llevaba puesto, aunque para cuando nos sentamos a cenar ya andaba descalza



por todo el parque de mi piso.

Gonzalo era un fantástico cocinero, demasiado glamuroso para mí que apenas sabía cocinar unos espaguetis y algún que otro plato igual de sencillo. Se había ofrecido a prepararme la cena esa noche y me pidió que lo dejase todo en sus manos. Se decidió por unas ostras y un delicioso vino, con una amplia gama de entremeses para acompañar. Ostras. En serio. Yo pensaba que eso ni existía, que eran una leyenda urbana o algo. No sabría decir si es cierto o no eso que dicen de que son afrodisíacas, porque nosotros ya veníamos con las ganas de fiesta puestas.

El vino me hizo entrar en calor rápidamente y reía sin parar, derritiéndome en su compañía. La música sonaba suave, habíamos atenuado la luz, dejando que la luna llena alumbrase por completo mi salón a través de la gran cristalera de la terraza.

Gonzalo me gustaba, me había seducido y había eliminado por completo las ganas de salir huyendo que solían poseerme la mayor parte de las ocasiones durante la segunda o tercera cita que tenía con algún chico.

Era un hombre muy dulce, sus besos eran tiernos y ardientes, su lengua entraba en mi boca haciéndome vibrar, provocándome más calor del que había sentido nunca. Podría haber hecho conmigo lo que quisiera y yo no hubiera conseguido resistirme a él. Me abrazaba de forma cariñosa, haciéndome oler aquel perfume que estaba a punto de desquiciarme. Poco a poco recorría toda mi cara y mi cuello con pequeños besos. Cada roce con su cuerpo me quemaba y sus dedos entrelazados con mi cabello me ponían la piel de gallina.

Después de cenar, Gonzalo se puso de pie frente a mí, me abrazó haciéndome rodear su cuerpo con mis piernas y me llevó camino a mi dormitorio donde, una noche más, nos desfogamos entre mis sábanas.

Acababa de pedirle que me preparara el desayuno mientras me daba la vuelta para seguir durmiendo. Él se echó a reír y me ofreció como respuesta un gran ataque de cosquillas.

—Pero ¡qué te has creído! —Reía sin parar, mientras me agarraba muy fuerte y me daba suaves besos por la espalda—. No soy tu criado.

Me escapé de sus brazos con una sonrisa en los labios, esquivando las almohadas que volaban por la habitación... y me di cuenta de que adoraba a aquel chico; me había robado el corazón.

Sin duda alguna había sido una noche perfecta, pero tenía que espabilar, era miércoles y estaban a punto de dar las siete y media de la mañana. Debía dirigirme a *Redes* a trabajar...

Por supuesto necesitaba unos quince minutos para pasarme por Sweet Café,  
¡mataría por mi doble expreso con leche condensada!

# Capítulo 3

## Meritxell

Aquellas fotos me daban auténtico pavor, el muy depravado dejaba marcas de mordiscos, algunas demasiado ensangrentadas, en sus víctimas. Casi como queriendo dibujar algo en aquellas pieles inocentes. No concebía cómo era posible que no hubieran localizado al causante de aquellas tres horribles muertes. Yo no entendía mucho de asesinatos, en realidad odiaba todo lo que tenía que ver con aquello, pero había visto como doscientos capítulos de CSI, y sabía que, entre muestras de ADN, fibras y huellas; Grissom cazaría a ese psicópata en menos que cantaba un gallo. Sin embargo, ese tipo había logrado ser invisible a los ojos de la policía.

Una parte de mí deseaba que mi reportaje resultase de utilidad, que con la infinidad de horas que había pasado estudiando al detalle todo lo que había ocurrido pudiera detectar algo de lo que la policía no se hubiera percatado. Pero ¿cómo podía hacerlo si aquellas terribles imágenes me daban pánico? Miré una vez más a la chica pelirroja de la foto, Marisol Domínguez. Apenas llegaba a los veinticinco años, no era más que una cría. No cabía un mordisco más en sus hombros y en sus brazos. Al pasar a la siguiente foto me deprimí aún más, ya que Bibiana Cárdenes acababa de cumplir diecisiete.

Cerré el dossier de golpe al sentir que el vello se me ponía de punta y me decidí a hablar con mi jefe sobre lo incómoda que me sentía con este tipo de reportajes. Me imponían demasiado respeto. Sabía que él me había otorgado este puesto como un premio y que confiaba en mí..., pero simplemente no podía.

Toqué débilmente la puerta de su despacho, las manos ya se me llenaban de sudor frío. Había considerado que sería bueno llevarle un café, así que pasé primero por la máquina expendedora. No es que fueran la bomba, pero eran bebidas y, sobre todo, suponía un gesto amable por mi parte para poder romper el hielo.

Oí refunfuñar algo al otro lado de la puerta que no entendí y me aventuré a pasar antes de que aquel café se enfriase y tuviera que tirarlo por el retrete.

—Señor Suárez, ¿tiene un minuto?

—Adelante, señora Borges, tome asiento —señaló mirando con cierto pánico aquel café que le traía—. ¿A qué debo su amabilidad? —inquirió cogiendo el vaso que le extendía.

Conocía a mi jefe desde hacía muchos años, pero siempre habíamos tenido un trato cordial y respetuoso. Me llevaba bien con él, le tenía cierto cariño y lo admiraba profundamente, era casi como un padre para mí, pero existía desde siempre entre ambos esa barrera invisible que nos hacía relacionarnos de un modo formal.

Miguel Suárez era un hombre encantador; al principio de conocerlo, sonreía continuamente, pero el volumen de trabajo que alcanzaba en esos momentos *Redes* no le dejaba apenas tiempo de respirar. Desde hacía unos dos años se había divorciado de su esposa y, desde entonces, solo la veía cuando iba a buscar a Marta, su pequeña de cuatro años.

—Señor Suárez, quería comentarle algo acerca del reportaje que me ha encomendado.

—¡Ah! Es eso. Señora Borges, no olvide que necesito un adelanto en menos de una hora para poder sacarlo en la tirada digital. He de revisar todo este papeleo y...

Empezaron a sonar sus teléfonos, móvil y fijo, al mismo tiempo, interrumpiendo nuestra conversación y disipando cualquier mínima esperanza de que me escuchara. Miré cual pasmarote cómo contestaba a ambos a la vez, intentando mantener la conversación con las dos personas. Dos conversaciones que, seguro, no me incumbía escuchar.

—Vengo después —murmuré haciéndole señas al mismo tiempo que me levantaba. Las piernas me flaqueaban. No iba a tener otra oportunidad de decirle lo que pensaba.

—Espere un segundo, no se mueva de ahí —me ordenó. Asentí y le hice caso.

Estaba escuchando demasiado..., parecía enojado con alguien que tras su teléfono fijo pretendía que publicáramos una disculpa, Dios sabe por qué, a lo que él se negaba rotundamente defendiendo la veracidad de la información conseguida por su equipo. Tomó el segundo aparato que pareció enfadarle aún más, pues pretendían que dejara pasar de largo algo sobre alguien a quien mi jefe llamó: «tú ya sabes quién».

¡No debía enterarme de todo aquello! Me puse a sintonizar en mi mente alguna canción que me supiera, pero era imposible no escuchar, tenía la

sensación de estar perdiendo el tiempo, pues mi jefe no paraba de parlotear por un teléfono y por el otro.

—Lo siento, señor Suárez. No quiero robarle más tiempo y debo avanzar en mi reportaje.

Tapó el auricular del aparato que tenía en ese momento junto a la boca.

—Discúlpeme, vuelva al trabajo. Le prometo que la escucharé más adelante, están a punto de volverme loco.

«¡Ya está!», pensé, toda esperanza de renunciar a aquello había desaparecido. Todavía no había escrito nada, salvo algunas frases en un folio en sucio tras observar aquellas macabras fotografías del escenario que la policía había pasado a la prensa, así que debía ponerme manos a la obra.

Al acercarme a mi mesa, aquella oficina me pareció realmente un manicomio. Miré a mi alrededor con la clara idea de que entre los nervios y que no tenía pajolera idea de cómo comenzar a escribir, no podría concentrarme entre aquel griterío. Lo mejor que podía hacer era buscar un lugar con algo de silencio y tranquilidad. Cogí el archivo del caso, mi portátil y una botella de agua y me dirigí al sótano, donde no había más que polvo y documentos viejos. Allí podría pensar.

Me senté en el suelo, a riesgo de manchar mi vestido gris, y me descalcé los taconazos para poder cruzar las piernas a gusto. Coloqué el portátil con un documento en texto abierto y me dispuse a teclear algo decente que pudiera dar a mi jefe como adelanto al gran reportaje que en apenas unos días tendría que publicar.

Tras media hora quedó algo así:

## EL ASESINO DEL MORDISCO

Los crímenes que han tenido lugar en el último mes, presuntamente, a manos del mismo autor, nos demuestran que un sádico, sediento de muerte y sangre, anda suelto.

Los cadáveres se han descubierto en lugares públicos, pero algo apartados. Las tres chicas cuyas vidas arrebató fueron violadas, torturadas y estranguladas, dejando en sus cuerpos marcas muy similares. En las tres, los mordiscos por todo o parte de su cuerpo son evidentes, como una especie de «firma» que su agresor dejó en ellas. No se ha podido detectar ADN, ya que las muestras de saliva recogidas parecen haber sido rociadas con gran

cantidad de hipoclorito sódico, vulgarmente conocido como lejía, lo cual altera la secuencia del ADN. Es decir, es imposible averiguar a quién pertenecen las muestras. Tampoco se han obtenido restos de semen, por lo que se deduce que ha utilizado preservativo en sus ataques.

Criminólogos y policía científica se han reunido estos días para intentar trazar un perfil del asesino después de un exhaustivo análisis de los lugares donde fueron halladas las víctimas, ya que muchos aspectos de la conducta y personalidad de este hombre pueden quedar sellados en cada uno de estos escenarios.

*Nos anuncia el inspector Alvarado, responsable de la Comisaría de San Antonio; «Podemos encontrarnos ante un psicópata peligroso, una persona manipuladora y fría, que no es consciente de sus actos, el bien y el mal no están diferenciados para él. Un tipo para el cual estas jóvenes no son más que simples objetos, un conducto para conseguir sus metas. Según su psique, su actitud es completamente lógica, aunque vista desde fuera no sea más que una locura para el resto de las personas. Los expertos no se ponen de acuerdo, pero la mayoría piensa que los individuos con este tipo de actitudes nunca se curan, ya que carecen por completo de conciencia, no tienen miedo a nada. En definitiva, se trata de un depredador social satisfaciendo sus propias necesidades inmediatas sin tener en cuenta las consecuencias».*

El resultado del perfil dictamina que estamos ante un hombre de raza blanca, cuya edad ronda entre veinticinco y treinta y cinco años. Como se señala anteriormente, es un rasgo importante el que es un gran manipulador, suele conseguir sus objetivos, que se vuelven un simple juego para «entrenarse».

Por el momento, la policía cree que sus víctimas son elegidas con antelación, quizás las observe durante un par de días para hacerse una idea de sus costumbres. No se descarta que las chicas conocieran a su atacante y realmente no estuvieran solas, sino que se hubieran citado con él. A primera vista parecerá una persona completamente normal, agradable, amable, dispuesta, con buena presencia. Alguien organizado, eficaz y resolutivo en su trabajo.

*Este peculiar psicópata se considera muy peligroso. Aún se desconoce la relación entre las víctimas, por lo que se alerta a todas las mujeres de entre diecisiete y treinta y cinco años que vivan en esta ciudad que guarden especial cuidado de quedarse solas o con desconocidos en la noche.*

Informa: Meritxell Borges. Para Redes.

Era más que suficiente para el avance digital y definitivamente no quería escribir más sobre el tema. Resoplé. Le eché un último vistazo, antes de darle a la opción «enviar» en el correo electrónico.

Suspiré nuevamente con una mezcla de angustia y alivio, por haberme quitado ya al menos el adelanto, y levanté la cabeza, encontrándome con unos jóvenes ojos que me observaban con curiosidad. Dándome un susto de muerte que prácticamente me hizo lanzar el portátil por los aires, con los suficientes reflejos para volver a sostenerlo rápidamente antes de que chocara contra el suelo y me quedase sin ordenador para trabajar en los próximos días.

Mi capacidad de reacción me gritó interiormente que estaba completamente desparramada en el suelo, por lo que, como si tuviera un resorte en el culo, me puse en pie de un brinco y me subí a mis tacones, después de colocar el portátil en el suelo.

—Ho... hola, dis... dis... disculpa, no sabía que había alguien aquí abajo. —Juraría que había tartamudeado. ¿Por la sorpresa? ¿Por el ridículo? ¿Por esos ojos? ¿Por ese hombre cuyas pectorales se marcaban a través de la camiseta? A saber..., por algo de eso seguro.

—Hola —dijo un tímido y sonriente chico que se acercaba para darme la mano—. Disculpa, no quería asustarte. Me llamo Jordi, llevo una semana trabajando aquí. Mi primera labor es poner en orden este pequeño desastre y digitalizar todos aquellos archivos —me informó señalando dos pilas de metro y medio de papeles.

—Uf, mucha suerte entonces. —Le tendí yo también la mano y le sonreí—. ¿Llevas aquí todo el tiempo? No te vi cuando llegué.

—Sí. Te vi entrar y sentarte en el suelo. Supuse que si habías decidido bajar a esta especie de mazmorra es que necesitabas algo de silencio, así que decidí no interrumpirte y continuar a lo mío.

—Gracias. —Me ruboricé. ¿Cuánto habría visto en mi despatarre?—. Yo me llamo Meritxell y ahora mismo trabajo para el Departamento de Sucesos

cubriendo un triple homicidio, aunque bien me gustaría poder estar donde me encontraba hace un año. Entonces me dedicaba al Departamento de Eventos y escribía sobre cualquier fiesta o inauguración que hubiese en el país... Ya lo sé, nadie lo entiende, pero yo era feliz allí. Al menos eso me dejaba dormir — refunfuñé, más para mí que para él extendiéndome demasiado quizás en explicaciones, pero es que estaba terriblemente harta de que todo el mundo me mirase como si fuera estúpida.

No había mucha luz en aquel sótano, pero pude distinguir unos enormes ojos azules que me miraban con curiosidad.

Volví a sonreírle y recogí todos mis trastos antes de subir escaleras arriba. Él me siguió, hablándome por el camino como si me conociese de toda la vida. Ariadna me miró mientras su boca se abría prácticamente hasta el suelo. Se acercó donde yo estaba y, sonriendo a Jordi, me arrastró del brazo hasta el *office*.

—¿Se puede saber qué hacías en el sótano con Jordi!

—¿Habías visto antes a Jordi? Pero ¿yo en qué mundo vivo? Acabo de conocerlo.

—Sí, ya veo que lo has conocido en profundidad —ironizó sacudiendo mi vestido a la altura del trasero, donde se había quedado un cerco lleno de polvo—. Yo apenas he cruzado un «hola» y un «adiós» con él y tú parece habértelo pasado muy bien ahí abajo.

—¡Por Dios, Ariadna! ¿Cómo puedes pensar eso? ¡Ni siquiera sé quién es! Además, parece un crío. Bajé al sótano a escribir mi reportaje para la tirada digital, no podía concentrarme con este ruido inmundado de aquí arriba. —Me miró incrédula, menuda cruz de amiga tenía. Puse los ojos en blanco antes de cambiar de tema—. Vamos, ¿por qué no me acompañas? He de ir a visitar al inspector Alvarado, debo estar en su despacho dentro de cuarenta minutos exactamente —le rogué. A Ariadna se le daban mucho mejor esas cosas que a mí. Y con «esas cosas» me refiero a los Sucesos, no a los chicos guaperas, rubios, de ojos claros y aspecto muy, muy apetecible. Aunque, pensándolo bien, eso también se le daba mejor que a mí.

—No puedo, cielo. Debo dirigirme a mi entrevista con Yago Rey, ya sabes, me va a pasar información sobre la amenaza de bomba del metro que hubo ayer. Espero que con esto me pasen de una vez a Sucesos.

Ariadna había nacido para ser periodista, no tenía escrúpulos en ese sentido. Sangre, muertes, secuestros... lo que fuera. Llevaba luchando mucho tiempo por estar en el meollo de todos esos asuntos.



—¡Te regalo este puesto, no tiene nada de bueno! Yo preferiría cubrir el preestreno de una nueva película, rodeada de famosos, o una gran obra de teatro, una inauguración... lo que fuera. ¡Esto es un rollo!

—Si quieres puedo acompañarte yo. —Oí una voz varonil que me sonaba de algo. Me giré y ahí estaba Jordi, sonriente.

—Ay, sí, Jordi, acompaña la tú o se echará a temblar desde que entre en el despacho del inspector. Entre tú y yo, realmente odia la comisaría. Le dan pesadillas cada vez que la pisa —se burló. A burletera y cruel no la ganaba nadie.

—¡Ariadna! ¿Podrías dejar de despotricar sobre mí? Estoy justo aquí, ¿recuerdas? —espeté dándole un codazo—. Pensé que tenías que digitalizar dos toneladas de papeles —me dirigí esta vez a aquellos ojos azules, permitiéndome echarle un vistazo rápido al resto de aquel cuerpo... ¿qué edad podía tener? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete?

—Bueno, el señor Suárez me encomendó que ayudase en todo lo que pudiera el primer mes, que era importante el asunto del archivo, pero que valoraría mi disposición a colaborar con mis compañeros.

Lo miré incrédula, ¿qué pensaría Miguel si dejara que un becario que acababa de entrar en el periódico metiese las narices en un caso tan importante?

—No sé, Jordi...

—Prometo que no te molestaré. Cargaré con el portátil y escribiré lo que me digas, puedo llevar la cámara de fotos si fuera necesario. Se me da bien manejarla... la cámara, digo —bromeó y lo cierto es que no me hizo ni puñetera gracia.

Lo que yo decía, era un niño de tres al cuarto que lo mejor sería mantenerlo alejado del caso. Del caso y de mí. ¿Por qué demonios me miraba de esa forma? ¿Por qué tenía que hacer yo de niñera? Refunfuñé y, no me preguntes por qué, pero finalmente acepté. Te podría dar varias razones de peso:

Uno. Odiaba la comisaría con todo mi ser, si iba con otra persona me entretendría hablando y no miraría para los lados pensando que cualquier psicópata se escaparía, me secuestraría, me rajaría y me tiraría en una cuneta. Vale, se me iba un poco la pinza, ya lo sé... Lo que viene siendo pánico desmedido.

Dos. Lo de las fotos... no sabía si sería necesario, pero yo no era la de la cámara, eso seguro. En Eventos siempre me acompañaban Arturo o José y yo

me encargaba de ir con el micro a todas partes preguntando aquí y allá.

Tres. Detestaba conducir a esas horas del mediodía en hora punta con el tráfico colapsado. Por tanto, me vino divinamente que Jordi se ofreciese, porque me negaba a sacar mi BMW de su aparcamiento.

Me subí en el Toyota Aygo color negro de mi nuevo compañero y abrí mi portátil. Podía aprovechar los cuarenta minutos del trayecto para darle un adelanto al reportaje. Debía encontrar entre todos aquellos archivos alguna foto poco ofensiva y macabra, tarea ardua teniendo en cuenta el material del que disponía en esos momentos.

Por alguna razón, aquel hombre creyó que lo escucharía por el camino y no dejaba de hablar, así que a los diez minutos desistí y cerré el portátil.

—Terminé hace alrededor de cinco o seis años la carrera, pero no he hecho más que tontear. Hice con algunos amigos una revista alternativa, pero me aburrí... En estos momentos de mi vida me apetece centrarme en algo más... adulto.

—¿Y se puede saber qué añitos tienes? Si no es inconveniente —lo interrumpí, me picaba la curiosidad.

—Bueno, tengo treinta y dos añitos.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—Sí, ya sé que tengo cara de crío, pero no lo soy —refunfuñó—. Todo el mundo me toma por el pito del sereno debido a mi cara angelical.

Sonrió y me guiñó un ojo.

Pues resultaba que el becario de aspecto infantil —y *buenorro*, eso también — era mayor que yo. ¡Toma del frasco! Ante situaciones como esta me doy cuenta de que yo corrí demasiado en la vida, o que la gente a mi alrededor se lo tomaba con demasiada calma, una de dos.

De pronto me sentía algo estúpida por creer que hacía de niñera. Aunque, bien pensado, a pesar de la diferencia en edad, yo parecía más adulta que él, o al menos más centrada..., vamos, ya me entiendes.

Llevaba ocho años trabajando en aquel periódico. Siempre tuve la cabeza bien amueblada, era una joven responsable, que lejos de salir de fiesta con amigas o pasarme las jornadas universitarias en la cafetería, me dediqué a encontrar un trabajo que me permitiera costearme mis estudios y mis caprichos, sin que mis padres tuvieran que dejarse la vida cada vez.

Por tanto, había empezado en *Redes* como becaria, sacando fotocopias y transcribiendo textos al ordenador, lo que me había ayudado a mejorar tremendamente mi mecanografía. Poco a poco fui mereciendo puestos mejores,

hasta que caí en Sucesos.

# Capítulo 4

## Ariadna

Sabía que Meritxell estaba muy incómoda con el reportaje, pero si la acompañaba no podría ayudarla. Víctor me había llamado después de mi «pelea de almohadas» con Gonzalo aquella mañana. Estaba muy preocupado.

—Por favor, Ariadna, intenta hacer entrar en razón a Meritxell. Debe hablar con vuestro jefe y pedir que la restituya a su antiguo puesto. ¡Por Dios! ¡Que me devuelva a mi esposa! No hace más que pasearse por la casa, pensativa, turbada. No duerme...

—Pero yo no puedo hacer nada, Víctor. Es ella quien debe afrontar la situación, hablar con Miguel o darse cuenta de que está teniendo una gran oportunidad y aprovecharla.

—Por favor, no me hagas rogártelo, habla con ella, ayúdame, a mí no me hace caso.

Suspiré y acepté, y allí estaba, frente al despacho de Miguel. Hacía cerca de una hora que había visto a Meritxell intentar hablar con él y sabía, por su expresión cuando salió, que le había resultado imposible. Así que, aunque procuraba cruzar el mínimo de palabras con él después de su divorcio, le eché valor, por mi amiga.

Llamé a su puerta y le oí darme paso, respiré hondo antes de pasar.

—Hola, Miguel, ¿podemos hablar?

—Hola, preciosa, pasa, siéntate.

Cerré tras de mí e intenté controlarme para no perder la compostura.

—¿Cómo estás, Miguel?

—Bien, lo voy llevando. Este maldito trasto no deja de sonar —dijo señalando el teléfono—. Y bueno, ya sabes, apenas tengo tiempo para ver a Marta, pero supongo que no has venido para oír mis lamentos.

Volví a respirar hondo. No me gustaba mantener un tono tan informal en el trabajo, pero ¿qué podía esperar después de un año acostándonos juntos? Su mujer nos descubrió y le pidió el divorcio en el acto. Gracias a Dios habíamos logrado mantener en secreto todo el lío.

—Miguel, sé que no debo inmiscuirme en esto, pero es que estoy muy preocupada por Meritxell.

—¿Meritxell? ¿Le ha ocurrido algo? Acabo de verla hace un rato.

—No, no. No es eso. Lo que pasa es que ella te tiene muchísimo respeto y admiración. Odia el caso que le has dado y ha intentado decírtelo, pero no ha sido capaz.

Miguel sonrió.

—Es toda una profesional.

—Deberías apartarla.

—Lo siento, Ariadna, pero no puedo. Este caso es crucial para su carrera, será duro para ella, pero lo afrontará, ya lo verás, y hará un gran trabajo. Confío plenamente en ella.

—Pero ella quiere volver al Departamento de Eventos, cosa que no entiendo... ¡Es siempre lo mismo! Yo daría lo que fuera por escribir sobre un caso de verdad.

—Lo sé, Ariadna. Tiempo al tiempo.

—¿Podría echarle una mano?

—Prefiero que no, deja que se las arregle sola, si es posible —me sugirió mi jefe y examante.

—No para de pedirme ayuda, está molesta porque no le presto la menor atención.

—No importa, Ariadna, mantente al margen. —Se me desvaneció la esperanza. En cierta forma había anhelado que el que Meritxell odiara su nuevo puesto de trabajo pudiera beneficiarme a mí si Miguel me dejaba demostrarle que yo servía para aquello.

—Muy bien —mascullé.

Me quedé un rato observándolo, parecía haber envejecido durante los últimos meses. Tenía cuarenta y un años y su pelo era en un setenta por ciento de color plateado, ya nada quedaba del castaño que antaño lucía su cabello. Unas tremendas bolsas se habían asentado bajo aquellos ojos color avellana que un día me resultaron irresistibles. Sus labios parecían más apretados que de costumbre y podía entrever una arruga en su entrecejo, que no había desaparecido de ahí en el último año, como si siempre estuviera enfadado o preocupado. Estaba muy delgado, aunque siempre venía perfectamente afeitado, peinado y bien vestido al trabajo.

—¿Quieres trabajar en Sucesos? —preguntó acomodándose contra el respaldo de su silla.

—Sí, bueno, estaría bien investigar algún homicidio si es posible. —Casi le rogué con la mirada.

—¿Y no tiene nada que ver con que antes trabajarais juntas y ahora cada una esté en un departamento diferente?

—Miguel, no me estás escuchando. Meritxell no quiere estar ahí, quiere volver a su antiguo puesto.

—Ariadna, te voy a dar una oportunidad. No tiene nada que ver con que tú y yo nos llevemos bien, sé que eres una gran periodista en potencia y que lograrás todo lo que te propongas. Acaban de pasarme un caso, aún está bajo secreto de sumario, pero tengo un contacto... —Los ojos se me abrieron como platos—. Es sobre un violador, tengo en esta carpeta lo poco que me han pasado. Por el momento no podemos publicar ninguna información, pero quiero que investigues. Cuando se levante el secreto de sumario seremos los primeros en informar, ¿te interesa?

—¡¡Bromeas!! ¡Por supuesto que sí!

—Por favor, Ariadna, te ruego la mayor discreción. Si esto sale de estas cuatro paredes, tienes el despido asegurado. No me quedará más remedio porque mi cuello rodará junto al tuyo. —Asentí—. Es algo que guardaba para mí mismo, quería intentar investigarlo yo como en los viejos tiempos, pero ya ves que, por mucho que quiera, no puedo moverme de este despacho.

—¿Por dónde debo empezar?

—Aquí tienes todo lo necesario para comenzar la investigación, te mantendré informada sobre cualquier novedad.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias, Miguel! Gracias por confiar en mí y darme esta oportunidad.

—De nada, cielo.

Se me evaporó la sonrisa. Me daba pena pensar que él todavía sentía algo por mí, cuando todo rastro de algo que creí amor en un pasado se había desvanecido con sus ofensas cuando su mujer nos descubrió. Él intentó retroceder, pedirme disculpas, pero estuvo dos meses insultándome y tratándome como una basura que hubiera jodido toda su vida, como si yo hubiese puesto una pistola en su sien para obligarlo a meterse bajo mis sábanas.

—Sé... sé que se te hace duro verme cada día... Bueno, ya sabes. Supongo que lo que más te apetece es deshacerte de mí.

—No fue tu culpa, solo mía... La verdad, Ariadna, no me apetece hablar de ese tema.

—Muy bien, no te arrepentirás de darme esta oportunidad.

—Eso espero.

# Capítulo 5

**Meritxell**

Como siempre, se me hacía tarde. Ese condenado despertador podía sonar tantas veces como quisiera que, si estaba cansada, no lo oía. Me levanté de mal humor, corriendo a la ducha, y obvié mi desayuno y mi parada matutina en Sweet Café. Miguel ya me había llamado la atención respecto al poco material que tenía preparado y, aunque Jordi había supuesto una gran ayuda, no lograba encauzar aquel dichoso reportaje.

Entré por la puerta de la oficina y creí que me salían rayos de la cabeza, hasta que lo vi acercarse. Lucía una enorme sonrisa y el azul de sus ojos centelleaba, parecía un ángel, un ángel salvador que portaba un vaso gigante de esos desechables de Sweet Café y se dirigía hacia mí.

—Capuchino doble, como a ti te gusta. —Me guiñó un ojo, mientras echaba hacia atrás un mechón de cabello rubio oscuro que había caído sobre su frente.

—Buenos días, Jordi. —Le ofrecí una tímida sonrisa, mientras miraba incrédula hacia sus manos. ¿Era para mí? No sabía si llorar de alegría. ¡Café, por Dios, cómo lo necesitaba! Y, en ese instante que me paraba a pensarlo, ¿cómo narices sabía él que esa mañana no había tenido tiempo de pasarme por la cafetería?—. Pero ¿cómo sabes tú eso?

—Soy periodista, ¿recuerdas? Que no me permitan realizar otra función que no sea pasar horas ordenando ese archivo del infierno —dijo bajando el tono de voz, señalando hacia la puerta del sótano, y yo sonreí de nuevo—, no quiere decir que no sepa llevar a cabo mi profesión.

—Gracias, eres un cielo.

Casi le arrebaté aquel tremendo vaso, hummm... Lo destapé para olerlo, jactándome de su aroma y lo probé. Pues sí, aquel era mi favorito, sin duda.

Me besó en la mejilla —mi cara era un poema, de cuándo a dónde me daba este hombre un beso a mí para saludarme. Debía tener sangre española porque en nuestro país no éramos de ir regalando besos por ahí a diestro y siniestro— y empezó a parlotear sobre unas fotografías que había examinado y que pensó que no eran aconsejables para incluir en el especial que saldría en apenas dos



días, eran macabras y no aportaban nada al caso.

Miguel me había dado cierta libertad a la hora de plantear como yo quisiera el reportaje, el cual de pronto se había convertido en un especial que ocupaba seis páginas completas. ¡Seis páginas informando sobre un asesino en serie que me daba pánico!

Me senté delante del ordenador y empecé a buscar información acerca de las víctimas. Comparando los datos que el inspector Alvarado me había facilitado, las horas volaban y yo seguía en blanco.

Me acerqué a mi amiga que andaba con el móvil en la mano, concentrada en parecer dulce y lograr captar algo de información... Le hice señas y me guiñó un ojo e hizo un gesto con el dedo para que la esperara durante «un segundo», que seguramente se convertiría en quince minutos. No paraba de soltar risitas y pestañeaba demasiado, como si su interlocutor pudiese verla.

—Ariadna... —Ni caso—. Ariadna, por favor... —Más risitas y pestañeos. ¿Con quién estaría hablando?—. Ariadna, necesito tu ayuda...

—Ahora no puedo, preciosa, luego te atiendo —me susurró tapando el auricular del teléfono y dándose la vuelta para alejarse de mí y que la dejase tranquila. ¡La madre que la parió!

Jordi soltó una caja de lo que parecían papeles más viejos aún que yo, se sacudió la ropa y las manos y vino hasta mí.

—Eh, Mertixell, ¿puedo ayudarte?

—Pues la verdad, Jordi, necesito que alguien me eche una mano con el texto antes de enviárselo a Miguel, y parece que esta arpía de tres al cuarto no piensa ayudarme —dije esto último elevando un montón la voz para que me oyese Ariadna, la cual continuaba de espaldas a mí a unos metros de donde nos encontrábamos y no parecía darse por aludida.

La oficina estaba realmente alborotada, los teléfonos no paraban de sonar y todo el mundo hablaba, reía, gritaba... ¡Así no había forma de trabajar! ¡Era el colmo! Aquello se había convertido en una especie de guardería. Debía admitir que no tenía mi mejor día, pero aquello no era ni medianamente normal.

Ví a Miguel, que pasaba delante de mí en compañía de su secretaria, le dictaba algo que ella garabateaba en su agenda correteando detrás de él, cualquier día se mataba persiguiéndolo con esos tacones.

—Señor Suárez, necesito hablar con usted. —Le paré en medio del pasillo y ataqué por banda para que no se me escapara.

—Buenos días, señora Borges, ¿en qué puedo ayudarla?

—Señor Suárez, esto es una locura, necesito un despacho o una sala donde pensar para poder escribir.

—Lo siento, tengo algo de prisa —contestó guiñándome un ojo, ¿por qué todo el mundo pensaba que podía librarse de mí de esa forma? Aquello era un «búscate la vida y no me cuentes tus problemas que ya yo tengo los míos» en toda regla.

—Pero... ¡no voy a poder tener el reportaje a tiempo con todo este escándalo! —protesté enervada.

—Confío en usted. Si lo necesita, puede usar mi despacho después de las siete de la tarde, hoy tengo que irme pronto y la sala de reuniones está ocupada por el equipo de Contabilidad.

¡¡Después de las siete!! Asentí en silencio y él le pidió a su secretaria que me facilitara una copia de la llave del despacho, la cual me sonrió con pena y lo garabateó en su agenda.

Sonreí falsamente hasta que se alejaron lo suficiente y refunfuñé algo. Oí una risilla, a Jordi parecía hacerle mucha gracia todo aquello, cuando a mí no me hacía ninguna. Me daban ganas de darle un sopapo, por simpático.

—No te preocupes, yo me quedaré contigo a terminar ese artículo que te tiene todo el tiempo de mal humor.

Miré el reloj y apenas marcaba las cuatro de la tarde, me quedaban tres horas para lograr mi tranquilidad.

—Te invito a tomar algo en Sweet Café, ¿te apetece? —le pregunté a Jordi que me miró algo incrédulo.

—No creo que al jefe le guste que me ausente de mi trabajo en horario de oficina.

—Jordi, por favor, necesito salir de aquí. Al fin y al cabo, vamos a hacer horas extra.

Conseguí que aceptara y, por alguna extraña razón, a la segunda copa de vino Jordi me empezó a parecer realmente seductor.

# Capítulo 6

## Ariadna

¡Era la oportunidad de mi vida! Lo primero que hice al salir del despacho de Miguel fue llamar a Gonzalo y contárselo, aunque no entendía esa necesidad que sentía de informarle, no era más que un chico con el que me acostaba, no éramos amigos, ni novios, ni nada parecido.

Su voz siempre seductora al otro lado del teléfono me hizo sonreír.

—Gonzalo Jiménez al habla, si eres una hermosa mujer de rizos rubios y ojos verdes, soy todo tuyo, si no, no puedo atenderte.

Me provocó una risotada, aun sabiendo que él había conocido mi número de teléfono y que por eso me había soltado tal parrafada.

—Cielo, ¡me han dado una oportunidad para cubrir un homicidio!

—¿Un homicidio? —Sonó sorprendido—. ¿Eres agente de policía o algo así?

No pude hacer otra cosa que romper a reír a carcajadas. Gonzalo y yo apenas habíamos hablado de las cosas normales de las que suelen hablar las parejas. Solo le había contado algunos detalles de mi niñez y recordaba haber nombrado el instituto. A decir verdad, sabía que él trabajaba en una oficina, pero tampoco tenía ni idea de cuál era su labor.

—Cielo, soy periodista.

—¡Dios mío! ¡Me he enamorado de una periodista!

Me sorprendí y me sonrojé...

—¿Por qué no te invito a una copa de vino luego para celebrarlo? Así podré contarte algo más de mi vida —le propuse, sin saber por qué exactamente me apetecía tanto pasar más tiempo con él.

—Hecho, te recojo a las tres en el trabajo.

—No, no... Déjame un rato para poder terminar mi reportaje de hoy. ¿Me recoges a las siete en casa?

—Perfecto.

Colgué con la sonrisa en la boca, aquel era, sin duda, el día más feliz de mi vida. No podía contar a nadie aspectos sobre el caso que Miguel me había

agenciado, además poco podía decir, aunque quisiera, puesto que ni siquiera había visto los documentos que me había pasado, pero a nadie haría daño que lo compartiese con Gonzalo. Me vendría bien poder desahogarme con alguien, pues no me quedaba más remedio que alejarme un poco de Meritxell, por respeto a la orden de mi jefe. Estaba segura de que estaba muy enfadada conmigo, pero ¿qué podía hacer? Sabía que Miguel tenía razón, no debía inmiscuirme en todo aquello, ella haría un gran trabajo.

Llegué a casa y me senté frente al portátil para acabar el artículo que tenía que presentar antes de las seis de la tarde. La noche anterior tuve que ir a una aburrida fiesta de famosos sobre la presentación de una nueva colección de ropa interior que una de esas actrices, que se creía el ombligo del mundo, había lanzado al mercado. No era mucho, apenas un par de columnas y como dos fotos de algunos de los modelitos que la susodicha presentaba, así como algunas imágenes de los «famosos más famosos» que acudieron a la cita. Todo eso me aburría tremendamente, llevaba tres años haciendo exactamente lo mismo. No podía comprender cómo una periodista tan buena como Meritxell ansiaba quedarse estancada en un *puestucho* como ese en el que nunca pasaba nada interesante.

Como siempre, terminé el reportaje y, sin duda alguna, parecía que me hubiese divertido en aquel muermo de presentación. Era mucho más espectacular a través de mis crónicas que en directo..., al fin y al cabo, ese era mi trabajo.

Estaba deseando poder hincarle el diente al caso del violador que Miguel me había cedido. Sabía que lo hacía porque veía la ansiedad en mis ojos por triunfar, por llegar a alcanzar un puesto en el Departamento de Sucesos de nuestro periódico y porque él me quería tanto como al principio.

Hacía dos años que, un día, me crucé con Miguel. Era tarde, no había nadie en la oficina. Yo acababa de salir de una de esas primeras fiestas que empecé a cubrir después de estar un escaso año sacando fotocopias y transcribiendo textos, todo un logro teniendo en cuenta que la media era de unos tres años así. Supongo que Miguel supo ver mi potencial o simplemente le caí en gracia y me puso a trabajar con una de sus mejores reporteras, Meritxell. Ya la conocía de la facultad, pero nunca mantuvimos una amistad tan intensa como cuando entré a trabajar en *Redes*, nos volvimos uña y carne.

Había empezado en el periódico después de estar algunos años haciendo el tonto y dedicándome a absolutamente nada. Habían pasado ya tres años, hasta que un día Miguel me contrató.

Él me pareció desde el primer momento un hombre interesante, siempre me trataba con cierto protocolo y a mí me hacía gracia que con apenas veintiséis años me tratase de «señorita Betancor». Y así siguió llamándome hasta que un año más tarde hablamos una noche en la oficina.

Él se dirigió a la máquina de café y me trajo un asqueroso y repugnante cortado que tragué por agradecimiento y respeto, pero con el que casi vomito, sobre todo porque notaba el estómago algo revuelto por un par de copas que me había tomado después de aquella fiesta. Cuando empecé a perder el «tino», decidí que sería mejor pasar por la oficina y dejar todo el material de esa noche allí. No podía permitir que se me estropearan o perdieran las fotografías, las notas y grabaciones de voz que había tomado. Y allí estaba, frente a mi jefe, medio «contenta».

Me fijé en su sonrisa de medio lado y me pareció realmente sexi. Fue cuando Miguel se convirtió en mi presa, y yo me transformé en todo sonrisas y desparpajo. Decidí desabrochar un botón de mi camisa para liberar un poco el calor que sentía y dejar entrever algo que sabía que volvía loco a cualquier hombre.

Después de aquella noche encima de la mesa de su despacho, puedo decir que pasé de ser «señorita Betancor» a ser simplemente Ariadna, o cielo, o preciosa... Tras lo cual las «horas extra», a ojos de Meritxell y el resto de compañeros de la oficina, se sucedían día tras días. Quise que mi amiga entendiera que quería demostrarle a Miguel que yo valía, que era una buena periodista. Lo que conseguí fue que me apoyase tanto que se quedara interminables horas a ayudarme, sin darse cuenta de que lo que quería realmente era quedarme sola allí, para que Miguel pudiese venir con dos copas y una botella de vino a besarme y a ofrecerme sus años de experiencia sexual en variadas posturas y circunstancias. Por supuesto, contárselo a ella quedaba descartado. Era mi amiga, la quería, la quería mucho, pero estaba segura de que no lo iba a aprobar, que pondría el grito en el cielo y tendríamos una buena bronca. Lo mejor era guardarlo para mí, para ambos. En mi defensa diré que al principio yo no sabía que estaba casado y para cuando me enteré ya estaba colada hasta los huesos por él.

Durante los siguientes meses, pensé que me había enamorado de él. Pero la historia de mi vida: era un amor imposible. No solo estaba casado hacía casi siete años con Carmen, sino que tenía una pequeñaja preciosa, que apenas tenía un año, llamada Marta. Hoy pensaba en cómo seduje a aquel hombre y los remordimientos inundaban mi conciencia, aquella pequeña se quedó sin

tener a su papá al lado por mi culpa.

Miguel siempre fue sincero conmigo y, aunque sabía que me tenía cierto cariño, me aseguró estar completamente enamorado de Carmen. Me dijo que sabía que en algún momento lo nuestro tendría que terminar para intentar seducir de nuevo a su esposa, la cual después de dar a luz a la pequeña Marta se había vuelto todo histerismo y distanciamiento.

Casi un año después de nuestro primer encuentro, una noche, Carmen se presentó en la oficina. Eran cerca de las once y Miguel y yo nos encontrábamos en pleno *office*, con las lenguas entrelazadas. Carmen traía a la pequeña en brazos, completamente colorada, con treinta y nueve de fiebre, ella temblaba tanto como la niña.

Carmen se quedó petrificada mirando hacia nosotros, y en un instante sentí cómo se caía la tierra sobre mi cabeza. Pude ver las lágrimas en sus ojos segundos antes de que saliera corriendo escaleras abajo. Fue la última vez que Miguel y yo nos besamos, fue la última vez que sentí que lo quise y me prometí que era la última vez que me enamoraría de un hombre.

Miguel me odió en un principio, Carmen no le dio oportunidad de explicarse, ni de volver a conquistarla, ni de nada que no fuese ver a su hija estrictamente cuando el juez había dictaminado tras el divorcio. Pero él y yo seguimos trabajando juntos y un día nos acostumbramos a vernos por los pasillos de *Redes*.

Sabía que no tenía la experiencia suficiente para esa oportunidad que él me había dado, pero aun así estaba dispuesta a luchar, yo podía hacerlo, estaba segura. Me tomaría esa noche de refuerzo y descanso, y al día siguiente echaría un ligero vistazo a la documentación que Miguel me había dado. Sin duda alguna, haría el mejor reportaje que había imaginado en toda mi vida.

# Capítulo 7

## Meritxell

Presioné fuerte y más fuerte la almohada, aquel hombre no hacía más que pegarme enérgicos golpes en el abdomen. No sabía por qué lo hacía de nuevo, por qué ansiaba acabar con aquel chico que me había hecho el amor como nunca nadie lo había hecho. Había besado y excitado partes de mi cuerpo que apenas sabía que existían y, aun así, no pude reprimir mis instintos más primarios que me exigían que acabara con él.

Hacernos el amor había sido cautivador, mis uñas se clavaban en su espalda mientras sus embestidas robaban mis gemidos. Quería fundirme con él para siempre. Su olor me embriagaba, aquel perfume estaba a punto de volverme loca. La visión era perfecta, ni un solo vello cubría su cuerpo, espalda, pecho, brazos, abdomen, piernas... Solo su cabeza lucía una cabellera de color rubio oscuro, muy suave, que caía hasta su cuello y que no me podía resistir a acariciar mientras aquella lengua de fuego entraba en mi boca arrasando con todo mi ser. Las enérgicas sacudidas de su cuerpo me hacían perder el control por completo, dejándome caer, con premura y sin remedio, en un orgasmo devastador que me dejó completamente extenuada.

Miré su rostro angelical mientras dormía a mi lado y solo pude sentir deseos de arrebatarse la vida, hacer que su último aliento fuese mío. Acaricé su pelo y sus succulentos labios. Me distraje observando las curvas de su musculado pecho y por fin me decidí, así que me dispuse, almohada en mano, a acabar con él.

Estaba resultando mucho más difícil de lo que creía. Se había despertado y los fuertes golpes que me propinaba hacían que perdiese la potencia necesaria para cortar su respiración. Me dio un enérgico empujón y salí disparada hacia el otro lado de aquella enorme cama. En menos de un segundo, él estaba encima de mí... Al ver sus enormes ojos azules ya no pude moverme, era como si me hubiese hipnotizado.

Cerré los ojos y apreté los dientes, esperando así mitigar el dolor de la brutal paliza que me esperaba, pero el primer golpe no llegaba. Después de

unos segundos que me parecieron interminables, lo único que sentí, aparte de sus manos agarrando con fuerza mis brazos por encima de mi cabeza, inmovilizándome por completo, fueron sus labios húmedos y calientes sobre mi cuello, bajando hacia el pecho... Besó mi boca antes de penetrarme salvajemente. No sentí dolor, solo un placer aún mayor que hacía tan solo una hora. Mi sexo convulsionaba, a punto de alcanzar el clímax, y en ese instante sentí un fuerte mordisco en mi cuello, no pude ni tan siquiera gritar del dolor tan fuerte que experimenté. Se me quedó la vista en blanco y me desmayé con la certeza de que no iba a salir viva de aquella habitación de hotel.



Me desperté y mi almohada estaba completamente empapada en sudor, sentí que me faltaba el aliento y me costó volver a respirar con normalidad. Aquel trabajo iba a acabar conmigo... Otra vez esos extraños sueños asesinos... ¡Dios!, juraría que esa mirada azul era mucho más familiar de lo que me esperaba, pero no lograba saber a quién pertenecía. Cerré los ojos un instante para poder recordar, mientras ponía la mano sobre mi pecho



intentando calmar los latidos de mi corazón. Entonces lo supe, el chico de mi sueño era Jordi, sus besos, su forma de penetrarme, ese mordisco... ¡Madre mía! Se me abrieron los ojos como platos y salté de la cama escandalizada.

Víctor pareció removerse un poco, pero no lo había despertado. Miré hacia mi mesa de noche y vi que eran las tres de la madrugada. No podía volver a acostarme, mi parte de la cama estaba empapada, mi pijama estaba pegado a mi sudoroso cuerpo y mi pelo se había convertido en una maraña aplastada y mojada. No quería volver a apoyar la cabeza en mi almohada nunca más, no quería volver a dormir y soñar algo por el estilo en la vida.

Me dirigí al cuarto de baño y me di una ducha rápida, evitando por todos los medios cerrar los ojos, ya que la primera imagen que tenía eran aquellos tremendos ojos azules, y aquellos labios besando mi cuello, mi pecho... sacudía la cabeza y los abría de inmediato... ¡Cómo podía tener tanta imaginación para soñar tales cosas!

Me puse un pijama limpio y una bata, de pronto había sentido frío y necesitaba tomar algo que me reconfortara. Cogí mi portátil y me dirigí a la cocina, donde me serví una humeante taza de chocolate caliente que seguro me haría olvidar aquella pesadilla tan extraña y, entonces, ocurrió...

A las tres de la madrugada, en el silencio de mi casa, en la oscuridad de la noche, pude escribir el mejor artículo que nunca hubiese imaginado. Intenté ponerme, a pesar de los escalofríos, en la piel de las víctimas y, por otra parte, quise meterme en la mente del asesino, como el violador, como el torturador de aquellas jóvenes muchachas. Pensé... ¿qué me llevó a hacer esto? ¿Por qué lo necesito?

Y así, casi sin pensarlo, las notas que había escrito el día que fui a la comisaría a reunirme con el inspector por fin habían tomado forma.

Las primeras páginas las dediqué a explicar en profundidad cada uno de los casos del Asesino del Mordisco, describiendo a las chicas que habían resultado ser víctimas de aquel sádico, detallando qué puntos tenían en común. Luego pasé a una explicación larga y tendida del perfil del asesino. Encontré en mis archivos algunas fotografías que pude adjuntar para hacer referencia a la explicación sobre el ADN y por qué motivo, aunque la saliva de aquel hombre había tocado sus cuerpos, no podían hallar muestras, dejando claro que el más mínimo error de aquel bastardo haría que acabara en manos de la policía, haciendo una larga referencia a lo que aquel inspector me había contado sobre la investigación. Por último, incluí una pequeña entrevista a un criminólogo que me había ofrecido su ayuda.

Por fin había terminado aquel dichoso artículo, por fin podría dormir por las noches. Suspiré, me levanté dando un brinco de felicidad, bebí un buen trago de agua y volví a sentarme delante de la pantalla del ordenador con la intención de releer aquel texto un par de veces para pulir todo lo necesario, añadiendo algo de texto y haciendo algunas correcciones. Terminé de seleccionar las fotos que me parecieron más adecuadas e hice caso de algunos consejos que Jordi me había dado. Aunque yo tenía mucha más experiencia que él en el periódico, un punto de vista diferente no me haría ningún mal.

Justo cuando le di al botón de guardar, apareció Víctor en la cocina, se acercó por detrás y besó mi mejilla, rodeándome con sus brazos.

—Cielo, ¿otra vez las pesadillas? —Asentí mientras apartaba la silla de la mesa donde tenía el portátil y abrazaba a Víctor que se encontraba de pie junto a mí, apoyando mi cabeza en su abdomen, y me sentí reconfortada por primera vez en días. Él acarició mi pelo—. Deberías hablar con tu jefe de esto, no te hace ningún bien. Llevas semanas sin dormir correctamente y te noto muy preocupada y ausente.

—Lo sé, Víctor, lo he intentado, pero es imposible. Este reportaje ya está terminado, después de la publicación hablaré con él.

Víctor tiró de mí para que me levantase y así poder envolverme con sus brazos. Me dio un tierno beso en la punta de la nariz.

—Te quiero, cielo —me susurró.

Me aparté y lo miré a los ojos, mientras me ofrecía su seductora sonrisa, esa de la cual me había enamorado hacía tantos años.

Víctor y yo nos conocimos en la cafetería de la facultad, como no podía ser de otra manera. Era el dueño de la subcontrata que llevaba la cafetería, se encargaba de dirigir un poco el cotarro y, de vez en cuando, salía a echar una mano a la barra. Siempre iba directa a él cuando lo veía allí y, aunque anduviera con la calculadora o pegado al teléfono hablando con los proveedores, se levantaba, iba directo a la cafetera y me servía lo mismo que tomaba siempre sin necesidad de preguntarme. Me tendía mi vaso de poliestireno con una sonrisa seductora y a mí se me secaba la boca y me chispeaban los ojos. Me temblaban las manos al rozar su piel cuando le tendía las monedas para pagarle, no podía evitarlo. No fue hasta finalizar el tercer curso, cuando un día se sentó a mi mesa mientras almorzaba sola ya casi a la hora de la merienda, hablamos de todo y de nada. Reímos. Nos narramos anécdotas de lo más variopintas... Ese día fue el primero que perdí clases sin un motivo de peso para hacerlo... Bueno, Víctor siempre decía que motivo

había, que esas pellas estaban más que justificadas. Teníamos que tomarnos la tarde libre, ambos —él también se escaqueó bastante del trabajo, ventajas de ser el dueño— para poder conquistarnos. El noviazgo no fue demasiado largo, pronto nos entraron prisas por casarnos y nos dimos el sí quiero hacía ya unos diez años.

Lo miré a los ojos antes de volver a besarlo. Después de quitarme el gran peso de encima del reportaje que me traía de cabeza, al fin me daba cuenta de que en las últimas semanas apenas le había prestado atención, ni siquiera me había acercado a él. El reloj que estaba colgado en la cocina revelaba que tendría que salir camino al trabajo en una media hora, pero sin duda iba a llegar tarde.

Arrastré a Víctor hacia nuestro dormitorio y le hice el amor de la forma más salvaje que recordaba haberle ofrecido en los últimos tiempos.



Acudí a la oficina más cansada y sonriente que nunca, donde por fin podría entregar aquel artículo que apenas me había dejado vivir durante las últimas semanas.

Noté una mirada que se clavaba en mi nuca y, cuando me volteé, ahí estaba Jordi, con aquella sonrisa y sus grandes ojos azules que, por segunda vez, me traía un capuchino doble.

—Estaba seguro de que después de unos días tan duros necesitarías esto.

Ví a Ariadna desde el otro lado echarme una mirada curiosa, pero la ignoré, estaba molesta con ella. Era ella la que tendría que haberme echado un cable en todo este asunto, al fin y al cabo, era mi mejor amiga. Sin embargo, Ariadna tenía su cabeza más pendiente de otras cosas y no habíamos hablado desde hacía días.

—Gracias, Jordi, la verdad es que anoche no dormí casi nada, pero al menos terminé mi artículo. ¡¡Debes leerlo!! Ahora mismo voy a entregárselo al señor Suárez, pero tengo copia de todo.

Jordi se acercó hasta mi oído. Pude oler su perfume y entonces me vino a la cabeza aquel sueño que me había despertado en mitad de la noche. La piel se me puso de gallina, se me cortó el aliento y el pulso se aceleró. Un cosquilleo me obligó a que cerrara las piernas intentando que la presión aliviara los siete males que me estaban entrando. Me vino todo a la mente, sus besos, las embestidas, el orgasmo tan intenso y también... también aquel mordisco que mi mente, perturbada por aquella documentación que no paraba de leer una y otra vez para poder redactar mi artículo, había llevado a mi sueño. De forma involuntaria mi mano fue hasta donde había notado el dolor de sus dientes desgarrando mi piel, sin embargo, no me aparté, tan solo desvíe la mirada un instante hacia mi amiga, la cual, como temía, tenía los ojos clavados en ambos con la boca abierta de par en par.

—Ya has terminado el trabajo, hoy es viernes y a las dos se acaba la jornada, ¿te apetece que te prepare el almuerzo y una copa de vino para celebrarlo? Así podré leerlo tranquilamente y darte mi opinión.

Me ruboricé y perdí el control de la situación, de nuevo Jordi me hacía perder los papeles haciéndome tartamudear.

—No sé, Jordi... Es que..., bueno, no debería, es que...

Pensé en Víctor y llevando la mano de mi cuello a su pecho lo separé unos centímetros de mí para poder pensar con claridad y respirar... sobre todo respirar sin sentirme hipnotizada por todo lo que su cuerpo me transmitía. Yo quería a Víctor, adoraba a Víctor. Era mi vida, mi todo, mi ser..., pero no podía controlar la reacción, la química que se producía cuando estaba cerca de ese hombre que prácticamente acababa de conocer.

—Meritxell, no es ninguna proposición indecente. —Jordi sonrió de medio

lado, poniendo su mano sobre la mía que aún seguía en su pecho, provocando que un nuevo escalofrío pusiera mi piel de gallina. Jordi lo notó, supe que lo notó, no era tonto, lo vio, aunque disimuló reteniendo una sonrisa triunfadora. Lo percibí, yo tampoco era estúpida—. ¡Qué clase de mente perturbada tienes! —prosiguió y se echó a reír dejándome aún más ruborizada de lo que estaba, alejándose esta vez él un poco más de mí. Aire... podía volver a respirar—. ¿Crees que podré leer algo aquí?

Eché un vistazo alrededor, como siempre el periódico parecía una auténtica casa de locos, era imposible concentrarse en algo. Sonreí y acepté, ¿qué mal podía hacer comer y tomarme una copa con un compañero de trabajo?

—Te lo advierto, Jordi, si tu intención es aprovecharte de mí debo advertirte de que estuve años en defensa personal y que soy capaz de tumbarte con un solo dedo —dije enseñándole mi dedo índice que aterrizó en su pecho golpeándolo un par de veces y apartándolo todavía más... Había músculos allí, podía notarlos. Mejor me estaba quieta.

Ambos reímos.

—¡¡Pero bueno!! ¿¡Se puede saber qué pasa aquí!?! —preguntó Ariadna que venía hacia nosotros con el ceño fruncido y las manos en jarras.

—¿Y tú quién eres? Ummm, me suena tu cara, pero no caigo —contesté bromeando para molestarla.

—¡¡Estupendo!! Viene a la oficina un niñato de ojos azules y cuerpo escultural y te olvidas de tu mejor amiga —soltó sin ninguna vergüenza, señalando a Jordi de arriba abajo.

Jordi se echó a reír, divertido por el comentario.

—¡Eres tú la que se olvidó de mí en cuanto encontró a alguien a quien encasquetarle leer mis artículos y acompañarme a mis entrevistas!

—¡Hola! Estoy aquí, ¿recordáis? —Jordi lo estaba pasando bien, reía sin parar, pero era hora de volver al trabajo, así que cogió una pila de papeles amarillentos que había junto a nosotros, se dio la vuelta y se perdió escaleras abajo.

—¡Zorra! —espetó Ariadna entre risas.

—Yo no soy más que un angelito. ¡Ah! Se me había olvidado decirte, ya terminé mi artículo, ¿te apetece leerlo?

Ariadna se dio la vuelta y, mientras levantaba la mano en señal de despedida, dijo:

—Ja, ja y ja... Díselo al musculitos.

Estupendo, otra vez se escaqueaba.

# Capítulo 8

## Ariadna

Después de un «duro» día de celebraciones, era hora de ponerse manos a la obra. Apenas eran las siete de la mañana y era la primera en llegar al despacho, podría tener algo de tranquilidad en aquella especie de zoológico que llamábamos oficina.

Me decanté por un chocolate de la máquina expendedora que había en el pasillo, me negaba a tomar aquel café que sabía a rayos y centellas.

Saqué del único cajón que tenía cerradura de mi escritorio la carpeta que Miguel me había dado el día anterior, dispuesta a leer toda la documentación que me ayudase en aquel reportaje. Sentí un pellizco de nervios y emoción antes de abrirla, deseando meterme de lleno en el trabajo que me había encargado mi jefe.

Mi rostro cambió a un auténtico estado de desilusión al ver la reducida información del dossier.

Leí un informe que encontré en su interior:

Violador en Santa Catalina.

*Todas las chicas residían en la misma ciudad. No se ha apreciado ninguna otra cosa en común entre ellas.*

Se han encontrado pequeñas marcas sobre el pecho de sus víctimas con un cuchillo afilado.

Seis denuncias cuyo modus operandi es el mismo durante los dos últimos años.

A la última víctima no la dejó escapar, asfixiándola con almohada u objeto similar y las marcas con el cuchillo se encontraron no solo en su pecho, sino por todo el cuerpo. El cadáver fue hallado hace cinco meses.

Había un pósito pegado al informe con un número de teléfono a nombre de un tal señor Cardona, una dirección y una cita para el siguiente once de mayo, a las once de la noche. Menudas horas para reunirse con nadie por trabajo y en otra ciudad.

El informe estaba acompañado por fotos de las marcas en el pecho de las víctimas. Cada foto en su trasera tenía puesto un nombre, apellidos y fecha. Dentro de un sobre encontré muchas más fotografías, todas de la misma víctima, Virginia Medina, y una fotocopia de la autopsia firmada por el forense Ricardo Giraldo.

Nada más.

Absolutamente nada más.

Rebusqué en mi cajón como una loca por si se me había caído alguna documentación, pero aquello estaba completamente vacío.

Santa Catalina se encontraba a cuatro horas en coche de San Antonio, no esperaba tener que desplazarme tanto, pero tampoco iba a suponer para mí un inconveniente. Tendría que localizar un alojamiento, al menos para el día de la reunión.

Saqué mi agenda, quedaban cinco días para el día once.

Apunté la dirección y la hora de la cita, hice una búsqueda en Google Maps de la dirección que figuraba en el pósito, la imprimí, marcando su ubicación y lo metí dentro de mi agenda, en el día señalado. Era un poco cuadrículada para esas cosas, me gustaba tenerlo organizado. Bastaba que llegara el día y la hora señaladas y no tuviera cobertura o me quedase sin batería.

¿Con quién tendría que verme? Releí la nota. ¿Con el señor Cardona? ¿Y quién demonios era el señor Cardona?

Suspiré y me alegré de que aquel fuera un caso a largo plazo, porque no sabía por dónde empezar.

Cogí el teléfono y marqué el número:

—Rubén Cardona al habla —contestaron al segundo tono.

—Señor Cardona, soy Ariadna Betancor, empleada de Miguel Suárez en *Redes*, me ha dejado su teléfono de contacto —solté mi perorata.

—Disculpe, señorita...

—Ariadna, Ariadna Betancor.

—Disculpe, señorita Betancor, no puedo atenderla en este momento.

—Muy bien, señor Cardona, solo quería que supiera que iré a Santa Catalina pronto, le llamaré para confirmar la cita.

—El señor Suárez me ha hablado de usted. Confío en que podrá ser discreta

con todo esto. Soy el inspector-jefe en la oficina de Santa Catalina, si no tratamos este asunto con cuidado pueden rodar muchas cabezas.

—Descuide, inspector, en unos días lo llamaré.

Busqué información en Internet acerca de la ciudad de Santa Catalina, hoteles donde poder hospedarme que estuvieran cerca de la dirección que Miguel me había facilitado.

Pude comprobar en los periódicos digitales que salía alguna noticia relacionada con las violaciones, me extrañó, ya que Miguel me había asegurado que este caso estaba bajo secreto de sumario. Apunté todos los datos que podían serme útiles.

La oficina se estaba llenando demasiado de gente y todos parecían querer pararse a curiosear sobre las increíbles imágenes de la ciudad de Santa Catalina que tenía en la pantalla del portátil. En plena costa, plagada de playas y cuyo alrededor estaba siempre envuelto de un precioso color verde, sin duda llamaba la atención.

Puse los ojos en blanco cuando el quinto compañero se burlaba preguntándome si estaba buscando mi próximo lugar de vacaciones en horario laboral. Desistí y apagué el ordenador. Se me había acabado la intimidad.

Levanté la cabeza y vi a Jordi y a Meritxell hablando, ella le daba golpecitos en el pecho con el dedo índice y estaban cerca... demasiado cerca. Hacía apenas unos días mi amiga me había asegurado que no conocía a nuestro nuevo compañero, cómo era posible entonces tantas confianzas, esa cercanía, esas sonrisas. Mi amiga estaba coqueteando. Ambos estaban coqueteando y no me gustaba.

Por un momento dudé de si debía hablar con Víctor de todo eso, era mi amiga y él podría evitar un tremendo error. Esperaba que no hubiera una especie de crisis entre ellos, Meritxell no me había contado nada, pero teniendo en cuenta que tampoco habíamos hablado mucho últimamente no sabía qué pensar. Yo adoraba a Víctor, era un bonachón que, como todo hombre, tenía mil defectos, pero era bueno con ella. No creía que a él le gustase la actitud que ella había tomado con un completo desconocido tras unos días trabajando juntos.

Cerré el portátil y me dirigí con los brazos en jarras a acabar con tanto juegucito en horas de trabajo. Meritxell me había mirado un par de veces de reojo, quizás pensó que no había visto cómo Jordi le susurraba algo al oído. Ella estaba molesta conmigo, lo sabía, pero nada podía hacer, al menos hasta que oficialmente se hubiera cerrado el reportaje del Asesino del Mordisco.



# Capítulo 9

## Meritxell

Miguel me pidió que me quedase sentada en su despacho mientras él leía el artículo... Odiaba aquello, sabía que era una prueba y preferiría no ver sus muecas o gestos al leer. Solo quería que me llamase y me dijese que, aunque había hecho un trabajo magnífico, lo mío realmente eran los eventos y que esto no había sido más que para comprobar que realmente podía hacer lo que me propusiera.

Contuve el aliento todo lo que pude, intenté no hacer ruido y no mirar demasiado hacia él. Hasta que por fin cerró el dossier con una amplia sonrisa en su cara.

—Sabía que podías hacerlo —me dijo sin perder su sonrisa.

—Gracias, señor Suárez, pero este caso me ha robado casi dos semanas de sueño, por no decir...

—Señora Borges, no le permito que se lamente. Esta es la profesión que usted ha escogido y es usted muy buena en su trabajo.

—Pero...

—Por el momento no le voy a permitir que vuelva a Eventos. Tómese un descanso, elija algo fácil de Sucesos para ir pasando la próxima semana. Descanse, digiera el trabajo de estos días y luego ya veremos qué hacemos.

—Muy bien, señor Suárez —solté resignada.

—Magnífico trabajo. —Miguel sacó un sobre del cajón de su escritorio y me lo tendió.

—¿Qué es esto?

—Una compensación por su sufrimiento, a partir del próximo mes lo tendrá incluido en nómina, se merece este aumento, Meritxell. —Di un pequeño respingo, él nunca me llamaba por mi nombre—. Gran trabajo. —Y me guiñó un ojo.

—Gracias, señor Suárez.

Salí de su despacho con la cara realmente colorada por la emoción. En el sobre había cuatrocientos euros. ¡Iban a subirme el sueldo cuatrocientos euros!

Estaba eufórica, sabía que me había costado horrores, pero también sabía que había hecho un muy buen trabajo a pesar de haberme costado mucho más que cualquier otro artículo que hubiese escrito en mi vida profesional.

Salí de la oficina destino a Sweet Café, dispuesta a ofrecerme un buen desayuno con una gran propina para los responsables de haberme hecho salir adelante cada mañana. Al fin y al cabo, en la oficina no me quedaba nada que hacer por esa mañana, estaba deseando ver el reportaje que al día siguiente ocuparía seis páginas del periódico. Sentía un pequeño cosquilleo en el estómago y una sensación de orgullo llenaba mi pecho.

Llegué a la cafetería y vi a Ariadna sentada en una de las mesas del fondo, tenía el portátil abierto y garabateaba algo en su agenda. Me extrañaba que estuviera allí a esas horas y, sobre todo, sentada al fondo. Nosotras siempre nos situábamos en la barra, sobre todo si veníamos solas, así nos sentíamos acompañadas por Roberto y Virginia. Me acerqué dispuesta a averiguar qué tramaba, pero me vio antes de que llegara a la mesa y cerró el portátil y la agenda al mismo tiempo. Juraría que estaba más pálida que hacía tan solo unas horas cuando la había visto en la oficina.

—¿Estás bien, Ariadna?

—Sí, sí.

—¿Qué andabas buscando en el ordenador?

—Eh... a... —tartamudeó—, algún sitio romántico para llevar a Gonzalo.

—¿Aún sigues con Gonzalo? ¿Romántico? ¡¿Pero qué me he perdido?! ¿Y cuándo pensabas avisarme de que te ibas fuera de la ciudad? —Miré un pósit que tenía pegado en la portada de la agenda con una dirección de Santa Catalina—. ¿Santa Catalina?

—Meritxell, ahora tengo que irme, cielo, pero he de contarte muchas cosas.

—Me sonrió mi amiga, parecía algo preocupada.

—Pero, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? ¿No estarás embarazada? —Mi amiga soltó una gran carcajada y vi cómo se le relajaba el rostro, pero yo aún estaba preocupada.

—¡Estás loca! —soltó al fin y respiré de nuevo, pues sin darme cuenta estaba conteniendo el aire.

Sabía que esa era una idea estúpida, desde que conocía a Ariadna siempre había sabido cuidarse muy bien en ese aspecto.

—Tienes razón —dije tomando asiento. Mi amiga no me había ofrecido sentarme, pero hacía días que no hablábamos y yo estaba dispuesta a saber más.

—¿A dónde tienes pensado ir?

—No lo sé... —Se quedó pensativa un momento—. A algún balneario, tal vez.

—¿Y cuándo vas a presentarme a Gonzalo?

—Pues, ahora mismo, si quieres. —Ariadna desvió la mirada hacia fuera del local, a través de la cristalera se podía ver a un chico que salía de un Toyota Auris en color gris metalizado y se acercaba a la cafetería.

Miré hacia ella incrédula, pensé que me estaba tomando el pelo, hasta que comprobé que el chico entraba en la cafetería y se dirigía a nosotras con una sonrisa en los labios, mientras Ariadna se levantaba de su asiento para recibirlo.

—Hola, princesa. —El chico se acercó a mi amiga, la abrazó a la altura de la cintura y le estampó un beso en los labios.

—Hola —dijo con el tono de voz más dulce que yo hubiera escuchado nunca y juraría que salió de la boca de Ariadna. Después de corresponder a su beso, señaló hacia mí—. Ella es mi buena amiga, Meritxell.

—Encantado. —Me ofreció un firme apretón con su cálida mano.

Se puso a hablar algo con mi amiga, pero yo no estaba atenta, lo estaba estudiando de arriba abajo. Examinaba sus largas pestañas, sus pómulos y su barbilla, sus labios y su nariz... era perfecto. Iba vestido algo informal, pero todo parecía nuevo y recién planchado. Olía a loción para el afeitado. Y yo no paraba de sonreír mientras lo miraba, de lo cual me di cuenta al ver la chistosa cara que Ariadna tenía mientras ambos se me quedaban mirando.

Me sonrojé y balbuceé lo primero que se me ocurrió.

—Supongo que tenéis que ir os. Encantada de conocerte, Gonzalo, otro día os invito a algo para celebrar mi aumento de sueldo.

Ariadna me miró sorprendida y sonrió. Se lanzó a abrazarme.

—¡¡Felicidades!! Ambas sabemos que te lo mereces.

—Gracias, guapa... Bueno, hablamos en otro momento, tengo un hambre que devoro, voy a comer algo.

Gonzalo se me acercó y me dio dos besos sin soltar la mano de Ariadna, y se perdieron por el pasillo hasta la puerta de salida.

Telefoneé a Víctor, quería darle la noticia, pero no contestaba al teléfono. Así que tomé mi desayuno con la única compañía de las gratas sonrisas de Roberto y Virginia que, como cada mañana, ofrecían lo mejor de la ciudad para degustar en aquella coqueta cafetería.

# Capítulo 10

## Ariadna

Después de recoger mis cosas, guardar mi portátil, apuntes y demás en mi maletín me fui a la calle. En realidad, tenía la mañana libre, porque hacía unos días se lo había pedido a Miguel. Gonzalo me había propuesto que pasásemos un fin de semana juntos, en una casa rural que conocía y a mí me apetecía un montón, sería la primera vez que estaríamos tres días sin separarnos para nada y por una parte me daba hasta miedo, por si nos aburríamos, pero, por otra parte, hasta ese momento nunca me había cansado de estar con él, de hablar, de bromear, de reírnos, de estar tranquilos abrazados en el sofá frente al televisor y de follar a todas horas en todas las posturas habidas y por haber, todo hay que decirlo.

Habíamos estado hablando la noche anterior de la posibilidad de que me llevase luego hasta Santa Catalina, porque no quedaba lejos de la casa rural que habíamos reservado. En un principio pensaba reservar un hotel, pero Gonzalo me pidió que lo dejase en sus manos. Había dejado todo preparado en su coche, listos para irnos en cuanto viniera a recogerme. Aun así, no había podido resistirme a pasarme a adelantar un poco de trabajo, llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad como esta y estaba ansiosa por saber más y más y adentrarme de lleno en un reportaje que podría ser mi oportunidad laboral para llegar a donde yo siempre había querido estar.

Necesitaba buscar un sitio para pensar, un sitio donde poder trabajar durante la próxima hora. La oficina en menos que cantaba un gallo se había vuelto una locura, no podía permitir que nadie metiese las narices en el nuevo caso. Así que me decidí por el lugar donde sabía que no encontraría a ningún compañero de oficina después de las nueve, el Sweet Café.

Cogí el maletín con mi portátil y la agenda y lo llevé conmigo dispuesta a encontrar un rincón discreto.

Virginia y Roberto me miraban con cara de pasmo, mientras preparaban mi desayuno, cuando les conté que la cafetería era más tranquila que la oficina en aquellos momentos y que necesitaba un poco de sosiego para concentrarme en

el reportaje que tenía entre manos.

Me senté al fondo del local frente a mi doble expreso con leche condensada y un sándwich de tres pisos, me moría de hambre. Entre el madrugón y los nervios las tripas me sonaban hacía rato ya.

Releí de nuevo el informe que me había facilitado Miguel y saqué una libreta en la que tomar notas. Necesitaba hacerme una imagen visual de las víctimas y las fechas en las que se había producido cada violación, así como el asesinato de la última.

El violador de Santa Catalina:

Marcas con cuchillo afilado sobre el pecho, en la última víctima por todo el cuerpo, esta última resultó asesinada. Seis víctimas en dos años:

Elena Morales, veintidós años, febrero de 2009.

Yurena Santana, veintinueve años, noviembre de 2009.

Noelia Casado, dieciocho años, mayo de 2010.

Ruth Velázquez, veinticinco años, octubre de 2010.

Ángela Batista, veintidós años, diciembre de 2010.

Virginia Medina, veintiocho años, diciembre de 2010.

Junto a cada víctima anoté un número de teléfono que había encontrado entre la documentación. Releí el informe y las notas que había tomado. ¡Era absurdo! ¡No tenía nada! Pero no me quedaba otra opción que tener paciencia y demostrarle a Miguel y al resto del mundo que yo podía afrontar algo importante, tal como lo había hecho Meritxell.

Busqué en mi portátil el teléfono de la comisaría que se situaba en Santa Catalina, cuatro bibliotecas con hemerotecas en la misma ciudad... No se me ocurría nada más, así que me puse a ojear sin ton ni son todo lo que me aparecía en el buscador, sin demasiadas esperanzas de encontrar algo que me sirviera de ayuda, tras lo cual apunté el teléfono del Hospital General.

Me sentía ilusionada, pero al mismo tiempo algo frustrada, pensé que tendría algo más sobre lo que trabajar. Rasqué mi cabeza y de soslayo vi a

Meritxell venir hacia mí con una sonrisa en los labios. Me dio el tiempo justo para cerrar el portátil y la agenda. En apenas unos minutos llegaría Gonzalo a buscarme, tenía la excusa perfecta para estar allí, esperaba que mi amiga se lo creyese sin más.

Era el momento de aplazar las pesquisas hasta pasado el fin de semana, necesitaba descansar y despejarme antes de afrontar un caso tan importante.

# Capítulo 11

## Meritxell

Acababa de sentarme frente a la barra, con un gran sándwich que estaba delicioso, dispuesta a tomarme el día con mucha calma hasta las dos que había quedado con Jordi.

Sonó mi móvil al segundo sorbo de café, parecía de la oficina.

—Meritxell Borges al habla.

—Meritxell, ¿dónde te has metido?

—¿Señor Suárez? Pues he venido a tomarme un café.

—Necesito que estés aquí en menos de un minuto.

—Enseguida.

Me levanté de la banqueta apurando mi café y dando un primer y último mordisco a mi desayuno. Dejé un billete de veinte euros encima de la barra, mientras decía adiós con la mano a la cara de pasmarote de Virginia al ver que no iba a esperarme por la vuelta. Colgué el teléfono y salí corriendo.

Tardé aproximadamente siete minutos en estar frente a la puerta del despacho de mi jefe, tenía el pelo alborotado por el viento y estaba asfixiada por haber estado corriendo. Toqué y pasé sin esperar a que me diera permiso.

—Ya estoy aquí.

—Señora Borges, acaban de darme un soplo. Hay una nueva víctima del Asesino del Mordisco.

Palidecí por completo, ridículamente había pensado que aquella pesadilla terminaría en cuanto acabase mi artículo.

—¿Qué?

—Por favor, no se quede ahí clavada. Necesito que coja a alguien que pueda ayudarla y vaya a esta dirección. —Me ofreció un trozo de papel—. Pregunte por el inspector Alvarado, él ya estará allí y seguro que le deja fotografiar lo máximo que sea permitido de la escena y le da algo de información útil que podamos ofrecer en nuestra tirada de mañana. ¡¡Póngase las pilas!! —No podía reaccionar, no podía creer que tuviese que ver en carne y hueso a una víctima de aquel depravado. Me eché a temblar sin mover un

ápice de mi cuerpo. Miguel rodeó su escritorio y me agarró por los hombros, mirándome a los ojos—. Meritxell, confío en usted, puede hacerlo y lo sabe. No me defraude.

—De acuerdo... —dije, no tan convencida como él.

—Por favor, no pierda más tiempo.

Salí del despacho y corrí escaleras abajo hasta el sótano.

Agarré a Jordi del brazo y lo arrastré tras de mí.

—¿Pero se puede saber a dónde me llevas?

—Te necesito.

—¡Meritxell! —exclamó en tono jocoso levantando ambas cejas al mismo tiempo.

—¡Dios! No seas malpensado, tienes que venir conmigo, necesito ayuda. ¿En cuánto eres capaz de llevarme a la tercera con la dieciocho?

—Pero... pero...

—¡Espabila!

—Como muy rápido en diez minutos y si no hay tráfico, cosa que dudo.

—¡Vamos!

Estuve temblando todo el camino, totalmente pálida. En ese momento agradecía no haberme terminado aquel desayuno, porque tenía unas tremendas náuseas. Jordi me miraba preocupado y no dejaba de hacerme preguntas, yo era incapaz de contestar a ninguna de ellas.

Preparé la cámara de fotos, la grabadora de voz y saqué una libreta de mi bolso, abierta por una página nueva, bolígrafo en mano, preparada para salir corriendo según llegásemos.

—¡Por favor, Meritxell, dime qué ocurre!

—Es el Asesino del Mordisco, hay otra víctima.

Jordi aceleró el coche y tardó como dos minutos más en llegar a la dirección que me había facilitado Miguel. Cuando llegué había un silencio sepulcral, había dos coches de policía aparcados al final de la calle. El portal estaba abierto. Salí del coche y Jordi dio un grito, había disminuido la velocidad, pero no había parado por completo.

Subí corriendo las escaleras. Había dos agentes en la puerta y les pregunté por el inspector Alvarado.

Aún no me explico cómo, pero me dejó entrar y, lo mejor, no vomité ni tuve arcadas. Me puse tras el objetivo a sacar fotos de todo el escenario. Me pidieron que las hiciera desde la puerta, no podía pasar al dormitorio donde estaba la víctima para no contaminar las pruebas.



Abrí la libreta y escribí:

«Cambio de modus operandi, esta vez entra en un hogar. Posible violación, varios mordiscos desfiguran el rostro de la víctima».

Se me revolvió el estómago y me quedé mirando a aquella chica de unos veintiséis o veintisiete años, no quería desmoronarme, no podía, no iba a defraudar a Miguel y yo sabía que podía afrontar este trabajo, solo me faltaba experiencia y algo de estómago.

Oí a Jordi en la puerta hablando con los agentes y le pedí al inspector Alvarado que le dejasen pasar hasta donde yo estaba. Le dije que no tocase nada y le di la cámara a él, mientras yo le hacía algunas preguntas a los forenses que estaban allí trabajando.

—Meritxell, venga conmigo un instante. —El inspector Alvarado parecía muy preocupado. Me llevó con él hasta la cocina del apartamento, donde no había nadie—. Esto ha dado un brutal giro a la investigación, pensábamos que tan solo atacaba en la calle, pero ahora ha entrado a un hogar, ¿cómo voy a proteger a las mujeres en sus propias casas? El asesino evoluciona.

—Señor Alvarado, ¿quién es la víctima?

—Se trata de Vanessa Meyer, apenas tiene veintiocho años. Trabajaba en Home Seekers, una agencia inmobiliaria que se encuentra a unos diez minutos de aquí. Ahora estamos intentando localizar a su exmarido. Trabajaban juntos, son socios junto a Roberto Sosa en la agencia y hoy no ha aparecido por el trabajo.

Apuntaba como una loca, como si fuera una detective privada intentando esclarecer los hechos de un caso.

—¿Cómo se llama su marido?

—Gonzalo Jiménez Arce, no sabemos si le ha ocurrido algo a él también, pero debemos localizarlo para hacerle algunas preguntas. No podemos descartar a nadie como sospechoso.

—¿Quiere que publique un «Se busca»?

—No, no... no queremos que se asuste, solo que colabore con nosotros, pero podría dar un aviso para solicitar que contacten con nosotros todas las personas que conozcan a la víctima, puede que cualquier información que posean sea de gran ayuda en la investigación, y que es muy importante que localicemos a su exmarido para entrevistarle sobre las costumbres de Vanessa. Seguramente el asesino tuvo que espiarla durante días para saber cuándo sería

más vulnerable a un ataque.

—¿Puedo publicar alguna foto de su exmarido?

—Si quiere puede ir con el agente Alexander hasta su piso, no está lejos de aquí. Tenemos una orden de registro, puede que esté dentro y que le haya ocurrido algo, sus compañeros dicen que es muy extraño que no apareciese hoy por la oficina y que últimamente está algo raro, distraído y ausente. Es posible que allí consiga alguna foto o algo que le pueda servir.

—¡Estupendo! Muchas gracias por su colaboración, inspector Alvarado. —  
Le ofrecí un apretón de manos.

—Meritxell, sabe que esto lo hago por Miguel, fuimos a la escuela juntos y prácticamente le debo mi vida. No debería filtrar esto a la prensa tan pronto. Sobre todo, le pido que sea cauta, no quiero un ataque de pánico generalizado. Dios, tengo un terrible dolor de cabeza, mataría por un calmante...  
¡Alexander! —Se dirigió al agente que pasaba por delante de la puerta.

—¿Sí? —Asomó la cabeza, era un joven de unos veintidós o veintitrés años.

—Por favor, acude con Meritxell y su compañero al piso de Gonzalo Jiménez, facilítale una foto suya y responde a sus preguntas.

—Sí, señor.

Avisé a Jordi, que andaba mirándolo todo. Se había colado en el dormitorio donde estaba la víctima y había hecho fotos de los mordiscos, de las marcas que tenía en el cuello y de todo aquello que creyó interesante.

—¡Estás loco! Nos han prohibido expresamente entrar aquí, ¡van a matarnos! —Le agarré de la mano y le arrastré hasta la puerta de salida, donde ya nos esperaba el agente Alexander.

# Capítulo 12

## Ariadna

El camino en coche hasta la casa rural se me hizo algo largo, quizás por el agotamiento de haberme despertado tan temprano esa mañana. Poca cafeína había consumido para lo poco que pensaba dormir aquel día. Me moría de ganas de besar a Gonzalo, estaba guapísimo, tan concentrado, con las manos al volante y gesto serio, mirándome de soslayo de vez en cuando mientras charlábamos de banalidades.

Bajé el parasol de mi lado del coche y me miré en el espejo, mi maquillaje estaba perfecto y mi pelo se veía brillante y bonito, en bucles que caían sobre mis hombros. Me puse mis gafas de sol y degusté otro bombón de una espléndida caja que Gonzalo había puesto en su coche, en el asiento del copiloto, con un gran lazo de color morado y una tarjetita en la que se podía leer:

«Espero que este sea el comienzo de un fin de semana muy dulce».

Sonreí al leer de nuevo el texto y cogí otro bombón que metí en la boca de Gonzalo, fue el final del trayecto, habíamos llegado a nuestro destino.

La casa era pequeña y acogedora, más que una casa rural parecía de lujo. Tenía bonitas cortinas en color negro y morado, a juego con el sofá y las butacas, y una alfombra enorme de color negro en el suelo. Me descalcé para no pisarla con mis zapatos sucios por la tierra húmeda de la entrada. Hacía mucho frío y Gonzalo lo primero que hizo fue dirigirse a la chimenea a encender el fuego.

Anduve investigando por la pequeña cocina, no muy rural (placa eléctrica, horno, microondas, lavaplatos, cafetera eléctrica monodosis, lavadora y secadora). Sonreí, intuí que Gonzalo no tenía ni idea de qué era pasar un fin de semana en el campo, tal como hacíamos mis padres y yo cuando no era más que una cría, en una caseta de campaña vieja y destartalada, un saco de dormir ajado y un fuego acogedor a la luz de las estrellas. Digamos que para mí un fin de semana «rural» tenía otras connotaciones, donde había más bálsamo contra

las picaduras de mordiscos que vino. Aun así, no abrí mi boca. Estaba encantada de estar allí con él, era un sitio espectacular.

Preparé un par de cafés en lo que Gonzalo colocaba algunas cosas que había traído.

Empezó a sonar una cancioncilla justo a mi lado, era el móvil de Gonzalo desde un número que no aparecía identificado. Lo cogí y corrí hasta donde se encontraba él para alcanzarle el aparato.

—Ah, no... Nada de llamadas hoy, me he tomado el día libre. —Rechazó la llamada y apagó el teléfono.

—¡Genial! Voy a hacer lo mismo, no sea que vayan a llamarme ahora para un preestreno de última hora que tenga que cubrir.

Reí, irónica, mientras tiraba mi teléfono apagado encima del sofá. En realidad, lo más que podía pasar es que me llamase mi madre y me tuviera al teléfono durante horas, sonsacándome información mía, de Gonzalo y de mi fin de semana. Si es que mi vena periodística yo sabía de quién la había heredado.

—¿Pero no te habían pasado al Departamento de Sucesos? —me preguntó con curiosidad mientras cogía la taza que le tendía.

—Bueno, oficialmente no. Me han dado una oportunidad para escribir un reportaje, pero digamos que debo hacerlo en mis horas libres. Oficialmente soy periodista de Eventos. Aquí Ariadna Betancor informando para *Redes*. —Solté la taza en un aparador que había cerca y agarré el móvil como si fuera un micrófono—. Nos encontramos en una espléndida casa rural, donde está a punto de elevarse la temperatura hasta límites insospechados, se producirá una explosión de pasión...

Gonzalo se encontraba de rodillas en el suelo, acababa de encender el fuego de la chimenea y ya se notaba el calorcito tan agradable que producía. Me agarró por la cintura y me hizo caer encima de la alfombra, donde nos fundimos en el primero de un sinfín de besos que nos daríamos en los próximos dos días.

—No sabía... —Beso—. Que... —Beso—. Salías por... —Beso—. La televisión... —Beso.

Sonreí.

—No salgo, tonto, soy periodista para *Redes*.

—Conque te estás burlando de mí, ¿eh? —Me inmovilizó en el suelo y comenzó a hacerme cosquillas—. Te mereces un buen castigo.

Se acercó hasta mi cuello y lo besó suavemente, haciendo erizar cada poro

de mi piel. De pronto tenía mucho calor. Ya no pude decir ni una sola palabra más, nos fundimos encima de la alfombra de aquella casita: dos veces, y luego una en la cama, donde nos quedamos dormidos hasta la mañana siguiente.

# Capítulo 13

## Meritxell

El piso de aquel hombre era cuatro veces mi casa, enorme, con grandes cristalerías, muy iluminado. No había rastro de hijos o mascotas allí. No tenía muchas cosas, pero la decoración era bonita, quizás le faltaba un toque femenino. Sin embargo, no era el típico piso de soltero. Parecía todo immaculado, hasta que llegamos a una habitación que parecía una especie de despacho, con una librería y una mesa con un ordenador portátil.

Estaba completamente lleno de papeles por todas partes, libros tirados, algo de ropa colgada por ahí y una bicicleta estática que sin duda alguna se había convertido en su perchero favorito.

Sorprendía ver aquella habitación, no tenía nada que ver con el resto de la casa. Jordi sacó algunas fotos al piso: del salón, la cocina y de aquel despacho.

—Jordi, no debemos publicar fotos de esta casa, estamos aquí como un favor del inspector Alvarado.

Me sonrió y me guiñó un ojo.

—Tranquila, preciosa, solo me cubro por si resulta que este tipo es el asesino en serie más buscado de las últimas semanas.

Según Jordi terminaba su frase, mi cara palideció al ver una foto que estaba en un portarretratos al lado del ordenador. La cara de ese chico me resultaba familiar, y estaba abrazado a ¡Ariadna! ¡Oh, Dios mío! Yo había visto a ese hombre hacía unas horas frente a mí, junto a mi amiga.

Jordi se percató del susto de mi rostro y miró en la misma dirección que yo, quedándose petrificado.

Saqué el móvil y marqué el número de Ariadna, estaba apagado. Llamé a mi jefe.

—Dígame, señora Borges, ¿cómo lleva el reportaje? ¿Todo bien?

—Señor Suárez, por favor, necesito que me diga si Ariadna se encuentra en la oficina, no me coge el móvil.

—Espere un segundo. —Tardó cinco minutos que se me hicieron

interminables—. No, no está aquí, en Eventos me comentan que se ha tomado el resto del día libre, iba a ir a algún sitio...

—Señor Suárez —lo interrumpí—, estoy en casa del exmarido de la víctima con el agente Alexander y con Jordi.

—¿Quién es Jordi?

—Jordi es el nuevo, lleva un mes en la oficina, pero el caso es que... Dios mío, estoy frente a una foto de Ariadna con ese nuevo novio que tiene, es el exmarido de la víctima. Él no ha aparecido por el trabajo hoy y casualmente los vi hace unas horas en Sweet Café, salían juntos hacia alguna parte. No contesta al teléfono.

—Meritxell, quiero que llame al inspector Alvarado y le explique lo ocurrido. Coja esa foto con el permiso del agente de policía. Voy a intentar localizar a Ariadna.

El agente Alexander respondió algunas preguntas que hizo Jordi, yo estaba hecha un mar de nervios, sin embargo, apuntaba cosas sin cesar en mi libreta. Miré alrededor e intenté encontrar algo que me dijera dónde se habían dirigido, pero allí no había nada.

# Capítulo 14

## Ariadna

Gonzalo había estado acariciando mi pelo aproximadamente unos quince minutos sin abrir la boca ni una sola vez. De vez en cuando posaba un beso en mi frente, o se acercaba a oler mi cabello y seguía acariciándome. Estuve a punto de quedarme dormida, allí abrazada a su cuerpo desnudo, tapada con aquella enorme manta de color vino de una textura realmente suave.

—¿Y bien? ¿Piensas contarme algo sobre ti?, apenas sé cuánto mides. —  
Rompí el silencio.

—No sé..., ¿por dónde empiezo?

—¿Dónde trabajas?

—¿En serio? ¿Aún no te he dicho dónde trabajo? —Sentí su sonrisa y me besó nuevamente en la frente—. Pues trabajo en una inmobiliaria llamada Home Seekers. Soy dueño en copropiedad con dos socios, Roberto Sosa y Vanessa Meyer. Por el momento no me puedo quejar de los beneficios que obtenemos, nos va bien.

—¿Qué pelma! ¡Me acuesto con un aburridísimo agente inmobiliario! —Reí mientras sentí un golpecito en la espalda—. Ahora entiendo cómo tienes ese precioso piso que apenas me has dejado pisar.

—Pues vivo ahí hace tan solo unos meses, pero trabajar en Home Seekers me sirvió de ayuda para encontrar esa especie de palacio, sí.

—¿Dónde vivías antes?

—En un piso más pequeño, en la otra punta de la ciudad.

—¿Y por qué te mudaste?

—Bueno..., señorita periodista —dijo, parecía algo incómodo por recibir tantas preguntas—. Resulta que vivía con alguien, y decidimos que no queríamos seguir conviviendo.

—¿Tú? ¿Compartiendo piso? —pregunté sorprendida. Parecía muy maniático con sus cosas, no me lo imaginaba en el típico piso de estudiante.

Gonzalo me apartó un poco y se dedicó a mirar mi pecho desnudo, mis pezones se erizaron como respuesta, ansiando nuevamente su contacto. Escrutó



cada espacio de mi piel desnuda, empujándome con suavidad para hacer que me apoyara sobre la almohada. Se colocó encima de mí, entre mis piernas, haciéndome notar su erección pegada a mi sexo que se contrajo involuntariamente pidiendo más y más de lo que sabía que Gonzalo era capaz de ofrecerle. Finalmente llevó sus labios a los míos, devorándome, haciéndome callar.

—Eres preciosa —me susurró apartándose un poco de mi boca, acariciando mi cabello rubio y desplazando esta vez sus besos a mi cuello.

Ya no pude hablar más, qué me importaba a mí si vivía en una comuna de *hippies*, o quizás con alguna novia o algún rollete... Me daba exactamente igual, solo quería sentir el calor, la humedad y la suavidad de su lengua recorriendo toda mi piel, exactamente como había comenzado a hacer... Rodeó mi ombligo con ella y continuó de expedición hasta llegar a mi pubis. Mordí mis labios conteniendo un gemido de anticipación cuando lo vi apartarse un poco para observar, soplar y, al fin, aterrizar su boca en mi clítoris, chupando, mordiendo, al tiempo que me penetraba con un par de dedos obligándome a mover las caderas con ansiedad en busca de mi propio nirvana. Mis piernas temblaban, mi piel se estremecía, mi interior convulsionaba y, en ese instante, se apartó justo antes de que alcanzara el orgasmo, se incorporó y sin más me penetró de una estocada certera haciendo que me corriera, que me corriera no solo con mi sexo, sino con todo mi cuerpo... con mis tetas, con mi boca, hasta con las yemas de mis dedos. Me corrí. Tan bestia. Tan salvaje que me quedé sin fuerzas, completamente extasiada. Mientras él se movía con rapidez hasta vaciarse en mi interior.

—Te quiero, Ariadna —masculló junto a mi oído, tan bajito que pensé que lo había imaginado.

Intenté recobrar el aliento mientras él se colocaba a mi lado, abrazándome.

—¿Qué has dicho? —logré preguntar con voz temblorosa, temiendo la respuesta.

—Te quiero —me dijo esta vez con voz firme y alta, mirándome directamente a los ojos.

—No sé qué decir, Gonzalo, nadie me ha querido nunca antes.

—Pues no es necesario que digas nada, y dudo de que ningún ser humano se haya enamorado perdida y locamente de ti antes que yo.

Sentí un pellizco en la boca del estómago que jamás había sentido y unas cosquillas que erizaron cada espacio de mi piel. Me acerqué a él y le di un suave beso en los labios.

Nos colocamos de lado, frente a frente el uno del otro y me quedé observando las perlas que tenía por dientes en aquella sonrisa que me reconfortaba y me planteé, por primera vez en mi vida, si realmente aquel hombre había robado mi corazón.

# Capítulo 15

## Meritxell

En aproximadamente media hora, Miguel se había presentado en el piso de Gonzalo. La policía nos había puesto en la puerta a los tres, ya que como favor nos habían dejado estar ahí para estar informados, pero al fin y al cabo era una investigación por asesinato y no podían permitir que estuviésemos toqueteando y dejando huellas nuestras por todas partes.

El inspector Alvarado corría como loco de un lado a otro de la habitación, con el teléfono en la mano. El fiscal estaba presionándolo para cazar al asesino, estaba cambiando su *modus operandi* y esto podía afectar gravemente a la resolución del caso. La amabilidad que solía transmitir se había ido al garete, su cara estaba completamente encendida y no paraba de gritar a los agentes.

—Por favor, Miki. —Se dirigió a Miguel. Supuse que debido a la confianza que tenía con mi jefe no lo había echado a patadas—. Te pido por favor que os vayáis, no puedo permitir que husmeéis por aquí. Es un caso importante y ahora en cierta forma os veis involucrados. No hagáis que cunda el pánico, te lo pido.

—¡¡Tony!! Una de mis mejores periodistas ha desaparecido con ese hombre, no me voy a despegar de vosotros hasta que me digáis que está a salvo.

Me sorprendí por lo que esto estaba afectando a Miguel y me alegró saber que tendría a alguien que me ayudaría a buscar a Ariadna. No había parado de llamarla en las últimas dos horas, pero no había forma.

La policía había localizado el número de teléfono de Gonzalo, y también lo tenía apagado, habían abierto una urgente investigación sobre él. Pero nada había, tenía un expediente completamente inmaculado. Estaban poniendo su casa patas arriba y lo peor es que habían pedido una orden de registro para el piso de Ariadna.

¡Dios mío! Los padres de Ariadna se habían mudado hacía años a Luxemburgo y ella no tenía familia aquí, yo era su amiga y ejercía de hermana. Aquel hombre bien podría no ser nadie, que todo fuese casualidad y que

simplemente estuviera relacionado con el caso por su unión —o exunión— a Vanessa Meyer. Pero ¿y si era un maníaco? ¿Si la había secuestrado? El pánico nublabla mi raciocinio y no sabía qué debía hacer. ¿Era muy pronto para avisar a sus padres? Sin duda les iba a dar un susto de muerte. Quizás mi amiga había ido a visitarlos con su nuevo novio, parecía que este iba en serio. Durante los últimos tres años, Ariadna no había estado con el mismo hombre más de tres días seguidos y con Gonzalo llevaba mucho tiempo.

Jordi se había sentado en las escaleras de acceso al piso y parecía estar tecleando algo en su portátil. Miguel volvió a mi lado, algo pálido, y me pidió que lo acompañase. Mi compañero se quedaría tomando anotaciones que prometió que más tarde me pasaría.

Así que me subí en el Honda Civic de color rojo de mi jefe.

—¿Se encuentra bien, señor Suárez?

—No, la verdad es que no.

—Intente mantener la calma, encontraremos a Ariadna sana y salva. Estaba pensando en telefonar a sus padres, por si ella había ido a presentarles a su novio. —Miguel me miró con una expresión un tanto extraña.

—Señora Borges, le pido que no me haga preguntas, pero voy a llevarla a unos sitios que sé a ciencia cierta que Ariadna suele frecuentar.

Cerré la boca y pensé en cómo Miguel podía tener esa clase de información, pero al fin y al cabo era periodista y nosotras sus empleadas. Así que hasta cierto punto me pareció lógico.

Desde las cuatro hasta las ocho de la tarde recorrimos lugares de lo más variopintos: pasando por bares, restaurantes, parques, hoteles... Por ninguna parte había rastro de mi amiga.

—Señor Suárez, creo que estamos sacando esto de contexto. Seguramente estará divirtiéndose con Gonzalo. —Él parecía estar más turbado que yo—. ¿Quiere usted tomar algo? Ha cogido muchos nervios, quizás le sentaría bien una infusión.

Miguel hundió la cara entre sus manos, cuando se destapó me pareció que había envejecido de repente.

—Tú no lo entiendes.

—No hay ninguna prueba de que Gonzalo sea el asesino, ni siquiera sería sospechoso si estuviese aquí, verdaderamente no encaja con el perfil... —Lo dije más por tranquilizarlo que otra cosa, puesto que no sabía absolutamente nada de aquel hombre.

Sonó su teléfono móvil y ambos nos sobresaltamos. Recé por un segundo

para que fuese Ariadna, aunque no tenía ningún sentido que telefonara a nuestro jefe. Tuve la esperanza de que se hubiera metido en algún lío de trabajo y solo él pudiera ayudarla.

—¿Qué ocurre? —Miguel escuchó durante aproximadamente un minuto algo que yo no pude entender desde donde me encontraba—. No te preocupes, Tony, no habrá problema. —Escuchó nuevamente—. Iremos a comisaría ahora mismo... Lo sé, lo sé..., no te preocupes, es tu trabajo.

Cuando mi jefe colgó la llamada, respiró hondo.

—¿Qué ocurre?

—El inspector Alvarado me ha pedido que no saquemos todavía la noticia de este último asesinato. Está intentando encajar piezas y ahora mismo no podría soportar a la prensa encima. Debe pensar estratégicamente cuáles serán los siguientes pasos que dará.

—Entiendo, aun así, dejaré todo el reportaje preparado esta noche. En cuanto usted me dé la orden, lo envío a imprenta...

—Otra cosa. —Me interrumpió—. Quieren interrogarte. Conoces a Ariadna y esta mañana estuviste con ellos. Necesitan saber más.

—Pero yo no sé más. —Palidecí de miedo. ¿Cómo diantres me había metido en este lío?

—No te preocupes, es simple rutina. Seguro que puedes decirles algo que resulte útil. —Asentí, no muy convencida, mientras él ponía en marcha el motor del vehículo—. Te acompañaré. ¿Quieres telefonar a Víctor y advertirle que vas a llegar tarde?

En lugar de llamar a mi esposo, tecleé un mensaje que no tenía claro cuándo leería. Era un auténtico experto en perder su teléfono móvil y que apareciese de pronto en sitios de lo más extraños.

Estuve en silencio todo el trayecto, pensando en todo lo acontecido durante el día. Saqué la pequeña libreta de mi bolso, donde no había dejado de apuntar todo lo que se me ocurría. Le eché un vistazo y agarré el bolígrafo dispuesta a aclarar mis ideas. Garabateé algo, hasta que el movimiento del vehículo, con la concentración de escribir, me provocó cierto mareo. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en la ventana, donde me quedé dormida durante diez minutos, hasta llegar a nuestro destino.

El inspector Alvarado y el agente Alexander Hernández se encontraban esperándome en una pequeña sala. Tenía la piel erizada por el frío y la boca seca por los nervios, aunque una sonrisa de aquel joven agente me transmitió algo de tranquilidad. Respiré hondo. Odiaba la comisaría, siempre me daban

pesadillas cuando pasaba por aquí.

Para cuando llegué a casa, Víctor estaba dormido. Me dirigí a la cocina a prepararme alguna infusión relajante mientras con el móvil en la mano no dejaba de telefonar a mi amiga, cuyo aparato seguía apagado.

—¡Maldita sea! ¡Pero dónde se habrá metido!

Decidí dejarle un nuevo mensaje en su buzón de voz, por si acaso no escuchaba alguno de los infinitos anteriores que le había dejado a lo largo del día.

# Capítulo 16

## Ariadna

Sin duda alguna aquel había sido el fin de semana más bonito y romántico que había pasado en toda mi vida. Aunque siempre había jurado que no dejaría que ningún hombre traspasara mi pecho y llegara a mi corazón, él lo había conseguido. No sabía cómo ni cuándo, pero me había enamorado de aquel chico, de nada serviría ya negarlo.

Me daba pena abandonar aquella casita rural en la que habíamos pasado dos días desconectados del mundo. Me acerqué por detrás a Gonzalo, que metía las últimas prendas de ropa en la maleta, y lo abracé.

—Te quiero, Gonzalo.

Aquel atractivo hombre se giró sobre sí mismo, me ofreció una seductora sonrisa y me compensó con un beso en los labios.

—Te quiero.

Estuve todo el camino muy callada. Gonzalo se había ofrecido a llevarme hasta Santa Catalina, tenía allí una casa que le habían entregado para su venta y que podía utilizar los días que hicieran falta. Quería pedirle que se quedara conmigo durante la semana que, como mínimo, debía pasar allí para mis investigaciones sobre el violador que me había encomendado Miguel. No quería que se alejase de mí, temía volver y que él ya no estuviese, que todo se hubiese terminado, que la magia se hubiera volatilizado. No sabía cómo pedirselo, al fin y al cabo, era demasiado pronto, hasta yo lo sabía, aunque no había tenido una relación seria en mi vida. Algo me decía que engancharme de aquella forma no era bueno para ninguno de los dos.

Por algún motivo recordé la conversación del día anterior.

—¿Has roto hace poco con alguna novia?

—No sé si es lo mismo, pero estoy divorciado. —Me sorprendí, Gonzalo era muy joven y me sentí algo celosa de que esas manos y esos labios pertenecieran legalmente a otra mujer antes de haber llegado hasta mí—. Siento no habértelo dicho antes. Mi exmujer es una de mis socias de la inmobiliaria y lo que menos desearía en el mundo es que te sintieras celosa de

ella, pues estamos divorciados de mutuo acuerdo y somos grandes amigos.

—¿Hace mucho que estáis divorciados?

—Legalmente el divorcio apenas hace dos meses que lo tenemos. Aunque llevamos cerca de seis meses separados...

—No quiero alejarme de ti —le interrumpí.

—Cielo —sonrió—, acabamos de empezar una bonita relación. Lo menos que pretendo es alejarme de ti, ¿por qué iba a hacerlo?

—No me refiero a eso, quiero decir que no quiero que me dejes en esa casa hoy y desaparezcas, no te vayas.

Gonzalo me echó una sonrisilla de medio lado mientras paraba el coche frente a la casa donde pasaría los próximos días. Se me quedó mirando un rato e inexplicablemente yo sentía un fuerte nudo en el estómago que no me dejaba respirar con normalidad.

—Lo siento, preciosa, me encantaría. No me gusta dejarte sola aquí, sé que no conoces a nadie en Santa Catalina, pero tú tienes mucho trabajo que hacer y yo también. Si no has vuelto el fin de semana, vendré a verte.

Mi sonrisa se apagó, pero él tenía razón. Si se quedaba a mi lado yo no podría concentrarme en el trabajo, no podría despegarme de él y sería un auténtico desastre de artículo. Pasados unos segundos volví a sonreír y le di un largo beso.

—Llámame en cuanto llegues a casa —le pedí.

—Claro, cielo, no te preocupes. —Volvió a besarme antes de que me bajara de su coche. Esperó a que cogiera mi bolso y mi maleta de viaje y desapareció carretera abajo.

Suspiré antes de volverme. Aquella no era una casa cualquiera, que un desconocido quisiese vender. Era enorme, su fachada parecía recién pintada en tonos ocres y marrones. El aluminio de puertas y ventanas parecía completamente nuevo. Una vez pasada la verja de entrada, pude observar un pequeño jardín donde se encontraba un columpio frente a un auténtico arsenal para barbacoas.

Disponía de un garaje. Tres escalones separaban el camino de la puerta principal de entrada a la casa. Mi asombro no disminuyó al pasar dentro. Cuando Gonzalo me dijo que tenía un sitio donde podría quedarme unos días para no tener que costearme un hotel, pensé en una casucha abandonada en mitad de la nada, donde tendría que dormir a ras del suelo o algo así... Estaba realmente equivocada, no le faltaba un detalle al gran salón que había frente a mí. En una primera ojeada vi un televisor colgado en la pared frente al sofá



más grande que yo hubiese imaginado en mi vida, de color verde, al igual que las cortinas que cubrían la ventana del iluminado salón.

A mano derecha se encontraba un acceso a una cocina completamente equipada, donde había una mesa de comedor para unos doce comensales. Hacia el lado izquierdo había unas escaleras que daban al piso superior, en el que había varias habitaciones, entre ellas, una donde una enorme cama apenas ocupaba la cuarta parte de la estancia, y había un pequeño lavabo dentro.

Para mi sorpresa, al fondo del pasillo había un gran cuarto de baño equipado con una bañera de hidromasaje... ¡Madre de Dios! ¿No podría quedarme a vivir en aquel sitio por el resto de mis días? No quería marcharme ni ese día, ni en una semana, ni probablemente en años. Era el sitio más bonito que hubiese visto en mi vida.

Bajé hasta la cocina y comprobé con cierta decepción que la nevera y la despensa estaban vacías, lógico por otra parte ya que allí no vivía nadie. No encontraba mi teléfono a primera vista, supuse que Gonzalo lo había metido en mi maleta de viaje. Sin embargo, encima de una pequeña mesa del salón encontré un listín telefónico, increíble que todavía existieran esas cosas. Busqué rápidamente una empresa de alquiler de coches, que anoté en un trozo de papel.

Coloqué unas cuatro mudas que había elegido para los días que pasase en Santa Catalina, con un par de zapatos de un tacón inigualable..., debí coger otro par más cómodo para trabajar esos días, pues tenía claro que no me quedaría más remedio que patear calles..., ya me compraría alguno.

Quitó los productos de aseo que había traído conmigo y saqué la ropa sucia que había usado durante el fin de semana para meterla en la lavadora en cuanto volviese de comprar detergente del supermercado, si es que encontraba alguno. En aquella maleta no quedaba nada más.

Volví a bajar las escaleras y cogí mi bolso, que vacié completamente encima de la mesa de la cocina... Ni rastro del móvil, no podía creerme que hubiese dejado el teléfono en la maleta de Gonzalo, o peor, en la casa rural.

Me dirigí al maletín del portátil y el cargador del teléfono se encontraba en un bolsillo interior, pero el móvil en sí no estaba allí. Tampoco estaba el módem USB para el portátil, pero no estaba segura de haberlo cogido en casa.

—¡Magnífico! —ironicé.

Agarré el bolso, me aseguré de poner dentro las llaves de aquella casa y me di una vuelta por el resto de la estancia hasta que llegué al garaje. Había una moto aparcada con la llave puesta, parecía haber una nota colgada del

manillar:

«Gonzalo, como me pediste he mandado traer tu moto. Me debes treinta pavos por el trayecto de la grúa. Un abrazo, Vanessa».

No había cogido una moto en mi vida, pero supuse que podía aprender. Gonzalo lo había preparado todo para que no necesitase absolutamente nada, en cuanto hablase con él aquella noche se lo agradecería... pero ¡¡cómo iba a hablar con él!! No tenía mi teléfono y no recordaba su número de memoria... Suspiré decepcionada, imaginé que él no se daría cuenta de que había dejado mi teléfono atrás y hasta el fin de semana no podría acercarse a verme.

Me subí encima de aquel trasto después de ponerme un casco de color negro que había colgado en el manillar. Salí del garaje con aquel inestable vehículo en busca de un supermercado donde poder surtirme, estaba hambrienta. Además, necesitaba encontrar algún sitio donde comprar un teléfono y un módem nuevo para mi ordenador.

# Capítulo 17

## Meritxell

**A**brí los ojos y noté que tenía los brazos inmovilizados. Estaba completamente oscuro, pero podía intuir que una cuerda rodeaba mis manos apretándolas demasiado, sentía un horrible hormigueo que me había despertado.

Tenía un fuerte dolor de cabeza y mucho frío, pude advertir que estaba completamente desnuda. Intenté forzar la vista para averiguar dónde me encontraba.

—¿Hola? —Pensé que había gritado, sin embargo, no fue más que un susurro lo que salió de mis labios.

En el acto se encendió una luz. Estaba en un apartamento desconocido, encima de una enorme alfombra de color negro que olía a perfume, perfume de hombre, un aroma embriagador. Con manos y pies atados no podía mover un ápice de mi cuerpo.

Vi llegar a aquel chico que acababa de conocer hacía apenas unas horas en un bar, no recordaba bien su nombre, quizás era Esteban, Ezequiel, Samuel... no lograba acordarme. Me sonrió y se aproximó, se tumbó detrás de mí y acarició mi pelo mientras acercaba su boca a mi omoplato, donde sentí que mordía suavemente mi piel dejando pequeñas marcas por toda mi espalda hasta llegar a la altura de mi cintura. Giró mi cuerpo hasta que me quedé boca arriba, se las ingenió para abrir mis piernas a la altura de los muslos aun teniendo los tobillos amarrados y noté cómo mordía muy suavemente mis piernas, hasta llegar a mi ingle.

Sus manos se aventuraron a explorar mi sexo y pronto su boca aterrizó junto a ellas..., por momentos su lengua se movía rápidamente y de pronto aprecié suaves mordiscos alrededor de la zona haciéndome gemir sin control. Mi clítoris palpitaba abultado, completamente empapado, quería más y más.

No podía hablar y tampoco gemir o gritar, cerré los ojos muy fuerte, pues, aunque su lengua acariciaba de una forma suave, sus dientes cada vez presionaban más y más, no entendía cómo pero sentía placer y dolor al mismo

tiempo.

Quería que siguiera y al mismo tiempo mi lado racional me pedía que huyera de ahí lo antes posible.



Oí mi teléfono móvil y salí de aquella horrible alucinación. Pensé que todas aquellas pesadillas habían tocado a su fin, pero evidentemente estaba equivocada. Esos sueños seguían perturbándome, haciéndome sudar, acelerando mis latidos, empapando mi entrepierna, haciéndome sentir desconcierto y terror al mismo tiempo.

Tenía que asimilarlo. No se difuminarían porque sí, no desaparecerían, seguirían torturándome noche tras noche mientras dejara que el miedo siguiera dirigiendo mi vida.

Me costaba reaccionar, oía el teléfono, pero no alcanzaba a cogerlo. Agité la cabeza, intentando borrar esa efigie de mi mente.

Por fin alcancé el aparato.

—¿Diga?

—Meritxell, soy yo, llevo casi media hora llamando a la puerta de tu casa.

¿Se puede saber dónde te has metido?

—¿Jordi? —Mi cuerpo tembló.

—¡Sí, soy yo! ¡Quieres espabilar!

—Disculpa, Jordi, me he quedado dormida. Enseguida te abro la puerta.

—¿Dormida? ¿Tienes idea de qué hora es? ¡Meritxell! ¿Tienes idea acaso de lo importante que es esto?

—¡Dios, Jordi! ¡No me sermonees! Enseguida salgo.

Colgué la llamada sin dejarle tiempo a responder. Ya había dejado de temblar, lo que me había mantenido turbada, pegada a las sábanas, no era más que una pesadilla y mi compañero de trabajo esperaba por mí para poder continuar con un reportaje en el que me había ayudado mucho debido a que yo, y tan solo yo, se lo había pedido. Aunque me empezaban a dar miedo las reacciones de mi cuerpo cuando él estaba cerca.

Tenía la sensación de haber perdido unos minutos. Estaba distraída. También excitada. ¿Por el sueño o por Jordi? No era momento para averiguarlo tampoco. Suspiré, me apresuré a colocarme las zapatillas y fui a abrirle la puerta a un boquiabierto Jordi. Para cuando pude averiguar el porqué de su expresión, era tarde para tapar aquel escueto y transparente pijama carente de ropa interior debajo. Mis mejillas se encendieron como dos hogueras, recé para que pronto se fijara en mi cabello alborotado y el horror no le permitiera mirar a ningún otro sitio.

—Pasa, Jordi, lo siento, aún estoy dormida. En cinco minutos estaré lista.

Jordi me observó atentamente antes de entrar. Traía algo en una pequeña bolsa de papel, que resultó ser un par de deliciosos donuts rellenos de chocolate.

—Lo siento, estaban calientes hace media hora, cuando llegué. —Me dio dos besos antes de pasar. Sus mejillas, completamente congeladas por el frío de una gris mañana, se habían ruborizado tanto como las mías.

—Necesito una ducha, ¿te importa esperar un poco? Víctor no está, si quieres puedes ver la televisión en el salón. Enciende la calefacción si te apetece, estás congelado.

Cerré la puerta y subí las escaleras antes de que pudiera contestarme. Me dirigí a la ducha y cerré los ojos bajo el agua caliente que caía sobre mi cabeza. Intentaba asimilar todo lo ocurrido durante el día anterior. Me sentía nerviosa, extraña, seguía sin recibir noticias de Ariadna y no paraba de darle vueltas al asunto. Recordé la terrible pesadilla de hacía tan solo un rato, no entendía cómo podía soñar algo tan macabro y mezclarlo con escenas de

auténtica pornografía. Pensé en Jordi, con sus mejillas ruborizadas, su olor embriagador, sus labios rozando mis mejillas, su cuerpo acercándose al mío provocando que un escalofrío me recorriera. Pensé, también, que casi me había visto desnuda y que parecía no haberle desagradado la imagen, sorprendido sí, molestado no. Me sentí culpable por notar cómo mi sexo palpitaba exigiéndome atención, cómo me humedecía y mi clítoris se abultaba. Víctor. Pensé en Víctor... Y también pensé en que hacía muy poco que conocía a Jordi, pero que pasábamos mucho tiempo juntos en el trabajo, me ayudaba continuamente. Me caía bien y me gustaba no estar sola frente a todo el caos de sangre y asesinatos, que realmente no estaba hecho para mí. Era guapo. Sexi. Simpático... Simplemente estaba dejando a mi mente volar, eso no era malo, ¿no?

Intenté apartar mis pensamientos de él y Ariadna vino a mi mente. Estaba preocupada por ella y al mismo tiempo desconcertada, pues no comprendía cómo este puesto había logrado alejarme tanto de ella en apenas unas semanas.

Oí unos golpecitos en la puerta del baño, justo cuando salía de la ducha.

—Meritxell, ¿te has quedado dormida ahí dentro? Llevas casi veinte minutos.

—Disculpa, enseguida salgo. —Había perdido la noción del tiempo bajo el chorro de agua caliente que reconfortaba mi piel, desde luego tenía un día tonto.

—¿Tienes otro lavabo? Necesito entrar.

—Tranquilo, ahora mismo termino.

Me sequé el cabello y le pasé un cepillo rápidamente. Rodeé mi cuerpo con una toalla después de rociarme con mi perfume favorito. Di una ligera y rápida capa de maquillaje al rostro que el espejo me ofrecía y abrí la puerta, a punto de gritar para avisar a Jordi de que ya podía pasar, pero él estaba justo frente a mí, apoyado en la pared, con las manos cruzadas en el pecho.

Recorrió mi cuerpo con la mirada, dejándome completamente abochornada.

—Pensé que estabas en el salón —mascullé tímida.

No respondió. Se acercó para pasar al lavabo y me aparté para que pudiese entrar.

—Qué bien hueles —dijo girándose hacia mí.

—Acabo de ducharme. —Sonreí volviendo a ruborizarme.

Jordi se acercó, impregnándose del olor de mi cabello. Se apartó, su mirada se centró en mis ojos, pero pronto se deslizó hasta mi boca.

—Estás preciosa —logré entenderlo a pesar del tono inaudible en el que lo

había pronunciado.

Se acercó aún más y rozó mis labios con los suyos, haciendo que una descarga eléctrica recorriera toda mi columna vertebral.

Lo aparté.

—Yo... Jordi, no puedo, lo siento.

Temblé. Temblé mucho porque lo deseaba con cada poro de mi piel, pero no estaba bien, aquello no era correcto. Yo quería a Víctor, estaba enamorada de él, lo había estado desde que nos conocimos tantos años atrás. Nunca había pensado en otro hombre que no fuera él, en otros labios besándome, en otras manos recorriéndome. Y no era el momento para empezar a hacerlo, con un chico al que acababa de conocer, un chico que tenía un cartel que rezaba «problemas» en su frente. Jordi era irresistible, pero no era para mí.

—Lo sé...

Agachó la cabeza, turbado, enrojecido, avergonzado... al menos eso parecía. Igual simplemente estaba frustrado por querer más y entender a la perfección que no lo tendría.

Al fin me aparté del todo y caminé con la cabeza gacha hacia mi habitación, concentrándome en que el temblor de mis piernas no me hiciera trastabillar. Tuve que tomarme un segundo, me senté en el borde la cama y respiré hondo. «Has hecho bien —me dije—, es lo correcto. No merece la pena dejarse llevar por un poco de sexo. No en tu situación», recapacité. Los latidos de mi corazón se fueron apaciguando. Mi piel se había puesto completamente caliente y notaba la sangre apelotonada en mi cara, calentando mis mejillas y en mi entrepierna, convulsionándose de forma involuntaria, mojada, abultada, pidiéndome que me dejara llevar.

Cerré los ojos un instante y me vino la imagen de mis pesadillas a la mente, con ese chico con la cabeza enterrada entre mis piernas, pero esta vez era Jordi, Jordi bebía de mí, me recorría con su lengua, me penetraba con los dedos, me mordía con suavidad. Gemí. Gemí sin querer y sin poder evitarlo. Miré la hora. Dado mi estado más me valía resolver aquella calentura —yo sola obviamente—, pero no tenía tiempo, era demasiado tarde, condenadamente tarde. Agité la cabeza y me puse en pie dispuesta a vestirme para poder salir de casa de una vez.

Tiré la toalla al suelo y abrí el armario en busca de la ropa interior. Jordi tocó en la puerta de mi dormitorio y abrió sin darme tiempo a contestar. Me quedé clavada en el suelo, sin poder hablar, sin casi poder respirar. «No, no, no... —me repetí como un mantra—. No puede ser».

Se acercó despacio hasta mí.

—Meritxell, vine a pedirte disculpas, pero es que no puedo disculparme por... por desearte. Estás tan apetecible. Tan excitada. Hueles tan jodidamente bien.

Jordi se puso frente a mí, agaché la mirada, intentando evitar que percibiera en mis ojos todo el deseo que sentía acumulado, pero sin ser capaz de verbalizar una sola palabra para pedirle que se marchase por donde había venido, que volviera al puto salón, sentara el jodido culo en el sofá y esperara cinco minutos a que terminara de vestirme para poder salir de casa y respirar..., respirar aire que no estuviese intoxicado por esas ganas de que me lanzara sobre la cama y se clavara dentro de mí de una estocada. Su evidente erección me hizo gemir. ¡Joder! Gemí incluso antes de que rodeara mi cintura desnuda con sus brazos. Antes de que levantara con suavidad mi mentón con la ayuda de su mano. Gemí antes y lo volví a hacer en ese momento en el que sus labios chocaron con los míos. Su lengua quemaba, arrasaba dentro de mi boca con la poca voluntad que me quedaba, buscando la mía, acariciándome con su caliente humedad.

«No puedes, no debes...».

Su mano derecha viajó a mi nalga izquierda, aprisionándola, estrujándola y obligándome —obviamente, es un decir— a que me acercara aún más a él y notara el bulto de sus pantalones clavarse en un indeterminado punto de mi abdomen.

Quería apartarlo con todas mis fuerzas, no podía, no debía... Su boca indagó hasta mi cuello y su otra mano subió hasta mi pecho, pellizcándome el pezón, lo cual tuvo reacción directa con mi sexo. Por un momento pensé que me correría incluso antes de que me penetrase. Me empujó hacia la cama, hacia el borde y hasta ese instante no había sido capaz de poner resistencia a aquello, pero pensé en Jordi encima de mí, con mis piernas alrededor de su cintura. Lo imaginé introduciéndose dentro de mí, abriéndome a él, embistiendo con ímpetu, con ansias, con rapidez... y al abrir los ojos vi la fotografía de Víctor y mía, en nuestras primeras vacaciones juntos, abrazados sonrientes y felices frente al extranjero que amablemente se había ofrecido a retratarnos. Recordé ese día. Sus te quiero, sus besos, cómo hicimos el amor en el balcón de nuestro hotel. Víctor. Víctor lo era todo. Quería a Víctor. Esto no podía suceder.

Por fin la cordura pareció volver a su sitio y lo aparté, a pesar de las evidentes protestas de mi entrepierna, lo alejé de mí, al menos aparté sus



labios de mi piel, pues aún podía notar el calor de su cuerpo a través de su ropa sobre mi piel desnuda.

—No me hagas esto, por favor —le rogué.

—Lo siento —susurró en mi oído, y supe que no tenía ninguna intención de apartarse. Era lógico, él no tenía nada que perder, estaba abandonado al deseo, pero yo... Su lengua aterrizó en el lóbulo de mi oreja y volví a jadear a pesar de la suavidad de la caricia. Su sexo, más duro aún, se restregaba sin control por mi piel desnuda.

Me quedé sin palabras, me quedé sin respiración, pero seguí ofreciendo resistencia con mis manos, intentando luchar contra todos mis instintos.

Lo entendió, para mi alivio, al fin respondió a mi obstinación y se apartó, mordiéndose el labio inferior. Nos miramos un instante a los ojos, rogué para que se fuera, para que no me torturase más.

Pero Jordi sabía de mi lucha interna, lo leyó en mis ojos o quizás en el temblor de mi cuerpo. No sé cómo cojones lo supo o si simplemente probó suerte, pero volvió a besarme y no me quedó más remedio que hacer acopio de todas mis fuerzas para apartarlo esta vez con mayor decisión.

—Por favor, Jordi, ¡vete de aquí! —le exigí.

Salió de la habitación y me vestí corriendo, frustrada, excitada, atemorizada por todo. Me sentía ridícula por estar conteniendo las lágrimas. «No ha pasado nada, Meritxell. Tranquila, no ha pasado nada». Pero sí había pasado, aunque yo quisiera autoengañarme. El deseo por Jordi estaba ahí latente y apenas nos conocíamos, ¿qué ocurriría después de unas cuantas semanas más compartiendo espacio de trabajo y horas del día? Debía ser firme. Por mí. Por Víctor. Estaba casada, esa era mi realidad e iba a seguir siendo la misma. A Jordi apenas acababa de conocerlo hacía unos días y no podía permitir que ocurriera eso, aunque yo lo desease tanto como él, y tirar por la borda mi matrimonio.

—Lo siento, Meritxell, discúlpame, soy un estúpido —se disculpó palideciendo en cuanto me vio salir con lágrimas en los ojos— y un egoísta.

—No te preocupes. No me encuentro bien y estoy algo sensible, sabes que eso que querías no puede ser —sentencié molesta y tajante, como si yo no lo hubiera anhelado tanto como él—. Vamos, llegamos tardísimo al trabajo.

# Capítulo 18

## Ariadna

Había perdido tres horas dando vueltas por aquella ciudad hasta ir a parar a un pequeño centro comercial donde pude hacerme con un módem prepago para mi portátil y un móvil barato para pasar estos días.

Además, entré en una hamburguesería, donde di buena cuenta a un menú especial doble mientras ojeaba el periódico local; nada interesante que llamase mi atención. De camino hacia el aparcamiento vi una zapatería, donde compré un par de botas, altas, cómodas y preciosas, que me ayudarían a pasar la semana, y algunas prendas de vestir, pues apenas había traído ropa para el viaje, ya que cuando preparé la maleta pensaba más en mi fin de semana con Gonzalo que en otra cosa.

Llegué a la casa y tiré todos los bártulos encima del sofá, donde me senté después de encender la calefacción. Encendí el teléfono que acababa de comprarme e intenté hacer memoria del número de Gonzalo.

—¡Estos dichosos aparatos!

El día que conocí a Gonzalo había grabado su número de teléfono en mi móvil, por lo que nunca tuve necesidad de intentar memorizarlo. Pensé en llamar a Meritxell, pero tendría que darle explicaciones de dónde me encontraba. Seguro que estaba liadísima, Jordi la ayudaba así que no se daría cuenta de que yo no estaba cerca.

Me llevó aproximadamente dos horas averiguar cómo se instalaba aquel módem al ordenador, debía reconocerlo, era algo negada para la tecnología.

Me conecté a Internet e intenté buscar el número de teléfono de Gonzalo en la red.

Escribí: «Gonzalo Jiménez», pero me aparecían ciento setenta y tres resultados solo para nuestra ciudad. ¡No podía telefonar a ciento setenta y tres teléfonos preguntando por Gonzalo Jiménez, mi perfecto amante!

Intenté recordar el nombre de su inmobiliaria, pero era imposible, y sabía que había más de treinta en la ciudad. Salí al portal de la casa, buscando alguna pegatina o cartel de la agencia con un teléfono de contacto, pero no

había nada.

Móvil en mano me dispuse a telefonar a todas las agencias inmobiliarias que me aparecían en Internet. Sorprendentemente, en dos de ellas me habían dicho que Gonzalo Jiménez no se encontraba en estos momentos y en otra me pasaron a un tal Gonzalo Jiménez que, según cogió el teléfono, me ofreció una tremenda demostración de la tos más horrible que hubiera oído jamás y hablaba como si tuviese cien años.

Volví a telefonar a las dos anteriores, diciendo que necesitaba localizar a Gonzalo y que si me podían facilitar su número de teléfono móvil, pero la respuesta en ambas oficinas fue la misma: «Lo sentimos, pero los datos personales de nuestros empleados no podemos facilitarlos a los clientes». Así que intenté convencerlos diciéndoles que era muy importante, pero la respuesta seguía siendo la misma. Así que les dejé el número de mi prepago y mi nombre, con la esperanza de que le dieran el recado.

Me di por vencida, debía concentrarme en mi trabajo. Era crucial comenzar la investigación cuanto antes.

Telefoneé de nuevo al señor Rubén Cardona, el cual no contestó a mi llamada.

Cogí los últimos apuntes que había hecho y telefoneé a todas las víctimas. Elena Morales, Noelia Casado y Ángela Batista habían cambiado de número de teléfono. Yurena Santana no quiso saber nada de mí en cuanto, tonta de mí, le dije que trabajaba para *Redes*. Mi falta de experiencia me iba a jugar una mala pasada.

Rita Velázquez se ofreció a vernos media hora más tarde en el centro comercial, que era el único sitio que yo conocía.

Me calcé mis botas nuevas, vaqueros y una de las blusas. Fui hasta el cuarto de baño, donde di un repaso a mi maquillaje y adecenté los bucles de mi pelo, lo cual era inútil porque en cuanto volviese a ponerme el casco de la moto quedarían aplastados. Cogí la foto de Rita Velázquez y la metí en el bolso antes de salir de casa.

Mi cita con ella fue completamente agotadora, estuvo llorando desde que llegó sin darme ningún tipo de información. Dimos un paseo hasta el centro comercial y compré algunas cosas que necesitaba con la intención de calmar la congoja que se había instalado en ella.

La invité a una café para que se sentara conmigo en algún sitio y se relajara un poco. Intenté aparentar que no estaba a punto de un ataque de nervios para ver si cogía confianza conmigo y me contaba algo.

—No sé qué decirte, era de noche y me atacó en mitad del parque. Creo que acababan de dar las tres de la madrugada cuando miré el reloj por última vez. No lo vi bien, sé que agarró con fuerza mi garganta cortándome la respiración durante un minuto aproximadamente, mientras me arrastraba hasta donde él quiso. Me enseñó un afilado cuchillo y me dijo que si se me ocurría chillar me cortarían la lengua y acto seguido atravesaría mi estómago.

—¿Qué clase de voz tenía?

—No sé..., normal, diría que era un hombre joven... Ariadna, ¿por qué no hablas esto con la policía?

—¿Puedo serte sincera y seguirás ayudándome? —Mi interlocutora asintió —. Los casos de este violador están bajo secreto de sumario.

—¿Casos? —preguntó palideciendo.

—Sí, hay cinco víctimas más como tú, todavía están investigando, pero creen que el culpable fue el mismo agresor. —En ese momento decidí que iba a ahorrarme el detalle de que la última había sido asesinada, cuando, sin esperarlo, comenzó a llorar de nuevo. Igual me estaba faltando un poco de delicadeza.

—¿Cómo es que me entero por ti? ¿Cómo es que no han avisado a la ciudad para que estemos alerta?

—No lo sé, quizás lo tengan cerca y no quieran espantarlo —resolví a lo que ella asintió, al fin y al cabo, tenía sentido—. ¿Puedo preguntarte por qué estabas sola a las tres de la madrugada en un parque?

Mi interlocutora dejó de llorar en el acto y me miró incrédula.

—Pero ¿qué clase de periodista eres tú?

—Pues, una de Eventos, supongo. —Suspiré resignada. No estaba sacando nada en claro de todo aquello más que gastar clínex como una loca.

—¿De eventos?

—Es largo de contar, pero intento ayudar. No soy policía, pero cualquier ayuda es poca para cazar a un depravado así.

—Yo te cuento mi historia si tú me cuentas la tuya.

Me encogí de hombros, ¿qué podía perder? Me olvidé del café que tenía delante y pedí un par de cervezas, quizás con un poco de alcohol mi acompañante se relajara aún más.

Le relaté brevemente que llevaba unos años cubriendo eventos. Le conté cómo habían ascendido a Meritxell, dejándome sola en aquel cutrepuesto que yo odiaba, aunque no era culpa de mi amiga. Ella ni siquiera quería trabajar en Sucesos, al fin y al cabo, tenía más experiencia que yo. Después de una media

hora había terminado de relatar mi historia, obviando todo lo que tenía que ver con mi relación «preferente» con Miguel.

—Soy prostituta..., bueno, quiero decir, era.

—¿Prostituta?

—No me juzgues. Ese tipo no tenía ningún derecho, me atacó en mitad de la noche cuando volvía a casa, probablemente no sabía a qué me dedicaba. Amenazó con matarme, me violó, intentó asfixiarme y luego se divirtió haciéndome marcas con ese cuchillo por el pecho.

—Lo siento, Rita, en ningún momento te juzgo. No me lo esperaba, eso es todo, pareces...

—¿Normal? Sí, lo soy..., siempre lo he sido, me busqué la vida como pude. La verdad es que no me apetece contarte cómo llegué hasta ahí, pero la noche que me violaron fue mi última noche en la calle.

—¿Podría ver las cicatrices de las marcas?

—¿Aquí?

—No, si quieres podemos ir al baño o, si estás más cómoda, vamos a la casa donde me hospedo estos días.

Rita me miró con recelo, pero finalmente aceptó.

# Capítulo 19

## Meritxell

Cuando llegamos a la oficina vimos que el inspector Alvarado y el agente Alexander se encontraban con Miguel en su despacho. Mi jefe me vio a través de la cristalera y me hizo señas para que pasara.

—Señora Borges y... —Miró una ficha que tenía encima de la mesa—. Señor Ocampo, pasad. Sentaos, por favor.

Jordi me miró preocupado antes de ocupar el asiento a mi lado.

—¿Hay noticias de Ariadna? —pregunté muy bajito, casi no quería saber la respuesta. ¿Qué hacían estos agentes allí? ¿Por qué aún no sabíamos nada de mi amiga? ¿No la estaban buscando?

—No, lo siento, pero no. El inspector Alvarado y el agente Alexander Hernández llevan esperando aquí unas horas. Me han pedido nuestra colaboración y yo les he dicho que por nuestra parte no habría ningún problema.

—¿Nuestra colaboración? ¿En qué podemos ayudarles nosotros?

—Este caso no vamos a airearlo por el momento. —Empezó a hablarme el inspector Alvarado—. Es importante no asustar al causante de los crímenes. No tenemos nada y necesitamos estudiar todo esto antes de dar un paso en falso.

—Sigo sin entender en qué podemos ayudar nosotros.

—Meritxell —prosiguió el inspector—, es usted una gran investigadora, lo sé a ciencia cierta y necesito que me eche una mano. Voy a enviar a Alexander fuera, hemos localizado un pago con tarjeta de Gonzalo Jiménez en una gasolinera de otra ciudad.

—¿Dónde? ¿Debo ir con él?

—Eso no importa y, no, no irá con él. Le pido que me ayude a mí aquí —me solicitó el inspector Alvarado.

—Pero, inspector..., yo no soy policía, soy periodista. Hasta hace un par de meses cubría galas, fiestas, preestrenos...

—Señora Borges, por favor —me cortó mi jefe—, no se menosprecie.

—¿En qué puedo ayudar yo? —preguntó Jordi.

—Necesito que por el momento cubras su puesto en Sucesos, cualquier dato que se pueda publicar y ella te comunique, deberás redactarlo y hacérmelo llegar antes de enviarlo a imprenta.

—Hecho —dijo resuelto y sonriente mi compañero.

—¡Esto es de locos! —protesté—. Estamos ante varios casos de un asesino en serie. Apenas pude ver unas fotos relacionadas con la investigación, lo que he pagado muy caro con unas terribles pesadillas. Mi mejor amiga está desaparecida, junto con ese hombre que no sé si de pronto se ha convertido en sospechoso. ¿¿Alguien puede entender que esto no es lo mío?!

—Vimos las fotografías que hicisteis en el escenario —intervino tímidamente el agente Alexander.

—¡La mayoría no las hice yo! Son obra de Jordi.

—¡Meritxell! —Mi jefe elevó la voz—. Ya está bien de protestar y de tonterías. No puedo enviar al nuevo a ayudar a la policía.

—Pero es cierto...

—Ni una palabra más. ¿Tiene algo que decir, señor Ocampo? —cuestionó Miguel mirando esta vez a mi compañero.

—No. Completamente de acuerdo con usted. —A Jordi parecía divertirse todo aquello y a mí no me hacía ni puñetera gracia.

—Pues no se hable más —resolvió dirigiéndose a mí—. Por favor, escuche lo que Tony tiene que decirle.

—Las fotos que hizo son muy buenas —prosiguió el inspector mirando hacia mí, como si no hubiese escuchado una palabra de lo que había dicho en el último minuto—. Y vimos un pequeño detalle que hasta ahora se nos había escapado.

Alexander sacó unas fotos de un dossier y me las tendió. Eran fotos de unas pequeñas marcas blancas que parecían cicatrices situadas en el pecho de la víctima. No recordaba haber tomado esas fotografías, no eran obra mía, yo ni siquiera me había acercado al cadáver de aquella mujer. Abrí la boca en señal de protesta, pero una mirada asesina de Miguel me hizo volver a cerrarla.

Me parecía muy injusto quedarme con un triunfo que no era mío, Jordi era muy cuidadoso en su trabajo y lo había demostrado. Merecía el puesto de Sucesos más que yo y seguramente también lo deseaba más. No entendía entonces por qué parecía tan contento.

—¿En qué pueden ayudaros esas fotos? Son unas simples cicatrices. Son muy comunes cuando te quitan pequeños quistes en el pecho, yo misma tengo

unas marcas iguales.

Desabroché sin pensar tres botones de mi blusa y dejé lo suficiente al descubierto para que pudieran observar mis marcas. No me ruboricé hasta que me di cuenta de que estaba casi enseñándoles las tetas a cuatro hombres que me miraban boquiabiertos. Volví a abrocharme los botones después de que el inspector Alvarado se acercara a observar con detenimiento.

—No parecen iguales. Por favor, Meritxell, fíjese en esta fotografía. Estas marcas son irregulares y no parecen para nada hechas con un bisturí.

—¿Por qué tienen tanta importancia? Están cicatrizadas, no pudo hacerlas su asesino.

—No tiene ninguna lógica que sigamos hablando de esto aquí, venga conmigo a la comisaría. Voy a dejar a Alexander en el aeropuerto, el inspector Cardona lo espera.

Me resigné, de nada servía oponerme a todo aquello, nadar a contracorriente...



# Capítulo 20

## Ariadna

Llegamos a la casa y Rita parecía tan asombrada como lo estuve yo en el momento en que vi aquella especie de chalet.

—¿Vives aquí?

—Más quisiera, es solo un préstamo de un buen amigo. Ponte cómoda, por favor.

Estuvimos charlando buena parte de la tarde y tomé algunas notas, esquematizando en pocas líneas todo lo que Rita me había contado, destacando la descripción del tipo, de altura media y aspecto corpulento —no gordo—.

Documenté, tras su permiso, las marcas que tenía sobre el pecho, aquellas pequeñas cicatrices que, con el tiempo, habían tomado un color blanquecino disimulándose y adaptándose al tono de piel de mi acompañante.

Las examiné, parecía que el agresor quiso hacer un dibujo con las marcas, quizás un círculo o un óvalo, pero no sabía qué representaba.

Cogí la tarjeta de la cámara y pasé las fotos al ordenador, para observarlas a pantalla completa, pero seguían sin decirme nada. Intenté buscar bases de datos sobre símbolos satánicos que era lo único que se me ocurría en ese momento, pero eran infinitas las imágenes que aparecían frente a mí y nada que se pareciera a aquellas pequeñas y simples marcas.

Resoplé, seguía sin tener nada. Rita había estado todo el tiempo muy callada, pensativa..., supuse que intentando no recordar todo lo que aquel pervertido le hizo pasar.

—¿Ya has hablado con las otras chicas? —preguntó finalmente, mientras cogía una taza de café que acababa de tenderle. Necesitaba cafeína urgentemente y supuse que ella también.

—No las localizo, tres de ellas no conservan el mismo número que la policía facilitó a mi jefe y otra no quiere hablar conmigo.

—¿No éramos seis víctimas?

—Sí, es que..., bueno, Rita, quizás no debería contártelo, al fin y al cabo, meter las narices en todo esto es casi un delito por mi parte, pero... tienes

derecho a saberlo. A la última víctima la mató, supongo que por eso tanto secretismo, están investigando antes de hacer nada que pueda perjudicar el caso.

Se le desencajó la cara y vi asomar de nuevo lágrimas en sus ojos. Recé durante un segundo para que no se pusiera de nuevo a llorar desconsoladamente. Yo la entendía, entendía que todo aquello le dolía, pero era sumamente incómodo, no sabía cómo consolarla y a mí no me ayudaba en absoluto a averiguar nada, ni siquiera a saber cuáles serían los pasos más adecuados con los que continuar.

—Quiero ayudarte —sentenció decidida, pasando el dedo índice por la comisura de sus ojos para evitar que las lágrimas volvieran a caer mejillas abajo.

—Ya, pero con lo que recuerdas y lo que yo sé no tengo nada.

Así era y aquello me enfadaba y me desesperaba a partes iguales. Miguel me había dado un reportaje que debía investigar, del que no se sabía nada debido al secreto de sumario, del que no se podía decir absolutamente nada por la misma causa... En fin, empezaba a plantearme que Miguel lo que quería era apartarme unos días, o incluso semanas, de su lado. Estaba cantado, volvería al Departamento de Eventos en un santiamén.

—En serio, quiero ayudarte a encontrar a las otras víctimas. Tengo un contacto en el ayuntamiento, quizás pueda comprobar su base de datos a ver si siguen viviendo en Santa Catalina.

—Pero eso sería ilegal, dudo mucho de que alguien que trabajara para los servicios públicos te facilite ese tipo de información, podría caérsele el pelo. Es imposible —resoplé ofuscada.

—Bueno, pero él es de confianza, es mi marido.

—¿Tu marido? Pensé que... —Y no fui capaz de terminar la frase, ¿qué iba a decirle? ¿pensé que eras prostituta? Delicadeza cero.

—Cuando me pasó lo del parque, dejé la prostitución e intenté rehacer mi vida. —No había que ser muy listo para saber lo que se me estaba pasando por la cabeza y decidió explicarse antes de que yo me atreviera a verbalizarlo y se sintiera más incómoda de lo que estaba en ese momento—. De pronto apareció, él y yo éramos amigos en nuestra infancia y, circunstancias de la vida, hoy es mi marido.

—Vaya... Debe ser discreto al cien por cien..., por favor, Rita, me juego mi puesto de trabajo.

—Confía en mí. Te llamaré mañana por la mañana y tendrás todo lo que

pueda conseguir. Facilítame los datos de esas chicas.

Sonreí, por primera vez veía una luz al final del túnel, esto me podría ayudar a esclarecer algo de todo aquello.

—Muchas gracias.

—¿Puedo confiarte algo? —Asentí, antes de que siguiera hablando—. Ariadna, yo creo que la policía no está investigando este caso, al menos no el mío. Cuando supieron que yo era prostituta, se despreocuparon totalmente. No me hicieron preguntas, no intentaron averiguar más, aunque sacaron fotos de las marcas, ni siquiera me hicieron el test de agresión sexual por lo que no pudieron obtener el ADN de aquel desgraciado.

Me quedé helada, porque no me parecía lógico. ¿Cómo podía ser posible? Era prostituta, vale, pero no dejaba de ser una violación.

—Eso es imposible Rita, seguro que estás confundida —verbalicé lo que pasaba por mi mente en esos momentos.

Miré a aquella mujer, parecía una chica completamente normal y corriente. Bien peinada y maquillada, vestimenta adecuada, no parecía drogadicta, no había marcas en sus brazos y en su cara no había huellas de drogas o alcohol... ¿Por qué la policía se había negado a investigar su violación? Estuvieron a punto de matarla, la torturaron...

—No lo estoy, Ariadna, te lo aseguro, por eso quiero ayudarte. A lo mejor hay otro caso como el mío y entre nosotras podemos dar más detalles para localizar a nuestro agresor.

—Eres muy valiente, Rita. Muchas gracias.

—Ahora tengo que irme a casa, mañana por la mañana tendrás noticias mías. Descansa, parece que te hubiese pasado un tractor por encima.

Sonreí, era una frase que solía usar Meritxell cuando estaba cansada y de pronto extrañé a mi amiga como si no la hubiese visto desde hacía semanas, pero aún no podía llamarla, debía respetar las órdenes de Miguel, que me dolían, me molestaban, pero las entendía.

Meritxell era la periodista más entregada y trabajadora que conocía, había muchas cosas que hacía que no lograba entender, como el hecho de aferrarse a un puesto de trabajo mediocre que no le permitiría crecer en nuestra profesión. También el hecho de que estuviera casada y llevara una vida tan diferente a la mía. Era tan joven como yo, o yo tan mayor como ella, pero nuestras rutinas se parecían como un huevo a una castaña.

Pensé en Víctor, era un buen tío, y también en Jordi, ese era un peligro público de aspecto angelical que esperaba que no le trajera problemas a mi

amiga, había visto cómo se miraban esos dos, no era estúpida. Meritxell siempre había tenido dos dedos de frente; por su bien, más le valía que continuara siendo así a pesar de que yo no estaba cerca para hacer de voz de la conciencia con ella.

# Capítulo 21

## Meritxell

El inspector Alvarado me llevó hasta una sala de la comisaría donde me dirigió a una pizarra en blanco, tendió un rotulador hacia mí y me dijo que necesitaba unos ojos nuevos.

—Por favor, Meritxell, todo lo que hablemos aquí no debe salir de estas paredes. Este es un caso confidencial y necesito resolverlo. Si esto sale bien, la ayudaré en todo lo que necesite, ahora y en un futuro, para su puesto en el Departamento de Sucesos de *Redes*.

—¿Qué pasa con mi amiga Ariadna?

—Tengo un agente en ello, al mínimo movimiento la detectaremos. Hemos intentado localizar su teléfono móvil, pero aparece apagado. El coche está en el garaje de su casa y por el momento no ha usado sus tarjetas.

—¿Y Gonzalo?

—Ni rastro. Pero necesito que se centre, por favor, mire estas fotos. Deje que mis agentes se ocupen de encontrarlos. Seguramente continuarán con su escapada romántica, no le dé más vueltas al asunto. Gonzalo no tiene antecedentes de ningún tipo y por el momento no lo consideramos sospechoso de nada, pero es cierto que necesitamos localizarlo para poder averiguar más de Vanessa y de su entorno.

Lo miré resignada, no entendía cómo me había metido en todo ese jaleo... ¡Dios! Yo no quería jugar a policías, no me gustaba todo aquello, nunca me había sentido cómoda en la comisaría y aquel día no era diferente. Me miré de soslayo en el espejo, tenía un aspecto horrible. Unas oscuras formas se habían extendido por mis párpados inferiores, hundiendo mis ojos azules en toda una tez pálida y de aspecto fatigado. Mi pelo se había convertido en una maraña, costaría desenredar todo aquello. No había tenido tiempo de pasarme la plancha esa mañana y no lucía como solía hacerlo por norma general.

El inspector Alvarado se dio cuenta de que me estaba mirando en el espejo y sonrió antes de tenderme una carpeta con unas cien fotos, organizadas por víctimas. Supuse que las habían hecho antes de que el forense hubiera

realizado la autopsia.

—¿Qué estamos buscando?

—Yo ya he buscado, he digitalizado las fotos de cuerpo completo y he ampliado todo lo que podía las imágenes. —Me tendió un sobre con unas pocas fotografías. Se veían unas cicatrices en el pecho iguales que las de Vanessa Meyer.

—Son iguales que las de la víctima de hoy, pero... ¿cómo es posible? Ya están cicatrizadas.

—Hemos buscado todos los expedientes de las víctimas del Asesino del Mordisco, y resulta que todas tienen las mismas marcas excepto Bibiana Cárdenes. No nos habíamos percatado hasta ahora porque ocurrió en otra ciudad, pero una de estas chicas fue víctima de violación en Santa Catalina hace algunos años. Tememos que, por esas marcas tan parecidas, tanto Marisol como Vanessa también lo fueran en su momento.

—¿Qué?

—Sí. Es como si el asesino fuera en busca de las víctimas que alguien, todavía no hemos decidido si es la misma persona, había violado. Por eso ha ido Alexander hacia allá, queremos corroborar allí con el inspector Rubén Cardona los expedientes de estas chicas.

—Esto se extiende demasiado. —Fue lo único que pude decir. ¿Qué esperaban que hiciese yo? No era más que una periodista, yo nunca había imaginado verme inmersa en una investigación criminal, y mucho menos de estas dimensiones. Además, no podía pensar, mi amiga no estaba... Recordé un instante nuestra conversación del día anterior—. ¿Ha dicho usted Santa Catalina? —pregunté palideciendo aún más.

—Así es.

—Dios mío.

—¿Qué ocurre, Meritxell?

—Ayer, cuando vi a Ariadna en la cafetería, estaba buscando información de esa ciudad. Me comentó algo de que quería llevar a Gonzalo a un sitio romántico, a algún balneario o algo así..., pero no sé si esa era idea suya o de él.

El inspector apuntó algo en un papel y descolgó el teléfono que había en la sala.

—Alexander, soy el inspector Alvarado. Por favor, escucha atentamente. Ariadna y Gonzalo planeaban ir a Santa Catalina por unos días. Averigua si están en algún hotel, residencia, hostel, o si tienen allí algún familiar que los

haya podido hospedar... Búscalos por todas partes y, si es necesario, pídele colaboración al inspector Cardona.

No oí lo que dijo Alexander, pero al segundo ya había colgado el teléfono. Esta vez se dirigió a mí.

—Tranquila, Meritxell, la encontraremos.

Asentí y me quedé mirando largo rato las fotografías, todas las cicatrices sobre el pecho tenían la misma forma, dibujaban una especie de círculo...

—A lo mejor es una idiotez, pero después de las miles de fotos que he visto, creo que estas marcas intentan emular un mordisco, ¿no le parece a usted? Es como si cada marca fuese un pequeño diente.

—¿Eso cree?

—Sí, fíjese... Yo no soy policía, ni nada que se le parezca. Pero yo diría que esto fue solo un ensayo o igual le daba miedo dejar rastros de saliva con los que pudieran dar con él, hasta que supo cómo borrar el rastro —dije señalando las marcas del pecho—. Luego volvió a acabar el trabajo, cuando estaba preparado para hincarles el diente.

—Llamaré al inspector Cardona, para ver si podemos conseguir algo más que una estos casos.

—¿Los perfiles de las víctimas son los mismos?

Sonó mi teléfono móvil.

—Disculpe, inspector, es mi marido... —asintió y me levanté y me aparté un poco de la mesa para hablar con él—. ¡Eh, cielo! ¿Qué tal? ¿Ocurre algo? —No era habitual que Víctor me telefonease en medio de la jornada laboral.

—¿Se puede saber dónde estás? No te he visto en los dos últimos días, no me contestas al móvil.

—Cielo, lo siento, no me di cuenta de que me habías llamado. Ahora mismo estoy en la comisaría de policía.

—¿En la comisaría? —preguntó asustado—. ¿Te has metido en algún lío?

—No, tranquilo... Bueno, más bien sí. Miguel Suárez me ha liado para que eche una mano a la policía con el caso del Asesino del Mordisco.

—¿No habías terminado ya el reportaje? —No podía averiguar si parecía molesto, sorprendido o ambas cosas.

—Ha habido otro asesinato.

—Pensé que ibas a pedirle a Miguel que te devolviese a Eventos. Yo sé que él cree que te hace bien, que esto para él es como un ascenso, pero es un ascenso que tú no quieres, tú prefieres vivir tranquila haciendo otro tipo de trabajo y, sinceramente, duermes mejor tú y yo también. No me hace gracia que

estés metiendo las narices en eso...

—Cielo, no puedo discutir esto ahora, estoy en la comisaría —lo interrumpí—. Estoy en una reunión. Ahora mismo no me queda más remedio que seguir adelante, es mi obligación, Víctor. Tengo que asumirlo.

—¿Por qué hay un jersey masculino en nuestro sofá?

—¡Víctor! ¿No me has escuchado? Ahora no tengo tiempo de discutir contigo. —Recordé a Jordi colándose en mi dormitorio, besándome y tocándome, y me sonrojé. ¡Mierda! Jodido becario que se había metido en mi cabeza para revolucionarlo todo. Agité la cabeza enfadada antes de seguir hablando—. Esta mañana fue a recogerme un compañero del trabajo —más me valía ser sincera. Todo lo sincera que era posible, dadas las circunstancias.

—¿Le dejaste entrar a casa?

—Claro, aún no me había terminado de arreglar y no lo iba a dejar en la calle. Fueron dos minutos, coger el bolso y peinarme —Miré de soslayo al inspector que simulaba no escucharme, algo que obviamente era imposible. ¿Desde cuándo Víctor era celoso? Jamás y nunca me había demostrado un atisbo de celos, pero, lo cierto, era que no tenía tiempo para averiguarlo en aquel momento.

—Entiendo y en esos dos minutos le dio tiempo a pasar por nuestro cuarto de baño. Estaba la tapa levantada.

¡Joder! ¡Mierda de manía de los hombres!

—Víctor, me estás poniendo de los nervios... —Necesitaba zanjar esa absurda conversación lo antes posible, ya tendría tiempo de hablar con él sobre esos repentinos celos—. Hablamos a la noche.

Colgué el teléfono antes de que me contestara.

Recapacité en ello. En diez años nunca me había dado la más mínima sensación de que sufriera ningún tipo de celos. ¿A qué venía aquello? ¿Le habría comentado Ariadna que me había visto en una actitud poco adecuada con el becario? ¡Si no estábamos haciendo nada! Al menos no aún.

Tenía la cabeza hecha un hervidero de nervios, por tanto, la siguiente hora me la pasé observando fotografías en las que no me podía concentrar y que no me decían absolutamente nada. Estaba perdiendo el tiempo allí. Mi cabeza se iba. Repasé mentalmente todo lo que había hecho esa mañana con la esperanza de que ningún vecino nos hubiese visto. ¿Habría alguna ventana abierta por la que me hubieran visto besarme con Jordi? Lo dudaba, pero no podía asegurarlo al cien por cien. Me imaginaba allí, desnuda, con Jordi aferrado a mi cintura, con su boca invadiendo la mía y sus dedos pellizcando mis pezones



y la piel se me ponía de gallina. La había cagado. La había cagado mucho.

# Capítulo 22

## Ariadna

Corrí con la moto todo lo posible hasta llegar al ayuntamiento. Aún no me acostumbraba a conducir aquel trasto, hubiera llegado antes a pie. No había podido pegar ojo en toda la noche, tenía la esperanza de que Gonzalo apareciese, no podía telefonarlo y me sentía muy sola sin él y sin Meritxell.

Empezaba a preguntarme si aquello no había sido una locura, tenía una vida tranquila con mi actual puesto en *Redes* y yo sola me había metido en todo ese embrollo. Era complicado obtener información cuando se suponía que ni siquiera debía estar allí. Pensé en telefonar a Miguel arrepentida por todo eso, pero no podía. Él había confiado en mí, tenía que seguir adelante.

Pasé entre los coches que permanecían parados debido al atasco de esa mañana. Santa Catalina era una auténtica locura a las ocho y media. Llegué al ayuntamiento, después de dar varias vueltas en balde buscando su ubicación, y allí estaba Rita, junto a un hombre que la miraba nervioso.

Paré a su lado, me quité el casco sin bajarme de la moto y Rita me tendió el sobre.

—Luego te llamo, vete —Aquella escena a lo película americana tampoco me ayudaba a tranquilizarme.

Volví a ponerme el casco y arranqué lo más deprisa que pude, necesitaba ir a algún sitio tranquilo a echar un vistazo a aquella información. No merecía la pena volver a la casa, quizás pudiese verme con alguna de las muchachas durante el día.

Pasé frente a una cafetería y mis tripas sonaron. ¡Cómo echaba de menos los sándwiches y mi doble expreso con leche condensada de Sweet Café! Entré y me pedí algo para comer en lo que ojeaba la información que acababan de pasarme.

Estaban los nombres de algunas de las chicas, junto a direcciones y teléfonos de contactos, no solo propios, sino además de familiares. Saqué mi agenda y mi libreta y lo anoté todo. Leí el periódico y tomé el enorme desayuno que acababan de servirme. Nada que ver con el de Sweet Café, pero

estaba bueno.

Me dispuse a marcar en mi nuevo móvil y, al quinto tono, descolgaron.

—Quisiera hablar con la señorita Noelia Casado.

—Es mi hermana, pero ahora mismo no se encuentra en casa —respondió una voz de una chica muy joven, diría que de unos catorce o quince años.

—¿Sabe a qué hora puedo localizarla?

—¿Es usted de la guardería? Acabo de dejar a Diego ahí hace un rato, ¿se encuentra bien?

—No, no... disculpe, no quiero asustarla. Es confidencial. ¿Sobre qué hora puedo localizarla?

—Llegará a casa en una hora, aproximadamente. Pruebe entonces.

Me despedí de la chica y miré el reloj, aún era muy temprano. Saqué mi portátil y busqué la dirección que había apuntada debajo del nombre de Noelia Casado, estaba al otro lado de la ciudad.

Sonó mi teléfono, era Rita. Le conté que me disponía a coger el tren para ir hasta el domicilio de Noelia Casado. No pensaba conducir tanto rato aquella moto, si la rompía Gonzalo iba a matarme.

Me encaminé a casa, con la intención de dejar la moto aparcada en el garaje y a los cinco minutos Rita se presentó allí, en la puerta, con un Renault Clio en color dorado algo destartado con el que me llevó hasta mi nuevo destino.

Tardamos aproximadamente una hora en llegar al domicilio de Noelia, Rita no conocía la zona y yo aún menos. Era un piso en un barrio pequeño y modesto, por lo que pudimos averiguar.

Llamamos al timbre y una chica jovencita nos abrió la puerta.

—Hola. —Le tendí la mano para saludarla—. Soy Ariadna Betancor y ella es Rita Velázquez. Estamos buscando a Noelia Casado.

—Ella no ha llegado aún a casa.

—Es importante que la veamos. Creo que hablé contigo antes por teléfono, disculpa si te asusté, pero necesito hablar con ella.

—¿Para qué?

—¿Podemos pasar?, te lo explicaré dentro.

La chica que estaba frente a nosotras nos dejó pasar algo resignada, aunque parecía no querer hacerlo. Nos sentamos en un pequeño sofá negro en mitad de la sala.

La muchacha se sentó frente a nosotras, apoyando los brazos en los codos y entrelazando los dedos; toda su atención era nuestra. Era una hermosa joven de cabellos dorados, sus bucles eran parecidos a los míos, pero su melena

llegaba hasta media espalda, no como la mía que apenas pasaba de los hombros. Tenía una mirada algo triste o quizás estaba preocupada por encontrarse a solas con dos personas que no conocía de nada. Sus ojos tenían un tono verdoso, mezclado con un toque de color miel. Su tez era blanca como la porcelana. Estaba muy delgada, hubiera apostado que no llevaba más de una talla treinta y seis. Un cuerpo menudo, con pecho y curvas reducidos, pero muy guapa en su conjunto. Tenía las uñas mordidas y me extrañó, con esa edad no conocía a ninguna chica con su aspecto que tuviera esa fea costumbre, más bien lo único que hacían era preocuparse por tener una manicura perfecta y, si no lo conseguían, las uñas de porcelana hacían buena sustitución de las propias.

—¿Y bien? —Habló después de unos instantes en silencio en los cuales yo intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Debes ser completamente discreta con esto, es un caso confidencial. —La chica asintió, pero no parecía más tranquila—. Estamos investigando unas violaciones que se han ido produciendo en Santa Catalina los dos últimos años. No tenemos permiso de la policía, si es lo que me vas a preguntar.

—Lo siento, no puedo ayudarlas, deben irse —soltó tajantemente, poniéndose de pie como si hubiera saltado con un resorte.

—¿Cómo te llamas?

—Eso no la incumbe. Márchense.

—Solo intentamos ayudar. Sabemos que la policía no hizo mucho caso a estas violaciones.

—A mí también me violaron, Noelia —dijo Rita, la cual abría la boca por primera vez desde que habíamos llegado. Había estado todo el tiempo muy callada mirando a su alrededor. La chica palideció aún más—. La policía no investigó absolutamente nada, yo creo que ni se molestaron en extraer pruebas de ADN.

La chica la miró incrédula y entonces Rita se desabrochó la camisa que llevaba puesta, dejando a la vista las cicatrices en el pecho. Noelia miró hacia abajo, al escote de su camiseta negra, y entonces supe por qué Rita sabía quién era ella: una de las cicatrices asomaba por fuera del escote.

—Pero no puede ser, no eres más que una cría. Según mis notas, Noelia Casado tiene ahora diecinueve años y tú no aparentas más de diecisiete.

—Tengo dieciocho años ahora, cuando ese capullo me violó tenía diecisiete. La policía no se molestó en corroborar la edad que yo les dije que tenía.

—¿Por qué les mentiste?

—Porque..., bueno, me encontraron a las cinco de la madrugada, tirada en medio de la calle. Mis padres habían salido de viaje por un duelo familiar, me dejaron sola en casa porque confiaron en mí. Pero yo salí con mis amigas de fiesta, todas tenían que irse pronto, pero era la primera vez que entraba en la discoteca... No sabes lo que una buena capa de maquillaje, un buen vestido y unos taconazos pueden conseguir en esta cara de cría, si te preguntas cómo me dejaron entrar. Decidí quedarme allí con un chico que acababa de conocer, estuvimos juntos hasta las cuatro, cuando él tuvo que marcharse, y entonces me di cuenta de que tenía que volver sola a casa y que apenas tenía dinero, no podría coger un taxi. Así que me puse a caminar y ese desgraciado... me atacó.

—¿Dónde ocurrió todo? —pregunté boquiabierta y asombrada. ¿Cómo era posible que la policía ni siquiera hubiera corroborado su edad?

—En Garden Street.

—¿Garden Street? Como estabas completamente borracha y sola, pensaste que podías sacar dinero si algún chico guapo te paraba —soltó Rita sin ningún tipo de reparo.

—¡Rita! —Le di un golpe en el brazo para que se callara la boca.

—Ariadna, Garden Street es una zona de prostitución, la conozco bien.

Miré incrédula a la chica con aspecto angelical que estaba frente a mí; había agachado la cabeza. Supuse que si pudiera la hubiese enterrado en el suelo.

—He de decir a mi favor que estaba muy, muy borracha. No había bebido una gota de alcohol en mi vida. Y esa noche me sentí rebelde, eufórica... Había estado toda la noche besándome con un chico que realmente me había calentado... y, bueno, no sé qué se me pasó por la cabeza, pero no quería volver a casa caminando. Garden Street quedaba cerca de la discoteca, así que pasé por ahí, pensando que algún chico joven y guapo podría dirigirse a mí. No pienses que me fui con nadie, solo había chusma por allí, fue cuando me atacaron. Había unas pocas prostitutas por la zona y supongo que pensaron que era mi chulo o algo así. Me cogió por los pelos y me arrastró a un callejón.

—Dios mío, esto es increíble...

Llamaron al timbre y Noelia se levantó, la oímos hablar algo con una chica, que no podíamos ver desde donde nos encontrábamos y vi cómo entraba con un bebé en los brazos de unos tres o cuatro meses.

Yo lo miré con una sonrisa en los labios, sus ojos eran preciosos, azules o verdes, no podía distinguirlos bien desde donde me encontraba y sonreía

mucho a Noelia. Parecía un pequeño angelito rubio de tez blanca.

Miré hacia Rita y tenía lágrimas en los ojos. Le di un codazo antes de que Noelia se diera cuenta.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras ahora? —pregunté susurrándole molesta, no quería que montase un espectáculo delante del pequeño y que se asustara, provocando que Noelia nos echara a patadas de allí.

—No te das cuenta..., ¡y tú eres periodista!

—¿Cuenta de qué?

Volví a mirar al pequeño y a Noelia mientras se acercaban hacia nosotras.

—Este es Diego, es mi pequeño.

Fue un jarro de agua fría, no era más que una niña que había cometido una estupidez, ¿cómo podía haber tenido un bebé de su violador?

—Es... precioso —logré decir con una sonrisa en los labios. El pequeño sonrió aún más y su madre lo puso dentro de una especie de hamaca, le dio su chupa y un sonajero.

—No entiendo cómo pudiste tenerlo —solté, sin pensar, sí. Porque obviamente si lo hubiera pensado sabría que no tendría que abrir la boca para juzgar ninguna decisión tomada por alguien que había pasado por algo de lo que yo no tenía ni puñetera idea.

—La policía llegó y cuando vio la zona en la que estaba no me prestó la más mínima atención. Me llevaron a la comisaría, me hicieron cuatro preguntas y una amable doctora me hizo una prueba de violación que dio positivo, por supuesto. Supongo que tomaron una muestra de su ADN, pero no lo sé con seguridad... Me curaron los cortes en el pecho y me hicieron unas fotografías, fue la última vez que supe de ellos.

—Pero... pero... —logré decir.

—Mis padres nunca se enteraron, si es lo que te estás preguntando. Les dije que había conocido a un chico esa noche y lo había traído y que por eso me había quedado embarazada. No me dejaron abortar, quizás piensas que fue como castigo a la irresponsabilidad de practicar sexo con un desconocido sin utilizar precaución, pero simplemente ocurrió así por sus creencias religiosas. Había sido una desgracia. Pero, si Dios me había mandado ese bebé, era porque así debía ser. —La muchacha puso los ojos en blanco dándonos a entender que no estaba en absoluto de acuerdo con la decisión que le impusieron—. Era menor de edad, así que tampoco rechisté, no quería que se enterasen de lo que había ocurrido y seguí adelante con el embarazo. La verdad es que ahora no me arrepiento, Diego es mi vida.

Saqué mi libreta y apunté todo lo que me había contado Noelia. Empezaba a pensar que lo que estaba bajo secreto de sumario no eran realmente aquellas violaciones, sino que estaban siguiéndole la pista a la comisaría de policía por no llevar a cabo una exhaustiva investigación de todos esos casos..., al fin y al cabo, la última víctima había resultado asesinada.

Noelia dejó que le sacara unas fotos de las cicatrices en su dormitorio, mientras Rita se sentaba a jugar con el pequeño.

—¿Cómo no les dijiste nunca nada a tus padres? Ellos podrían haber hecho presión para que la policía hiciera algo más al respecto.

—Estaba asustada, la había cagado más que nunca en mi vida. Si llego a decirles a mis padres que fui sola de madrugada por Garden Street, simplemente me hubieran matado. Preferí que pensarán que era menos irresponsable.

Mientras se quitaba la camiseta y el sujetador, me di cuenta de que tenía marcas también en el costado... Saqué fotos de todas las cicatrices.

—¿Cómo hiciste para que no vieran las marcas?

—Mi madre me vio las del escote y le dije que me había caído y me había cortado con unos cristales rotos que había en el suelo.

—¿Dónde están tus padres ahora?

—Mi padre murió a finales del año pasado, y mi madre casi enloqueció. Hace unos meses cogió sus maletas y me dijo que se iba fuera un tiempo, que no podía estar en esta casa. Así que se marchó con mi abuela. Me llama cada día y de vez en cuando viene durante el fin de semana para ver a Diego. Supongo que aún continúa enfadada conmigo por ser tan irresponsable, por haber salido cuando ellos me habían prohibido que lo hiciera, y por haber traído un chico desconocido a mi casa que me preñó y yo no era capaz ni de recordar su nombre.

—¿Cómo mantienes al pequeño?

—Tengo trabajo, estoy de vacaciones por unos días. Además, Sergio me ayuda. Sergio es mi novio, se mudó aquí hace unas semanas. Trabaja en un almacén por las mañanas y por las tardes sigue estudiando Ingeniería Informática. Le quedaba solo un curso, pero ha decidido coger menos asignaturas para poder ayudarnos a Diego y a mí.

# Capítulo 23

## Meritxell

Salí de la comisaría con la impresión de no haber ayudado en nada. No obstante, el inspector Alvarado no hacía más que agradecer mi colaboración. Aunque sabía que no era más que un estorbo, en parte agradecía que me dejaran estar en medio de todo aquello ya que cuando localizaran a Ariadna yo lo sabría de primera mano. ¿Sería posible que Gonzalo fuera un asesino? Había recapacitado mucho sobre él durante el día, en su físico, en su forma de vestir, en su complexión, en las pocas cosas que Ariadna me había contado de él.

Absorta en mis pensamientos me descalcé los tacones, me estaban haciendo un daño terrible, llevaba todo el día fuera de casa y realmente no quería volver, me daba miedo enfrentarme a Víctor y a su ataque de celos. No sabía cómo abordarlo ya que me sentía culpable de haber provocado que Jordi se colara en mi casa y en mi dormitorio.

Oí un claxon insistente a mi lado y vi a Jordi en su Toyota Aygo que me ofreció una sonrisa algo preocupada.

—Pero, chica, llevo a tu lado como diez minutos y no te enteras de nada. ¿Estás bien?

—Hola, Jordi. —Quizás no era lo más adecuado, pero agradecía que estuviera allí. Después de tanto analizar violaciones y asesinatos, lo menos que me apetecía era caminar sola por la calle cuando estaba anocheciendo.

—Entra, te llevaré a casa.

—Muchas gracias, Jordi, estoy cansada y frustrada. —Y aquella era la verdad, estaba tan aturdida por todo lo acontecido en la comisaría que casi no me daba miedo a todo lo que viví en casa cerca de él.

—¿Habéis averiguado algo? —me preguntó una vez me acomodé en el asiento del copiloto.

—Ha habido una especie de giro.

—¿Un giro?

—Jordi, llevo todo el día en esa oficina, estoy cansada y hambrienta, no me



apetece seguir hablando de ello. No quiero volver a tener pesadillas.

—¿Quieres comer algo antes de que te lleve a casa? —Tenía un hambre terrible, pero no sabía si era una buena idea. Jordi leyó la indecisión en mis ojos—. Yo invito, por el mal trago que te hice pasar esta mañana.

Sonreí. Era un buen chico que supongo no sabía lo que era el compromiso. Víctor era mi esposo, lo adoraba con todo mi corazón, aunque últimamente casi no lo viera y tuviera la impresión de que él y yo pertenecíamos a mundos diferentes.

—Está bien, tengo hambre, llévame a algún sitio donde podamos estar tranquilos. Me duele la cabeza, lo menos que me apetece es ir a un bar lleno de escándalo.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y sonrió—. Conozco el sitio perfecto, donde las hamburguesas están buenísimas.

—Ummm, mataría por una hamburguesa. —Sonreí antes de que los ojos se me cerraran.

Me quedé traspuesta en el asiento del copiloto y me sentí algo confusa cuando Jordi me despertó. No veía ningún restaurante alrededor.

—¿Dónde me llevas?

—Vivo aquí —dijo señalando el primer piso del edificio que se encontraba frente a nosotros.

Me quedé totalmente pálida antes de poder reaccionar.

—Jordi, no puedo...

—No te preocupes, Meritxell, soy un gran cocinero. No pienso envenenarte. Confía en mí.

No lograba moverme del coche, mi cuerpo no respondía, no quería entrar. La cuestión no era que desconfiase de él, no, la cuestión es que no tenía maldita confianza en mí y en mi capacidad de contención. Porque era consciente de todo lo que provocaba Jordi en mí y ninguna de esas cosas era buena, no, al menos, para una mujer casada.

—Yo... tengo que irme a casa —balbuceé.

Jordi salió del vehículo y dio la vuelta abriendo la puerta del copiloto. Se agachó hasta quedarse frente a mí y tomó mi mano izquierda.

—Meritxell, perdóname por lo de esta mañana, no se volverá a repetir. En muy poco tiempo nos hemos hecho amigos y formamos un gran equipo de trabajo... No quiero que se estropee eso, esa confianza, ese *feeling* que hay entre ambos —Al ver mi duda todavía en el rostro continuó—. Confía en mí.

Sonreí. Vale. Podía hacerlo. Podía confiar en él y esperar que tuviera la

suficiente cordura para que no volviera a acercarse a mí. Lo escruté, no había rastro de deseo en su mirada, no sentía esa atracción irresistible de tantas horas atrás, el calor, el atracción... se habían difuminado y finalmente acepté.

—Está bien. —Miré la hora, eran cerca de las diez de la noche. Víctor debía de estar muy enojado—. Déjame telefonar a Víctor.

Jordi asintió y me quitó los zapatos de tacón de las manos, mientras iba caminando delante de mí.

Intenté telefonar tres veces y no había forma de que contestara al teléfono; o había perdido de nuevo el aparato o no quería hablar conmigo. Cuando iba a desistir contestó, hablaba muy bajito, como si pudieran escucharlo.

—Hola, cielo, ¿estabas durmiendo?

—No, lo siento, cariño, tendría que haberte llamado. Perdona que no esté en casa. Mi hermana Paula me ha llamado esta tarde, Daniel está de viaje y ella tiene guardia en la clínica. Alejandro no se encuentra bien y no quiere dejarlo con una niñera. Si no te importa, voy a dormir aquí con él. Pensé en llevarlo a casa, pero supongo que estará más cómodo en su propia cama que en nuestro sofá.

—Sí, no te preocupes. Yo todavía no he llegado, he parado a comer algo a la salida de la comisaría. Perdona que antes te colgase el teléfono, me he visto obligada a meterme en esta investigación...

—Cielo, tranquila. Discúlpame, lo que pasa es que últimamente apenas nos vemos con toda esa historia del reportaje y me puse algo celoso de que otro hombre entrara en mi casa cuando yo no estaba.

—Te compensaré por la poca atención que te he prestado últimamente — solté intentando desviar el tema de Jordi. De Jordi en mi casa quemándome con su mirada y su contacto. Intentando convencerme de que no había llegado a hacer nada malo y que no merecía la pena contárselo a mi marido, solo conseguiría hacerle daño y había sido una tontería, yo lo quería, lo amaba. No volvería a pasar. Yo no quería que sucediese y Jordi me lo había prometido.

—Te quiero, descansa —me dijo al fin al comprobar que me había quedado en silencio y no decía nada más.

—Igual, dale un beso fuerte a Paula y a Alejandro, espero que se mejore.

Colgué el teléfono y miré a Jordi, el cual sonreía paciente esperando por mí frente a la puerta de su piso.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Pasa, por favor, esta es mi humilde morada. Es pequeña, pero está bien

para mí solo.

Entré a un minúsculo y precioso salón, en el que apenas cabía un confortable sofá de tres plazas en color crema. Enfrente, colgado en la pared, había un tremendo televisor y debajo un pequeño mueble donde había algunos aparatos entre los que se encontraba una consola de videojuegos. Las cortinas, de una puerta de cristalera que ocupaba casi el noventa por ciento de una de las paredes de la estancia, hacían juego con el sofá, la puerta daba a una pequeña terraza en la cual pude distinguir una mesa de café y dos sillas.

Todo estaba perfectamente limpio y ordenado, la pintura de las paredes estaba perfecta, en color chocolate, gris y blanco roto. Había algunas plantas que, debido a la luz que entraba por la terraza, tenían un aspecto precioso. Al otro lado del salón se encontraba la cocina, separada de este por medio de una barra americana. Todo parecía nuevo, impoluto, perfecto.

—Es una casa muy bonita.

—Gracias, me ha costado mucho poder reformarla y que tenga este aspecto. Está en una buena zona, aunque es pequeña, para mí me sobra. Tengo dos habitaciones, una es mi dormitorio y la otra la utilizo como despacho, y un baño. Ven, siéntate en un taburete al lado de la barra en lo que yo preparo la cena.

—¿Te ayudo?

—No, por favor. Eres mi invitada —dijo abriendo la nevera—. ¿Vino, Coca-Cola, zumo?

—Coca-Cola está bien.

Me sirvió un vaso de refresco mientras se movía rápidamente con los ingredientes para preparar lo que parecía ser una hamburguesa muy bien acompañada y apetitosa. En unos veinte minutos estábamos cenando.

Durante un rato hubo un silencio lógico, debido a que él parecía tan hambriento como yo. Estábamos los dos dando buena cuenta del plato que teníamos ante nosotros.

—Antes me dijiste que tenías pesadillas. ¿Llevas mucho con ellas?

Suspiré, no me apetecía recordar esas imágenes desagradables en aquel momento.

—Desde que empecé con este reportaje.

—¿Me las cuentas?

—La verdad, Jordi, prefiero contártelo en otro momento, no quiero recordarlo ahora y volver a tenerlas esta noche. Aunque dudo que pueda soñar hoy con otra cosa que no sean violaciones, asesinatos, violencia...

—Podrías soñar con hamburguesas gigantes preparadas por un magnífico chef.

Sonreí y asentí mientras daba el último mordisco a mi succulenta cena.

—La verdad es que está deliciosa.

—¿Te apetece algo de postre? Tengo helado, fruta, yogures, un café quizás.

—No, no. Muchas gracias, pero no me cabe nada más —respondí mientras me levantaba de la banqueta y me dirigía al salón.

Fue hasta el fregadero con los platos de la cena y sacó de la despensa una caja de los que, sin duda alguna, eran mis bombones favoritos. Se acercó al sofá y me la tendió para que cogiera uno.

—¿Quizás algo ligero de chocolate?

—Esos son mis bombones favoritos. Me voy a poner como una vaca —solté enfurruñada.

Jordi rio divertido por el comentario.

—No digas tonterías, estás perfecta.

Sonreí satisfecha y cogí un bombón que saboreé cerrando los ojos. Jordi cogió uno también y se sentó a mi lado en el sofá, encendiendo el televisor.

—Voy a reposar un poco toda esta comida que acabo de devorar y ahora te llevo a casa.

—Muy bien. —Me relajé y apoyé la espalda en el sofá, mirando hacia la tele. Me sentía cómoda, aunque ya se estaba haciendo muy tarde y estaba cansada.



Abrí los ojos y no veía absolutamente nada. Me sentí desorientada por un momento, no sabía dónde me encontraba. Me di cuenta de que estaba tumbada en el sofá y tapada con una manta. Me dolía algo el cuello y me estaba reventando de ganas de orinar. Me levanté y fui palpando a mi alrededor, para ver si encontraba algún interruptor en la pared y trastabillé con lo que parecían mis tacones. No se oía ni un solo ruido a mi alrededor.

Después de unos minutos danzando a oscuras de un lado a otro, di con el pulsador que encendía la lámpara de la cocina. Pude comprobar por el reloj del horno que eran las cinco de la madrugada... ¡Dios, me había quedado dormida en casa de Jordi! ¡Víctor iba a matarme! Me entró un ataque de pánico, pero luego recordé que él no iba a dormir en casa esa noche, así que suspiré aliviada.

Me sentía realmente incómoda. Llevaba muchísimas horas con la misma ropa, que se me clavaba por todas partes. Necesitaba una ducha, aunque según mis cálculos podría dormir al menos cuatro horas más. Hasta las once de la mañana no tenía que estar en la comisaría, ya que el inspector Alvarado tenía un par de reuniones importantes a primera hora. Buscaría el baño y luego

llamaría a un taxi que me llevase hasta mi casa.

Me daba vergüenza ir vagando por el pequeño piso, parecía que estuviera fisgoneando, pero realmente requería pasar por el lavabo. De las tres puertas que había en el pasillo solo había una abierta, así que imaginé que ese era el cuarto de baño. Acerté.

Me coloqué un poco la ropa y me recogí el pelo en un elástico que tenía en mi muñeca, ya que se había convertido en una maraña indomable sin un buen cepillo. Me lavé la cara y me miré en el espejo, después de lo cual tenía mejor aspecto. No me apetecía mucho salir de madrugada, pero la casa de Jordi no quedaba lejos de la mía y en unos diez minutos estaría allí.

Abrí la puerta del baño y me llevé un buen susto al ver a Jordi apoyado en la pared justo enfrente, mirándome con cara de dormido y una sonrisa. Llevaba una camiseta blanca y unos *boxers* que evité mirar por todos los medios, ya que parecían demasiado abultados.

—¡Joder, Jordi! ¡Qué susto! ¿Siempre tienes que hacer eso?

Sonrió por mi reacción antes de contestar.

—¿Hacer qué?

—Esperarme fuera del baño.

Sonrió de nuevo.

—Lo siento, me despertó el ruido, estoy acostumbrado a estar solo aquí, el más mínimo sonido me acojona. Anoche te quedaste dormida según encendí el televisor. Intenté despertarte, pero no me hacías caso, estabas como un tronco. Por cierto, roncas como no había oído a nadie en mi vida.

Me puse colorada como un tomate.

—¡Yo no ronco, tonto! Lo siento, no quería importunarte, estaba muy, muy cansada.

—Tranquila.

—Bueno, me voy a casa, no quiero molestarte más.

—Son las cinco de la madrugada, no me hagas llevarte ahora a casa.

—Cogeré un taxi, no está lejos de aquí.

—No seas tonta, duerme un poco más. En cuanto amanezca te acerco en un momento por si quieres darte una ducha antes de ir a la comisaría.

Se sonrojó, supongo que recordando la imagen de la mañana anterior y bajó la cabeza.

—Te lo agradezco, cielo, pero no aguanto cinco minutos más esta ropa.

—Espera. —Jordi entró en el dormitorio, cogió una camiseta de su armario y me la tendió.

Acepté resignada, no iba a dejar que me fuera sola a esas horas y no quería que se viese obligado a llevarme a casa en su coche.

Pasé al cuarto de baño y me cambié de ropa, la camiseta era oscura y lo suficientemente larga como para poder quitarme los pantalones. Además, me deshice de ese sujetador que me estaba matando, esperaba que Jordi no lo notase, pues todo estaba muy bien colocado en su sitio. Me acostaría en el sofá un par de horas y luego me iría, no era muy cómodo, pero aún estaba muy cansada, no creía que me costase quedarme dormida de nuevo.

Fui hasta el salón y Jordi estaba en la cocina bebiendo un vaso de agua.

—¿Quieres algo?

—No, estoy bien, gracias. Me voy a dormir otro rato.

—¿Qué tal el sofá?

—Bueno, es un sofá..., pero estoy tan cansada que no me importa. Me dormiría en una roca —bromeé.

—Ven conmigo.

Vino donde yo estaba y tiró de mi mano hasta su habitación, supuse. Encendió la luz, el dormitorio era precioso también. Estaba algo desordenado, tenía la ropa del día anterior tirada encima de un taburete y los zapatos desparramados por el suelo.

—Perdona el desorden. Mi cama es enorme, las sábanas están limpias, te lo prometo, las cambié ayer por la mañana.

Lo miré incrédula mientras reía.

—No pienso dormir contigo —sentenció tajante. Se encogió de hombros y sonrió.

—Está bien, duerme tú un poco en mi cama. Necesitas descansar y ese sofá es horrible, lo sé..., pero yo estoy acostumbrado, me quedo dormido allí un montón de noches —dijo mientras se giraba, camino al salón.

—No, no... —Le agarré del brazo—. No quiero molestar más, Jordi. Has sido muy amable. Dormiré bien en el sofá, de verdad, no te preocupes.

—No voy a permitir que vuelvas a ese sofá.

Miré hacia la cama, la verdad es que era inmensa, estaba muy cansada, necesitaba dormir.

—Ven, anda —le pedí mientras tiraba de él hacia su dormitorio. No quería ni pensar en lo que se enfadaría Víctor si se enterase, pero no tenía por qué saberlo. Me metí entre las sábanas, eran muy suaves, daban sueño solo con rozarlas.

Jordi apagó la luz y se metió en la cama.

No lograba quedarme dormida, no quería hacer ruido ni moverme y rozarlo sin querer. Era incapaz de coger el sueño en ese estado de tensión. Además, el perfume de Jordi... de pronto me hizo recordar mis pesadillas, como si ese aroma despertase algo en mi cerebro que me llevase hasta allí.

—¿Qué te pasa? ¿Estás incómoda?

—¿Cómo sabes que estoy despierta?

—Porque no oigo esos ronquidos de oso que sueltas cuando duermes.

Le di un golpe en el brazo.

—No, no es eso. Es que estoy un poco tensa, no quiero molestarte y... — Pensé en contarle lo de su olor y que me hubieran recordado mis extraños sueños nocturnos eróticoasesinos—. Me da miedo volver a tener pesadillas.

—Ven aquí, gírate. —Me puse de espaldas a Jordi y me aproximé un poco a él, sin llegar a tocarle. Él se acercó y apretó mis hombros con sus manos—. Relájate. —Estrujó un poco más—. No pasa nada, no estás sola, yo estoy aquí. Son solo sueños, yo te protejo. —Pasó un brazo alrededor de mi cintura y me atrajo hacia él, pude sentir la evidencia de lo que había visto hacía un rato en sus *boxers*, pero no me moví ni protesté. Hundió su cara en mi cuello y lo besó—. Descansa, yo vigilo que nadie te ataque.

Sonreí antes de quedarme dormida.

Desperté y la habitación seguía a oscuras, Jordi continuaba en la misma posición, abrazado a mí. Pude moverme e incorporar un poco la cabeza para mirar el despertador digital que había visto en su mesa de noche antes de acostarme. Eran las ocho. Terminé de girarme en la cama quedando frente a él. Sin soltar su brazo, me estrujó aún más contra sí. La camiseta que llevaba puesta, que hacía las veces de pijama, se había levantado algo con el movimiento y sentía su entrepierna justo encima de mis braguitas. Mi sexo se contrajo, se me secó la garganta y noté cómo mi piel comenzaba a arder y ese hombre ni siquiera se daba cuenta.

Como si hubiera leído mis pensamientos, se acercó aún más.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, cielo.

La ausencia de luz no me impedía sentir el deseo en sus ojos, en pocos segundos su piel quemaba bajo las yemas de mis dedos y ya no lo pude evitar. No pensé en nada más, quizás estaba en otra de mis pesadillas, no lo sabía con certeza; el aroma embriagador de ese perfume que podía oler era el mismo o eso me parecía.



Se acercó y yo, simplemente, me dejé llevar. Rozó mis labios sin que yo opusiera resistencia y lo demás vino solo. Su lengua caliente atravesando mi boca, su sexo duro contra el mío... Rápidamente, evitando que pudiera darme tiempo a reflexionar, se deshizo de mi camiseta y bajó su boca hasta mi pecho, haciéndome gemir, chupando, mordiendo, pellizcando con suavidad un pezón, luego el otro, cada roce se traducía en un latigazo de placer que iba directo a mi entrepierna...

Con la misma rapidez, sus manos atravesaron mis braguitas y tiraron de ellas hacia abajo.

No podía resistirme; caliente, húmeda y cómoda entre sus brazos no lograba recapacitar. Subió de nuevo a mis labios, ese perfume me iba a matar, ¡cómo podía oler tan bien a esas horas! Todo estaba ocurriendo a la velocidad de la luz, no tenía tiempo de asimilar todas las sensaciones y Jordi sabía que debía ser rápido, me conocía, cierto que de apenas unos días, pero lo suficiente como para saber que si no actuaba rápido lo terminaría apartando de un momento a otro.

Supongo que por eso no se lo pensó dos veces antes de colocarse encima de mí, abrir mis piernas con sus rodillas y penetrarme fuertemente de una estocada, resbalando en mi interior, acoplándose a mí como si fuera la pieza de un puzle que encajara a la perfección. Con empujones certeros me hizo gemir, besando mi cuello, mordéndolo. Con las yemas de sus dedos clavadas en mis muslos, en mis glúteos. Estaba tan mojada, tan hinchada, que a cada roce me creía morir, me creía volar. La corriente comenzó en mi abdomen y se expandió por todo mi cuerpo sacudiéndome con un orgasmo devastador.

Jordi, deleitándose en las contracciones que ejercía sobre su miembro, aminoró la marcha. Sin dejar de penetrarme se colocó a mi lado, frente a mí, haciendo que pasara mi pierna, esa que quedaba en la parte de arriba, alrededor de su cintura y siguió moviéndose despacio, acariciando mi cabello, mi cara, mi cuello, mi pecho, mi abdomen, mis nalgas... Me sentía agotada, superada por todas las sensaciones, superada por tanto placer, por tanta humedad que no recordaba haber experimentado en años, superada por un fuerte pellizco en mi estómago que me hacía desear más y más. Las cosquillas volvieron y se intensificaron cuando lo empujé suavemente con las palmas de mis manos para que se colocase boca arriba y así poder cabalgarlo a mi antojo. Eché la cabeza hacia atrás mientras Jordi pellizcaba mis pezones sin ningún tipo de delicadeza, el dolor se tradujo en una nueva oleada de espasmos que me avisaban de que me correría de nuevo y muy pronto, y él lo

sabía, su miembro lo sabía, cada vez más duro, más grande, más tieso.

Me dejé ir, saboreando cada espasmo, cada contracción, cada jadeo suyo, cada gemido mío. Me dejé ir con todas las de la ley, dejándome la piel contra el fuego de nuestros cuerpos. Jordi se aferró a mi cintura, ayudándome a no aminorar el ritmo y moviendo sus caderas al mismo tiempo que se vaciaba completamente dentro de mí.

Demasiado agotada para moverme, me abrazó. Mi pecho estaba cubierto de gotitas de sudor, pero no parecía importarle. Me tumbé a su lado, de espaldas a él. No había rastro de arrepentimiento, ni de remordimientos en mí, no pensé en nada, tenía la mente completamente en blanco. Jordi me abrazó y nos quedamos dormidos de nuevo.

Para cuando desperté, por un segundo pensé que todo había sido un sueño hasta que noté que seguía desnuda y que mi sexo estaba dolorido y más mojado que nunca. No sabía qué pensar, pero era tarde para montar el numerito de «soy una mujer casada y feliz». Yo lo había provocado y simplemente había pasado. Le había permitido que me llevase a su casa, me había dormido en su sofá y cuando desperté, en lugar de salir por piernas de allí, me puse su camiseta, me metí en su cama y dejé que se abraza a mí. Dejé que sucediese todo aquello a lo que necesitaba resistirme, porque mi cuerpo me lo pedía a gritos, porque no podía evitarlo... o, quizás, era hora de admitir que, en realidad, no quería evitarlo.

Conseguí desprenderme de su brazo y fui al cuarto de baño, intentando hacer el mínimo ruido posible. Necesitaba una ducha más que nunca. Me colé dentro de la bañera y dejé caer el agua caliente en mi piel. Lo único que se me ocurrió pensar era que Víctor iba a matarme.

Jordi entró al cuarto de baño y no dudó en colarse en la ducha, antes incluso de que yo pudiera protestar por ello. Sus ojos me decían muchas cosas, su mirada era puro fuego, deseo, excitación, aunque también pude atisbar ciertas reservas, supongo que temía que lo rechazara o que le montara un drama, lo cual tenía claro que no debía hacer. Tan claro, como que no debía volver a dejarme llevar, claro que mi cuerpo no parecía respetar mi voluntad y cuando se acercó para rozar sus labios con los míos, simplemente cerré los ojos y me dejé hacer.

Me apoyó contra la pared y subió una de mis piernas que llevó hasta su cintura. Mientras sus besos se volvían más profundos y sus dedos se clavaban en mis caderas, tanteó todo mi sexo, algo dolorido por el ajeteo de la noche anterior, con el suyo, moviéndolo en círculos alrededor de mi clítoris,

paseándolo por mis labios y, al fin, hundiéndose en mí, accediendo lentamente a mi interior, dejándome saborear la dureza de su miembro centímetro a centímetro. Gemí en su boca y se apartó un instante para sonreírme de una forma tan canalla, tan poderosa que un cosquilleo comenzó a formarse haciendo que de forma involuntaria mi sexo se contrajese. Jordi me observaba disfrutando de lo que veía en mi rostro, mis mejillas rojas, mi respiración acelerada, mis dientes mordisqueando mi labio inferior...

—Joder, eres el puto mejor lugar del mundo.

Eché la cabeza hacia atrás, gemí sin control, mientras las acometidas se volvieron más rápidas y certeras. Enloquecí, enloquecí de puro placer mientras el agua caliente caía sobre nosotros.

Y, así, tal como estábamos, me dejé ir, no logré resistirme más y me corrí en un orgasmo tan intenso, tan devastador que no pude más que gritar mientras Jordi se vaciaba dentro de mí, sin dejar de observarme.

Diez minutos después estaba tomando mi segunda ducha, esta vez en su compañía.

Me tendió una toalla y me sequé, fui hasta su dormitorio en busca de mi ropa que había dejado la noche anterior encima de una butaca. Eran cerca de las diez y media de la mañana. Tenía que irme corriendo a casa a cambiarme y luego a la comisaría.

Jordi entró después de mí, completamente desnudo.

—Voy a hacer un café, ¿te apetece?

—Tengo que irme, a las once he quedado con el inspector Alvarado.

Jordi se dio la vuelta y desapareció por el pasillo, trajo mi móvil y me lo tendió.

—Toma, avísalo de que llegarás tarde.

Lo miré indecisa, pero realmente necesitaba un café, pasar por casa a cambiarme y digerir todo lo que había pasado y que todavía era incapaz de asumir. Teclé un mensaje que envié al inspector Alvarado. Me coloqué el sostén y las braguitas. Me puse el top y fui a buscar el café que ya me esperaba humeante en la pequeña barra americana.

Lo tomé sin cruzar ni una palabra con él, no se me ocurría nada que decir y empezaba a sentirme avergonzada. La luz del día que inundaba el salón hacía indudable que todo esto no era uno de mis sueños, que era real, que había dejado que ocurriera. Agité la cabeza, no quería preocuparme de ello en ese momento, teníamos que irnos a trabajar, ya lo pensaría más tarde.

—¿Tienes hambre?

Me moría de hambre, pero tenía que salir de allí de una vez, escapar de Jordi, de su embrujo, de esa sensación descontrolada de querer ser suya, una y otra y otra vez. Allí, entre esas cuatro paredes, lo único que podía pensar es que el daño estaba hecho y qué importaba una vez más o dos o más.

—No —respondí finalmente.

Solté la taza dentro del fregadero y me di la vuelta antes de que pudiera decirme nada más. Me dirigí a su habitación para ir en busca de mis pantalones. «Por tu madre, sal de aquí de una maldita vez», me dije.

—Yo tengo mucha hambre —sentenció.

Pero en lugar de quedarse en la cocina y comer algo, me siguió hasta su dormitorio, me quitó los pantalones que ya sujetaba en mis manos y los tiró al suelo.

Lo miré incrédula mientras él me abrazaba y me empujaba de nuevo hacia su cama.

—Eres insaciable..., tenemos que irnos —mascullé notando cómo me ruborizaba.

—No sé si alguna vez volveré a tener oportunidad de hacer esto, no quiero dejarte ir todavía. Aún estás bajo mi hechizo y sé que no quieres irte.

—Pero...

Me besó para hacerme callar, me tumbó en la cama y me quitó de nuevo las braguitas.

—Tengo mucha hambre —dijo antes de bajar más allá de mi ombligo y hundir su cabeza entre mis piernas.

Con toda la zona completamente hinchada, sensible y algo dolorida, mi cuerpo respondió rápidamente y la chispa que minutos antes se había apagado tras la reconfortante ducha volvió a prenderse.

Su lengua paseaba de arriba abajo por mis labios, chupaba, mordía y succionaba mi clítoris sin piedad. Cuando coló un dedo en mi interior me corrí de nuevo, pero, aunque le rogué que parase, que iba a partirme, que iba a morirme de puro éxtasis; siguió dando suaves lametones por toda la zona, hasta que mis protestas se convirtieron en gemidos e instantes después volví a correrme.

Completamente extenuada, no fui capaz de protestar cuando Jordi me incorporó y me colocó a cuatro patas antes de penetrarme con fuerza. Grité, grité porque mi sexo se contraía sin ningún tipo de control, porque las cosquillas volvieron a extenderse, porque noté su polla más dura y más grande clavándose hasta lo más profundo de mí alcanzando cada terminación

nerviosa, esas que me hicieron explotar de nuevo, como nunca, como jamás había experimentado, noté mi propio fluido salir a borbotones de mi cuerpo en un orgasmo interminable que parecía no cesar nunca.

—Estoy agotada, tengo que ir a mi casa, necesito ropa limpia.

Jordi asintió y por fin se vistió y dejó que yo lo hiciera también.

Pasé por casa, no quise mirar a ningún lado, entré con la cabeza gacha en mi dormitorio, me cambié rápido de ropa y salí corriendo. Jordi esperaba en el coche y me acercó a la comisaría. Estuvimos muy callados todo el camino.

# Capítulo 24

## Ariadna

Estaba agotada, tanto física como psicológicamente. No podía entender todo lo que estaba descubriendo. ¿Cómo era posible que la policía ni siquiera corroborara la edad de una chica que aseguraba haber sido violada? ¿Cómo podía Noelia haber quedado embarazada de un violador y guardar el secreto durante tanto tiempo? ¿Cómo era posible que no hubieran relacionado nada? ¡No lo entendía!

Frustrada, salí de casa de Noelia después de haber llenado páginas enteras de mi libreta que pronto debería empezar a transcribir al ordenador. Necesitaba asimilar todo aquello antes de poder continuar.

—¿Te encuentras bien? —Rita se había ofrecido a llevarme a casa.

—Sí, estoy un poco... sorprendida. Eso es todo.

—Descansa, tómate el resto del día libre. Si necesitas mi ayuda, mañana podemos quedar e intentar localizar a otra de la lista.

Asentí y apoyé la cabeza en la ventanilla del coche, cerré los ojos un momento y poco después Rita me dejó en la puerta de casa.

Antes de salir del vehículo rebusqué en mi bolso las llaves, odiaba esos bolsos enormes, siempre se me perdía todo en ellos. Caminé hasta la verja para darme cuenta de que no estaba cerrada, juraría que le había pasado el pestillo esa mañana.

Gonzalo me había advertido que cerrara todo bien antes de marcharme, ya que tenían cosas de valor en el jardín y el garaje y no quería tener problemas. Podía ser un despiste, estaba cansada y tan metida en todo aquello que se me iba la cabeza, aunque tenía que reconocer que Meritxell tenía razón. Aquellos casos te iban comiendo por dentro.

Entré en el gran salón y la luz estaba encendida, me quedé paralizada por el susto y se me cayó el bolso al suelo. Recorrí con la mirada toda la estancia y no había nadie. Me podía haber dejado la puerta abierta, pero estaba segura de haber apagado todas las luces. Oí ruido en la cocina y al asomarme vi a Gonzalo sentado en la pequeña mesa tomando un sándwich.

—¡Gonzalo! —Me lancé a abrazarlo y a besarlo por todas partes, él reía aún con la boca llena—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Empecé a darle golpes por todas partes.

—Para susto el que me has dado tú, llevo llamándote días y ese puñetero teléfono siempre me aparece fuera de cobertura. Solo pensaba que estabas investigando a un violador y se me ponían los pelos de punta. ¿Por qué no me has llamado?

—Oh, cielo..., he perdido el teléfono —dije frustrada sentándome encima de su regazo como si fuera una cría—. Pensé que lo había dejado en tu coche y que lo verías, pero supongo que si no es así es que se quedó en la casa rural. La cuestión es que tuve que comprarme un prepago y no me sabía tu número y tampoco me acordaba del nombre de tu empresa. He llamado a todas las inmobiliarias y en tres trabajaba un tal Gonzalo Jiménez. ¿Te lo puedes creer? He dejado recados para que me telefonaras, pero nada...

—No he tenido ocasión de volver a casa, he estado liado. Es más, hoy mismo me voy de viaje unos días.

—¿Hoy? Pensé que te quedarías un poco conmigo —una mueca infantil asomó en mi rostro.

—Cielo, he venido para comprobar que estabas bien. Veo que te las apañas.

—Pero ¿a dónde te vas? —pregunté frustrada, no quería volver a quedarme tan sola allí.

—Me ha surgido un imprevisto con un familiar, nada, un rollo, ya te contaré.

Asentí y empecé a besarlo. Ya nada me importaba. Lo había echado mucho de menos y tenía ganas de abrazarlo, de besarlo...

Me coloqué a horcajadas encima de él y me dejé llevar, por sus besos, por sus caricias, por las piezas de ropa quitadas a toda prisa, por su polla entrando dentro de mí, extasiándome por completo, robándome el aliento, haciéndome gritar su nombre. Se clavó una y otra vez en mi interior, embistiéndome fuerte, rápido. Clavando las yemas de sus dedos en mis caderas ayudándome a acelerar el ritmo. Tan necesitado de mí, como yo de él y pronto nos dejamos llevar.

Nos trasladamos a la cama, donde comenzamos de nuevo, más suave, más tierno, más intenso todo... hasta que no pudimos aguantar más.

Horas más tarde, abrazada a él disfrutando de sus suaves caricias en mi espalda, le conté todo lo que había descubierto esos días y, a alguna hora indeterminada que no recuerdo, nos quedamos dormidos.

Cuando me desperté, eran las siete de la tarde y Gonzalo no estaba en la

cama. Supuse que andaba comiendo algo en la cocina y bajé las escaleras. Pero allí no había nadie ya, tenía una nota en la nevera:

«No quería despertarte, parecías muy cansada. Te quiero, nos veremos en unos días».

Debajo tenía un número apuntado:

«Llámame para tener tu nuevo número de teléfono».

Me quedé muy triste, no quería que se fuera sin despedirse. Se me saltaron las lágrimas y con la boca en morros, como si fuera un bebé, agarré una tarrina de helado de chocolate que me zampé viendo una película que daban por la tele.



# Capítulo 25

## Meritxell

Estaba temblando. No estaba segura de si en la comisaría hacía frío o quizás todo lo que había pasado en el día me estaba pasando factura y no lograba afrontarlo.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podía seguir viendo cada día a Jordi? Y, peor aún, ¿cómo iba a enfrentarme a Víctor después de lo que había hecho? Yo amaba a Víctor, pero hacía tiempo que no encontraba esa pasión en nuestro dormitorio; cariño, sí; ternura, también; deseo, por descontado..., pero esa pasión descontrolada, ese éxtasis que te arrancaba un poco de alma, esa facilidad para encenderme y fundirme... hacia siglos que se habían difuminado.

Me di cuenta de que el inspector Alvarado no paraba de parlotear, pegado a esa pizarra de crímenes horribles. No podía concentrarme, no podía prestarle atención. Intentaba seguir el hilo de todo, por el caso, por mi amiga desaparecida..., pero solo podía pensar en Jordi colándose entre mis piernas.

El inspector se me quedó mirando, quizás esperando una respuesta de algo que me había preguntado y de pronto sonó su teléfono móvil... ¡Uf, salvada!

—Miki, ¿qué ocurre? ¿Alguna noticia? Todo bien..., pero ¿tiene que ser ahora?... Muy bien, muy bien, tranquilízate. Cuéntamelo..., ¡¿qué?! ¡Creí haberte pedido expresamente que nadie debía saber sobre ese tema! ¡Me lo prometiste! —De pronto volví a la tierra, por lo que yo sabía no había otro Miki para el inspector que no fuera Miguel Suárez, mi jefe. El inspector Alvarado se dio cuenta de que yo estaba escuchando demasiado y me hizo un gesto para que esperara un momento mientras él salía de la habitación.

Me puse a observar las fotos, me ponían la piel de gallina, todo aquello se me hacía grande. ¿Qué hacía yo allí? Llevaba dos horas en la comisaría y no había hecho otra cosa que fantasear e intentar afrontar un problema que no sabía cómo iba a solucionar. Mi tranquila vida se estaba complicando demasiado.

Pasó una media hora antes de que el inspector volviera, todavía seguía hablando por el móvil, pero esta vez tenía otro tono, no hablaba con Miguel.

—Sí..., eso es, tú solo sigue mis órdenes. Habla con Rubén Cardona. Dile todo lo que te he dicho y pregúntale si la ha visto, si sabe algo... No, Alexander, no voy a explicarte nada más, espero tu llamada.

—¿Ha ocurrido algo?

—No estoy seguro, pero creo que Ariadna nunca ha estado desaparecida.

—Pero ¿está bien?

—No hemos logrado hablar con ella, pero sí —refunfuñó algo—, a alguien se le olvidó contarme algo y han pagado los contribuyentes, cuyas aportaciones se han derrochado en la búsqueda de alguien que no estaba desaparecido.

No entendía nada, supuse que ese «alguien» era mi jefe, ¿cómo podía saber Miguel dónde estaba Ariadna? Él estaba tan preocupado como yo..., no lo entendía, pero me aliviaba saber que sabían dónde podían localizarla. No podría respirar tranquila hasta que supiera que Gonzalo y ella estaban bien y que ese hombre no tenía nada que ver con todo aquello.

El inspector recibió otra llamada, esta vez salió de la habitación refunfuñando antes de contestar al teléfono.

Era mejor apartar mis pensamientos de toda la locura de mi vida y centrarme en pensar si podía ayudar en algo. Miré de nuevo aquellas fotos, aquellas cicatrices parecidas a las mías, no eran todas exactamente iguales... ¿Qué sentido podían tener esas marcas? ¿Por qué alguien marcaba así a una persona después de violarla y años después volvía para matarla? ¿O era cosa de otro violador, quizás alguien que hubiera conocido en la cárcel o en algún macabro sitio que hubiera dado instrucciones a otro violador para que acabara con esas personas?

—Meritxell, necesito pedirle algo. —El inspector Alvarado entró de nuevo en la habitación. Miré hacia él, supuse que me pediría algunas horas más de trabajo o que fuera a investigar más sobre Vanessa Meyer, sobre Gonzalo o sobre Ariadna—. Necesito que venga conmigo a Santa Catalina unos días.

—¿Qué?

No me lo creía, ¿qué demonios pintaba yo allí? No tenía ni pajolera idea, lo único que sabía era que no quería inmiscuirme más en aquella investigación.

—Ahora mismo la necesito, toda la ayuda es poca. Miguel vendrá también. Puede traer a su ayudante, a ese chico...

—¿Jordi?

—Eso, Jordi, es un gran fotógrafo y se fija bien en los detalles... Se están complicando las cosas —masculló más para sí mismo que para mí.

—Yo... no sé qué decir... Tengo que hablar con Víctor. No creo que sea necesario que Jordi venga con nosotros, no es más que mi ayudante —dije esto último sabiendo que no era cierto, pero no podía irme de viaje con él.

—Bueno, déjeme su teléfono. Hablaré con él de todas formas a ver qué opina.

¡Mierda, mierda, mierda, mierda! Se me estaba complicando demasiado... Todo..., el reportaje, la investigación, Jordi, Víctor, mi vida, mi matrimonio... Sin saber qué otra cosa hacer o qué excusa poner para evitar que sucediera aquel desastre que veía venir a pasos agigantados, le di el número de Jordi y me excusé para irme a casa, tenía que hablar con Víctor.

Cogí un taxi en la entrada de la comisaría dándole vueltas a la cabeza. Tenía que asumir mis actos, aquello no era otra pesadilla, aunque lo pareciera. Era la vida real, no había resistido a Jordi, había engañado a Víctor, mi matrimonio se podía ir al garete, de hecho, es lo que estaba segura de que iba a ocurrir si le contaba lo sucedido a Víctor. Pero, en caso contrario, ¿cómo podría mirarlo a la cara?

Tenía un nudo en la garganta. No quería irme a Santa Catalina, quería que todo eso se terminara de una vez. No quería dejarlos en la estacada y por supuesto quería solucionar lo de Ariadna; pero, por primera vez en mi vida laboral, con todo lo que había trabajado y lo que había luchado por merecer trabajar en *Redes*, uno de los periódicos más importantes de la ciudad; me planteé dejar el trabajo, dejarlo todo para poder volver a mi vida, a mi casa, a mi matrimonio, sin que la cosa fuera a peor.

—Señorita, son tres con cincuenta... Es aquí, ¿no?

—Sí, sí... —Abandoné mis pensamientos. Le tendí un billete de cinco euros al taxista y salí sin esperar la vuelta.

Estaba nerviosa, me temblaba todo el cuerpo, sentía un sudor frío en las manos. Mientras subía en el ascensor me miré en el espejo en busca de alguna marca, de alguna señal que dijera «me he acostado con otro hombre», pero allí no había nada.

Entré y solté el bolso y las llaves, el nudo de la garganta apretaba aún más fuerte. Aunque era consciente de que de nada servían ya los lamentos, que no había sido algo casual, que si no hubiera querido hacerlo, lo hubiera evitado. No hubiera entrado a su casa y mucho menos a su cama... No fue algo loco, del momento, ya que ocurrió varias veces en unas horas..., así que arrepentirme no servía. Debía afrontarlo. Decidir qué hacer. ¿Se lo contaría a Víctor? ¿Intentaría explicarle que lo amaba, pero que necesitaba un poco de

pasión que otro hombre me había dado? Dios, no podía partirle el corazón de esa forma... Le haría tanto, tanto daño. Ya no solo tenía miedo a que se rompiera mi matrimonio y mi vida se fuera al cuerno, tenía miedo de defraudarlo, de herirlo, de verlo hecho pedazos.

—Hola, preciosa. —Víctor apareció con el delantal puesto—. ¿Qué tal el día? ¿Ya has resuelto el dilema?

—¿Dilema? ¿Qué dilema? —Palidecí.

—El de ese asesino en serie —continuó entrando de nuevo en la cocina. Suspiré aliviada.

—Yo no soy policía, estorbo en todo esto, pero ellos no se dan cuenta y me tienen metida hasta el cuello —expliqué, desahogando parte de la frustración y la rabia que sentía.

Todas las emociones se agolparon. La importancia. La culpabilidad. Estaba enfadada. Muy enfadada. Pero tenía que contenerme, no era el momento para hablar, no era el momento de escupir todo eso que se me estaba pudriendo dentro. Necesitaba que se enfriaran las cosas antes. Las mías, claro. Porque el pobre Víctor parloteaba desde la cocina, feliz y risueño.

—Estoy terminando de preparar la cena, he hecho canelones a la boloñesa. Sé que te encantan.

—¿Y eso? Tú odias cocinar.

Entré en la estancia y vi un ramo de rosas encima de la mesa y una cajita bien empaquetada con un lazo. La mesa estaba puesta con las velas encendidas, miré extrañada a Víctor y luego al calendario...

—Feliz cumpleaños, cielo —soltó con una gran sonrisa acercándose a mí para abrazarme.

Me besó y me dejé hacer, e intenté que la culpabilidad no revolviere más mi estómago, pues, aunque fuera lo último que hiciese, iba a comerme todo aquello que había preparado para mí.

—Lo... lo... lo había olvidado —tartamudeé. Víctor me miró preocupado por un momento, pero luego sonrió y me volvió a besar.

—Me alegra haberte sorprendido, son cosas de la edad. Con treinta y uno ya uno empieza a olvidarse de todo —bromeó—. Te lo digo yo que ya pasé por ahí hace tiempo.

Nos sentamos a cenar después de abrir el paquete con mi regalo que contenía un corazón de oro con un rubí al final de un precioso colgante. El nudo apretaba más y más en mi garganta. Di un trago a una copa de vino que Víctor acababa de servirme, intentando evitar las lágrimas que estaban a punto

de asomar y que no estaba preparada para explicarle. Él parecía muy feliz, no se percataba de nada.

—¿Dormiste bien anoche?

—¿Qué? —Volví a quedarme pálida.

—Sé que odias dormir sola y más estas últimas semanas en las que tienes muchas pesadillas.

—Sí, me desvelé un par de veces, pero enseguida cogí el sueño de nuevo —respondí bajando la vista hacia el plato, para que no descubriera la palabra «mentira» en mis ojos.

—¿Qué te ocurre? Pareces ausente.

—Tengo que contarte algo. No va a gustarte.

—Adelante. —Víctor sonrió preocupado. Tenía que hacerlo, tenía que contárselo, nunca le había ocultado nada, siempre lo habíamos hablado todo.

Pensé un instante, todavía no sabía si quería afrontar lo de Jordi de esa manera, si se lo contaba mi matrimonio estaría acabado. No quería perder a Víctor, no podía... y me sentí más horrible aún por ser tan egoísta de ocultárselo.

—Me han pedido en la comisaría que viaje unos días a Santa Catalina.

—¿A Santa Catalina? —Víctor pareció aliviado al escucharme, como si hubiera esperado algo muchísimo peor.

—Sí, han descubierto el origen del Asesino del Mordisco allí y, bueno, quieren que vaya, que ayude en la investigación y que todo lo que se avance lo vayamos adelantado para un sonoro reportaje en cuanto atrapen a ese tipo...

—¿Vayáis adelantando? —Parecía preocupado de nuevo.

—Sí, la verdad es que no sé cómo lo he hecho para meterme en este tremendo lío del que parece que por el momento no tengo escapatoria. Allí están un tal Rubén Cardona y Alexander Hernández, los cuales son inspector y agente de policía. Viajaremos Tony Alvarado, el inspector de policía con el que he estado reunida estos días; Miguel Suárez, mi jefe; Jordi, mi compañero en el caso y yo.

—Bueno, si tienes que hacerlo, yo no voy a decir nada en contra... —Intentó sonreír, aunque yo sabía que no le gustaba la idea.

—Víctor, yo no sé si quiero hacerlo. No ir significa arriesgar mi puesto de trabajo, ¿crees que este puesto vale la pena? ¿O debo empezar a plantearme dejar el periódico?

—Cielo, llevas ocho años en *Redes*, has llegado muy alto. Esa decisión es tuya, pero ¿estás segura de que quieres perder este trabajo? Las cosas pueden

cambiar, hablando se entiende la gente. No sé qué decirte. Dale tiempo. Date tiempo. Y si al final decides que es lo que quieres hacer yo estaré aquí apoyándote —sonrió preocupado.

—Lo sé, lo sé... Me ha costado tantos años, tanto esfuerzo y estaba tan feliz hasta hace unos meses. Pero... yo no quería llegar donde estoy ahora precisamente. No sé por qué mi jefe se empeña en que lo vea como un ascenso, cuando para mí es un marrón.

—Bueno, supongo que es por la responsabilidad que tienes, que es mucho mayor que en el Departamento de Eventos. —Tendió la mano por encima de la mesa agarrando la mía—. Yo te apoyaré en lo que decidas hacer.

—Gracias, mascullé.

Víctor sacó un par de porciones de tarta de chocolate del frigorífico, que estaba tan deliciosa que por un momento logré olvidarme de todo.

Una vez terminamos de cenar, me agarró de la mano, me levantó de la silla y me atrajo hasta él.

—Te quiero, preciosa. Que cumplas muchos más. —Besó mi nariz.

—Te quiero. Gracias por todo esto, he tenido un día horrible y ni tan siquiera había recordado mi cumpleaños en medio del jaleo.

—Haré que el final del día sea tan bonito que no puedas recordar otra cosa que no sean mis labios por todo tu cuerpo.

Se me puso la piel de gallina, mientras Víctor tiraba de mí hacia nuestro dormitorio. No me apetecía acostarme con él en aquellos momentos. Estaba exhausta. Me sentía mal por lo de Jordi, por haber engañado de forma tan descarada a mi esposo, mientras él se partía por prepararme algo bonito por mi cumpleaños. Y, lo peor de todo, aún sentía las manos, la lengua y el miembro de Jordi en mi cuerpo... Sin embargo, no podía decirle que no.

Víctor se tomó su tiempo en cada recoveco de mi piel, sus manos atravesaban mis braguitas y su lengua jugueteaba con la mía. Pronto pude quitarme de la cabeza todas las preocupaciones y me entregué a él, que lo estaba dando todo por hacerme feliz aquella noche.

Amaneció y yo me sentí más culpable que nunca, me di una ducha y fui a preparar café con la intención de irme lo antes posible de casa y dejar de pensar en ello.

Víctor apareció con una gran sonrisa en la cocina.

—¿Cuándo te marchas a Santa Catalina? —me preguntó después de abrazarme por la espalda y besar mi cuello.

—Aún no lo sé, supongo que me lo dirán hoy. Te llamaré en cuanto lo sepa.

No serán muchos días o al menos eso espero.

Víctor me giró y me dejó frente a él, mirándole a los ojos.

—Está bien, cielo —agregó sin apartar la vista—. Quiero que pienses en algo mientras estés allí. No sé si es el momento, no sé si te apetece, apenas hemos hecho algún comentario al respecto en los últimos años..., pero, si queremos tener..., Bueno, si quieres que tengamos niños..., no deberíamos esperar mucho más.

Me sorprendí, me quedé sin palabras, sin nada que decir. Nunca habíamos mencionado la idea de tener hijos. Yo lo había pensado muchas veces, pero nunca encontraba el momento para hablarlo... Lo que sí tenía completamente claro es que aquel no era el momento adecuado.

Sonreí para disimular toda aquella pesadilla.

—Lo pensaré.

Víctor sonrió y me besó en los labios.

# Capítulo 26

## Ariadna

Rita parecía algo nerviosa cuando descolgué el teléfono.

—Ariadna, ¿dónde estás? Tenemos que ir a un sitio ahora mismo. He localizado a Yurena Santana, la segunda víctima de tu lista, he logrado convencerla para que hable contigo. Tenemos que ir, ¡ya!

—¿Dónde he de verla?

—Te recogeré en media hora.

Colgué el teléfono y salté de la cama. Necesitaba una ducha, si no sería incapaz de hacer más de dos preguntas coherentes, había estado buena parte de la noche buscando información en Internet y adelantando parte de mi reportaje, lo que había causado que se me pegaran demasiado las sábanas esa mañana.

Apenas terminaba de tomar un café y ya llamaban a mi puerta. Salí corriendo. Rita parecía ansiosa.

—¿Qué ocurre?

—Mejor te lo cuenta ella misma.

En unos diez minutos estábamos en una cafetería de la zona, sabía que Yurena Santana tenía unos veintinueve años. Lo había comprobado en su ficha antes de salir de casa, pero esa mujer aparentaba al menos treinta y cinco. Rubia de ojos claros, con una melena perfectamente peinada que le sobrepasaba los hombros, parecía nerviosa ante un vaso gigante de batido.

—Hola, Yurena, hemos hablado antes por teléfono, esta es Ariadna.

—Encantada. —Le tendí la mano y le ofrecí una gran sonrisa. Ella respondió a mi saludo.

—Por favor, Yurena, cuéntale lo que me has contado a mí esta mañana.

—Como sabes, a mí también me violaron en noviembre de dos mil nueve, hace ahora un año y cuatro meses. —Asentí comprobando en mis notas que las fechas que me había facilitado Miguel eran correctas—. Pude ver algo de la persona que me atacó.

—¿Se lo contaste a la policía en su momento?

—Digamos que no me hicieron mucho caso.



—¿Por qué? —Pregunté, mientras presionaba el botón de mi bolígrafo para tener preparada la punta y escribir todo lo que aquella chica tenía que decirme.

—Bueno, nunca he sido una «niña buena», ya había tenido problemas con la policía en un par de ocasiones. Antes bebía demasiado y siempre hacía lo que me daba la gana. Tenía algunas denuncias por robo, los agentes de policía no me caían muy bien y yo a ellos tampoco.

—¿Qué quieres decir?

—Me preguntaron una y otra vez si el «incidente» no habría ocurrido por haber tomado demasiadas copas y haberme ido con el primero que pasaba. No me sentó muy bien el comentario y digamos que la nariz de uno de los guardias cayó sobre mi puño..., en un par de ocasiones o tres. —Abrí los ojos como platos, asombrada, parecía una chica modosita, para nada tenía aspecto de una alcohólica que se metía en peleas con la policía—. No solo no hicieron nada para atrapar a la persona que me había violado. Ni siquiera tomaron nota cuando les dije que había logrado ver algo del tío que me atacó. Además, me fui a casa con una multa por agresión a un policía y me amenazaron para que no volviera a pasar por la comisaría para hacerles perder el tiempo.

Apunté todo lo que pude en mi libreta y levanté la vista. Yurena lucía un bonito bronceado y llevaba un gran escote en V, con una camiseta que cubría lo mínimo de sus pechos. No había rastro de cicatrices. Abrí la carpeta en busca de las fotos correspondientes a la víctima número dos y ahí aparecían, en su pecho, seis cortes en forma de hexágono o algo por el estilo y también cerca de su ombligo.

—Si buscas mis cicatrices, ya no están. Cirugía con láser, varias sesiones y tratamientos que me costaron una pasta. La pasta mejor invertida de mi vida. No soportaba mirarme al espejo, cada vez que lo hacía sentía a ese hijo de puta encima de mí...

Miré a Rita, que también garabateaba algo en una libreta.

—¿Qué apuntas? —le pregunté.

—Si localizo a ese capullo antes que la policía, te juro que le cortaré las pelotas y haré que se las trague —sentenció.

Yurena sonrió, pero a mí no me hacía gracia. Odiaba reavivar las heridas de aquellas chicas que fueron violadas, torturadas e ignoradas de forma inigualable por la policía.

Esperaba que el inspector Cardona pudiera darme respuestas al porqué de tanto pasotismo. Esa misma noche tenía que encontrarme con él. Preferí no

contestar al comentario de Rita y me dirigí nuevamente a Yurena.

—Cuéntame lo que recuerdes de tu atacante.

—Su olor. Inconfundible, si pudiera olerlo de nuevo, podría identificarlo con los ojos cerrados.

Nos quedamos en silencio un rato, un olor no era algo que pudiera anotar si no sabía con certeza a qué olía, si era un perfume o un bálsamo para después del afeitado, quizás una crema hidratante o simplemente su gel. Lo anoté, por si alguna de las otras chicas lo destacaba también.

—¿Qué más?

—Tenía la barbilla y la boca destapadas, pude percibir una piel suave, sin pelo. No podría decir si se acababa de afeitarse o simplemente no crecía vello en ella. Labios carnosos y dientes perfectos, de color blanco, demasiado blanco, parecía que acabara de darse uno de esos tratamientos blanqueadores que anuncian en televisión.

—No es mucho, la verdad —mascullé decepcionada.

Después de la reacción de Rita esa mañana, casi esperaba un mapa con una flecha que señalara al violador.

—No es todo. Cuando ese tío me atacó, como no me estaba quieta y le atiné un par de puñetazos, me estampó la cabeza contra la carretera. Quizás durante un rato perdí el conocimiento, supongo que por eso se tomó su tiempo en vestirse antes de largarse. Estaba de rodillas junto a mí colocándose la camiseta, no parecía tener ninguna prisa... El tatuaje era muy pequeño, pero pude verlo bien.

—¿Qué tipo de tatuaje era?

—Unos símbolos, en chino, japonés o algo por el estilo.

—¿Tienes una ligera idea de cuántos millones de tíos con símbolos chinos tatuados debe de haber? —pregunté frustrada.

—Tengo memoria fotográfica. Según se fue y me dejó tirada allí, saqué un trozo de papel de mi bolso y un bolígrafo y lo dibujé, no era muy complicado.

—Yurena tendió la mano hacia su bolso y sacó de su cartera un trozo pequeño de papel con un símbolo:

咬

—¿Sabes qué significa?

—Ni idea, apenas sé decir dos o tres palabras en inglés y pretendes que sepa chino. Pero sí sé que lo tenía en un sitio un tanto peculiar. En la planta del pie, a la altura del talón. Era noviembre, pero esos días una ola de calor azotaba el país, él llevaba puestas unas sandalias por lo que pude verlo bien.

—¿Estás segura de que lo dibujaste tal cual?

—Completamente, pude verlo durante un rato y lo memoricé, como ves no es complicado.

Asentí.

—¿Puedo quedármelo?

—Sí, lo he dibujado como ochenta veces más, por si se me perdía el papel, y lo tengo grabado en el ordenador de casa y aquí —dijo señalando su sien.

—Intentaré averiguar algo, a lo mejor si sabemos qué significa nos acerquemos un poco más a él. Quizás es su nombre en chino o el de alguien importante para él. ¿Qué más puedes contarme?

—En la espalda de ese hombre no había vello tampoco, además era algo fuerte, quizás como alguien que le dedica unas horas semanales al gimnasio para hacer pesas, ese capullo tenía mucha fuerza. Conmigo no puede cualquiera, te lo aseguro, y una vez me sujetó no hubo nada que hacer. No era muy alto, estatura media quizás.

—¿Pudiste ver el color de su pelo o de sus ojos? —continué con mis preguntas.

—No, tenía una especie de capucha o pañuelo o algo por el estilo.

—Muchas gracias por tu ayuda, Yurena.

—¿Puede hacerme un favor? —Asentí, mientras me levantaba y recogía mis cosas—. Dígale a los agentes Perera y Rainieri que sigo pensando que son unos tremendos hijos de puta y que deberían estar en la cárcel junto a ese jodido violador.

Asentí de nuevo. Apunté los nombres de los agentes, no pensaba decirles nada por el estilo, pero estaba bien saber el nombre de los policías que ignoraron a las chicas.

—Rita, ¿a ti también te atendieron los mismos agentes?

—No me acuerdo mucho de ellos, pero el apellido Rainieri me es familiar, sí.



Rita y yo fuimos a almorzar algo, había sido una mañana provechosa.

—Parece que el tío tiene preferencia por las chicas problemáticas —solté sin pensar que Rita había sido una de las víctimas.

—Sí, eso parece. Pero eso no quiere decir que nos mereciéramos algo por el estilo.

—Yo no he dicho eso. Solo que parece más fácil atacar a alguien a quien sabes que la policía no va a hacer ni caso.

Asintió.

—¿Cuál es el siguiente paso? —me preguntó cambiando de tema.

—Esta noche tengo una cita con el inspector de policía.

Rita soltó un bufido.

—Si no nos hicieron caso desde un principio, no creo que lo hagan ahora tanto tiempo después.

—Ahora hay un montón de víctimas y una de ellas fue asesinada. No es ninguna broma.

—Suerte con ese inspector. Todavía quedan dos chicas por localizar, no

consigo dar con ellas. —Miró una libreta que tenía a mano—. Elena Morales, fue la primera víctima hace algo más de dos años, y Ángela Batista, violada hace poco más de tres meses.

—Quizás el inspector Cardona pueda ponerme en contacto al menos con la última víctima.

—Tengo que irme, si quieres hablamos mañana y me cuentas qué excusa ha puesto ese policía.

Pagué la cuenta y Rita me dejó en casa antes de marcharse.

# Capítulo 27

## Meritxell

El camino hasta Santa Catalina se me hizo eterno. Como de costumbre, Víctor no contestaba al teléfono, y le mandé un simple mensaje para decirle que me iba, que en principio estaría fuera una semana sin posibilidad de posponerlo y que me iba ese mismo día. Me hubiera gustado hablar con él para sentirme un poco más reconfortada.

Jordi y yo viajamos juntos. Miguel no quiso venir en coche, tenía un asunto importante que necesitaba dejar resuelto y luego iba a coger un avión, así que llegaría prácticamente a la misma hora que nosotros. El inspector Alvarado se había ido a primera hora de la mañana y había llegado hacía unos minutos al destino, nos esperaba en la comisaría mientras se reunía con el inspector Rubén Cardona y con el agente Alexander Hernández para examinar las pruebas de las que disponían y decidir qué camino seguir.

Me sentía incómoda, no sabía a dónde mirar, no sabía qué decir, así que apoyé la cabeza en la ventana del copiloto y me hice la dormida durante un buen rato, pero cuatro horas de trayecto daban para mucho. Era cerca de la una del mediodía y aún faltaban unas dos horas de camino, no había tomado más que mi café de las siete de la mañana y me sonaban las tripas. Jordi rio.

—Parece que tu estómago se queja, ¿tienes hambre?

—Un poco —susurré sin dejar de mirar por la ventana del copiloto.

—Buscaré algún lugar para tomar algo.

—No deberíamos, vamos a llegar muy tarde. —Prefería acabar con aquella tortura cuanto antes.

—La verdad es que estoy cansado de conducir. Necesito estirar un poco las piernas, comer y beber algo. —Me encogí de hombros como respuesta. Diez minutos de silencio después...—. Meritxell, ¿estás enfadada conmigo?

—No, contigo no. Más bien conmigo misma.

Fue la primera vez que miré a Jordi en todo el trayecto. No sabía si debíamos hablar de lo que había sucedido entre nosotros y de todo lo demás, Víctor, mi cena de cumpleaños, lo mal que me sentí, todo... Igual no era la

persona apropiada para desahogarme, pero era el único con el que podía soltar todo lo que llevaba dentro.

—No voy a pedirte disculpas —susurró. Parecía algo molesto.

—No tienes que hacerlo.

Encontramos por el camino un agradable restaurante donde servían comida casera. Tenía una pequeña terraza con apenas tres mesas de madera rústica que daba a una playa no demasiado grande y que, a pesar del buen tiempo que hacía para estar en mayo, se encontraba prácticamente desierta. Las vistas eran preciosas.

En silencio nos dimos un pequeño atracón de primer y segundo plato, más postre y café, después de lo cual me sentía hasta de mejor humor.

—No tienes muy buen aspecto —dije finalmente para romper el incómodo silencio.

—No tenía que haber comido tanto —respondió frotándose el estómago—, me ha dado algo de sueño, ¿te importa si damos un paseo por la playa antes de irnos? A lo mejor así me despejo un poco.

Asentí, nos quitamos los zapatos y bajamos a la arena. Fuimos hasta la orilla y dejamos que el agua congelada de la marea rozara nuestros pies. Dimos un paseo de unos veinte minutos, escuchando el susurro de las olas al romper en la orilla. Aunque el silencio se hacía persistente, ya no resultaba tan incómodo.

—Me pregunto si te apetece hablar sobre lo que ocurrió la otra noche —me preguntó al fin, consciente de que la situación no iba a cambiar así porque sí.

—La verdad es que no me apetece, Jordi. Creo que es mejor que nos concentremos en el caso, ayer me dijo el inspector Alvarado que creían saber dónde está Ariadna. —Me miró con los ojos como platos.

—¿En serio? ¿Y no me lo dices hasta ahora?

—Perdona, estaba en mi egoísta mundo, compadeciéndome. —Me miró aún más sorprendido, imaginé que por mi directa sinceridad—. Supongo que en cuanto lleguemos nos dirán más.

—Ya me siento más espabilado, ¿quieres que retomemos el viaje?

Asentí y nos dirigimos al aparcamiento. El resto del camino me sentí algo más cómoda, Jordi puso la radio y el trayecto restante se me pasó rápido, escuchándolo tararear las canciones que sonaban, me provocó alguna carcajada cuando soltaba algún gallo, evidentemente, de forma intencionada, haciendo el tonto. Terminé tarareando junto a él, bajito, con la mirada fija en el paisaje.

Para cuando llegamos a Santa Catalina, Miguel ya se encontraba en el hotel Princesa Mireia. Era un agradable hotel en una zona tranquila con infinitas pinceladas de color verde a su alrededor, los grandes jardines que lo rodeaban hacían que el perfume te embriagara según pasabas la verja de entrada a los aparcamientos, un encanto demasiado especial quizás para ser elegido como estancia de negocios.

Los tres teníamos habitaciones contiguas. Saber que Miguel estaba pared con pared de mi dormitorio me hacía olvidar que Jordi también lo estaba. Nos tomamos un café los tres juntos en la amplia recepción.

—Señor Ocampo, ¿podría ir en busca del portátil y la cámara de fotos? Traiga toda la información de la que disponga sobre el caso. —Jordi asintió y sobre la marcha se levantó de su sitio. Miguel se dirigió a mí una vez mi compañero desapareció de la cafetería—. Tengo que contarle algo.

—¿Qué ocurre?

—Podíamos haber sabido dónde estaba Ariadna desde un principio, pero la verdad es que me cegué con todo ese lío de la exmujer de Gonzalo Jiménez y no lo pensé.

—¿Qué quiere decir?

—No sé cómo empezar. Digamos que Ariadna intentó advertirme que usted no se sentía bien con el puesto que decidí asignarle.

—¿Ariadna habló con usted de eso? —Me resultaba extraño, ya que ella no me había ofrecido el más mínimo apoyo en las últimas semanas, yo lo achacaba al hecho de que estaba molesta conmigo porque no sabía valorar aquel ascenso y, aunque me dolía, se lo perdonaba, porque sabía que para ella era muy importante el hecho de alcanzar un puesto en Sucesos. Sin embargo, me sorprendía mucho que mi amiga sacara ovarios para ir a hablar con mi jefe, nuestro jefe, Miguel era una persona distante y con la que era difícil entablar una cita para mantener una conversación tranquilos sin que alguien interrumpiera.

—Me pidió que la dejara volver a su antiguo puesto en el Departamento de Eventos, tras lo cual recibió la misma rotunda negativa que usted. Y, sabiendo que no iba a darle más explicaciones ni a convencerme de ninguna otra forma, me pidió permiso para echarle una mano con el reportaje del Asesino del Mordisco. No le hizo muy feliz que le prohibiera terminantemente inmiscuirse de ninguna forma, le pedí que la dejase sola por esa vez.

—¿Por qué? —pregunté sorprendida.

—Bueno, quería comprobar hasta dónde podía llegar, no me defraudó en



ningún momento. Además, finalmente a *Redes* le vino muy bien ya que ha descubierto usted un gran potencial en su nuevo compañero.

—Sí, pero... Ariadna y yo siempre hemos trabajado bien juntas, hacemos un buen equipo... —protesté casi en un susurro—. ¿Qué tiene que ver que haya desaparecido con todo esto? ¿La envió fuera para que no se involucrase en mi reportaje? —pregunté incrédula.

—No, no exactamente. Ella quería una oportunidad para trabajar en Sucesos y yo tenía un caso reservado, completamente confidencial y bajo secreto de sumario que se suponía no debía conocer absolutamente nadie más que yo. Supuse que podía compartirlo con ella, yo no tenía tiempo para investigar y ella podría hacer algunas averiguaciones hasta que se levantara el secreto de sumario. Lógicamente, le prohibí que hablara de ello con cualquier persona, bajo amenaza de despido.

—Entiendo. —¿Entiendo? Cada vez entendía menos, la verdad.

—El expediente pertenecía a Santa Catalina, se trataba de unas violaciones. Bueno, más bien se trataba de investigar a unos agentes que no habían hecho todo su trabajo. El inspector Cardona acaba de ser trasladado, su antecesor fue despedido tras una investigación interna que lo involucraba en un caso de corrupción. Él lleva poco tiempo en la oficina y ha recibido muchas quejas respecto al personal que ignoró por completo a seis chicas que resultaron violadas. La última fue asesinada, eso ocurrió hace tres meses.

»No le dije nada a Ariadna de que realmente la investigación giraba en torno a los agentes que tenían asignados los expedientes de violación, ya que nos vendría bien investigar qué había ocurrido realmente y disponer de información para intercambiar con Rubén Cardona. Tony envió al agente Alexander ya que, aunque es muy joven, es de completa confianza y necesitaba a alguien con quien intentar solucionar todo el embrollo.

»Como sabes, hemos encontrado una conexión entre esas violaciones y el Asesino del Mordisco. Aún no está claro, pero quieren descartar que no se trate del mismo agresor antes de continuar ninguna de las dos investigaciones por separado.

—¿Y Ariadna le comunicó que vendría unos días para investigar?

—No. Se suponía que era algo a largo plazo y tan solo tenía que venir precisamente esta noche a una reunión con el inspector Cardona. Hasta ese momento difícilmente podía investigar nada, ya que la información que teníamos era prácticamente nula.

—¿Ya la han localizado?

—Realmente no hemos logrado hablar con ella, ignoro la razón, pero su móvil sigue apagado. El inspector Rubén Cardona asegura que habló con ella hace unos días para confirmar su encuentro, pero ella no le dejó ningún teléfono de contacto. No está alojada en ningún hotel, al menos no a su nombre, tampoco al de Gonzalo Jiménez, también lo hemos comprobado... En todo caso, esta noche tiene una cita con el inspector Rubén Cardona.

Respiré aliviada. ¡Maldita arpía! Yo le hubiera contado algo tan importante. Era mi mejor amiga.

Jordi apareció cargado con el maletín del portátil, la cámara y una gran caja con documentación. Lo ayudé a llevar las cosas y nos dirigimos al coche de Miguel. De camino a la comisaría Jordi tecleaba algo en el portátil desde el asiento trasero donde se encontraba.

# Capítulo 28

## Meritxell

Estuvimos toda la tarde en medio de una reunión entre dos inspectores, en la que Miguel, Jordi y yo permanecimos muy callados. Jordi estaba pegado al portátil buscando quién sabe qué información o escribiendo algo, no lo sabía a ciencia cierta. Sobre las siete Miguel nos informó de que se retiraba al hotel, todos estábamos agotados y necesitábamos descansar para proseguir con las pesquisas al día siguiente. En aquel momento poco podíamos hacer, teníamos que esperar a que la policía trabajase y enlazara lo suficiente como para dejarnos intervenir sin que supusiéramos un estorbo.

Jordi decidió irse con Miguel, parecía agotado.

—Señor Suárez, si no le importa prefiero quedarme aquí. No tengo sueño, no soy amiga de dormir en camas desconocidas y, sinceramente, prefiero esperar. Quiero saber si Ariadna acude a la cita que tiene con el inspector Cardona.

—Pero la cita es a las once de la noche.

—No se preocupe, iré a cenar algo y me centraré en leer de nuevo todo lo que tenemos. Ya que he venido hasta aquí, espero servir de ayuda.

Después de un rato los convencí para que se marcharan sin mí y descansaran. Como les dije, fui a un restaurante que había justo enfrente de la comisaría. En la barra se encontraba el joven agente Alexander, esperando a que le sirvieran algo de comer. Su aspecto parecía algo desaliñado, supuse que debido a un largo día de trabajo.

Llevaba una camisa blanca de botones por fuera de los vaqueros. Ese atuendo le hacía parecer aún más crío que en San Antonio, donde siempre lo había visto perfectamente uniformado. Su tez sin duda necesitaba urgentemente unos cuantos rayos de sol, pues se había tornado algo amarillenta, sin embargo, no tenía mal aspecto. Su pelo estaba perfectamente peinado como en esos anuncios de gomina y en su rostro no había señal de barba, aunque hubiera jurado que esa cara no necesitaba hojillas de afeitarse. Me acerqué a él con una sonrisa y le tendí la mano.

—Hola, Meritxell.

—Agente Hernández.

—Veo que la han hecho venir hasta aquí.

—No sé qué tipo de ayuda puedo ofrecer, pero, bueno..., espero que después de esto Miguel me deje volver a cubrir la pasarela de Milán o algo por el estilo —expliqué.

—¿La pasarela de Milán? —Sonrió algo extrañado. Suspiré antes de contestar.

—Es una larga historia... Tengo hambre, ¿qué tal se come aquí?

—No está mal, es comida casera. ¿Quiere que nos sentemos juntos?

—Se lo agradezco, odio comer sola.

Fuimos a una pequeña mesa al fondo del local. Ese chico era realmente joven, no sabía cómo había conseguido que pusieran tanta confianza en él y más en un caso tan importante. Tuvimos una agradable y nada profunda charla, justo lo que necesitaba para distraerme un poco: música, libros, películas... Después de la cena nos tomamos una cerveza, me venía bien desconectar.

Sobre las diez de la noche subimos otra vez a la comisaría, los inspectores habían salido de la sala de reuniones y se estaban tomando un café junto a la máquina. Parecían haber dado por zanjado el tema, al menos durante ese día.

El inspector Alvarado me sonrió.

—Meritxell, muchas gracias por venir. No tuve ocasión de saludarla antes. Este es el inspector Cardona, nos ha dicho que dentro de una hora ha quedado con Ariadna en un bar no lejos de aquí.

—Encantada. —Le tendí la mano—. ¿Podría ir con usted?

—Sí, por supuesto.

—Yo me voy al hotel. Estoy muerto, mañana hemos quedado aquí a las ocho, veremos todo lo que podemos sacar en claro —me informó el inspector Alvarado, mientras cogía el móvil y las llaves de encima de una de las mesas.

Asentí.

—¿Quiere que me quede con usted? —preguntó el agente Alexander.

—No, gracias. Me las apañaré yo sola para estrangular a mi amiga.

Alexander sonrió y se despidió.

—Vayámonos, si me quedo aquí un minuto más me voy a volver loco. —El inspector Cardona apoyó la mano sobre mi espalda y tendió la otra para dejarme paso.

Llegamos al bar en unos veinte minutos. Aproveché que aún faltaba un rato para la reunión con Ariadna y me ausenté un momento para telefonar a Víctor.

De nuevo tenía el teléfono apagado. ¡Qué hombre! Ni siquiera había respondido mi mensaje de esa misma mañana. Suspiré y entré de nuevo.

Cuando vi aparecer a mi amiga, cuyos ojos parecieron salirse de las órbitas en cuanto me vio sentada a la mesa junto al inspector, me dieron ganas de soltarle un sopapo. No podía creer que estuviera bien, que hubiera estado bien todo el tiempo y no me hubiera telefoneado ni una sola vez. Vino a abrazarme, pero yo no estaba de humor para arrumacos.

—Después tú y yo hablaremos seriamente. No hagas esperar más al inspector.

Ariadna apenas estuvo media hora hablando con Rubén Cardona. No paraba de cotorrear, tenía en una libreta un montón de cosas apuntadas, parecía una especie de detective privado. Me sorprendió, sabía que le apasionaba el mundo de la investigación y que esa fue una de las razones por las que se convirtió en periodista, pero nunca imaginé que pudiera meterse de lleno en un caso como aquel de primeras.

—Ariadna, le agradezco que haya acudido a la cita. Como ve, esto ya no es un secreto, su periódico ha metido las narices hasta el fondo en todo este lío. Mañana nos vamos a reunir a las ocho de la mañana, espero verla en la comisaría. Meritxell, ¿la acerco hasta el hotel?

—No es necesario inspector, me quedaré con ella.

—Muy bien, buenas noches. Por cierto, Ariadna, ¿sabe dónde se encuentra el señor Gonzalo Jiménez?

Ariadna se encendió como una bombilla y respondió algo confundida.

—Ha tenido que irse de viaje... por un problema familiar —balbuceó— ¿Cómo sabe...? ¿Qué...

—¿A dónde? —la interrumpió sin más.

—Pues no lo sé... ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Mañana hablaremos sobre ello, ahora vayan a descansar. Estos días serán difíciles.

Nos quedamos solas. Ni siquiera me acordaba ya del tema de Gonzalo, me daba pena. No quería contarle que habíamos encontrado a su exmujer muerta, que lo habían buscado por todas partes, no sabía exactamente si como sospechoso o no, pero para mí había una duda razonable, por el simple hecho de ser su marido, era lógico que la policía tuviera que interrogarlo. ¿Cómo iba siquiera a insinuarle lo que ocurría? Parecía tan enamorada de él, pero ¿y si era el asesino?, ¿y si era el violador que andaba atacando jovencitas? ¿Un problema familiar? Quizás simplemente estaba huyendo, tomando ventaja para

que no pudieran detenerlo por el asesinato de Vanessa Meyer.

—¿Dónde te hospedas?

—En el hotel Princesa Mireia.

—No tengo ni la menor idea de dónde está eso. ¿Quieres venir a casa?

—¿A casa? ¿Tienes una casa aquí?

—Bueno, no es mía. Gonzalo me la cedió. Trabaja en una inmobiliaria y spongo que es uno de esos caserones que intenta vender.

Asentí, estaba cansada, quería hablar con ella de un montón de cosas. Me sentía dolida, traicionada por mi mejor amiga. Había desaparecido del planeta y no le había dicho nada a nadie.

Me hizo subir a una moto gigante que daba miedo con solo mirarla, sin embargo, estaba tan cansada que me daba igual, quería poder quitarme toda esa ropa que tenía puesta desde primera hora de la mañana. Además, me sentiría más segura lejos de Jordi.

—¡Esto no es una casucha de inmobiliaria! ¡Esto es un chalet equipado cien por cien! —solté alucinada en cuanto abrió la verja de aquella impresionante vivienda.

—Lo sé, lo sé... Se está genial aquí... ¡Ponte cómoda! —Ariadna entró y subió las escaleras, quitándose la ropa por el camino. A los pocos segundos se oyó el ruido de la ducha.

Ya me estaba quedando dormida en el sofá cuando bajó, tenía cierto aspecto infantil, con un pijama de Hello Kitty y una cola de caballo, sin todo ese maquillaje que solía llevar siempre encima. Traía otro pijama en la mano que me tendió.

—Toma, cámbiate. ¿Quieres darte una ducha? Yo prepararé un chocolate, no es complicado, solo tengo que darle a un botón —dijo señalando la máquina de café monodosis—, no tardes.

Me di una ducha rápida y me puse el pijama de Ariadna. Bajé las escaleras y ya olía al chocolate caliente que me esperaba en la mesa del salón.

—¿Qué le pasa a tu móvil? ¿Por qué lo dejaste apagado? —pregunté al fin, pensando en que debía soltar todo lo que tenía guardado, que tenía que saber por qué mi amiga había desaparecido de repente.

—Lo he perdido, creo que lo dejé en una casita rural en la que Gonzalo y yo estuvimos el fin de semana pasado. He tenido que comprarme este trasto —explicó sacando un antiguo modelo de Motorola del bolso.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no me contaste todo esto? —No era excusa, para mí no lo era. Podía haberme localizado de mil formas diferentes,

no lo hizo porque no quiso, básicamente.

—Cielo, no podía... Miguel...

—Sí, ya me lo ha contado todo él. —Ella me miró incrédula. Recapacité un instante. Miguel se lo había pedido. Ella había intentado ayudarme, mi jefe me lo había contado hacía unas horas, fue él el que se lo negó. Si me paraba a pensar no me hubiese preocupado tanto si no hubiera descubierto lo de Vanessa, lo de Gonzalo. Respiré hondo—. Tengo que decirte algo. Ariadna se sentó a mi lado en el sofá. No quería ocultárselo más, odiaba tener que explicárselo porque ella era como mi hermana, no quería verla sufrir, no quería hacerle daño—. ¿Sabes por qué el inspector Cardona te ha preguntado por Gonzalo?

—No, la verdad es que me ha extrañado... —Se le frunció el ceño y suspiré de nuevo, me costaba llenar mis pulmones de aire, me costaba encontrar las palabras adecuadas, pero tenía que hacerlo.

—Ariadna, el día que te vi en la cafetería se produjo otro asesinato, supuestamente a manos del Asesino del Mordisco. —Ella asintió—. Gracias al inspector Alvarado pudimos tener información de primera mano, como siempre. Esta vez el sospechoso entró en casa de la víctima, no la atacó en la calle. —Ella seguía atendiendo confundida—. Resulta que la mujer tenía un exmarido y nos dirigimos a su piso, que no estaba lejos... Ariadna, era el piso de Gonzalo.

—¿¡Qué!? Pero ¿qué dices? —Sonrió—. ¿Cómo sabes que era su piso?

—Entre otras cosas, porque el exmarido de ella se llamaba Gonzalo Jiménez.

—¿Tienes idea de cuántos Gonzalo Jiménez hay en San Antonio? Te lo digo yo que intenté localizarlo cuando perdí el móvil. —Parecía aliviada y sonreía parloteando sin parar, evitando hacer frente a la verdad que veía en mis ojos.

—Gonzalo Jiménez es el exmarido de Vanessa Meyer, eran socios copropietarios de una inmobiliaria...

—Eso no demuestra que sea mi... Gonzalo.

Alcancé el bolso y saqué una fotografía que le tendí.

—¿En cuántas de las casas de esos Gonzalo Jiménez puede haber copias de esta foto?

Ariadna se quedó completamente compungida, las lágrimas empezaron a resbalar por su cara como si hubieran salido de la nada y la fotografía resbaló de sus manos.

—Pero, pero...

—No era sospechoso en un primer momento, la policía solo quería hablar con él. Al no poder localizarlo, encabezó la lista.

Ariadna cogió su teléfono móvil y marcó un número.

—Está apagado...

—Lleva apagado desde el viernes.

—Dios..., se va a llevar un gran disgusto. —Las lágrimas seguían brotando de sus ojos—. Si nadie le ha dicho todavía lo que ha pasado, tengo que decírselo yo.

Volvió a coger el móvil y marcó de nuevo el número, parecía hablarle a un contestador.

—Cielo, soy yo. Por favor, llámame en cuanto puedas a este número, tengo que hablar contigo. Te quiero.

¡Oh, Dios! ¿De verdad había oído esa frase de su boca?

—No me mires así, Meritxell. Gonzalo no es ningún asesino y... lo quiero, sí. —Asentí, con la esperanza de que mi amiga tuviera razón—. Es casi la una de la madrugada, estoy reventada. Arriba hay dos dormitorios más aparte del mío, si quieres te dejo un par de sábanas limpias y duermes en la cama que quieras.

—¿No te importa que duerma contigo? Han sido unos días difíciles, y mis pesadillas... Bueno, no estoy acostumbrada a dormir sin Víctor.

—Claro, vamos.



# Capítulo 29

## Meritxell

No podía abrir los ojos, lo intentaba con todas mis fuerzas una y otra vez... o quizás los tenía abiertos y había tal oscuridad en la habitación que el negro se cernía sobre mí. Estaba incómoda, no podía respirar bien en aquella postura.

Agité la cabeza y pensé durante un momento. Tenía las manos atadas con algo que no parecía una cuerda, un trozo de tela raída, un pedazo de sábana quizás. Me encontraba boca abajo en la cama. Quería chillar, pero mi voz no me respondía, estaba completamente afónica. Él me escuchó y se acercó hasta mí.

—¿Ya te has despertado, princesa? —La voz me era completamente familiar, pero me sentía aturdida.

Sentí su aliento en mi oreja y me besó el cuello. El olor..., ese olor, me hizo sonreír.

—Hola, cariño, me duelen las manos —mascullé.

Él me soltó y dejó que me diera la vuelta en la cama. Pensé en levantarme e irme, pero algo me enganchaba a aquel momento, algo aparte de lo que pinchaba la piel de mi ombligo, que por lo que pude notar era un cuchillo afilado.

Me besó y su lengua caliente atravesó los muros de mi inconsciencia, de pronto recordé todo. Había ido en busca de Jordi en mitad de la noche y después de tomarnos unas copas terminé en aquella habitación. No era nuestro hotel, parecía una pequeña casa apartada en medio de la nada...

Jordi bajó recorriendo cada centímetro de mi piel hasta encontrarse con mi sexo, el cuchillo no hacía menos presión, así que decidí no moverme.

—¿Por qué tienes un cuchillo? —pregunté perdida ante aquello, pero completamente tranquila, como si fuera algo normal.

—¿Todavía no lo sabes, cielo? Voy a matarte.

Entonces empezaron a rodar lágrimas por mis mejillas, cayendo sobre la almohada que tenía bajo mi cabeza.

—Pero... te quiero.

Jordi paró el movimiento de su lengua y por un segundo despegó el cuchillo de mi abdomen. Subió de nuevo, tumbándose a mi lado...

—Y yo, cielo, y yo...

Sentí cómo se me acercaba y me mordía el cuello, fuerte, muy fuerte... Noté unas gotas resbalar por mi clavícula, el dolor era increíble pero no podía chillar. De nada servía ya... Lo había perdido.



—¡¡Meritxell!! ¡¡Por Dios, Meritxell, despierta de una vez!! Sentí que alguien me agitaba, estaba completamente agarrotada y tenía la cara empapada en lágrimas.

—¿Qué...? —logré susurrar desorientada sin poder abrir los ojos todavía.

—¿Pero se puede saber qué demonios te pasa?! ¡Me estás asustando de verdad!

Abrí los ojos y vi a Ariadna a mi lado.

—Tranquila —dije tras unos segundos—. Solo ha sido otra pesadilla.

Aún seguía llorando inconscientemente. ¿Por qué mi mente se empeñaba en

jugarme tan malas pasadas? ¿Jordi? Ese olor... su olor, de pronto lo reconocí, era el suyo. Estaba obsesionada con el Asesino del Mordisco, con mi paso al Departamento de Sucesos y, era hora de reconocerlo, estaba obsesionada por Jordi, no podía dejar de pensar en él, aunque me lo propusiera, aunque hubiera puesto distancia de por medio para dormir lo más alejada posible de él, aunque me empeñara en nombrar a Víctor cada vez que el recuerdo de su lengua entre mis pliegues volvía a la mente. Y, en aquel momento, estaba completamente desquiciada, se me había juntado todo en una especie de hecatombe.

Olía a él, besaba como él, sonreía como él... No era simple casualidad. Estaba metido en mi cabeza por completo.

Ariadna me miraba sin decir nada, preocupada, extrañada, intentando mitigar las lágrimas que poco a poco se iban calmando, me obligó a beber un poco de agua y apartó los mechones de cabello que estaban sudados y pegados a mi cara.

—Respira, Meritxell, respira —me pedía, intentando llegar a mí, pero mi cabeza estaba en otra parte.

Mi amiga estaba viva, estaba bien, metida en su mundo... porque aquel era su mundo, no el mío. No quería seguir con aquel reportaje, no quería estar en medio de aquella investigación, no quería saber nada más del Asesino del Mordisco y tampoco de Jordi, tenía que alejarme de él, alejarme de todo. Por Dios, tenía que volver a casa con mi marido.

—No puedo, no puedo más —mascullé.

—¿Estás bien? Reacciona, cariño, ¿por qué lloras?

—Odio todo esto, quiero irme a casa. —Ariadna acarició de nuevo mi pelo y me abrazó.

—Tranquila, ahora estamos juntas. No estás sola, no va a pasarte nada. Investigaremos junto a la policía, uniremos las piezas que sean necesarias, atraparemos a ese tío y por fin sus víctimas podrán descansar en paz, y toda la ciudad también, cada vez estamos más cerca de ese sádico. Luego escribiremos el mejor reportaje de todos los tiempos y nos forraremos. — Hizo un intento de broma.

Asentí, un poco más tranquila y sonreí.

—Está bien, hagámoslo de una vez —dije, autoconvenciéndome de que aquello era lo correcto, que era el camino que debía seguir, no había marcha atrás.

—Meritxell, ¿puedo preguntarte algo y serás completamente sincera

conmigo? —Asentí—. ¿Crees que Gonzalo tiene algo que ver con todo esto?

—No lo sé, cielo... Supongo que no, ojalá que no.

Ella asintió y sonrió. Tiró de mí para que me levantara.

—Vamos, nos sentará bien una ducha y un buen desayuno antes de irnos, te dejaré algo de ropa.

Mientras estaba en el cuarto de baño mi móvil empezó a sonar, no quise prestarle mucha atención, imaginé que era Víctor y la verdad es que estaba algo molesta por no haber recibido contestación durante todo el día anterior. Podría pasarme cualquier desgracia y él ni se enteraría.

Me esmeré en peinarme y maquillarme, la ropa de Ariadna me quedaba algo más estrecha que a ella, pero estaba cómoda, solo que algo ceñida... Me sentía guapa. El móvil seguía sonando insistente. Bajé las escaleras para buscar mi bolso y por fin contesté. No era Víctor, sino Jordi.

—¿Meritxell? ¿Te encuentras bien? Miguel y yo llevamos llamándote desde hace rato. —Parecía excitado o asustado tal vez.

—Tranquilízate, estoy bien.

—¿Dónde demonios estás? Llevamos una hora tocando en tu habitación y nadie contesta. Le pedimos a la recepción que nos abriera la puerta y tu cama está intacta y tu maleta sin deshacer.

—Cálmate, Jordi, estoy con Ariadna.

—¿Con Ariadna? ¡Juro por Dios que voy a matarte! —Sonaba muy enfadado y, después de la tremenda pesadilla que acababa de vivir, me asustó. Juro que me asustó de verdad.

—Sé... cui...darme so...la —titubeó.

—Lo siento. —Bajó el tono *ipsofacto*—. No quería hablarte así.

—Nos vemos en la comisaría —fue la única contestación que le di antes de cortar la llamada.

Me miré en el espejo, el maquillaje estaba intacto, aunque no tenía muy buen aspecto. Salí de la habitación en busca de la cocina, tenía un hambre horrible, me sentaría bien un buen desayuno.

Sobre las ocho y cuarto ambas estábamos entrando por la puerta de la comisaría. Miguel y Jordi estaban sentados a solas en una mesa apartada, supuse que alguno de los agentes se había ofrecido para que ocuparan su mesa hasta que llegásemos todos. Estaban serios, hablaban y Jordi garabateaba algo en una libreta.

Miguel subió la cabeza, como si el taconeo de nuestros zapatos nos hubiera delatado aun desde la entrada, a unos treinta metros. Clavó su mirada en

Ariadna y se levantó de la silla, vino hacia nosotras y dejó a Jordi hablando solo, el cual no se había percatado de que de habíamos llegado.

Fue directamente a Ariadna y la abrazó.

—Nos has dado un susto de muerte.

Pude escuchar algo de lo que le decía en un susurro, un tono de voz totalmente desconocido para mí en aquel hombre. Estaba sorprendida, no esperaba una reacción así de nuestro siempre formal jefe. Sabía que él nos tenía mucho aprecio, llevábamos años trabajando para *Redes* y formábamos un gran equipo, casi se podía decir que nos había visto crecer..., pero aun así me sorprendía ese salto a lo íntimo.

Se apartó un poco de ella, la cual no parecía incomodarse por la situación, me miró de soslayo y se sonrojó. Él agarró sus mejillas, como si no hubiera nadie más allí.

—No vuelvas a hacerme algo así, deberías haber llamado.

—Lo siento, perdí mi móvil... —El tono de voz de Ariadna era tan íntimo como el suyo—. Siento haberte asustado.

Aluciné totalmente cuando Ariadna pasó la mano con cariño por la barba de mi jefe, con suavidad, con ternura y él se acopló en aquella cavidad como si la reconociera de toda la vida.

—Pensé que iba a volverme loco. —Según terminó la frase, pareció caer en la cuenta de que no estaban solos y soltó rápidamente a Ariadna, como si el contacto le quemase. Miró hacia el suelo antes de pasar por mis ojos y se dio la vuelta—. Entremos en la sala, en cinco minutos comenzará la reunión.

Miré hacia el asiento vacío en el que segundos antes había estado Jordi, supuse que había pasado a la sala sin esperar por nosotros.

Agité la cabeza... sin creerme esa confianza, ese cariño que había visto en los ojos de ambos. Aquello era tan extraño que parecía otra de mis pesadillas.



—Estamos todos aquí para hablar sobre un doble caso que de pronto se ha cruzado... el Asesino del Mordisco —dijo mientras escribía con un rotulador negro en una pizarra de color blanco que se encontraba justo detrás de él—, y el Violador de Santa Catalina. —Escribió justo al lado. Se giró después de cerrar la tapa del rotulador y se colocó frente a mí—. Como sabéis, yo soy el inspector Rubén Cardona. Presentaré a todos los acompañantes. —Estábamos sentados en una mesa redonda, empezó por su derecha y fue señalando a todos uno por uno—. A mi derecha, el inspector Tony Alvarado de San Antonio, a unas cuatro horas de aquí en coche, donde se han producido los cuatro ataques conocidos hasta el momento por el Asesino del Mordisco. A su izquierda, el agente Alexander, que lleva el caso junto al inspector Alvarado. Les presento a mi amiga Davinia Hinman, criminóloga, por el momento solo nos escuchará y tomará notas para poder ayudarnos a unir piezas de todo este puzle. David Sainz es el supervisor del equipo de la policía científica que lleva el caso aquí, en Santa Catalina. Miguel Suárez, Ariadna Betancor, Meritxell Borges y Jordi Ocampo son compañeros del diario *Redes* en San Antonio, están aquí para ayudarnos en todo lo posible. Y ellos son —dijo por último señalando a

dos hombres que nos miraban suspicaces— los agentes Rojas y Becerra, tienen toda mi confianza. Como sabéis, los agentes que estaban asignados anteriormente al caso del Violador de San Antonio eran Rainieri y Perera, los cuales me he encargado personalmente de que sean trasladados a otro departamento por su falta de interés y participación en las pesquisas de los últimos años. Les pediría que fueran aportando todas las ideas que hayan recopilado.

El agente Rojas, un robusto hombre de unos treinta y ocho años, metro noventa, de piel y ojos claros, cuyo cabello rojizo se encontraba perfectamente cortado y engominado, se levantó. Con unos expedientes en las manos se acercó a la pizarra. Rodeó con el rotulador la frase «El Violador de San Antonio» e hizo una flecha hacia abajo, donde escribió después de leer en los papeles que tenía delante, uno debajo de otro, seis nombres acompañados de lo que imaginé eran las edades de las víctimas:

Elena Morales — 22  
Yurena Santana — 29  
Noelia Casado — 18  
Rita Velázquez — 25  
Ángela Batista — 22  
Virginia Medina — 28

Luego pasó por detrás de nosotros hasta llegar al agente Alexander y le tendió el rotulador. Él se levantó y escribió:

Marisol Domínguez — 25  
Bibiana Cárdenes — 17  
Susana García — 27  
Vanessa Meyer — 28

En silencio volvió a su sitio y esperó a que sus superiores dieran alguna orden. Ariadna rompió el silencio.

—Tengo algo que objetar. —Todos miramos hacia ella y, sin esperar a que le dieran permiso para continuar, abrió la libreta que tenía delante y comprobó algo. Se dirigió a la pizarra, borró el número que estaba al lado del nombre de Noelia Casado y escribió el número diecisiete—. Por lo menos os podríais haber molestado en corroborar la edad de las víctimas.

—Le recuerdo, señorita Betancor, que prácticamente acabamos de comenzar esta investigación. Como he dicho antes, los agentes que antiguamente llevaban el caso fueron trasladados personalmente por mí, ya que tenía conocimiento de su falta de interés hacia las víctimas... Ni una sola hora de investigación en los dos últimos años, cuya consecuencia fue que una de las chicas fuera violada y asesinada hace tan solo unos meses. Les agradecemos sus investigaciones, por eso están aquí, todo el apoyo que podamos tener a estas alturas es poco. ¿Tiene algo más que quiera compartir con nosotros?

—Disculpe mi arrogancia, inspector. —Ariadna se ruborizó y miró sus notas—. He logrado contactar con tres de las víctimas, lo poco que he sabido de todo esto es que eran chicas algo problemáticas, imagino que ese fue el principal motivo por el que la policía decidió no hacerles caso en ese momento.

—¿Puede ser más específica? —preguntó el agente Becerra. Él era algo regordete y no aparentaba más de treinta años, de cabello y ojos castaños, pero nos miraba con la misma expresión de desconfianza que el agente Rojas.

—Rita Velázquez fue violada en octubre de dos mil diez, era prostituta en ese momento. Ha sacado algo bueno de todo esto y en el momento en que la violaron dejó las calles. Mediante un contacto me ha ayudado a localizar a las otras chicas. Puede resultar útil en la investigación. —Pasó la página y siguió leyendo—. Noelia Casado fue violada en marzo de dos mil diez cuando apenas acababa de cumplir diecisiete años, mientras caminaba borracha y sola por Garden Street como acto de rebeldía hacia sus padres que se habían ido de viaje y le habían prohibido salir, como hacían siempre. No es prostituta y nunca lo fue, no lo sé con certeza, pero creo que ese fue su primer contacto con el sexo masculino, del cual resultó embarazada de Diego que ahora tiene tan solo unos meses.

Todos en la mesa parecieron alborotarse, me parecía increíble lo que estaba escuchando y cómo la policía no sabía absolutamente nada. El inspector Alvarado y el agente Alexander no hacían más que escribir. A Jordi se le habían abierto los ojos como platos.

—Entonces, si hablamos del mismo agresor, aparte de evolucionar en sus ataques, cambió su *modus operandi*. En los casos de San Antonio no se encontraron muestras de semen. ¿Tenemos entonces el ADN de ese capullo? —preguntó el agente Alexander.

—Parece que los agentes asignados al caso no creyeron oportuno tomar muestras de ADN a todas las víctimas. A nuestro laboratorio solo han llegado



muestras de la última, Virginia Medina —contestó David Sainz.

—Pero no es posible —protestó Ariadna—, Noelia me dijo que una doctora le hizo el test de violación y sacó muestras de ADN.

—Pues esas muestras ya no existen —respondió el inspector Cardona.

Yo no podía decir nada, estaba perdida en todo aquello. No tenía nada que aportar y me sentía frustrada por la incompetencia de los agentes de la ley que se suponía que debían haber estudiado en profundidad cada violación y haber protegido al resto de las mujeres de la ciudad de aquel degenerado.

El supervisor de la policía científica leyó algo en los papeles que tenía delante y se dirigió a mi amiga.

—Señorita Betancor, sería de gran utilidad que nos facilitara los datos de contacto actuales de Noelia. Lo ideal sería poder comparar el ADN de ese crío con el que poseemos resultante de la violación de Virginia, así podríamos corroborar que el atacante es el mismo.

—No estoy segura de que quiera participar en todo este asunto. Ella mintió a sus padres y les ocultó su violación. Les dijo simplemente que había llevado a un chico a casa y se había quedado embarazada. Sus padres la obligaron a tener al crío, por sus creencias religiosas o quizás simplemente como un castigo a su desobediencia y rebeldía, a saber. Puedo hablar con ella e intentar convencerla.

El inspector Cardona asintió y preguntó:

—¿Algo más?

—Sí, tengo algo más. Yurena Santana, violada hace un año y medio, en noviembre de dos mil nueve. Era problemática, dada al alcohol y un poco... No sé cómo definirla, difícil, quizás. Siempre estaba metida en líos y cuando los agentes Perera y Rainieri le sugirieron que ella se había buscado esa violación, atacó a puñetazos a uno de ellos, por lo que no hicieron caso a su denuncia y la echaron de comisaría. Parece rehabilitada, al menos a mí me dio la sensación de ser una chica completamente normal. Para valorar sus cicatrices tendremos que dirigirnos a las fotos que conservamos del caso, ya que se hizo una cirugía láser para borrarlas de su pecho.

—Muy bien, enhorabuena, señorita Betancor. Ha conseguido usted más información en cuatro días que nuestra oficina en dos años. La situación cuando me incorporé al equipo era nefasta, desbordados de trabajo. Vivimos en una ciudad grande y estos casos antiguos no son prioridad, por desgracia, al menos hasta que han vuelto a estar en el punto de mira. La felicito —la interrumpió el inspector Rubén Cardona mientras se ponía de pie.

—No he terminado, me queda una cosa más. —El inspector asintió y se volvió a sentar—. Yurena no era una chica desvalida a la que fuera fácil atacar, se defendió a puñetazos de su violador, el cual le estampó la cabeza contra la carretera. Según parece se quedó inconsciente unos minutos y, para cuando se despertó, el tipo que la había violado y torturado se estaba vistiendo con toda su paciencia, de rodillas, justo a su lado, y ella pudo ver un símbolo tatuado en la planta de su pie.

Todos los agentes levantaron la cabeza al mismo tiempo, un tatuaje era lo mejor que tenían de ese psicópata aparte de su ADN.

—¿Qué clase de símbolo? —preguntó el inspector Alvarado. Ariadna sacó el papel que Yurena le había entregado el día anterior y se lo tendió al agente Rojas, que estaba sentado justo a mi lado. Ellos se lo fueron pasando.

—Ella asegura que tiene memoria fotográfica y que tuvo unos minutos para observarlo bien y memorizarlo, que no era complicado y por eso pudo dibujarlo. No sabe lo que significa, pero lo ha guardado todo este tiempo y lo ha reproducido varias veces para no perderlo.

El agente Alexander fue el último en sostener el papel, se dirigió a la pizarra y en medio de los dos títulos para el agresor dibujó lo mejor que pudo el símbolo. Después le tendió el papel a David Sainz, que lo guardó en una carpeta.

—¿Algo más? —preguntó el inspector Cardona, no solo mirando a Ariadna, sino a Miguel, a Jordi y a mí. Me sentía ridícula, no tenía nada para ayudarlos.

Miguel asintió.

—Como sabéis, nos hemos visto en medio de todo este jaleo hace unos días. —Eché una mirada fugaz a Ariadna antes de continuar hablando—. La última víctima, Vanessa Meyer, resultó ser la exmujer de la actual pareja de nuestra compañera Ariadna Betancor.

Ariadna se encendió como un semáforo en rojo y agachó la cabeza a sus apuntes. Miguel prosiguió.

—El mismo día que esa mujer apareció muerta en su apartamento, el señor Gonzalo Jiménez desapareció del mapa.

—¡No desapareció del mapa! —rechistó Ariadna—. Nos fuimos a una casa rural a pasar el fin de semana, decidimos apagar los teléfonos y evaporarnos del universo para que nadie nos molestara hasta el domingo, luego él me dejó aquí y se fue.

—Eso fue hace cuatro días y continúa con el teléfono desconectado. No hay señal de él y, por cierto, tu teléfono tampoco parece dar señales de vida.

La atacó directamente delante de todos. Ella, rabiosa, se puso a la defensiva.

—Ya te dije que perdí mi móvil, estaba en mi mundo y debí dejarlo en la casa rural. Tengo un nuevo aparato. —Sacó su móvil del bolso, apoyándolo con un fuerte golpe encima de la mesa—. Lo compré hace unos días para poder hacer mi trabajo.

—¿Has podido hablar con él desde entonces? —interrumpió el inspector Cardona.

—Sí, vino por la casa donde me hospedo el martes por la tarde y pasó la noche conmigo. Luego tuvo que irse, me dijo algo de un viaje por problemas familiares. Ayer intenté llamarlo, pero, como ya sabéis, tiene el móvil apagado.

—Lleva apagado toda la semana —rechistó nuevamente Miguel por lo bajo. Ariadna ignoró su comentario y bajó la cabeza.

—Ariadna, sé que es difícil pensar que alguien a quien conocemos y queremos puede estar inmerso en una investigación criminal. Es importante localizarlo, es lógico que después de desaparecer se convierta en sospechoso, pero no solo eso, necesitamos entrevistarlo para saber más acerca de Vanessa Meyer, de sus costumbres, sus enemigos... —continuó hablando el inspector Cardona intentando establecer un poco de paz y calmar a mi amiga.

—Lo entiendo, solo digo que yo no les puedo decir más, porque no sé más —respondió resignada mi amiga.

—Bien —prosiguió el inspector—, dices que te hospedas en una casa, ¿es de su propiedad?

—El trabaja para una inmobiliaria, lo siento, no logro recordar el nombre... era copropietario con Vanessa Meyer —dijo leyendo la pizarra—, y con otro socio más. Me dijo que era algo que tomó prestado.

Ariadna arrancó una hoja de su libreta y escribió la dirección antes de que se la pidiera el inspector. Se la tendió al agente más cercano, tal como había hecho con el papel que contenía el símbolo del tatuaje.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó el agente Rojas a Ariadna.

—¿A la casa? —Se quedó pensativa unos momentos—. Bueno, realmente no es mía, pero tampoco veo inconveniente.

—¿Tienes algo suyo de donde podamos tomar muestras de ADN?

Ariadna volvió a encenderse de furia, pero pareció controlarse antes de responder.

—No, agente, no tengo ADN suyo guardado en casa. Durmió en mi cama el

martes y cambié las sábanas el miércoles, por lo que ya están limpias y dobladas de nuevo en su sitio. Traía su propia maleta con su cepillo de dientes y su peine, que volvió a llevarse cuando se fue... —Se quedó pensativa un momento—. Tengo una nota suya, quizás podáis sacar las huellas dactilares, no sé si eso ayudará.

Ariadna cogió del bolso su agenda, la abrió en busca de una página concreta y sacó un trozo de papel que leyó en silencio antes de entregárselo al agente Rojas. Parecía un poco avergonzada.

—Muchas gracias por su ayuda.

El agente tendió la nota a David Sainz, que la guardó en la misma carpeta que el trozo de papel con el símbolo. Ariadna asintió.

—¿Qué tal si hacemos un descanso para comer algo? Me suenan las tripas —sugirió el inspector Cardona—. Estará bien pensar un poco en todo esto, dejemos trabajar a mi equipo y nos veremos esta tarde a las cuatro aquí mismo.

Miré el reloj, eran las once y media, no tenía mucha hambre, pero me parecía buena idea tomar algo e irme un rato al hotel a tumbarme y ponerme ropa más cómoda.

—Yo tengo que irme, voy a llamar a Rita Velázquez a ver si ha averiguado algo más y voy a intentar que me lleve a ver a Noelia para convencerla de que nos ayude.

—Iré contigo —dijo Miguel. No parecía una orden, más bien un ruego. Ariadna asintió.

—Si no os importa, yo voy a ir al hotel un rato.

—¿Comemos algo juntos? —me preguntó Jordi que apenas me había dirigido la palabra en toda la mañana y mucho menos una mirada.

—Claro.

Tenía que restarle importancia a todo aquello. Lo que había pasado debía dejarlo atrás y mis pesadillas..., pues solo eran eso, simples sueños no podían influir en el día a día con mi compañero de trabajo, hacíamos un buen equipo.

Ariadna se subió al coche de Miguel y Jordi y yo paramos un taxi en la puerta de la comisaría.

—Estás guapísima —dijo Jordi sin mirarme con la cabeza volteada a la ventana de su lado del vehículo. Fue lo más parecido a una conversación que tuvimos hasta llegar al hotel.

Comimos algo rápido en el restaurante situado en la primera planta, no me apetecía hablar y Jordi parecía estar de acuerdo. Era un sitio tranquilo y

bonito, me daba algo de paz después de unos días tan duros. Tras el café no alargamos más el momento y nos fuimos hasta las habitaciones.

—¿Vas a dormir? —me preguntó.

—Pues aún no lo sé, voy a darme un baño, a ponerme algo más cómoda, a telefonar a Víctor y quizás ver un poco la tele.

—¿Puedo hacerte compañía? No me apetece estar solo.

—No es buena idea —solté tajante dándole la espalda para abrir la puerta de mi habitación y escapar lo antes posible de él.

—¿Ya no te dan miedo las pesadillas? —me preguntó agarrándome del brazo. El comentario me hizo enfurecer, pero no se lo demostré.

—Son solo sueños, ya desaparecerán.

—Como quieras —masculló molesto.

Entré en la habitación y me quité los tacones que tiré descuidada a un lado de la cama. Tomé el teléfono del bolso y llamé a Víctor.

Al segundo tono cogió la llamada.

—Cielo, perdóname, perdóname... —rogó antes de dejarme hablar.

—Pensé que te habías olvidado de tu mujer —repuse. Ya no estaba enfadada, solo triste por tenerlo tan lejos y sentirme vulnerable ante Jordi.

—Cielo, Alejandro está peor y estoy en casa de mi hermana, me tiene de «niñera-maruja». El poco tiempo que ella ha estado en casa he ido a hacerle la compra al supermercado y a la farmacia a por medicamentos para el niño. El móvil lo dejé en casa, para variar, pero esta mañana me escapé para recuperarlo.

—Está bien, no te preocupes. Espero que lo del niño no sea nada, dale un beso muy fuerte de mi parte.

—Lo haré. ¿Qué tal en Santa Catalina?

—Esto es un follón, pero por fin ha aparecido Ariadna. Estaba aquí, tan tranquila, otra que había perdido el móvil.

Noté cómo Víctor sonreía al otro lado.

—Lo importante es que esté bien.

—La verdad es que parece estar mejor que nunca. Se ha involucrado bastante en la investigación y ha dado muchos datos de interés.

—Ya sabes que es una gran profesional y que todo eso le encanta. Ella iba para policía o forense, seguro, y se equivocó de carrera.

—Lo sé, es su forma de ser y me alegro por ella. Yo llevo semanas estudiando todo esto y no tengo nada que ofrecer, me siento un poco inútil aquí, pero bueno... la verdad es que la reunión de hoy ha sido interesante.

—¿Qué tal dormiste anoche? Tú y las habitaciones de hotel no os lleváis bien.

—Me quedé con Ariadna en una especie de chalet que le ha prestado su novio, pero aun así tuve pesadillas, cada vez son peores.

—Creo que tienes que enfrentarte a tus miedos, hasta que no afrontes que tú puedes llevar ese reportaje o lo que quiera que sea que estás haciendo ahí, que eres una gran profesional, que cualquier periodista daría su vida por ese puesto; no dejarás de sentirte vulnerable.

—Lo sé.

—¿Has pensando en lo que te dije?

—¿En lo de ser padres?

—Sí.

—Víctor, la verdad es que no he tenido tiempo de madurarlo. Además, no quiero pensar en ello ahora. No quiero tomar una decisión tan importante en medio de una oleada de violaciones y asesinatos.

Víctor volvió a reír, parecía de buen humor.

—Está bien, tómate tu tiempo.

—Dale un beso fuerte a Paula y a Alejandro.

—¿Y para mí?

—Para ti el más grande y fuerte. Te quiero.

—Te quiero, cielo.

# Capítulo 30

**Meritxell**

Me despertaron unos suaves golpes en la puerta, estaba tirada en el sofá de mi habitación de hotel con la tele encendida. Miré el reloj y vi que eran cerca de las dos de la tarde.

Solo llevaba una camiseta puesta, así que alcancé unos vaqueros de la maleta que tenía tirada en el suelo y me los puse antes de abrir.

—¿Te he despertado? —Jordi estaba en la puerta.

—Sí, un poco —mascullé frotándome un ojo.

—Lo siento, me aburro como una ostra y aún queda mucho para la próxima reunión.

—Pasa. —Me aparté de la puerta para que entrara—. Siéntate. Quité la manta del sofá, la doblé y la llevé hasta la cama, recogí la maleta que tenía tirada en el suelo y la coloqué al lado de la manta. Pensaba poner la ropa en el armario, pero estaba cansada, no me apetecía.

Me senté al lado de Jordi y le tendí el mando de la tele para que eligiese algún canal.

—No me apetece ver la tele, gracias.

—¿Qué te apetece hacer?

Me miró algo provocativo y yo agaché la cabeza, incómoda por la situación.

—¿Qué piensas de todo este lío? ¿Crees que el asesino y el violador son la misma persona? —pregunté intentando no llegar a una conversación que me perturbara aún más.

—Es posible —asintió—, pero tampoco me apetece mucho hablar de eso. ¿Has descansado algo? Tienes buen aspecto, aunque pareces una loca con esos pelos —se burló.

Reí y le di una patada en el muslo.

—Acabo de despertarme, capullo.

—Pensé que siempre estabas perfecta. En mi casa, cuando saliste del baño a las cinco de la mañana, parecías recién salida de la peluquería.

—Exagerado. —Me puse colorada al recordar todo aquello.

—Tengo calor, ¿te apetece tomar algo? —preguntó, como si él también hubiera recordado algo que subiera su temperatura.

—La verdad es que tengo sed.

Se levantó y fue hasta el minibar, cogió dos cervezas y volvió al sofá.

—No creo que a Miguel le guste que atacemos el minibar —solté riendo.

—Bueno, tú tienes pesadillas por su culpa, que se aguante. Abrimos las latas, estaban prácticamente congeladas y brindamos antes de dar el primer sorbo. Jordi dejó la suya sobre la mesa que había al lado del sofá y agarró mi pie izquierdo con sus manos.

—¡Ay! ¡Estás helado! —protesté dándole otra patada.

Él se rio y alcanzó de nuevo mi pie.

—Es una técnica de relajación, confía en mí. Cierra los ojos —Le hice caso y empezó a masajearme los pies—. Dicen que desde los pies puedes acceder a cualquier parte del cuerpo. Si te toco el dedo gordo, aquí, estoy en tu cerebro.

—¿Vas a masajearme el cerebro? —Abri los ojos y solté una carcajada. Jordi sonrió y siguió a lo que estaba.

—Debajo del meñique está el oído.

—¡Qué sexi suena! —Reí burlándome.

—¡Quieres callarte y relajarte! Cierra los ojos de una vez. —Me sermoneó. Volví a cerrar los ojos, me tumbé hacia atrás y apoyé la cabeza en el cojín, intentando relajarme—. Aquí está tu corazón —murmuró bajando un poco por la planta del pie, insistiendo en la zona—. Aquí tu estómago, tu riñón, tu páncreas... —Continuó bajando—. Y aquí están tu vagina y tu ano.

Abrí los ojos y reí.

—¡Qué listo! Siempre te las apañas para llegar al mismo sitio.

Le solté otra patada, esta vez más fuerte. Me agarró de nuevo el pie y me hizo cosquillas.

—¡No! ¡Por Dios! Tengo un montón de cosquillas. —Reía sin parar, Jordi fue subiendo para buscar cosquillas en los muslos que encontró enseguida, y en mi cintura, donde había más aún, hasta que prácticamente estaba colocado encima de mí.

—Estás atrapada, eres mi prisionera —dijo sonriendo y agarrándome los brazos por encima de la cabeza.

No podía evitar perderme en esos ojos azules, sus labios me llamaban como si tuviera un imán al que no me pudiera resistir. Un tremendo calor me invadió y cuando sonrió se me cortó la respiración. «Víctor, Víctor, Víctor», me repetí mentalmente incapaz de desviar la vista de su boca.



—Jordi, no..., por favor —le rogué en un susurro.

Se las apañó para agarrar mis manos con una sola de las suyas y con la otra fue de nuevo en busca de mis cosquillas.

—¿Qué dices? No te oigo —bromeó. Pataleé un poco, tenía cosquillas por todas partes y reí nuevamente a carcajadas, mientras él ya se había colado entre mis piernas y rozaba su erección contra mi sexo.

—¡No! ¡No! —pedí entre risas.

—Te dejo en paz si me das algo a cambio... —paró un instante su ataque y siguió hablándome a escasos centímetros de mi cara—. Hoy ha sido un día triste, quizás tú puedas alegrarlo.

—Está bien, está bien... Te doy algo a cambio si prometes que me sueltas —resolví, lo que fuera con tal de que se alejara de una vez.

—Te lo prometo —respondió sonriente como un niño pequeño que promete que va a ser bueno para que le des su regalo.

Me acerqué un poco hasta sus labios y lo besé, solo pretendía rozarlo, pero su lengua pronto entró en mi boca. Me soltó las manos sin apartar su boca de la mía y presionando su pelvis abultada contra mi cuerpo de forma inconsciente —o más consciente que nunca— aferré mis piernas alrededor de su cintura. Me agarré a sus hombros, clavándole las uñas. «Solo un poco, solo un poco más», su lengua caliente jugaba con la mía, batallaba. Estaba perdiendo la razón, la sangre se había esfumado de mi cerebro para ir a otras zonas de mi cuerpo más necesitadas. Tenía que apartarlo. «Venga, Meritxell, apártalo... Solo un minuto», gemí cuando su polla rozó ese punto concreto que hizo que un escalofrío recorriera toda mi piel, que mi sexo se contrajese y un pellizco se instalara en mi estómago. «Más, más..., un poco más».

Jordi me quitó la camiseta, no llevaba puesto el sostén y se quedó un segundo mirando antes de aterrizar sus labios contra mi pecho. Mis pezones reaccionaron al instante, irguiéndose más duros que nunca. Jadeé cuando mordió uno, notando un latigazo de placer, luego mordió el otro. «¡Para! ¡Para, joder!».

—No, Jordi, no... —susurré, apoyando mis manos en sus hombros e intentando apartarlo. Lo intenté, pero no lo lograba. Él ya no me escuchaba, siguió bajando y desabrochó mis vaqueros, los bajó rápidamente, sacó las perneras de mis piernas de un tirón—. No, no..., para.

Mis labios decían eso, pero yo no me movía ni un centímetro. Jordi se paró a observarme, soltó el pantalón en el suelo y pasó la lengua por sus labios colocando las yemas de sus dedos en el borde de mis braguitas. No protesté,

no respiré. Tan solo abrí las piernas un poco más. Cuando su boca pasó por encima de mis braguitas, oliéndome, paseando la nariz por mi sexo, subí mi pelvis para que pudiera bajarlas, pero en lugar de ello las hizo a un lado. Con una tortuosa lentitud pasó la lengua por mis labios, rodeó la zona del clítoris y volvió a bajar hasta mi hendidura, se hundió un poco en ella, saboreándose.

Me rendí, me rendí a él, no podía apartarme, no quería apartarme, quería prolongar ese pellizco en el estómago que por momentos se hacía más fuerte, esas locas e involuntarias contracciones de mi sexo completamente húmedo e hinchado, preparado para él. Ya no quería parar, ya no pensé en nada más. Cuando succionó mi clítoris y lo mordió supe que iba a correrme de un momento a otro e igual él también lo supo, pues se apartó con rapidez, me arrancó las bragas y me penetró de una estocada dejándome sin aliento. Grité con sus sacudidas que rozaban cada terminación nerviosa, estaba a punto, a punto de dejarme ir.

—No puedo, no puedo... —gemí.

—Schsss, tranquila. Esto no es malo, joder, no puede ser malo —jadeó en mi oído y exploté, sencillamente exploté, levantando la cabeza para gritar—. Eso es, eso es, Meritxell, quiero más, necesito más.

Siguió moviéndose, esta vez más despacio. Mi sexo se contraía, una y otra y otra vez. Llevé mis manos a sus nalgas y presioné con fuerza para que se introdujera en mí todo lo posible, que me llenara completamente de él. Volvió a acelerar las embestidas jadeando en un ronreo sensual, rozando mis pezones con su pecho. Sacó su polla y la paseó por todo mi sexo, tan caliente, tan mojado, tan sensible. Hizo hincapié en mi clítoris.

—Joder, Jordi, ¡sí! Joder, fóllame de una maldita vez, me estás matando.

Sonrió victorioso. Su nombre en mis labios sonó sensual, supe que le gustó, que le encantó oírlo.

—Aún no, preciosa, aún no.

Metió solo la punta y cuando notó que elevé las caderas salió de nuevo y lo repitió una vez más, otra, otra, frustrándome, notaba las cosquillas que precedían al orgasmo, con él todo era tan intenso, tan bestial.

—Jordi, por favor, Jordi, fóllame, haz que me corra.

Se hundió, se hundió tan fuerte, tan adentro que pensé que me partía, se movía a un ritmo endiablado haciéndome gritar.

—Escúchame bien, Meritxell. Eres mi cielo y mi infierno, ahora eres mía, solo mía. No voy a parar, nunca voy a parar. ¡Córrete, joder! ¡Córrete!

Mi cuerpo respondió a sus órdenes y me deshice empezando a notar su

propia corrida dentro de mí llenándome por completo, regándome de él, marcando su territorio. No podía negarlo era suya.

Yo no podía decir nada más, él no paró, siguió con la polla tan dura como si no acabara de vaciarse, bombeando rápido una y otra y otra vez, me deshice de nuevo y él continuó. No quedaba cordura en mí, ni fuerzas, ni nada. Ni siquiera cambiamos de postura, como si Jordi no quisiera dejarme escapar, tal como acababa de decirme.

—Más, más. ¡Quiero más! —me exigió, salvaje, rudo, me dio una nalgada y me volví a correr durante tanto tiempo que pensé que las contracciones de mi sexo no iban a parar nunca y grité, grité de nuevo—. ¡Dilo, Meritxell! ¡Quiero que lo digas o no voy a parar! —Tocaron a la puerta y abrí los ojos escandalizada, Jordi aceleró las embestidas y agarró mis manos que intentaban apartarlo por encima de mi cabeza con fuerza—. ¡Dilo! Me da igual que te oigan, que nos oigan, que echen la puta puerta abajo, no pienso parar. — Estaba excitada, paralizada, dolorida, sin control alguno sobre mi cuerpo, sobre mi sexo, sobre mi clítoris que bailaba una y otra vez, hinchado, triunfante, corriéndose una y otra vez sin que yo pudiera hacer nada—. Venga.

—Sigue, sigue, no me sueltes. —Me folló más fuerte aún y volvieron a tocar en la puerta esta vez con más ímpetu. Contuve los gritos. Jordi me besó para acallarlos, mordiendo mis labios.

—Quiero que te corras, ¡ya! ¡ahora! ¡Y que me lo digas de una puta vez si no voy a salir! —Siguió moviéndose, me gustaba que me ordenara, que me exigiera. La puerta seguía sonando, pero dejó de importarme—. ¡Dilo! ¡Joder, dilo! ¡Dilo ya! —gritó.

—¡Soy tuya, joder! ¡Soy tuya y tú eres mío! Haz que me corra de una puta vez.

Sonrió de nuevo, triunfal, chulo, arrogante y se corrió en mi interior de nuevo, se corrió y no dejó de moverse hasta que cesaron las contracciones de mi sexo.

Tocaron de nuevo en la puerta con más fuerza, sin parar. Me soltó las manos y por fin se separó, jadeaba, jadeaba tanto que apenas podía respirar.

—¡Mierda! ¡Joder! Vete al baño y vístete allí.

Alcancé a ponerme la camiseta y los vaqueros, abrí la cortina y la puerta de la terraza, para que entrara el aire y no oliera a... lo que acababa de pasar ahí. Subí un poco el volumen de la tele.

Miguel y Ariadna estaban allí, mirándome extrañados.

Ariadna pasó a mi habitación antes de que pudiera decir nada.

—Ya estábamos a punto de irnos. ¿Estabas dormida?

En ese momento salió Jordi del baño, perfectamente vestido y peinado.

—Sí. Digo... No, no... —tartamudeé—. Es que teníamos la televisión demasiado alta y no oía la puerta.

Era evidente, ¡joder! Era evidente, a pesar de que mi respiración se había normalizado. El sofá estaba hecho un asco, la habitación olía a sexo, sexo del guarro, del duro, a sudor, a fluidos.

Ariadna no era capaz de cerrar la boca, estaba tiesa, parada, mirando alrededor como si hubiéramos tirado la habitación abajo.

Miguel pareció no percatarse de nada, se dirigió al minibar y cogió una Coca-Cola.

—Si no te importa, me voy a autoinvitar a un refresco, me muero de sed. ¡Pero qué calor hace en esta habitación!

Vi a Ariadna mirar hacia una de las patas del sofá, donde asomaban mis braguitas rotas.

¡Mierda, mierda, mierda! Miró hacia Jordi que actuaba de una forma muy natural, el cual huyendo de la situación fue al minibar y cogió otra Coca-Cola para reunirse en la terraza con mi jefe.

—¿Por qué todo el mundo está empeñado en vaciar mi minibar? —pregunté intentando desviar la atención.

Me acerqué hasta las braguitas que asomaban, ya no podía hacer nada, ella las había visto. Las cogí, abrí el primer cajón que encontré y las puse dentro.

—Tranquila, Meritxell —dijo lo bastante alto para que Miguel y Jordi la escucharan—. No vas a necesitar el minibar porque me prometiste que ibas a dormir en casa conmigo mientras estuvieras en Santa Catalina, ¿recuerdas?

Jordi me miró de reojo y me quedé completamente colorada. Me acerqué a ella. Mi amiga me miraba con auténtico odio, sorprendida, decepcionada. Hablé lo más bajito que pude.

—Por favor, Ariadna, no me montes el espectáculo aquí, delante de Miguel. Me muero de la vergüenza, te lo explicaré todo... Estoy segura de que lo entenderás, te lo contaré todo luego.

No estaba tan segura de que mi amiga comprendiera mi aventura, ya que ni siquiera yo sabía cómo había caído en todo aquello.

—Te vienes a casa.

—Sí, sí. Iré contigo, no quiero dormir aquí sola.

—Ya veo que ni una siesta puedes echarte sola —masculló entre dientes.

—Por favor —le rogué suplicante a mi amiga—, no digas nada más.

—En cinco minutos tenemos que irnos. ¿Vas a ir a la reunión en la comisaría sin sujetador, sin bragas y con esos pelos? —me reprochó.

—No, claro que no.

Ariadna se acercó al minibar y pilló una cerveza, se reunió con Miguel y con Jordi fuera y se pusieron a hablar. Yo estaba temblando, fui hasta la maleta y todo parecía demasiado arrugado, cogí la ropa que Ariadna me había prestado esa mañana y una muda de ropa interior limpia.

Fui al lavabo, me di una ducha rápida, recogí mi cabello en una cola de caballo y me maquillé un poco. Puse las cosas que había dejado desperdigadas por la habitación, incluidas las braguitas del cajón, en la maleta y me coloqué los tacones.

—Miguel. —Asomé la cabeza a la terraza. En un ambiente tan distendido me tomé la licencia de llamarlo por su nombre—. ¿Puedo dejar la maleta en tu coche? Luego iré con Ariadna, puedes decir en la recepción que no necesitarás más esta habitación.

—Muy bien, así me gusta, ahorrando dinero al periódico que la cosa no está para derrochar.

Sonreí, Jordi parecía disimular un evidente enfado y Ariadna también.

# Capítulo 31

## Ariadna

Llegamos a la comisaría y en la puerta estaban Rita y Noelia con su bebé, tal como habíamos quedado durante la visita que Miguel y yo le habíamos hecho durante esa mañana.

Paré a saludarlas.

—Rita, Noelia, estos son mis compañeros de *Redes*, Meritxell y Jordi y mi jefe, Miguel Suárez.

Ambas les tendieron la mano y pasamos todos juntos dentro. Rita y Noelia, junto al bebé, entraron en una pequeña salita seguidas por los agentes Rojas y Becerra, por David Sainz y una chica joven que llevaba puesta una especie de bata azul con un pequeño maletín de acero.

El resto entramos en la misma sala de reuniones que esa misma mañana.

Tomamos asiento y el inspector Cardona comenzó a hablar, tomando el rotulador en las manos. Debajo del símbolo que estaba escrito en medio de las dos descripciones de aquel psicópata escribió las palabras: «morder» y «mordisco».

—Eso es lo que significa este símbolo según nuestro Departamento de la Científica. Parece bastante absurdo para un tatuaje, debe ser algún tipo de obsesión. Ariadna, sé que no se siente cómoda hablando de esto, al fin y al cabo, forma parte de su vida privada. Pero necesitamos saber si pudo ver alguna vez algún tipo de tatuaje o sombra en la planta de los pies de Gonzalo.

—La verdad, inspector, podría definirle con precisión cada músculo de sus abdominales, pero nunca me dio por mirarle la planta de los pies.

—Hemos hecho algunas averiguaciones sobre la dirección en la que se hospeda —continuó hablando el inspector, dirigiéndose en todo momento a mí—. Como imaginábamos, no pertenece a la inmobiliaria. Legalmente su dueña es Vanessa Meyer, hasta hace solo un par de meses figuraba también Gonzalo como propietario. Parece que no era su domicilio habitual, solo un lugar donde solían pasar las vacaciones y algunos fines de semana.

Asentí, realmente no era un engaño, supuse que él no quería que supiera que

era la casa donde pasaba los ratos libres con su mujer para que no me sintiese incómoda allí.

—Demasiado equipada para ser una casa que fueran a vender. Aun así, ella sabía que yo me alojaría allí unos días.

—¿Por qué lo dice? —preguntó el inspector.

—Cuando llegué había en el garaje una moto que tenía una nota pegada, algo así como: «He mandado traer tu moto. Me debes treinta pavos por la grúa. Vanessa».

—Eso no significa que ella supiera que usted se iba a hospedar, solo que Gonzalo vendría a Santa Catalina y que necesitaría su vehículo.

Asentí.

—Tiene razón —mascullé.

—Dos de mis agentes han ido a la casa durante el mediodía —explicó David Sainz sin dirigirse a nadie en concreto—. No tenía usted problemas en que echáramos un vistazo, ¿no? —preguntó al ver mi cara que se iba desfigurando por la furia.

—No, claro que no —respondí, no me convenía parecer molesta. Estaba segura de que Gonzalo no tenía nada que ver con todo aquello.

—Hemos buscado por toda la casa, pero no hemos encontrado nada de interés. Señora Hinman, ¿podría aportarnos algo? —preguntó el inspector Cardona, esta vez dirigiéndose a la criminóloga.

—Solo lo evidente. El psicópata ha ido evolucionando. Seguramente pasó de observar y seguir a las chicas, a atacarlas, violarlas y torturarlas... Quizás desde el primer momento esas marcas de cuchillo —dijo enseñando una foto del pecho de una de las primeras víctimas— quisieron emular mordiscos. ¿Por qué no las mordía directamente? ¿Por miedo? ¿A qué? Pues en un principio se podría pensar que al rastro de ADN, pero no es lógico, ya que las violaba sin protección. Prueba de ello es ese bebé que hay un par de salas más allá.

»Quizás con el tiempo se dio cuenta de que la satisfacción que obtenía al morder con sus propios dientes era infinitamente mayor a la obtenida por aquellas ridículas marcas de cuchillo. No olvidemos que estas psicopatologías que sufren este tipo de personas tan solo buscan saciar una necesidad de emociones fuertes, les da igual todo lo demás, no ven las consecuencias, no ven más allá... Cuanto mayor placer obtengan, mejor, de la forma que sea y al precio que sea.

»Como saben, la conexión se ha encontrado debido a que tres de las víctimas localizadas en San Antonio: Marisol Domínguez, Susana García y

Vanessa Meyer, tenían las mismas marcas en el pecho, pero cicatrizadas, que nuestras víctimas de aquí. Se averiguó que ellas vivían anteriormente en Santa Catalina. Marisol fue víctima de violación en enero de dos mil ocho y se quedó en el intento en el caso de Susana, en octubre de dos mil siete...

»Vanessa tenía las mismas marcas, pero no hay rastro de denuncia. Si nos guiamos por ellas, Susana fue su inauguración, pero no estoy segura de querer fiarme tan solo de las denuncias obtenidas. No hay pruebas de que Bibiana fuera violada en ningún momento, además era muy joven, tenía tan solo diecisiete años. Si la violó, nunca fue denunciado por ello y tampoco tenía marcas en el pecho. También puede significar que ella pudo ser la primera, quizás la conoció y tuvo relaciones sexuales consentidas con ella, es algo que tendríamos que investigar.

»No quedó satisfecho y volvió para acabar el trabajo. Todas vivieron en Santa Catalina durante un tiempo antes de mudarse a San Antonio. En el caso de Bibiana, vivió unos meses aquí desde agosto de dos mil siete a julio de dos mil ocho, cuando tenía catorce, y cumplió los quince antes de marcharse a vuestra ciudad —explicó mirando hacia mí—, es una edad complicada en la que se empieza a conocer hombres y a sentirse atraída por ellos, por lo que yo no descartaría muy rápidamente la hipótesis de que él se convirtiese en su amante.

—Sería interesante, pues, hacer una intensiva investigación de Bibiana, saber por qué motivos vivió aquí, por qué motivos se mudó, a quién conocía, a qué escuela iba, quiénes eran sus vecinos —estableció el inspector.

Cogió el rotulador y rodeó el nombre de Bibiana Cárdenes, sacando tres flechas en cuyo final escribió: «¿Primera víctima? ¿A quién conocía? ¿Por qué se fue de San Antonio?».

—Como sabéis, por lo que acaba de contarnos el inspector Cardona —continuó la señora Hinman—, Vanessa Meyer también tenía una casa aquí, aunque no parecía ser su domicilio habitual, pero tenía contacto con esta ciudad. Así que parece que este distrito es el nexo que une a las víctimas.

Sonó el teléfono de la sala donde nos encontrábamos y el inspector Cardona se disculpó antes de contestar.

—Sí, le escucho. —El inspector asintió. Estuvo al teléfono unos minutos, tomó nota de algo en un papel—. Muy bien, entiendo. Por favor, agradézcale a la señora Rita Velázquez su colaboración, sería interesante contar con ella para seguir investigando. El inspector Cardona parecía algo agitado al colgar el teléfono—. Tenemos otro asesinato.



—¿Otro? —preguntó el inspector Alvarado que por fin hablaba, sacando su teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta y comprobando algo en él —. ¿En San Antonio?

—No, no en San Antonio. Aquí mismo, en Santa Catalina.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro meses, en enero de este año —informó el inspector Cardona leyendo el papel que tenía delante.

—¿Cómo es posible? —pregunté sorprendida—. ¿Y qué tiene que ver con Rita?

—Como sabe, aún no habían localizado a Elena Morales, ni tampoco a Ángela Batista. —Asentí, corroborando en mis apuntes los nombres de las chicas—. El contacto de Rita ha averiguado que Ángela Batista se cambió de nombre dos semanas después y se mudó al otro extremo de Santa Catalina. Pasó a llamarse Celeste García.

—¿Volvió a buscarla? ¿La mató? —preguntó Meritxell, parecía asustada.

—No sabemos si fue él, mis agentes han hecho unas comprobaciones y efectivamente fue violada antes de morir, con el uso de preservativo, ya que no había evidencias de ADN ni fluidos, pero no posee ninguna marca de mordisco ni nada por el estilo. Solo dos navajazos limpios a la altura del hígado que resultaron fatales. Se desangró en mitad de la noche, la encontraron muerta por la mañana en un parque no lejos de su casa.

—Es horrible —susurró mi amiga.

El inspector Cardona cogió el rotulador y escribió al lado del nombre de la víctima que acababa de nombrarnos, Celeste García.

—Podemos añadir algo al perfil de este psicópata —afirmó la señora Hinman—, vuelve para acabar su trabajo.

—Deberíamos poner protección a Rita y a Noelia... —pedí completamente aturdida.

—Hablaré con mis agentes. Tenemos que localizar a Yurena Santana y a Elena Morales.

Cogí mis notas y busqué entre miles de garabatos el teléfono de Yurena, que apunté en un trozo de papel que tendí al inspector.

—Este es el teléfono de Yurena, no se fía mucho de la policía, le ruego la disculpe si dice algo inconveniente. Cuando Rita me pasó los datos que tenía no incluyó la dirección de su casa, pero quizás pueda conseguirla.

—Muchas gracias, señorita Betancor. Si no tienen más que aportar o añadir, necesito trabajar con mis agentes. Necesitamos saber más de Bibiana

Cárdenes. Agente Alexander, recopile toda la información posible y elabore un informe.

—Por supuesto, señor.



Salí de la sala completamente asustada, pensaba en Noelia, en Diego y en Rita; estaban en peligro, ese hombre podría volver de un momento a otro para acabar con ellas.

Rita hablaba con el agente Rojas y, en cuanto me vio, se disculpó y se acercó a mí.

—Van a dejarme participar en el caso —me explicó emocionada—, gracias por traerme aquí.

—Gracias a ti por todo lo que has aportado, si no fuera por ti no tendrían nada de nada.

El inspector se acercaba por el pasillo y me entretuve un minuto en despedirme de él y darle las gracias por dejarnos participar de aquello. Para cuando me di la vuelta Rita ya no estaba. Podía ver a Noelia, aún seguía reunida con el agente Becerra.

—Señor —dije antes de que el inspector cerrara la puerta de su despacho —, ¿va a ponerles protección?

—Descuide, lo haré.

Miguel nos acercó a Meritxell y a mí a la casa, ella parecía triste, preocupada. No decía nada, miraba a un lado, parecía muy afectada, lo cierto era que todos lo estábamos. Jordi estaba sentado junto a Miguel, en el asiento del copiloto, y miraba una pequeña libreta en la que no paraba de escribir cosas. Y Miguel parecía en su mundo.

Aún me sentía muy enfadada por lo que me había encontrado esa tarde en el hotel, no entendía cómo Meritxell pudo hacer algo así, era la mujer más centrada, cuerda y responsable que conocía. Víctor la quería tantísimo y yo estaba segura de que ella a él también. Sin embargo, yo había visto ese deseo en los ojos de ambos prácticamente desde el primer minuto en que se conocieron. Necesitaba hablar con ella, pero también necesitaba centrarme en las pesquisas. Estaba preocupada por Rita, por Noelia, por Yurena, por esa otra chica que aún no habíamos logrado localizar, y a saber si había alguna más que no supiéramos.

En cuanto llegué a casa encendí mi portátil y activé los datos para conectarme a internet con el USB que había comprado unos días antes.

—¿Puedo colocar toda esta ropa en algún sitio? —preguntó Meritxell con la maleta en la mano.

—Justo al lado de mi dormitorio hay dos más, elige el que prefieras. Puedes coger un juego de sábanas limpias del primer cajón de la cómoda que se encuentra en el pasillo.

—Ariadna, yo... —Meritxell parecía avergonzada y evitaba mi mirada.

—Ahora no, déjame hacer unas averiguaciones y luego hablaremos.

Meritxell se perdió escaleras arriba y yo me senté frente al portátil. Busqué el nombre de Celeste García junto a la fecha de su asesinato.

Accedí al primer *link* que me ofrecía el buscador:

Celeste G., una mujer de unos veintidós años, fue hallada muerta en el parque San Martín en la ciudad de Santa Catalina, ligeramente oculta tras unos matorrales. El cadáver estaba completamente cubierto de sangre, la cual parecía brotar de unas heridas cerca de su abdomen. Un operador del número de emergencias recibió una llamada ayer a las siete de la mañana de una joven de veinte años que había acudido al parque a hacer su ejercicio matutino de footing, le llamó la atención un tacón tirado al lado de un banco por lo que

paró de correr y, justo detrás, pudo distinguir el costado desnudo de la víctima.

*Después de que el forense diera el visto bueno para el levantamiento del cadáver, fue llevado a la sala de autopsias de la policía científica de Santa Catalina, donde tras un examen averiguaron que la chica había sido violada. Se encontraron diferentes marcas en las muñecas de la víctima, se cree que debidas a la inmovilización que su atacante realizó sobre ellas, no hay rastro de fibras ni marcas de cuerda, por lo que se piensa que la inmovilizó con sus propias manos. Después de ser violada, la víctima recibió dos cuchilladas en la zona del hígado, pronto quedaría inconsciente por el desangramiento que culminó con su vida.*

¡Era terrible! ¿Pero por qué ni una sola marca de mordisco? Tenía que ser él, no podía ser otra persona. Comprobé fechas, ella fue la primera con la que utilizó preservativo, al menos que se sepa. Me ponía la piel de gallina no haber podido localizar aún a Elena Morales. Intenté indagar por todas las páginas de operadores telefónicos donde poder localizar su número de teléfono, pero no era tan fácil. No había nada a su nombre.

Recordé que conservaba el teléfono del inspector Cardona y le telefoneé.

—¿Qué ocurre, señorita Betancor?

—Inspector, ¿sería posible que alguno de sus agentes me facilitara el nombre de los padres de Elena Morales?

—Estoy en medio de una reunión con David Sainz, la paso con el agente Becerra.

Tras unos segundos, otro hombre cogió el teléfono.

—Agente Becerra.

—Disculpe, agente. Soy Ariadna Betancor de *Redes*. Me preguntaba si sería posible localizar el nombre de los padres de Elena Morales.

—Deme un minuto, veré qué puedo hacer. —El agente activó el hilo musical al otro lado de la línea y tras una larga espera, volvió—. Disculpe la tardanza. Elena Morales se había quedado huérfana hacía seis años, sus padres eran Manuel Morales y Virginia Mejías, al parecer tuvieron un accidente de tráfico. Vivía con su hermana Cintia Morales, de veintiséis años de edad y con su novio... —Tardó unos segundos en continuar, mientras se escuchaba el ruido de papeles al otro lado—. El novio de Cintia se llamaba Carlos Plasencia.

—Muchísimas gracias, agente.

Busqué en Internet información sobre Cintia Morales Mejías, pero tampoco pude localizar ningún número. Me aparecían sesenta y ocho Carlos Plasencia tan solo en aquel distrito, demasiados números de teléfono, sin su segundo apellido sería difícil localizarlo.

Busqué el número de Rita en la agenda del móvil y le di al botón de llamada.

—Rita, necesito que localices a Elena Morales.

—Lo intento, Ariadna, no es fácil. En el ayuntamiento no hay ninguna información sobre ella.

—Apunta, sus padres se llamaban Manuel Morales y Virginia Mejías, murieron seis años antes de su ataque, según figura en el informe policial, pero puede que esté en alguna propiedad que perteneciera a ellos y no hayan cambiado el titular de la línea. Antes de su violación, ella vivía con su hermana Cintia Morales y el novio de esta, Carlos Plasencia. Por favor, intenta localizarlos.

—Lo haré, mañana por la mañana intentaré conseguir algo.

—¿Te han puesto protección? —pregunté preocupada.

—Sí, yo les he dicho que no es necesario, que sé cuidarme sola, pero se han empeñado. Hay dos agentes fuera de casa, que serán sustituidos cada seis horas aproximadamente, por otros agentes.

—Me quedo más tranquila. Esto no es un juego, Rita, ten mucho cuidado. ¿Y Noelia?

—Ella igual, dos agentes que la llevaron a su casa hicieron el primer turno de guardia.

Respiré aliviada.

—¿Hablaron con Yurena?

—No, tenía el móvil apagado, supongo que estará trabajando, creo que me dijo que trabajaba en un bar o algo así. Mañana por la mañana intentaré localizarla de nuevo, si sigue apagado, averiguaré su dirección.

—Gracias, Rita.

Colgué la llamada y fui hasta la cocina a preparar un café que tomé mientras cogía un folio en blanco y un bolígrafo, escribí:

Bibiana Cárdenes, la conoce con catorce o quince años, probablemente la seduce y tiene relaciones sexuales consentidas, no tiene marcas de cuchillo ni figura ninguna denuncia. En julio de dos mil ocho se muda a Santa Catalina. Él la encuentra en febrero de dos mil once. Quizás intentó un acercamiento

voluntario, pero ella no quiso, fue violada y asesinada.

Susana García, intentó violarla en octubre de dos mil siete, pero ella escapó. Aun así, logró hacerle las marcas con el cuchillo en el pecho. En algún momento ella se muda a Santa Catalina y él la encuentra, la mata en febrero de dos mil once.

Marisol Domínguez, violada en enero de dos mil ocho y asesinada tres años después.

Estaba agotada. ¿Cómo las localizaba? ¿Dónde vivía él? ¿Había alguien a quien conocieran todas las víctimas que se hubiera mudado de Santa Catalina a San Antonio?

Al día siguiente continuaría, ya no podía pensar más. Subí hasta mi dormitorio. A pesar de ser apenas las nueve de la noche, necesitaba dormir algo, ni siquiera tenía hambre. Me había olvidado por completo de Meritxell. Me asomé a la habitación que estaba a la derecha de la mía y estaba dormida. Decidí que el día siguiente sería un buen momento para hablar de todo lo que había pasado.

## Capítulo 32

**Meritxell**

Tocaban de forma insistente a la puerta, miré la hora en el teléfono móvil, apenas eran las seis de la mañana. Me levanté y asomé la cara en la habitación de Ariadna, dormía y no se había enterado de nada.

Bajé las escaleras y abrí.

—Jordi, ¿qué haces aquí? —pregunté muy bajito, como si mi amiga pudiera escucharme.

—Tenía que verte.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —Parecía algo triste, ansioso quizás.

—Necesitaba besarte. —Jordi se acercó, pero puse mi mano en su pecho para impedirselo.

—Jordi, tienes que irte. Si Ariadna se despierta, me matará al verte aquí. ¿Qué haces levantado tan temprano? —Se lo impedí, no podía, en aquel momento era imposible cualquier tipo de acercamiento.

—No podía dormir, me desperté a las cuatro y estuve adelantando algo para el futuro reportaje que traerá todo este caso.

—Es verdad, con tanto lío al final se me olvida que yo también debería estar escribiendo —agregué pensativa—. Tienes mucho material, ¿no? No has parado de hacer anotaciones.

Asintió.

—Sí, quiero hacer un buen trabajo.

—Este es un caso importante, Miguel ha confiado en ti para esto. Si seguimos sacando tanta información, podríamos escribir algo grande. Es una gran oportunidad para ti, en realidad acabas de entrar a trabajar en el periódico y parece que has caído de pie. Así que sigue así, estoy muy orgullosa de lo que estás haciendo. —Era la primera vez desde que yo trabajaba en *Redes* que veía que Miguel depositaba toda su confianza sobre un recién llegado, me sorprendía y me agradaba a partes iguales, porque estaba segura de que Jordi se lo merecía.

—¿Me dejas pasar? Me estoy helando.

Pensé un segundo y me aparté de la puerta para que entrara.

Fui hasta la cocina a preparar café, la verdad es que era la primera noche en mucho tiempo que dormía bien, sin despertarme un montón de veces y sin tener pesadillas, pero aun así necesitaba un café.

Jordi sacó la libreta de su mochila y la abrió, leyendo algunas notas.

—¿No te parece increíble todo lo que hemos averiguado en tan poco tiempo? —me preguntó, le apasionaba todo aquello tanto como a mi amiga, se notaba.

—¿Hemos? Bueno, yo no me atribuyo el mérito, la verdad. No sé qué hago en medio de todo esto.

—Tú eres la protagonista. —Rio.

—Me halagas, Jordi, pero lo único que hice fue escribir un buen avance, un buen artículo, y que mi mejor amiga desapareciera. No sé nada de nada de todo lo demás, no soy policía ni quiero serlo.

Jordi sonrió. Le serví un café y me senté a su lado.

—No quiero incomodarte, pero creo que deberíamos hablar... —sugirió.

—Jordi —le interrumpí—, no sé qué quieres oír.

—Pues me encantaría oír que te has dado cuenta de la realidad, que ya no quieres a Víctor, que conmigo se te pone la piel de gallina... —Jordi se giró un poco hasta quedarse justo frente a mí, colando su pierna izquierda entre las mías, acariciando mi mejilla con el dorso de su mano—, que consigo excitarte más de lo que has experimentado en los últimos años con tu esposo. —Puso la otra mano en mi muslo sin apartar su mirada de la mía, mi respiración ya empezaba a agitarse—. En definitiva, me encantaría oír que, aunque te da miedo cambiar, que estás cómoda con tu relación y con tu monótona vida... quieres intentarlo.

Estaba acercándose a mí, sabía que quería besarme, pero ¿hasta qué punto Jordi tenía razón? ¿Todavía seguía queriendo a Víctor o estaba junto a él por comodidad? Diez años era mucho tiempo y últimamente teníamos muy pocos encuentros en nuestro dormitorio...

—Jordi, tienes que dejarme pensar en todo esto. Estoy muy confundida, no sé lo que quiero ahora mismo.

—Déjame ayudarte a aclarar la mente.

Se acercó aún más y me besó, y yo simplemente me dejé hacer. En realidad, no quería apartarlo, mi piel volvía a erizarse y en pocos segundos la temperatura de mi cuerpo subió. Era triste para mi matrimonio, pero la realidad era que después de lo sucedido la tarde anterior los remordimientos por el mal que le estaba haciendo a Víctor se habían difuminado hasta



prácticamente desaparecer, pensando cada vez menos en ello, como si tuviera un interruptor que me permitiera quitarlo de mi mente. «Eres mía—visualizaba de repente—. ¡Dilo! ¡Joder, dilo!». El pellizco en el estómago que aparecía cada vez que Jordi estaba cerca se intensificó. Tenía que admitirlo, estaba completamente enganchada a él.

—¡Joder! ¡No os cortéis! ¡Estáis en vuestra casa! —Ariadna gritó desde el rellano de la escalera. No estaba segura de si acababa de vernos o llevaba allí rato, no había oído ni un paso, ni un atisbo de respiración.

—¡Mierda! —Fue lo único que pude susurrar antes de que se pusiera a gritar como una energúmena.

Jordi estaba completamente sereno, se había apartado a medio metro de mí, la escuchaba tranquilo, pero yo me moría de la vergüenza. Estaba tocando fondo, quién era yo, qué hacía allí, por qué estaba metiéndome en todo aquel lío si era feliz con mi vida y, lo más importante, cómo era posible querer a Víctor cuando había dejado que otro hombre acelerara mi corazón.

Ariadna se dio cuenta de que no la estaba escuchando y vino hacia donde estábamos nosotros. Se sirvió un café.

—¡Haz lo que quieras, Meritxell, tú sabrás! Al fin y al cabo, es tu vida — espetó después de tranquilizarse mirando hacia mí.

Jordi cogió los apuntes que tenía delante y pasó algunas páginas, como buscando una excusa para cambiar de tema y borrar toda aquella incomodidad.

—Anoche pude hacer unas averiguaciones —dijo muy bajito. Ariadna lo miró con interés, como si de repente estuviera hablando con otra persona—. Vanessa Meyer no solo tenía una casa de vacaciones aquí, se crio a menos de dos kilómetros, en una casita modesta en las afueras. Vivió con sus padres y su hermana pequeña hasta que cumplió los veintidós años, momento en el que se mudó a San Antonio. Al año conoció a Gonzalo y en poco tiempo decidieron casarse.

—¿Cómo has sabido todo eso? —le preguntó Ariadna borrando la expresión de enfado de su cara. Parecía sorprendida.

—Bueno, yo también tengo amigos, Ariadna, he hecho unas llamadas. Sus padres aún viven en la misma casa y su hermana se fue hace un año a San Antonio también, creo que estaba estudiando allí algo que tiene que ver con Publicidad, no estoy seguro. Comparte piso en el campus universitario y los fines de semana viene para visitar a sus padres. Bueno, todo esto no tiene importancia para el caso, pero ayer conseguí el teléfono del piso de Julia, su hermana. La verdad es que no le dije toda la verdad, le conté que estábamos

investigando el asesinato de su hermana, pero no le dije que era periodista. Le trasladé que sería interesante para esclarecer algunos hechos saber por qué Vanessa se fue de Santa Catalina hacía seis años.

—¿Te contó algo interesante? —Ariadna ya estaba escribiendo en su libreta, trazaba círculos y flechas, escribiendo fechas y datos. Yo suspiré, me daba la impresión de que yo era la única que estaba incómoda cada vez que se nombraba algo de aquel psicópata o de alguna de sus víctimas.

—Después de protestar algunas veces por la irrelevancia de aquello, y de yo insistirle una y otra vez, me contó algo que me pareció curioso. Me dijo que ella apenas tenía trece años, estaba en plena rebeldía adolescente, pero que su hermana y ella se querían muchísimo, sobre todo porque Vanessa nunca la trataba como una cría y le contaba todo. En definitiva, unas semanas antes de marcharse, Vanessa le había dicho que había un chico que no paraba de seguirla, que él pensaba que ella no se había dado cuenta, pero que no era tonta, lo había visto en el centro comercial cuando iba con sus amigas a tomar el café, en el parque cuando iba a hacer *footing* cada tarde, hasta lo había visto en la cafetería donde solía desayunar. Su hermana le dijo que era guapo, pero que le daba miedo, no le ofrecía mucha confianza. De pronto un día le dijo que ese chico se le había acercado, venciendo su timidez, para presentarse y que resultó ser un tipo agradable. No recuerda su nombre y nunca le describió su aspecto, si lo hizo alguna vez ya no lo recuerda. A los pocos días de aquello Vanessa dijo en casa que se iba, a su hermana le extrañó esa decisión tan repentina, si ella se lo hubiera estado planteando con antelación seguramente ella lo sabría mucho antes que sus padres, pero esta vez fue diferente, en menos de una semana Vanessa se había ido de casa, negando una y otra vez que hubiese un motivo, simplemente quería cambiar de aires. Había conseguido un estudio cerca de nuestras oficinas de *Redes* y al poco conoció a Gonzalo.

—¿Qué piensas? ¿Crees que Vanessa conoció a su asesino seis años antes de que la matara? —pregunté intentando participar de alguna forma.

—No lo sé, pero, si es así, sin duda alguna Vanessa podría ser el primer contacto de ese lunático, ¿no creéis? Seis años es mucho tiempo.

—Esperemos que no haya ninguna chica más que no conozcamos —recapacité Ariadna.

Sonó mi teléfono móvil y corrí escaleras arriba a buscarlo, la insistente llamada no se cortó y me dio tiempo a descolgar. Era Miguel.

—Siento telefonarte tan temprano.

Miré la hora, eran cerca de las siete y tenía la impresión de llevar medio día despierta.

—Tranquilo, no estaba durmiendo.

—Tenéis que venir a comisaría ahora mismo, estoy tratando de localizar a Jordi también, estoy tocando en su habitación, pero no responde.

—Está aquí con Ariadna y conmigo.

—Bien, venid los tres ahora mismo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Esto se desmadra, Meritxell, ese tipo parece estar siguiéndonos...

—¿Qué quieres decir? —Un escalofrío recorrió mi columna vertebral, la piel de gallina. Miedo. Todo aquello me producía rechazo y miedo. Le acababa de preguntar, pero en realidad no quería saber, quería irme de allí, eso es lo único que tenía claro.

—Hace como una hora han dado un aviso de un cadáver. El inspector Cardona y su equipo se han acercado y me ha telefonado en cuanto ha leído el nombre en la identificación de la víctima. Ella... ella es Yurena Santana.

—Yurena es la segunda víctima, ¿no? —Pude recordar de la reunión del día anterior.

—Exacto.

—Pero ¿no le pusieron protección? —pregunté alucinando. ¿Cómo era posible?

—A ella no, no lograban localizarla. El vecino que la ha encontrado conocía a Yurena del bar donde trabaja, tan solo dos calles atrás. Su horario era hasta las dos y el forense confirma que la muerte se produjo entre la una y media y las tres de la madrugada. Es decir, ese tipo dio con ella, la siguió después del trabajo, tenía prisa, no la violó —me explicó.

—¿No la violó? Eso es nuevo.

—Es un cambio. Como te he dicho, parece que tenía prisa.

—¿Y cómo sabemos que es el mismo agresor?

—La estranguló, tras lo cual le dio un mordisco, tan solo uno a la altura del cuello, y de regalo le dejó seis marcas pequeñas en forma de círculo o algo por el estilo en su pecho, no son muy profundas, pero ese hijo de perra no estaba de acuerdo con que esa pobre chica hubiera borrado su firma.

Me senté en el borde de la cama y se me saltaron las lágrimas.

—Es horrible —mascullé.

—Meritxell, ¿se encuentra bien?

—¡No! ¡Odio todo esto! Señor Suárez, yo no soy policía, no sé qué hago

aquí. Ariadna y Jordi ya estudian el caso para hacer el reportaje y yo... quiero irme a casa —al fin solté lo que llevaba rumiando unos días.

Ya no podía evitar llorar, las lágrimas salían sin control de mis ojos. Me sentía débil, tenía miedo. Yurena era la única de las tres víctimas que habíamos localizado que no tenía protección policial, ¿cómo podía saberlo él? ¿Era una coincidencia que la hubiese atacado? ¿Cómo podía ser tan cínico de volver a dejarle las marcas en el pecho?

—Por favor, Meritxell, entiendo lo que me dice, pero necesito que ahora vengáis los tres. Durante el almuerzo podemos discutirlo.

—Está bien.

Sequé mis lágrimas y bajé las escaleras. Ariadna y Jordi no paraban de hablar y de anotar cosas.

—Han matado a la segunda víctima. Estrangulamiento, un mordisco en su cuello y unas marcas de cuchillo en su pecho en forma de círculo —expliqué sin más.

Ambos se quedaron callados, pálidos, mirando hacia mí.

—¡Joder! —consiguió decir Ariadna tras unos segundos.

—Tenemos que irnos a comisaría —les expliqué la llamada de Miguel.

Subí de nuevo a la habitación y me di la ducha más rápida de mi vida. Abrí la maleta, de la cual aún no había sacado el equipaje, y cogí unos vaqueros y una blusa blanca abotonada a un lado. Me puse los zapatos más cómodos que encontré. Recogí mi pelo y me di una rápida capa de maquillaje, por disimular un poco la cara de susto que llevaba.

Cuando bajé las escaleras Ariadna apenas estaba saliendo de la ducha. Me senté junto a Jordi en el sofá del salón a esperarla.

—¿Estás bien? —Jordi me miraba preocupado.

—No, no lo estoy. No sé qué hago aquí en medio de toda esta mierda. —Enfadada. Lo que estaba era enfadada.

—Ya te dije que tú eres la protagonista —volvió a repetirme con voz suave, estaba un poco harta también de que me dorase la píldora. Ya había conseguido de mí lo que quería, no era necesario que me dijera esas chorradas.

—Yo no soy nadie Jordi, no digas gilipolleces.

Jordi cerró la boca y agarró mi mano. Acarició mi mejilla y me agarró la cara para que lo mirara a los ojos.

—No te enfades. No debes asustarte, no pasará nada. Verás que al final todo acaba rápido.

Su tacto me reconformó y tan solo quería que tuviese razón y todo terminara de una vez.

# Capítulo 33

## Ariadna

No podía creer que ese maldito lunático hubiera dado con Yurena, lo encontraría, lo encontraría, aunque fuera lo último que hiciera.

Estaba terminando de subirme a los tacones más altos que tenía cuando lo decidí, yo era mejor que él, todos nosotros lo éramos, íbamos a encontrarlo al precio que fuera.

Al bajar las escaleras vi a Jordi y a Meritxell demasiado juntos, de la mano en el sofá. Puse los ojos en blanco y me mordí la lengua para no soltar alguna de mis perlas. Me sacaba de quicio, pero no tenía tiempo para todas aquellas tonterías «adolescentes», ya me encargaría de ellos más tarde. Agarré el bolso, el portátil, todos los papeles que había dejado desperdigados en la mesa del comedor y noté que una llave abría la puerta justo cuando ya nos disponíamos a salir.

Gonzalo estaba frente a mí, llevaba una barba de al menos una semana y tenía muy mal aspecto. Las ojeras eran increíbles y tenía una apariencia descuidada, aunque su vestimenta seguía siendo la misma ropa cara de siempre, estaba arrugada y no parecía muy limpia. Llevaba en la mano la misma maleta que el día que nos fuimos a la casa rural y me miró extrañado al ver a Meritxell y a Jordi de pie junto a mí.

—Gonzalo, ¿estás bien? —Tiré todos los bártulos al suelo y me acerqué a él para abrazarlo.

—Hola, princesa, te echaba de menos. —Correspondió a mi abrazo y me besó.

—¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia, pero, en definitiva, bueno..., mi padre ha muerto, tuve que irme a Florida unos días, él vivía ahí desde que se murió mi madre, hace diez años.

—Ariadna..., tenemos que irnos. —Oí a Jordi, pero lo ignoré.

—Cuando te dejé aquí después de nuestro fin de semana y me dirigía a San Antonio me telefoneó Héctor, mi hermano. Me dijo que le habían detectado un cáncer de pulmón a mi padre, que no se encontraba bien. Fui allí unos días y

decidí volver para hablar con un amigo que trabaja como médico en uno de los hospitales más importantes de Santa Catalina, fue cuando vine a verte. Esa misma tarde se vino conmigo a Florida..., pero ya no se podía hacer nada, le detectaron metástasis y ayer por la mañana falleció.

—¡Cielo! ¡Lo siento! —Lo abracé y escuché a Jordi de nuevo llamándome —. Ahora tengo que irme, pero quédate aquí, descansa, luego hablaremos.

—Debería venir con nosotros a comisaría —sugirió Jordi. Meritxell lo miró escandalizada. Yo sabía que tenía razón, lo estaban buscando desde hacía días, pero no quería ver sufrir a Gonzalo. Si se enteraba de que a su exmujer la habían asesinado, iba a hundirse.

—¿Yo? —preguntó Gonzalo al ver que nadie decía nada más.

—Cielo, tiene razón. Ha pasado algo y... bueno, deberías venir con nosotros. —No tuve fuerzas para decírselo.

—Está bien. —Soltó la maleta y me ayudó a recoger todo lo que había desparramado por el suelo.

—Deberíamos llamar a un taxi —propuso Meritxell.

—No es necesario, mi coche está ahí afuera. ¿Te importa conducir tú? Estoy muy cansado —me pidió mientras me tendía las llaves.

En unos diez minutos llegamos a la comisaría. Miguel y el inspector Alvarado estaban discutiendo algo con los agentes del caso, y en cuanto nos vieron llegar se quedaron completamente callados mirando hacia nosotros. Reconocieron a Gonzalo, supongo, y el inspector Alvarado venía agarrando sus esposas.

—Espere, espere, por favor. —Me adelanté hasta el inspector, Gonzalo miraba extrañado, ajeno a todo aquello—. Por favor, aún no le he contado nada de lo que ha pasado.

—No hace falta, yo creo que lo sabe bien. —El inspector parecía enojado.

—No, no..., está usted confundido. Gonzalo acaba de regresar de Florida, su padre murió ayer...

—¡Me importa una mierda! —vociferó.

—Por favor, déjeme hablar con él primero, no he tenido oportunidad de contarle nada, llegó hace quince minutos a casa.

—Le doy dos minutos, puede pasar a la sala del fondo, y procure que él no se mueva de allí.

Fui hasta Gonzalo, las lágrimas se me agolpaban en los ojos. Lo tomé de la mano y sin decirle nada lo dirigí a la sala que me había dicho el inspector Alvarado. Meritxell y Jordi se quedaron donde estaban.

—Cielo, siéntate. Tengo que contarte algo.

—¿Qué ocurre, Ariadna? ¿Qué está pasando aquí?

—El viernes pasado, cuando veníamos a nuestro fin de semana, pasó algo horrible, encontraron a otra víctima del Asesino del Mordisco.

—¿Asesino del Mordisco?

—Sí, ya sabes, los asesinatos que han ocurrido los tres últimos meses en San Antonio, era el reportaje que cubría Meritxell, ¿te acuerdas de ella? — Gonzalo asintió confuso—. Conocías a la víctima. ¿No te han llamado?

—Cielo, no he encendido el teléfono en todo este tiempo, ni me he acordado de él.

Suspiré.

—Ese es el problema, que intentaron localizarnos desde el mismo momento en que apagamos nuestros teléfonos.

—¿Por qué? ¿Qué tenemos que ver nosotros con todo esto?

—Bueno, como te digo, conocías a la víctima. —Suspiré, no sabía cómo contarle aquello—. Cielo, esto no es fácil. —El inspector Alvarado tocaba enojado en la puerta de cristal y le hice una seña para que me diera un minuto más—. No puedo alargarlo, ni hacer que parezca menos feo de lo que es. Encontraron a tu exmujer en su apartamento, violada y asesinada.

—¿Qué? ¿Vanessa? Es imposible.

—Cielo... —Ya las lágrimas caían mejillas abajo, todo aquello era difícil y el inspector me estaba agobiando, ¿por qué se empeñaban en que Gonzalo tenía algo que ver con todo ese lío?—. Eso fue el viernes por la mañana, intentaron localizarnos durante todo el fin de semana. Te buscaban sobre todo a ti, necesitaban hacerte unas preguntas y bueno, era sospechoso que desaparecieras del mapa de repente después de la muerte de Vanessa.

—Pero yo no desaparecí del mapa —me explicó, más bajo de lo que nunca lo hubiera escuchado hablar. Parecía estar entendiendo de una vez lo que estaba pasando.

—Lo sé, lo sé... Estabas conmigo, pero esos agentes necesitan hablar contigo.

—Ariadna, ¿Vanessa está muerta? —me preguntó directamente como si no se lo creyese, como si todo aquello no fuera más que una absurda y macabra broma.

—Sí.

Gonzalo se tapó la cara frustrado, no tenía muy claro si estaba llorando o trataba de asimilar todo lo que estaba pasando. El inspector Alvarado abrió de



golpe.

—Ariadna, necesitamos que salgas de la sala.

Me levanté y obedecí, aturdida y desesperada por no poder hacer nada para aliviar el sufrimiento de Gonzalo. El inspector llamó al agente Alexander, el cual entró junto a él, y cerraron la puerta. En la puerta de al lado estaban entrando en ese momento el inspector Cardona, el agente Rojas y el agente Becerra. Miguel, Meritxell y Jordi estaban hablando algo con David Sainz. Me acerqué a ellos.

—¡Gonzalo no es él! —le grité a David Sainz, ya que era el único que había allí para escucharme.

—Debe mantener la calma, si no es él no tiene de qué preocuparse. Les estaba contando a sus compañeros que ya tenemos los resultados del ADN de Diego, el hijo de la víctima Noelia Casado. El ADN coincide con las muestras que tenemos del semen hallado en Virginia Medina.

Asentí, pero no estaba más tranquila. A los pocos minutos salió uno de los agentes y le tendió una bolsa de papel a David Sainz, volvió a entrar en la sala y David se fue.

—No es él —volví a decir, esta vez dirigiéndome a Miguel, a Meritxell y a Jordi. Miguel me miraba con cara de pena y me sentí más enojada aún.

Fuimos hasta la sala donde nos habíamos reunido hasta ese momento para hablar del caso y nos sentamos allí en silencio. Tras media hora, entraron los agentes y los inspectores.

—¿Dónde está Gonzalo? —pregunté.

—Debe permanecer en comisaría hasta que confirmemos algunas cosas. No tiene ningún tatuaje ni parece haber rastro de nada parecido en la planta de los pies. Aun así, lo va a examinar un experto que está de camino, en su ropa tampoco hay rastro de sangre.

—Ya les he dicho que pierden el tiempo, no es él.

—Tenemos que estar seguros, Ariadna, es nuestro trabajo.

Asentí, lo entendía, aunque me enfadase porque Gonzalo ya lo había pasado bastante mal con la muerte de su padre, luego el asesinato de su exmujer y ser acusado por una serie de delitos que él no había cometido.

El inspector Cardona se puso de pie junto a la pizarra y comenzó a hablar.

—Como sabéis, han encontrado muerta esta madrugada a Yurena Santana.

El agente Rojas se dirigió a un ordenador portátil que había encima de la mesa y enchufó un *pendrive*. El inspector desenrolló una de esas pantallas blancas. Apagaron la luz.

El agente abrió una carpeta y nos enseñó unas fotos de lo que parecía el cadáver de Yurena. Las marcas que le había hecho con un cuchillo eran prácticamente iguales a las que le hizo en noviembre de dos mil nueve cuando la violó.

—Como veis —continuó el inspector—, las marcas son iguales a las que le hizo en su día o muy parecidas. —El agente abrió otra foto que puso justo al lado para poder compararlas—. Esta es la imagen tomada en noviembre de dos mil nueve —dijo señalando la foto de la izquierda—, y esta la que hemos tomado hace tan solo unas horas. —El agente pasó las fotos—. Solo hemos encontrado un único mordisco en su cuello, rociado con lejía, como en las víctimas de San Antonio. El test confirma que la víctima no fue violada ni tuvo sexo de ningún tipo esa noche. No se han encontrado huellas ni pruebas, la estranguló con sus propias manos. Parece que tenía prisa.

—¿Prisa? —preguntó Jordi.

—Sí, hallamos una pequeña punción en la espalda de la víctima. —El agente pasó a una foto donde se distinguía un minúsculo punto rojo—. Todavía no tenemos los resultados, pero estamos seguros de que la drogó de alguna forma para poder llevarla hasta esa calle, no lejos de su trabajo, y luego la estranguló. No hay señales de que ella se defendiera, solo un mordisco y, aunque no se paró para violarla, cosa que nos sorprende... No buscaba satisfacción, solo acabar con ello lo antes posible, aunque se permitió el lujo de perder unos segundos, quizás un minuto en dejar las marcas de su pecho. Este tipo de psicópata actúa bajo un *modus operandi* que es el que satisface sus necesidades, que incluye sexo con la víctima. Anoche no obtuvo esa satisfacción, por lo que parece que se está asustando, que teme que nos estemos acercando. Es importante que no publicuéis nada de todo esto —nos pidió mirando hacia nosotros—, tenéis que dejarnos valorar este nuevo enfoque antes de que llegue a la prensa.

—Tranquilo, inspector. Desde *Redes* no se publicará nada hasta que ustedes terminen la investigación y nos den el visto bueno.

Jordi se levantó y explicó todo lo que nos había contado hacía tan solo un rato a Meritxell y a mí.

—¿Seis años? —repitió el inspector Alvarado frotándose la barba que empezaba a asomar—. Esto es un desmadre.

Les di los pocos datos que había podido conseguir de Elena Morales y me di cuenta de que Meritxell estaba absorta, en un lugar a miles de kilómetros de allí.

# Capítulo 34

## Meritxell

Miguel, Ariadna, Jordi y yo nos sentamos en un restaurante cercano a la comisaría para poder almorzar algo. Ya era el momento de terminar con todo aquello, estaba decidida. No tenía hambre, no podía quitarme la imagen de la última víctima de la cabeza, nada de aquello tenía buena pinta y estaba segura de que estábamos lejos, muy lejos de la verdad.

Me decidí por un sándwich vegetal y un refresco, mientras mis acompañantes se pedían el menú del día. Estuvimos en silencio un buen rato, todos parecíamos afectados con lo que estaba sucediendo. Dejando el miedo a un lado, me dispuse a hablar.

—Me voy a casa esta misma tarde —sentencié.

—¿Qué? —respondieron los tres casi al unísono.

—No hago nada aquí, esto no es para mí. Está afectando a mi vida, a mi sueño, a mi salud. No soy policía, ni detective y nunca he soñado con serlo. Una cosa es escribir lo que pasa y otra es involucrarme hasta tal punto.

—Meritxell, no puedo dejar que abandone ahora... —dijo Miguel.

—Señor Suárez, se lo agradezco, pero está decidido —le interrumpí—, si para ello he de dejar el periódico, lo haré.

Me miraron aún más escandalizados.

—¡Estás loca! —gritó Ariadna—. Meritxell, por Dios, no entiendo nada de lo que haces últimamente. ¿Qué demonios te pasa? ¿Qué ocurre? Esta es tu carrera, la que tú elegiste, no puedes tirar la toalla.

—Ariadna, sabes tan bien como yo que estoy estancada, que todos habéis averiguado cosas porque habéis investigado... Yo me limito a escuchar, a ver cosas terribles y a intentar dormir por las noches sin que el miedo pueda conmigo.

—Pero es tu reportaje —protestó Jordi.

—Es nuestro reportaje, de *Redes*, y ni siquiera eso, esto es una investigación criminal. Si usted me da permiso —me dirigí a Miguel—, puedo comenzar a escribir algo de todo esto, pero desde San Antonio. Necesito irme, distanciarme del caos que cada vez se enreda más. Ariadna y Jordi pueden

quedarse y seguir ayudando, ellos pueden ir pasándome la información que tengan y yo iré dando forma a todo. Como le dije a Jordi, si todo esto sigue enredándose tendremos para un especial, para un libro casi y, además, en exclusiva... Yo os animo a que continuéis aquí, pero yo no puedo.

Durante los siguientes diez minutos se produjo un silencio sepulcral.

—Está bien, vuelva a casa —refunfuñó Miguel—, no quiero volver a oír ni de broma que deja el periódico. Lleva muchos años y es mi mejor apuesta. Hay cosas que hacer en San Antonio. Sería interesante que entrevistara a la hermana de Vanessa Meyer y saber un poco más sobre Bibiana Cárdenes, intentemos encontrar la pieza que nos falta. Este será el caso del siglo, será la periodista más famosa en todo San Antonio cuando esto termine.

—Ya le he dicho yo que ella es la protagonista —interrumpió Jordi, y lo fulminé con la mirada. Ariadna no decía nada.

—Ariadna está haciendo un gran trabajo... —señalé.

—Los tres tendréis el reconocimiento que os merecéis cuando acabemos este reportaje.

—No quiero dejarte sola aquí —le dije a Ariadna—, pero Gonzalo seguro que se quedará contigo unos días. Lo soltarán hoy mismo, todos sabemos que no es él. Iré a preparar las cosas e intentaré coger un avión o un tren esta misma tarde de vuelta a casa.

—Jordi, coge mi coche y encárgate de que llegue a casa —ordenó Miguel. Jordi asintió cogiendo las llaves.

Me levanté del asiento y le di un abrazo a Ariadna.

—Espero que estés tranquila, verás que pronto sueltan a Gonzalo y lo dejan asimilar todo este horror que está viviendo.

—Gracias. —Me abrazó y me susurró al oído—. No creas que he olvidado que tenemos una conversación pendiente. Vuelve a casa con Víctor, descansa y desconecta de todo.

Sonreí y asentí.

Ariadna y Miguel se quedaron en el restaurante y Jordi y yo nos fuimos camino a la casa. Ariadna me dejó las llaves y me pidió que cuando me marchase las escondiera debajo del tercer macetero de geranios que estaba justo a la derecha del jardín de entrada a la casa.

Jordi estuvo muy callado todo el camino, y a mí tampoco me apetecía hablar. Una vez llegamos, tomó un par de cervezas de la nevera y subió conmigo hasta el dormitorio para ayudarme a recoger las cosas. En dos minutos estaba preparada la maleta.

—¿Quieres mirar en Internet si hay vuelos disponibles? —preguntó tendiéndome la cerveza.

—No, la verdad es que prefiero ir directamente al aeropuerto y que me den billetes para el primero que haya plazas.

Jordi asintió.

—¿Me dejas tirado? —preguntó. De pronto parecía triste, decepcionado.

—No te deajo tirado, Jordi, sabes que esto está acabando conmigo, tengo que irme. Seguiremos trabajando juntos en el caso.

Jordi asintió nuevamente.

—¿Las pesadillas?

—No es solamente por no poder dormir bien desde hace semanas, es todo, ese hombre se ha metido en mi vida y no me deja respirar.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó extrañado.

Me senté en la cama y él se sentó junto a mí.

—Cada violación, cada muerte... me quita un poco de vida. Nos está pisando los talones, sabe que hemos venido a investigarlo aquí. Y lo cierto, Jordi, es que tengo miedo, además siento que no soy más que una espectadora, necesito distancia para pensar, para sentirme segura y poder escribir algo, que al fin y al cabo es mi trabajo.

—No debes tener miedo, todo acabará rápido. —Jordi me abrazó y olí su perfume, ese aroma que se había metido incluso en mis pesadillas. Me dio un escalofrío—. ¿Por qué siempre que me acerco a ti se te eriza la piel?

Pensé un poco antes de contestar.

—Te lo contaré si prometes que no te reirás de mí.

Me miró sorprendido, la verdad es que no parecía tener ganas de reírse.

—Por supuesto.

—¿Sabes las pesadillas que te he contado? —Él asintió—. Las tengo desde antes de conocerte. No llevaba bien el cambio al Departamento de Sucesos y mucho menos este caso de asesinatos, así que cuando vi las fotos de aquellas tres chicas que fueron violadas, torturadas y estranguladas... empecé a tener unos horribles sueños. —Jordi tomó mis manos entre las suyas—. Al principio eran diferentes, era como si yo me hubiera puesto en la piel de ese psicópata.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerdo cada pesadilla, cada sensación, como si realmente las hubiera vivido. En la primera, yo conocía a un joven, al poco tiempo me iba con él a un hotel, yo lo quería, recuerdo esa sensación de amor, de ternura que me embargaba al mirarlo, recuerdo sentir hasta el orgasmo que soñé. Pero

después de hacer el amor, lo asfixié con una almohada y mordí su cuello hasta que sangró. La sensación fue extrema y te juro que cuando me desperté me dolían los brazos que aquel chico me apretaba mientras lo asfixiaba. —Jordi asintió sin decir nada—. En mi segunda pesadilla, ocurría algo por el estilo, pero cuando intentaba asfixiar a aquel chico con la almohada, él me apartaba bruscamente, en lugar de golpearme o salir corriendo, me besó y me... bueno, violar no creo que fuera la palabra..., pero ya me entiendes. Luego me dio un mordisco tan, tan fuerte que me desmayé. En la siguiente pesadilla, paso a ser la víctima directamente y en la cuarta, ya me veo atada y soy repetidamente violada...

—Dios, qué paranoia.

—Sí, es cierto. —Reí—. Sé que es una tontería, pero es que esos sueños parecen tan reales que se me quedan grabados como a fuego. Estoy obsesionada con todo esto que está ocurriendo y no puedo quitármelo de la cabeza y me pasa factura, Jordi, me pasa factura y, aunque lo habitual sea olvidar los sueños pasadas unas horas o días, yo recuerdo muchas cosas de ellos, sobre todo las sensaciones.

—Agradezco que lo compartas conmigo, pero ¿qué tiene que ver con tu piel de gallina cuando te abrazo?

Me quedé plenamente colorada y avergonzada antes de seguir hablando.

—Apareciste en mis sueños, Jordi, tú estabas ahí. Últimamente ese chico siempre eres tú, a veces pienso que incluso antes de conocerte también lo eras, pero es absurdo y no puedo recordarlo con exactitud.

Jordi sonrió extrañado, no entendía.

—¿Qué?

—Que creo que en todas mis pesadillas el chico eras tú, con un nombre distinto, en una situación diferente, pero siempre tú...

—Debiste imaginarlo después, eso es imposible —sonrió y lo miré con reproche, me había prometido no reírse—. No me río de ti. —Subió ambas manos enseñándome las palmas para defenderse—. Solo que... es imposible.

—Lo sé, yo también lo pensé..., pero hay algo que se coló desde un primer momento y que es inconfundible.

—¿El qué?

—Tu perfume.

Jordi parecía sorprendido, trastornado quizás. Un poco molesto, de eso estaba segura.

—Yo... no sé qué decir. Es horrible. ¿Por qué yo?

—Y yo qué sé, cosas de la psique humana. —Reí—. No te lo tomes a pecho, en mi mente se formó una imagen sexi y atractiva del asesino que suponíamos que en un primer momento seducía a sus víctimas y tú entraste en mi cerebro. Me obsesioné con el reportaje, pero también lo hice contigo, es evidente, Jordi.

Jordi sonrió por primera vez esa tarde al escuchar el comentario.

—¿Imagen sexi y atractiva?

Reí yo también poniéndome aún más colorada.

—Bueno, tampoco nos vamos a hacer los tontos, ¿no? Si no me resultaras atractivo... no habría dejado que pasara todo lo que ha pasado.

Jordi volvió a sonreír.

—Espero que la próxima vez que sueñes conmigo solo disfrutes a mi lado.

Sonreí.

—Bueno, ya te he contado mis pesadillas. ¿Nos vamos?

—¿Le has contado a alguien más todo esto?

—No. Bueno, Víctor sabe que tengo pesadillas y creo recordar que a Ariadna le conté con detalle la primera que tuve, pero, que tú eres el protagonista, digamos que lo guardo solo para nosotros.

Jordi sonrió de nuevo, aunque parecía un poco triste, supuse que al oír el nombre de Víctor.

—¿Vuelves con tu marido?

—Sí —asentí—, nunca lo he dejado, esto ha sido algo maravilloso, pero... no sé cómo me metí en todo este lío, yo no soy así.

—Lo sé, te seduje, siempre consigo lo que quiero, es un arte que tengo. —Esta vez no sonrió—. Meritxell, yo siento por ti algo especial, pero debemos seguir trabajando juntos y somos buenos amigos.

—En efecto.

—Solo quiero pedirte una última cosa.

—Adelante.

—Déjame probarte una vez más, amarte como nunca más podré volver a hacer... Me gustas, Meritxell, me gustas mucho y sé que estás casada, que tienes tu vida y, aunque tenía cierta esperanza de que me eligieras a mí, lo entiendo. Estamos lejos de tu casa, lejos de todo. Déjame... una última vez.

Lo miré con ternura, deseaba a aquel hombre, lo deseaba con todas mis fuerzas, no quería decir que no y él lo entendió.

Me levantó de la cama y me abrazó, se apartó despacio para mirarme a los ojos y besarme... «Una última vez, no pasa nada por una última vez», me

repetí, mientras las manos de Jordi se movían rápido para desnudarme. Me acarició y besó con una ternura incalculable, se tomó su tiempo en cada rincón de mi cuerpo, como si no quisiera que aquel momento terminase. Yo estaba tranquila. «Una última vez. Un poco más, tan solo un poco más», me repetía cuando la imagen de Víctor venía a mi cabeza.



# Capítulo 35

## Ariadna

Miguel y yo entramos de nuevo a comisaría. La verdad es que echaba de menos conversar con él, desde que había dejado de ser su amante apenas habíamos cruzado un par de palabras, este era el hombre que yo recordaba. Estaba apasionado con todo lo que estaba pasando, con una historia que podía elevar al periódico a lo más alto. Compartí con él cada momento desde que llegué a Santa Catalina, en busca de algo que hubiera dejado atrás, algo que hubiera olvidado.

Me sentía un poco triste, por Gonzalo, por Meritxell que se iba, aunque sabía que era bueno para ella que volviera a casa con Víctor, alejarse de Jordi y de todo aquel caso que había hecho que su rostro envejeciera años en tan solo semanas. Se tomaba todo esto como algo muy personal, no ponía distancia... y le hacía daño.

El inspector Cardona nos vio entrar y se acercó.

—Ariadna, si quieres puedes pasar a ver a Gonzalo. Nuestros especialistas no encuentran rastro de ningún tipo de tatuaje. Si él fuera el asesino, tuvo que ser algo dibujado. Están comparando su ADN con el de Diego y con el caso de Virginia Medina.

Entré en la sala y abracé a Gonzalo.

—Lo siento, mi amor, ojalá hubiera tenido tiempo de hablar esto contigo con mayor tranquilidad.

—No puedo creer que Vanessa esté muerta.

—Lo sé, lo siento.

—Ella era mi exmujer, pero también mi mejor amiga, no puedo entenderlo.

—Están dando prioridad a todo esto para que lleguen los resultados del ADN lo antes posible. En cuanto te descarten podrás venir a casa, ¿te quedarás unos días?

—Sí, claro que sí. No quiero irme a mi casa, no quiero volver al trabajo, quiero estar contigo. No puedo enfrentarme a todo esto yo solo.

—No estarás solo.

—No entiendo por qué soy sospechoso, ya han comprobado que a la hora que mataron a la víctima que encontraron anoche yo estaba en pleno vuelo desde Florida.

—Supongo que quieren asegurarse al cien por cien. No te preocupes, pronto saldrás de aquí.

—Estoy agotado, necesito dormir.

—Te traeré un café.

Salí fuera y pregunté a uno de los agentes si podía ofrecerme un café para Gonzalo. Me trajo dos cafés y entré de nuevo a la sala. Miré de soslayo y vi que Miguel estaba hablando con el inspector Cardona y con la criminóloga, la señora Hinman.

Le tendí el café a Gonzalo, me quitó ambos vasos de las manos y me atrajo hasta sí, para que me sentara encima de él.

—Cielo, estamos en la comisaría.

—Que les den por culo, solo necesito un beso y un abrazo de mi chica.

Lo abracé largo rato y me apartó para poder besar mis labios.

—Te quiero.

—Te quiero —respondí. Me sorprendía la facilidad con la que podía decírselo, lo sentía, lo sentía de verdad.

—¿Crees en mí? —me preguntó algo triste.

—Si no creyera en ti no estaría aquí.

Sonrió y volvió a besarme.

El agente Becerra pasó a la habitación y miró extrañado cuando me vio sentada encima de Gonzalo.

—Disculpe —mascullé levantándome.

—Puede irse, señor Jiménez, le agradecemos su colaboración.

—¿Ya tenéis los resultados del ADN?

El agente asintió.

—Sí, queda descartado. Seguramente nos volveremos a poner en contacto con usted para hacerle algunas preguntas sobre Vanessa Meyer que puedan ayudarnos, pero ahora es evidente que necesita descansar. Ha pasado un día muy duro. Mi más sentido pésame por su exesposa... y por su padre.

—Gracias —dijo Gonzalo levantándose—. Estoy agotado, necesito dormir, hace al menos tres días que no toco una cama. ¿Puedes llevarme? —me preguntó.

—Dame unos minutos.

Miré la hora y eran las cuatro de la tarde, quizás no debería irme tan pronto,

pero había hecho un montón de averiguaciones en pocos días y Gonzalo me necesitaba. Hablé con Miguel, que no puso ninguna objeción a que me tomara el resto del día libre. Jordi aún no había vuelto y los investigadores estaban todos de un lado para otro como locos, pegados al teléfono... Miguel no podía hacer mucho más.

—Déjame el número de Rita Velázquez. Intentaré hablar con ella y comprobar si ha logrado algo de información de Elena Morales.

Le extendí un trozo de papel con el número apuntado y agarré de la mano a Gonzalo, que casi se estaba quedando dormido de pie. Cuando llegué a casa comprobé que Jordi y Meritxell ya se habían ido, ya no estaban sus cosas.

Aunque no tenía sueño, me metí en la cama con Gonzalo y lo abracé hasta que se durmió.

# Capítulo 36

**Meritxell**

Tenía los ojos como pegados, en la boca una sensación pastosa, mi mente estaba borrosa, no recordaba lo que había pasado en las últimas horas. «¿Estoy en casa?» Sentía mi cuerpo engomado, me pesaban los brazos... ¿Estaba acostada? Deduje que estaba en una cama, las sábanas olían a flores, como recién recogidas de la colada... Intenté mover la cabeza, quería darme la vuelta. Me encontraba boca abajo y me costaba respirar, sentí un horrible mareo y ganas de vomitar, así que volví a la postura inicial.

Abrí los ojos, «¿me he quedado dormida de nuevo?». Estaba todo tan oscuro. «¿Dónde demonios estoy?». Quería llamar a Víctor, pero no me salían las palabras, las lágrimas de impotencia empezaron a asomar en mis ojos. «¿Qué está pasando?».

Sentí pasos lejanos, como en otra habitación, tenía que juntar todas mis fuerzas para gritar, necesitaba ayuda... Quizás me había dado un infarto mientras dormía y nadie se había dado cuenta. Intenté recordar, «¿dónde estoy?».

Cerré los ojos con fuerza para intentar captar las imágenes de lo que había vivido en las últimas horas, pero solo me venían a la mente pequeños momentos: «Ariadna estaba muy triste, y Gonzalo aún más con todo lo que había ocurrido... Miguel, Jordi y Ariadna parecían decepcionados cuando les dije que volvía a casa, a casa... ¿estoy en casa? No lo recuerdo».

Un fuerte dolor de cabeza taladraba mi cerebro y no me dejaba recordar. «Jordi me llevaba camino al aeropuerto, pero ¿llegué a subirme al avión? No lo sé». Intenté buscar en mi mente algún número de vuelo, algún sonido característico..., pero aquello estaba vacío, no lo recordaba. «¿Jordi? ¿Dónde está?».

Pude esbozar una leve sonrisa al recordarlo, era un buen chico, guapo, sexi... ¡¡Lo deseaba tanto!! Tierno, dulce, lograba subir la temperatura de mi cuerpo hasta límites insospechados. Me gustaba, pero era consciente de que no era para mí, encontraría a una mujer que le quisiera de verdad, que se mereciera estar con él, con la cual sentiría la misma química que conmigo... Al pensar en ello no podía evitar sentir celos, porque yo era suya, se lo había

dicho... «Soy tuya», mientras me penetraba sin piedad. ¿Le pediría lo mismo a esta otra chica con la que haría su vida? «¡Dilo! ¡Joder, dilo!». No obstante, la realidad era que yo no era suya y él no era mío. Aquello no tenía sentido, tan solo era química, pasión. No sentía nada más allá por él.

Empezaba a notar mi cuerpo y de pronto advertí que me dolía muchísimo el hombro derecho, no alcanzaba a ver nada y no tenía fuerzas para mover las manos y llevarlas hasta allí. «¿Qué ha pasado? ¿Hemos tenido un accidente de tráfico? ¿Estoy en un hospital? ¿Podré llamar a la enfermera?». Intenté sacar fuerzas de todas partes y pude mover un poco mi mano derecha, palpé por las sábanas en busca de algún mecanismo, algún botón para activar la llamada, no lo encontraba... «¡Joder! ¿Dónde ponen esos malditos trastos?».

Echaba de menos a Víctor, «Víctor mi vida, mi amor... —Los ojos me escocían al resbalar mis lágrimas—. ¿Un hijo?». No sabía si quería madurar tanto, pero ya había cumplido treinta y uno, él tenía razón, no debíamos esperar más... Un pequeño en mi vientre creciendo... Un hijo al que amar y darle todo.

Temblaba. «¿Tenía frío?». No estaba segura, me di cuenta de que estaba desnuda, pero no parecía hacer frío. «Este hospital es una mierda... ¿Dónde está Jordi? ¿Está bien? ¿Está vivo? ¿Qué ocurrió?». Cerré los ojos con todas mis fuerzas, buscando una imagen que no aparecía.

# Capítulo 37

## Ariadna

Decidí tomarme el resto de la tarde libre, no pensar en violaciones, asesinatos. ¡Estaba harta de todo! Me tiré frente al televisor y me dediqué a pasar canales, de vez en cuando daba una cabezadita, hasta que cerca de las ocho de la tarde me levanté para preparar la cena. ¿Habría llegado ya Meritxell a casa? La llamaría más tarde.

Oí la ducha y al poco tiempo Gonzalo bajó las escaleras, tenía mucho mejor aspecto, llevaba puesta una camiseta y unos *boxers*, recién afeitado olía mejor que nunca. Me abrazó y nos sentamos a la mesa a tomar la ensalada de pasta que acababa de preparar.

—Te echaba tanto de menos que pensé que iba a volverme loco.

—Anda, exagerado. —Podía ver, tras esa nube de tristeza que tenía en los ojos, algo de eso tan especial que hacía que tuviera ganas de sonreír todo el tiempo.

—Me hiciste mucha falta en Florida.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. —Me levanté de la silla en la que me encontraba frente a él y me coloqué justo a su lado para poder abrazarlo—. ¿Puedo preguntarte algo? —Asintió—. Si Vanessa y tú os llevabais tan bien, ¿por qué ya no estabais juntos?

—Pues, no lo sé... De repente un día nos dimos cuenta de que éramos dos buenos amigos, que ya no nos amábamos, que no había química, ni pasión. Solo un cariño desmedido, simpatía, respeto, apoyo..., pero no amor.

—¿Cómo la conociste?

—Se me hace difícil pensar que ya no está... —Suspiró y agitó la cabeza—. La conocí al poco tiempo de mudarse a San Antonio, yo tenía un dinero reunido y estaba estudiando posibilidades de mercado para asentarme en una buena posición en San Antonio. Mi compañero y yo habitualmente nos reuníamos en un bar, donde con una cerveza en la mano siempre estábamos pensando qué hacer, hablábamos, reíamos, nos divertíamos y soñábamos. Home Seekers fue tomando forma en nuestras cabecitas. Vanessa trabajaba en aquel bar, me parecía una cría de lo más agradable. Siempre sonreía, nos

miraba con curiosidad... Su mirada... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Joder! ¡Maldito hijo de puta! ¿Por qué atacó a Vanessa?

—Lo siento... —No podía decirle otra cosa. Le tendí un vaso de agua que bebió casi por completo antes de seguir hablando.

—Empecé a esperar a que Vanessa terminara su jornada y la acompañaba a su piso. Pronto nos hicimos muy amigos. Le conté todos los planes que teníamos, que nos habíamos decantado por el sector inmobiliario, que me hacía mucha ilusión este proyecto... Roberto y yo nos conocemos desde que teníamos unos cuatro años, somos grandes amigos, es como mi hermano, siempre está cuidando de mí. Ella se interesó por el negocio que teníamos en mente y me contó que llevaba un tiempo reuniendo algo de dinero, bueno, lo que tenía ahorrado no era más que una miseria, pero tenía tantas ganas de trabajar. Hablé con Roberto y llegamos al acuerdo de que podríamos incluirla como socia, lógicamente no era más que una cría, y en principio no tendría poder de decisión. Para cuando tuve el suficiente valor para pensarlo en serio, para plantearme incluir a una tercera persona que acababa de conocer en la mayor ilusión de mi vida... ya me había enamorado locamente de ella. Por supuesto, aceptó, pasábamos la mayor parte del día juntos, se hizo gran amiga de Roberto... Al poco nos estábamos casando. Y, aunque el tiempo nos demostró que no estábamos hechos el uno para el otro, encontré en ella a una aliada, a mi mejor amiga... —Suspiró de nuevo.

—¿Sabes por qué Vanessa se fue a vivir a San Antonio?

—Sí, ella me contó que era feliz aquí en Santa Catalina, que adoraba este lugar. Por eso compramos esta casa, cuando económicamente tuvimos la ocasión. Veníamos mucho a pasar los fines de semana, visitábamos a sus padres y a su hermana, por la que Vanessa sentía auténtica locura. Vanessa me contó que tenía una especie de novio aquí, conocía al chico solo de unas pocas semanas. Ella me dijo que él tenía algo que la enganchaba, que era un gran seductor, simpático, atento, fue el primero con el que hizo el amor..., eso ocurrió a los pocos días de conocerlo. Me dijo que ocurrió algo, que él le daba miedo y que no quería verlo más, pero que era incapaz de decírselo, que él siempre conseguía darle la vuelta a todo, se sentía atraída y caía de nuevo en su cama. Era algo en sus ojos lo que le daba pánico, nunca me dijo qué exactamente. Solo sé que un día cogió sus cosas y se marchó lejos, donde él no pudiera seguir haciendo que ella actuara de esa forma, completamente dependiente de la voluntad de un chico que acababa de conocer.

—¿Sabes su nombre?

—No, si me lo dijo alguna vez, ya no lo recuerdo. Tampoco vi nunca una foto suya, ellos estuvieron muy poco tiempo juntos, no hubo ocasión de hacerse fotos.

—Dame un minuto. —Agarré mi teléfono móvil y marqué el número de Jordi.

—Hola, ¿qué ocurre? ¿Está todo bien? —contestó un somnoliento Jordi, miré el reloj, ya era cerca de media noche.

—Oh, disculpa, Jordi. No me había dado cuenta de que era tan tarde. Espero no haberte despertado.

—Tranquila, acabo de acostarme hace un rato.

—¿Qué tal Meritxell?

—La dejé en el aeropuerto a eso de las seis, no me dejó entrar con ella. Se empeñó en que me fuera, que ella se las apañaría, que no tendría problemas para conseguir un vuelo. Así que me fui, no quise incomodarla... Ya sabes, supuse que no quería despedirse y meter la pata de nuevo.

—Entiendo. Iba a llamarla, pero se me ha hecho muy tarde. Mañana intentaré buscar un hueco para localizarla a ver qué tal se encuentra.

—Creo que ella necesita descansar un poco de todo esto, la agobia mucho este caso.

—Lo sé...

—Bueno, tengo mucho sueño, hablamos mañana.

—Espera, no te llamaba por Meritxell. Necesito que me dejes el número de teléfono de Julia, la hermana de Vanessa, me gustaría hacerle unas preguntas.

Jordi tardó unos segundos en responder.

—Dame un momento. —Un par de minutos después me dio el teléfono y colgó la llamada.

Era un poco tarde, pero quería arriesgarme, no era más que una cría de diecinueve años, seguro que un sábado por la noche no estaba durmiendo. Intenté llamar, pero no contestaba. Lo intenté una vez más y al tercer tono contestó.

—Hola, ¿eres Julia Meyer?

—Sí, soy yo.

—Soy Ariadna Betancor...

—¿Eres otra poli? Me tenéis un poco harta. ¡Podéis dejarme descansar!

—No soy policía, Julia, pero sí intento averiguar qué le pasó a tu hermana.

—¡Que un estúpido psicópata no tenía con quién jugar y la mató!

—No creo que sea tan sencillo. —Gonzalo me hizo señas para que le



pasara el teléfono—. Julia, tengo a alguien aquí que quiere hablar contigo, te lo paso.

Gonzalo cogió el aparato y salió fuera de la casa, estuvo hablando más de una hora, en ocasiones lo escuchaba llorar. Me sentía deprimida, no podía consolarlo, no podía hacer nada para ayudar a que se fuera su dolor. Abrí la despensa y cogí una gran tableta de chocolate con leche rellena de almendras y me di un atracón, hasta que Gonzalo volvió a entrar en la casa y me tendió el teléfono.

—Te escucharé —me dijo.

—¿Julia?

—Intentaré ayudar en todo lo que pueda, pero no sé qué puedo saber yo — dijo, aclarándose la voz.

—Siento que todo esto esté resultando tan duro, eres muy joven, es difícil de afrontar.

—¿Qué quieres saber?

—¿Sabes cómo se llamaba el chico con el que tu hermana salía antes de mudarse a San Antonio?

—Uf, creo que eso es prácticamente imposible, no lo recuerdo. Sé que era un chico un poco mayor que ella, quizás cuatro o cinco años. Rubio, ojos azules. —Tomé el primer papel que encontré y escribí—. Él la seguía por todas partes y un día se presentó. Al poco tiempo mi hermana decidió irse.

¡Mierda! Necesitaba averiguar más, ¿un novio acosador? Un hombre que la acechaba, que la perseguía. Era posible que cumpliera el perfil, que fuera el jodido psicópata que había armado todo ese jaleo.

—¿Podrías ponerme en contacto con algunas amistades de tu hermana de esa época que pudieran haber visto al chico alguna vez? —Tenía que encontrar algún hilo de donde tirar.

—Bueno, eso no será difícil. Como le digo, ese chico la seguía a todas partes.

Julia me facilitó cinco nombres de chicas con sus respectivos números de teléfono móvil.

—Eran sus mejores amigas, no se separaban nunca. Hacían las mismas actividades, estudiaban juntas, corrían juntas... Quizás alguna de ella sepa más que yo.

—Muchas gracias por tu ayuda, Julia. Siento haberte importunado a estas horas.

—No te preocupes... Por favor, cuida de Gonzalo.

—Lo haré —resolví.

Para cuando colgué la llamada, Gonzalo ya no estaba en el salón. Subí hasta mi dormitorio y allí estaba, tumbado, medio dormido.

—Todo esto me agota. —Intuí que había estado llorando después de hablar con Julia.

Me quité la ropa y me puse una camiseta, colándome a su lado, lo abracé toda la noche, mientras dormíamos.

# Capítulo 38

**Meritxell**

**D**esperté, por fin podía moverme perfectamente... ¿Habría sido todo una pesadilla? Me levanté de la cama, estaba desnuda y todo muy oscuro, no lograba ver nada. Fui palpando a mi alrededor, hasta llegar a la pared en busca de un interruptor, tardé un buen rato en dar con uno.

La estancia donde estaba era enorme, pero no la había visto en mi vida. No parecía un hotel. Era una habitación con una decoración demasiado bonita y cuidada. Olía muy bien..., ¿dónde diantres me encontraba?

Busqué por la habitación algo que ponerme y logré dar con mi maleta, la ropa no estaba dentro. Abrí el armario de color blanco que ocupaba tres metros de pared y ahí estaba, perfectamente colocada. Me puse las braguitas y al mirar hacia abajo, vi en mi hombro derecho lo que había estado palpitando hacía rato... ¡Oh, Dios!

Se me cayó de las manos el sujetador que tenía agarrado.

—¡Joder! ¡Pero esto qué mierda es!

Me acerqué a un espejo que había cerca del armario y miré, rezando para que aquello no fuera lo que parecía desde arriba. Pude distinguir claramente un mordisco, la sangre alrededor ya estaba reseca.

¡Otra puta pesadilla! ¡Otra jodida pesadilla!

—¡No! ¡No puede ser!

Cogí el sujetador e intenté ponérmelo, pero el dolor en el hombro era incompatible con las tiras de aquella prenda. Cogí una camiseta y unos vaqueros del ropero, me puse unas bailarinas. Mientras, intentaba pensar qué había ocurrido, cómo había llegado hasta allí. ¡No recordaba nada! Mi última imagen éramos Jordi y yo en la cama de la casa en Santa Catalina.

Busqué mi bolso por todas partes, intentaba localizar mi teléfono móvil, pero allí no estaba. Había un profundo silencio fuera. La habitación no tenía ninguna ventana al exterior, así que no sabía si era de día o de noche. Busqué algo con lo que poder defenderme de un atacante, pero allí no había nada que sirviera para tal fin.

Estaba temblando.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Piensa! ¿Cómo has llegado hasta aquí? Caí en la cuenta de que sentía un escozor terrible en mis partes íntimas... «Oh, Dios, espero que esto sea por mi despedida con Jordi, ¿hace cuánto? —Lo ignoraba...—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?».

Giré el pomo de la puerta para salir de aquella habitación. Contuve la respiración, tenía miedo de que estuviera cerrada con llave, pero no lo estaba. Había una especie de pasillo que estaba tan oscuro como lo había estado la habitación minutos antes, no parecía haber luz en ninguna dependencia cercana. Pude ver un interruptor cerca y lo pulsé, en aquel pasillo tampoco había ninguna ventana al exterior.

Caminé despacio, en la habitación de al lado había un baño, era la única puerta que estaba abierta, las otras dos que había en el mismo pasillo estaban cerradas y yo prefería no tentar a la suerte para saber qué había detrás.

Según pasaba el tiempo mi cuerpo se iba desentumeciendo, como despertando de algún tipo de droga. Me dolía aún más el hombro y la entrepierna, tenía que salir de allí.

Anduve despacio, sin hacer ruido, hasta llegar a un salón enorme. Encendí la luz, había una ventana y vi que fuera estaba completamente negro. Intenté asomarme y me di cuenta de que la ventana tenía una reja y que no se veía absolutamente nada alrededor de la casa, no había ni una sola luz cercana y no podía distinguir dónde estaba. Vi lo que parecía la puerta de salida, tiré de ella, pero estaba cerrada. Pude distinguir cuatro cerraduras de seguridad. El pánico se estaba apoderando de mí... ¿Por qué no despertaba de una vez de aquella jodida pesadilla?

# Capítulo 39

## Ariadna

Dejé que Gonzalo siguiera durmiendo y me di una ducha rápida. Pronto estaba sobre su moto.

Era domingo, muy temprano aún, el reloj apenas acababa de dar las ocho. Paré en la primera cafetería que vi, me pedí un café y un sándwich mientras abría mi portátil. Miré de nuevo el reloj, pensé de nuevo en llamar a Meritxell, pero era muy temprano, dejaría que descansara, sabía que lo necesitaba.

Tomé todas las notas que tenía e intenté darle forma en un archivo de texto, escribí todo lo que había averiguado en la última semana, todo lo que nos habían dicho en la comisaría y toda la información que tenía sobre aquel psicópata. Leí unas tres veces todo y se me iban ocurriendo cosas que añadir que se me habían olvidado anotar. Guardé el texto y lo envié al correo de Meritxell con copia al mío propio de *Redes* y al de Miguel.

El camarero pasó a mi lado.

—¿No le ha gustado el desayuno? ¿Algún problema con él? —preguntó amable.

Miré el plato intacto al lado de mi portátil y el café que tenía pinta de estar completamente congelado.

—Oh, disculpe. —Miré la hora, eran cerca de las nueve y media—. Estaba concentrada y lo olvidé. ¿Podría calentarme un poco el café?

—Le traeré uno nuevo.

El camarero lo cogió y a los pocos minutos apareció con una taza humeante.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

El chico sonrió.

Aparté el portátil y tomé el desayuno. Aquel sándwich estaba muy bueno, a pesar de haberse quedado frío. Cuando terminé, el camarero se acercó a retirar la vajilla sucia.

—¿Quiere algo más?

—Sí, gracias. Una botella de agua muy fría estaría bien. ¿Puedo quedarme aquí un rato más?

—Todo el tiempo que necesite —me respondió cortés antes de retirarse.

—Gracias.

El camarero se alejó y al poco rato me trajo la botella y un vaso. Di un largo trago y me sentí un poco más despejada. Agarré el bolso y saqué de mi agenda el papel donde había apuntado los nombres y teléfonos de las cinco amigas de Vanessa.

Ya era una hora más decente, decidí llamar a la primera de la lista.

Al segundo tono, contestaron el teléfono.

—¿Hablo con Patricia Ruiz?

—Sí —contestó una extrañada voz al otro lado—, ¿quién es?

—Soy Ariadna Betancor, estamos investigando la muerte de Vanessa Meyer.  
¿Ella era amiga suya?

—Sí, éramos muy buenas amigas.

—¿Puede dedicarme un minuto de su tiempo?

—No sé en qué puedo ayudarla yo, pero sin duda, si hay algo que pueda aportarle, estaré encantada de hacerlo.

—¿Sabe cuál fue el motivo de que Vanessa se mudara a San Antonio?

—No lo sé... Estaba muy rara y no quiso hablar del tema. Decía que lo había decidido así sin más.

—¿No tuvo nada que ver con un acosador que la perseguía?

—¿Acosador? Bueno, había un chico que la seguía, pero no sé..., no parecía un acosador. Era solo un chico tímido que no sabía cómo hacer para conocerla.

—Pero al final tuvo la ocasión, ¿no?

—Sí, un día se acercó a ella. Yo estaba allí y se presentó. Le preguntó si podía invitarla a un café.

—¿Cómo se llamaba el chico?

—No estoy segura, ha pasado mucho tiempo. Pero recuerdo haber visto a ese chico por nuestra facultad algún tiempo antes de que conociera a Vanessa, y también estuvo como un año más. Supongo que después se licenció.

—¿Qué facultad?

—Bueno, Vanessa, Judith, Carolina y yo decidimos probar suerte en Periodismo, nos hicimos uña y carne allí, supongo que porque teníamos algo en común, estábamos allí y sentíamos que no pintábamos nada. Unas habían entrado pensando encontrar algo que les decepcionó, yo, porque estaba muy perdida y no sabía qué quería hacer con mi vida y, otras, porque la nota no les había dado para la carrera a la que querían acceder y aquella les pareció una

buena alternativa. Pero la verdad es que no era lo nuestro. Al poco tiempo ya todas nos habíamos aburrido y lo habíamos dejado.

—¿Y cómo sabes que el chico seguía yendo a la facultad incluso un año después de que Vanessa se mudara?

—Porque yo me cambié de carrera, decidí irme a Publicidad, pero mi marido seguía yendo a Periodismo. Conocí a Carlos la primera semana e hicimos buenas migas, con el tiempo se convirtió en mi novio y ahora es mi marido. Cuando iba a buscarlo a la facultad muchas veces veía a aquel chico. No es alguien a quien olvides fácilmente.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno..., ese chico era muy atractivo. Rubio, tenía un cabello bien cuidado, con ojos claros, azules, creo. Tenía la piel suave, no recuerdo haber visto rastro de nada parecido a una barba. Pasaba muchas horas en la facultad, pero seguro que no le faltaba tiempo para ir al gimnasio, sus brazos se veían apretados en esas camisetas que se ponía. No era un chico del montón, eso seguro.

—Debía de estar rodeado de un montón de chicas guapas.

—Eso es lo curioso, más bien parecía un tipo solitario. Hablaba y saludaba a mucha gente y cuando se cruzaba con alguien sonreía... Su sonrisa tampoco era de esas que puedas borrar de tu cabeza. Pero luego casi siempre andaba solo por los pasillos y lo veía irse solo a pie hasta su casa.

—¿Sabes dónde vivía?

—No exactamente. Sé que no era cerca, siempre pasaba la Biblioteca Municipal y el parque George Ranch y seguía caminando, supongo que no sería mucho más lejos, pero no sé decirle exactamente dónde.

—¿Hablaste alguna vez con él?

—Alguna vez, cuando se acercó a Vanessa me saludó, pero a eso no se le puede decir que fuera una conversación.

—¿Hay algo que te llamara especialmente la atención en él?

—Todo. —Rio—. Ya le he dicho que era realmente guapo.

—¿Lo has visto alguna vez más por Santa Catalina después de la facultad?

—No, como le digo, durante el año siguiente lo vi asiduamente por el campus, pero luego se fue. Nunca más lo vi.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Sí, por supuesto.

—¿Podrías intentar hablar con alguna de tus amigas? Julia, la hermana de Vanessa, me ha dado varios nombres: Judith, Carolina, Rosana y Luna...

—Ah, sí —me interrumpió—. Somos todas las del grupo, suelo verlas a menudo, excepto a Luna que se ha mudado a Carolina del Norte.

—Te agradecería que hablaras con ellas e intentaran recordar más sobre aquel chico. Un nombre sería estupendo. Si recuerdas algo más, por insignificante que sea, llámame. Es muy importante para el caso.

—¿Por qué es tan importante alguien que conoció hace seis años?

—No puedo hablarte sobre esta investigación, pero sí puedo decirte que estamos casi seguros de que la persona que la asesinó la conocía.

Colgué el teléfono frustrada, no tenía nada. El camarero pasaba a mi lado.

—Disculpe, ¿puede traerme la cuenta?

—Sí, claro.

A los pocos segundos tenía el tique en mi mesa.

—¿Sabe usted dónde se encuentra el parque George Ranch? —le pregunté al camarero antes de que se llevara el dinero de la cuenta.

—Sí. Está hacia el noroeste, a la otra punta de la ciudad, pasando la biblioteca.

—Gracias.

Le sonreí como si lo hubiera entendido. Quién demonios sabe ir hacia el noroeste. En fin..., no había visto más que algunas calles de aquella ciudad, así que normal que no me enterase de qué me estaba hablando.

Antes de apagar el portátil entré en Google Maps, para memorizar el camino que debía tomar hasta la zona y después telefoneé al inspector Cardona.

—Inspector, ¿sería posible conseguir que la Facultad de Periodismo nos entregue una lista del alumnado que tenía en el último curso en el año dos mil cinco?

—¿Todo el alumnado de último curso? ¿En dos mil cinco?

—Sí, sería de mucha utilidad poder conseguir fotos, no sé aquí, pero en San Antonio nos hacían un carné inteligente con fotografía digitalizada incluida. Quizás aquí hicieran lo mismo y por algún tipo de milagro conserven toda esa información después de seis años.

—¿Qué buscamos exactamente?

—Vanessa Meyer, la última víctima de San Antonio, vivió aquí durante un tiempo. Gonzalo me ha dicho que se fue huyendo de un chico con el que salía que le daba un poco de miedo y no sabía cómo dejar. He hablado con su hermana y su mejor amiga, y ninguna sabe su nombre. Pero su amiga me ha dicho que lo vio en la facultad de Periodismo hasta un año después de que



Vanessa se fuera. Era algo mayor que ellas, así que supone que simplemente se licenció y se marchó de Santa Catalina.

—Veré qué puedo hacer.

Subí a la moto y decidí ir hasta allí. No tenía nada, ni un nombre, ni una dirección, pero tampoco iba a perder nada por saber un poco más. Estuve casi media hora dando vueltas, mi sentido de la orientación no era muy bueno y sentía que estaba perdiendo el tiempo. Pero sabía qué podía hacer.

Di la vuelta con la moto y me dirigí a casa de Rita Velázquez.



—¿El parque George Ranch? —preguntó algo asustada.

—Sí, Rita, necesito dar una vuelta por esa zona.

—No he vuelto ahí desde que... desde que me violaron.

—Pero..., pensé que te había ocurrido en Garden Street.

—No, eso fue a Noelia. A mí me ocurrió en George Ranch. No importa, si puede ayudar en todo esto, vamos allá.

Dejé la moto de Gonzalo en el garaje de Rita y fui con ella en su coche. Después de cuarenta minutos llegamos a una zona menos urbanizada, con más

jardines y mucho verde alrededor.

—Al final de esta calle se encuentra la Biblioteca Municipal y detrás está el parque.

Pasamos el parque y por ahí no había mucho, como máximo unas diez casas aisladas.

—Siempre me gustó esta zona —dijo Rita—, rodeada de árboles, cerca de la ciudad, pero sin todos esos coches circulando alrededor a todas horas. Si de pequeña me hubieras preguntado dónde quería vivir de mayor, te hubiera contestado sin dudar, en la zona de George Ranch. Siempre me parecieron casas de cuento. Ahora ya no podría vivir aquí, me da escalofríos.

—¿Podrías conseguir en el ayuntamiento los nombres de los propietarios de estas casas? Realmente necesitamos saber quién vivía por aquí hace como unos cinco o seis años, así que es importante saber si alguna se ha vendido.

—No lo sé... Lo intentaré mañana a primera hora.

Cogí la moto y fui hasta el hotel donde se hospedaban Miguel y Jordi, acababa de recibir un mensaje para vernos y comer juntos en veinte minutos. Cuando llegué ellos ya estaban en la mesa, tomando una copa de vino mientras me esperaban.

—¿Dónde has estado? —me preguntó Miguel.

—Ayer por la tarde me la tomé libre. Necesitaba un respiro y no quería dejar a Gonzalo solo. Hoy he estado intentando investigar un poco más sobre Vanessa Meyer.

—Dentro de una hora el agente Alexander ha quedado con los padres de Bibiana Cárdenes en la comisaría. Nos han invitado a ver la entrevista, desde la otra sala, por supuesto.

—Perfecto —dije.

—Si no les importa, yo no iré, tengo que salir de la ciudad a hacer unas gestiones. Mañana por la tarde estaré de vuelta.

Miguel asintió y yo lo miré desconfiada, esperaba que no saliera corriendo a San Antonio para encontrarse con Meritxell, tenía que dejarla en paz para que ella pudiera ver la locura de esa aventura que no tenía sentido.

—¿Habéis hablado con Meritxell? —pregunté.

—Anoche lo intenté, pero el móvil estaba apagado. Supongo que ya dormía —dijo Miguel—, dejémosla descansar un par de días. Preparad todo el material que podáis y enviádselo para que ella pueda trabajar. Ariadna, se me olvidaba comentarte. Antes he hablado con el agente Rojas, han localizado la situación de Elena Morales.

—¿Está viva? ¿Está bien?

—No pudieron hablar con ella, está interna en un centro de drogodependencia en una ciudad a la otra punta del estado. Lleva unos dos meses ingresada, y aún está en periodo de desintoxicación, no le permiten contacto con el exterior.

—Pero, ¿no les explicaron lo importante que era para el caso?

—Sí, pero nos han pedido una orden judicial, es su política, no podemos hacer nada hasta que consigan la orden. Al menos sabemos que está viva.

# Capítulo 40

## Meritxell

Anduve por toda la casa, no había absolutamente nadie allí más que yo. Busqué con la esperanza de encontrar unas llaves, aunque dudaba de que mi secuestrador fuera tan estúpido.

Abrí las puertas que estaban en el pasillo, allí solo había un dormitorio muy parecido a aquel en el que me encontraba al despertar, sin ventanas, cuyo armario, cómoda y mesas de noche estaban completamente vacíos, y en la contigua había un de despacho, pero el armario y los cajones del escritorio estaban cerrados con llave y los di por imposibles de abrir tras un buen rato forcejeando con ellos.

Fui en busca de la cocina. En la nevera solo había una botella de agua y los cajones estaban desiertos... No había nada con lo que poder escudarme. Estaba perdida, era el final.

Quería hablar con Víctor, poder despedirme de él. Fui hasta la habitación donde había estado acostada y rebusqué por todas partes mi bolso, pero no lo encontré. Mi agenda estaba en la maleta, así que la saqué, la abrí por la mitad y escribí:

«No sé quién me ha hecho esto, no sé quién va a matarme, no sé dónde estoy. Por favor, haced que yo sea la última víctima de este psicópata.

Víctor, te quiero con toda mi alma».

Para cuando cerré la agenda ya estaba llorando, me senté en el suelo a esperar... ¿Cuánto tardaría en matarme? ¿Iba a dolerme? ¿Pensaba violarme de nuevo? A estas alturas, por el intenso dolor, ya estaba segura de que me había violado anteriormente, quizás cuando estaba inconsciente.

Pasó algo de tiempo, no sé decir cuánto ya que estaba concentrada en recordar todas esas oraciones que me habían enseñado las monjas en la escuela. Recé, era realista, no iba a salir viva, solo recé para que terminara pronto. Sentí abrirse la puerta de la entrada y empecé a temblar. Tenía mucho miedo, pensé en esconderme, pero era estúpido. A los pocos minutos alguien

entraba en la habitación.

—¿Jordi? —Sonreí—. ¿Cómo me has encontrado? —Me levanté rápidamente del suelo con intención de lanzarme a sus brazos, feliz de verlo allí, precisamente a él. Tardé una milésima de segundo, justo el tiempo necesario para darme cuenta. Jordi no decía nada, en sus ojos había una expresión extraña, como un vacío... aquel no era mi amigo, mi amante... Era otra persona.

—¿Ya te has despertado?

Su voz tampoco parecía la misma. No sabía responder, estaba buscando en mi mente una excusa. «Quizás me encontré mal y me trajo a algún sitio, quizás no me había secuestrado, quizás vine con él voluntariamente y ahora no lo recuerdo...»; pero, entonces, como si quisiera hacerme comprender, la herida del mordisco de mi hombro me dio una punzada de dolor.

Me derrumbé al suelo y lloré.

Él me agarró y me puso en pie, me llevó hasta la cama.

—Por favor, déjame ir, quiero irme a casa —le rogué.

Pero él no me contestaba. Intenté forcejear, sin embargo, me sentía débil y nada tenía que hacer contra él. Las lágrimas no dejaban de bañar mis mejillas y no tenía fuerzas siquiera para suplicar.

Me tendió en la cama y me quitó despacio toda la ropa sin decir nada. Intenté contener el llanto para observarlo con atención, buscando alguna diferencia que me dijera que no era él, que era imposible que Jordi me hubiera hecho aquello.

Se acercó a besarme y sentí náuseas, quería vomitar..., no entendía nada. Él sacó de su bolsillo trasero del pantalón una cuerda y me ató las manos, por encima de mí, al cabecero de la cama. Justo al lado había un interruptor que yo no había visto hasta ese momento y apagó la luz. Comencé a temblar de nuevo.

—Por favor, hazlo ya, no quiero esperar más —mascullé.

—Schsst.

Jordi se acercó y besó mi cuello, llegando hasta mí el olor de las pesadillas. Se colocó encima y en un momento me había penetrado con más dolor del que había sentido en toda mi vida. Lo hizo una vez, y luego otra, luego una última vez. ¿Cuánto tiempo había estado encima de mí? Lo ignoraba, no podía parar de llorar, me escocía todo el cuerpo y sabía que aquello no había hecho más que empezar.

Estuvo un rato tendido a mi lado sin decir nada y de pronto se colocó encima de mí de rodillas, con mis piernas entre las suyas, para agarrarlas con

fuerza, supuse. Apoyó sus manos en mis muslos y su boca aterrizó en mi cintura, donde sus dientes se clavaron fuertemente. Intenté contener el grito que asomaba a mi garganta, tenía que conservar todas mis fuerzas por si tenía alguna ocasión de escapar, pero el dolor era tan grande... Jordi era muy fuerte, no podía moverme ni un ápice y finalmente el alarido salió despedido de mi garganta.

# Capítulo 41

## Ariadna

Al otro lado del espejo había un hombre y una mujer de unos sesenta y cinco años cada uno aproximadamente. Ambos tenían el pelo canoso y una triste expresión en el rostro.

—Bibiana vino a vivir una temporada con su tía Zaida a Santa Catalina, su padre y yo estábamos pasando por un mal momento económico, nos había surgido un imprevisto y ambos teníamos dos trabajos para poder pagar una gran deuda que nos vino sin comerlo ni beberlo. Bibiana estaba muy rebelde y yo no podía controlarla, no quería estudiar, estaba todo el día fuera y llegaba por la noche a la hora que le daba la gana. Así que mi hermana Zaida se ofreció para echarnos una mano. Ella es propietaria de un negocio de exportaciones y podía ponerla a echarle una mano en la oficina: sacar fotocopias, contestar llamadas, servir café... El trabajo que nadie quería. La intención era que al año siguiente volviera a casa y que por voluntad propia se pusiera a estudiar de nuevo. Y eso ocurrió, para sorpresa de todos. En julio del siguiente año me llamó por teléfono, me dijo que había madurado, que nos echaba de menos y que no quería seguir viviendo en Santa Catalina.

La madre de Bibiana relataba algo compungida, el padre estaba muy callado.

—¿Sabe si Bibiana tuvo algún tipo de relación con algún chico cuando estuvo aquí? —preguntó el agente Alexander.

—Pues, por desgracia, ella nunca nos contó nada. Cuando volvió parecía otra chica, tenía una expresión algo triste, y aunque le pregunté mil veces qué le pasaba, la respuesta siempre era la misma: nada. Incluso llegué a plantearme que a lo mejor mi hermana se había pasado con la mano dura, pero ella aseguraba que Zaida la había tratado muy bien, que la quería mucho, pero que su sitio estaba en casa con sus padres.

—¿Algún amigo o amiga con el que mantuviera el contacto?

—La verdad es que nunca telefoneó nadie que no fueran sus amigos habituales...

—Pero hace unos meses la vimos hablando con un chico mucho mayor que

ella, de unos veintitantos. Ella nos dijo que era tan solo una persona que había conocido cuando vivía en Santa Catalina —interrumpió el señor Cárdenes, padre de la víctima.

—¿Y dónde pudo conocer a alguien mayor?

—No nos contó nada. —Esta vez continuó hablando la madre y él pareció quedarse mudo de nuevo.

—¿Podrían describirme al chico? —continuó el joven agente.

—Un guaperas, veintitantos. Rubio, ojos claros. Aspecto fuerte.

—¿Cuándo fue eso?

—Como dos o tres días antes de que la encontraran... muerta.

—¿Podría facilitarnos la dirección de su hermana?

La mujer escribió algo en un papel y se lo dio al agente Alexander.

Miguel y yo mirábamos tras el cristal.

—Es el mismo capullo —le dije a Miguel—, en todos lados que he buscado hay una misma descripción. Necesitamos los listados de universitarios y los dueños de las casas que están pasando el parque George Ranch. Si hay alguna coincidencia, estaremos más cerca de él.

—Lo sé, hoy es domingo. La policía está intentando averiguar algo, pero creo que igualmente será más rápido la información que Rita nos pueda conseguir mañana.

—¡No podemos esperar más!

A los pocos minutos el agente Alexander entró a la sala contigua, donde estábamos Miguel y yo.

—Voy a ir a casa de la tía de Bibiana, ¿queréis venir?

Como única contestación nos levantamos deprisa y agarré mi bolso.

Unos quince minutos después estábamos en la puerta de un edificio, el agente Alexander tocó un par de veces en el portero automático.

Zaida nos dejó pasar a su piso y nos ofreció un poco de café que aceptamos gustosos.

—¿Cómo puede definir la estancia de Bibiana en Santa Catalina?

—Al principio estaba un poco rebelde, pero pronto empezó a trabajar en la oficina y yo pensé que estaba perdida, que mi hermana me odiaría de por vida. Para sorpresa de todos, le encantaba el trabajo, era muy amable al teléfono, sonreía todo el tiempo y parecía mayor. Vestía muy guapa cada día y muchas veces era ella la que me sacaba de la cama diciéndome que íbamos a llegar tarde. Pensé que nunca más iba a querer volver a su casa. Parecía muy feliz.

—¿Por qué cambió de opinión?



—A finales de la primavera la encontraba algo triste, no sabía por qué e intenté hablar con ella un par de veces, pero era muy cerrada de mollera. No me contó nada. Un día me dijo que echaba de menos a sus padres, que iba a volver a casa y que iba a ponerse a estudiar. Y así lo hizo, en julio volvió.

—¿Sabe usted si aquí conoció a alguien? ¿Si tuvo un amigo especial, un novio...?

—Tenía algunos amigos, no podía controlarla todo el tiempo. Cuando volvía del trabajo se quitaba toda esa ropa de adulta, se ponía unos vaqueros y un top y salía casi cada tarde. Los fines de semana llegaba muy tarde, pero estaba haciendo un gran trabajo, y me llamaba un montón de veces para que no me preocupase, así que no lo hice. Estaba madurando mucho, ya no protestaba todo el tiempo, ni vagueaba todo el día.

—¿Sabría decirme el nombre de alguno de sus amigos?

—Había un par de chicas de la oficina con las que solía salir el fin de semana, Mónica Aguado y Samanta Vaquero. Eran mayores que ella, quizás en aquella época tenían alrededor de veinte años, pero parecían llevarse bien.

—¿Y algún chico?

—Había uno que vino a buscarla un par de veces al trabajo, no me gustaba porque era mayor que ella, pero no parecía un mal tipo.

—¿Sabe su nombre?

—No, pero seguro que Mónica o Samanta sí lo saben, como les digo, solían quedar los fines de semana para salir juntas. Ambas siguen trabajando para mí en la oficina.

Sonó mi móvil y me disculpé antes de salir de la sala para contestar.

—¿Ariadna?

—Sí, soy yo.

—Soy Patricia Ruiz, la amiga de Vanessa. Me pidió que si encontrábamos algún dato más sobre aquel chico, la llamara.

—Continúa.

—Las chicas apenas sabían lo mismo que yo, siempre estábamos juntas, y dudaba que hubiera algo que ellas recordaran y yo no. Pero comentándolo con Carlos, mi marido, él sabe quién es ese chico. Además, dice que lo ha visto hace unos días cerca de la biblioteca. En cuanto le he dicho que era el chico que seguía a todas partes a Vanessa, me ha dicho: «Ah, sí, Jordi».

—¿Has dicho Jordi?

—Sí, dice que no sabe su apellido. Jordi estaba un curso por delante de él y se conocieron en un par de seminarios. Luego alguna vez que se encontraban

por la calle se saludaban, como le he dicho, ese tipo era algo solitario, muy amable con todo el mundo, pero siempre iba solo.

—¿En qué año se licenció su marido?

—En dos mil seis.

—Es decir, que Jordi tuvo que licenciarse un año antes, en dos mil cinco.

—Eso dice Carlos —me explicó ella.

—¿Su marido no sabrá dónde vivía?

—No, sabe lo mismo que yo, que iba caminando a su casa cada día y que estaba pasando el parque que está tras la biblioteca, pero no sabe más.

—¿Podría localizar a algún amigo de la facultad que lo conociera a ver si conseguimos un apellido?

—Lo intentaremos, si averiguo algo más la llamaré.

—Mil gracias.

Entré deprisa al salón.

—Tenemos un nombre... —Interrumpí la conversación del agente Alexander y Zaida—. Jordi.

—¿Jordi? —repitió Miguel.

—Lo siento, no recuerdan su apellido.

—¿Sabes cuántos Jordi puede haber viviendo en Santa Catalina? Esta es una ciudad grande.

—Pocos que estudiaran y se licenciaran en el año dos mil cinco en la Facultad de Periodismo. —Se me puso la piel de gallina al oír el nombre de nuestro propio compañero—. Y aun si hubiera coincidencias, pocos vivirían en aquella época en una de las diez casas que están pasando el parque George Ranch.

—Lo tenemos —dijo el agente Alexander.

## Capítulo 42

### Meritxell

Jordi no se había ido de mi lado, no decía nada, no sabía si estaba despierto ya que no lo podía ver.

—Tengo frío. —Se levantó de la cama, encendió la luz y buscó en el armario una manta que me pasó por encima. Lo miré a la cara y vi sangre en su barbilla, mi sangre, pensé—. ¿Cuándo vas a matarme?

No respondió y volvió a tenderse a mi lado, esta vez con la luz encendida. Aquel olor..., lo odiaba...

—Me pregunto cómo pudiste soñar con todo esto antes de que ocurriera.

—Solo espero que esto sea otra horrible pesadilla y me despierte en mi cama —mascullé sin más, no podía ser real, era tan inverosímil, tan increíble todo aquello...

Jordi no respondió, estaba tumbado de costado, mirándome a la cara. Pasó la mano por debajo de la manta y la coló entre mis piernas. Aunque creí que mis ojos se habían secado, no era así, se me escaparon de nuevo las lágrimas y giré la cabeza al otro lado para no verlo.

—¿Ya no te gusta?

—No —susurré entre sollozos—. ¿Por qué lo haces?

—Porque te quiero.

—No te entiendo, Jordi.

Tenía miedo, estaba muerta de miedo, pero sabía de lo que era capaz, lo había visto cada día de las últimas semanas, porque estaba segura, era él, no sabía cómo había ido a parar al periódico, pero aquel hombre al que tanto había deseado era el puñetero Asesino del Mordisco que tanto terror me producía.

—¡Joder! ¡No lo sé, Meritxell! —Bufó.

—¿Por qué matarlas?

—Porque era lo que ellas querían. Me lo pedían, como acabas de hacerlo tú —explicó sin más.

—¿Yurena también te lo pidió?

—¡Esa puta! No, eso fue un regalo. —El odio en su voz erizó mi piel e hizo

que la bilis subiera a mi garganta, pero logré controlarlo. No sabía cómo podía reaccionar si me vomitaba allí.

—¿Por qué no la violaste?

—¿No lo sabes? —preguntó con curiosidad, mirándome a los ojos y levantando una ceja como sorprendido de mi ignorancia.

—No.

—Porque te quiero, porque contigo tengo todo lo que necesito. Ahora calla y disfruta. —Seguía toqueteando mi sexo, yo solo sentía un dolor cada vez más agudo.

—Me haces daño.

—Tú me hiciste daño a mí —murmuró.

—Yo no te he hecho nada, Jordi.

—¡Sí! ¡Querías irte con Víctor! ¡Querías dejarme tirado! —soltó dando un fuerte golpe con el puño en el cabecero de la cama.

Cerré la boca y miré hacia otro lado. Jordi volvió a colocarse encima de mí y me violó una vez más. Justo cuando se estaba corriendo me hincó los dientes en el cuello, en el lado izquierdo, haciéndome chillar de dolor de nuevo. Volvió a colocarse a mi lado.

—¿Por qué muerdes? —pregunté entre sollozos una vez se hubo calmado un poco el dolor. No quería enfadarlo más, pero no lo entendía.

—Porque eres mía.

Cerré los ojos rezando para que cogiera la almohada de una vez y me asfixiara. No iba a poner resistencia, quería que terminara ya, pero él parecía entretenido.

—Tengo que irme, dentro de poco va a amanecer y tengo que hacer algunas cosas.

—¿Puedo hacerte una pregunta más?

—Sí.

—¿Por qué volviste a San Antonio a buscar a las chicas que ya habías violado?

—Porque quería enseñarles lo que había aprendido. Porque quería que vieran que eran unas zorras que me habían despreciado, aunque yo las quise.

—¿Conocías a Marisol, a Bibiana, a Susana y a Vanessa? —pregunté alucinando. Aquello no podía ser real, pero ¿una broma? ¿Una broma muy cruel y macabra?

—Sí.

—Pero, y a Rita, a Noelia, a Yurena...

—No, ellas no me habían prestado nunca atención. Yo había pasado muchas veces a su lado, pero nunca me quisieron. Ahora tengo que arreglarlo todo. Volveré más tarde.

Jordi me dejó atada en la cama y se marchó. Lloré y lloré hasta quedarme dormida.

# Capítulo 43

## Ariadna

No había logrado pegar ojo en toda la noche, no hacía más que dar vueltas. Estaba poniendo nervioso a Gonzalo, que intentaba dormir a mi lado.

—Lo siento, cielo. Me voy abajo, no puedo dormir.

Le di un beso y salí de la habitación, a pesar de que me dijo que no era necesario. Necesitaba ocupar la mente con algo, así que abrí el portátil y tecleé todo lo que había averiguado durante la tarde, le envié un correo a Meritxell después de comprobar que ella no había respondido al anterior. Al día siguiente por la mañana tenía que llamarla sin falta.

Intenté buscar algo en Internet, pero no sabía qué. Todo era inútil, estábamos estancados. Di vueltas y vueltas por el salón, tomé un chocolate y luego otro. Más tarde me preparé un sándwich. Subí hasta el baño y llené la bañera, estuve un buen rato dentro intentando relajarme.

Entré en la habitación a buscar algo de ropa. Gonzalo dormía profundamente. Me vestí rápido y bajé las escaleras.

Sonó mi móvil.

—Ariadna, soy Rita. —Creí entender entre sollozos.

—¿Rita? —Llanto—. Rita, ¿estás bien? —Más llanto—. Me estás asustando.

—Noelia está muerta.

—¿Qué?!

—He llamado hace un rato al inspector Cardona, mi marido logró pasar antes por el ayuntamiento y me ha conseguido la información que me pediste. Estaban como locos, tienen que estar a punto de telefonearte. —Consiguió tranquilizarse un poco.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Se colaron en su casa.

—¡Es imposible! ¡Tenía protección policial!

—No sabemos cómo ha pasado, los policías dicen que no vieron entrar a nadie en el edificio. Cuando llegó su novio de trabajar la encontró en el salón, un navajazo a la altura del hígado, solo un mordisco rociado con lejía, sin

violación. Están investigando si pudo colarse por alguna ventana, por el balcón... Incluso están interrogando a los vecinos y sacando muestras de ADN para corroborar que ninguno de ellos es el causante.

—¿Y Diego?

—El pequeño está bien. Está con Sergio.

—Esto es horrible.

—Lo sé, tengo miedo, Ariadna, solo quedo yo. Elena Morales está a salvo, ingresada en esa clínica, así que vendrá a por mí. Va a matarme, no sé cómo, ni cuándo, pero va a matarme.

—No, no lo hará. Hoy conseguiremos toda la información necesaria para atrapar a ese cabrón y lo encerraremos de por vida.

Rita lloraba desconsolada al otro lado.

—Pasaré a recogerte para darte los listados de los titulares propietarios de las diez casas que había tras el parque. Ya te adelanto que ninguno de ellos se llama Jordi —me explicó una vez consiguió calmarse un poco.

En cuanto llegó Rita, le arrebaté la lista de las manos y la leí una y otra vez:

Amador Bello  
Oriana Costa  
Carlos Mesa  
Víctor Montes  
Sabrina Montes  
Pablo Pérez  
Tomás Ocampo  
Susana Vargas  
Serena Velázquez  
Simón Zapatero

Cada nombre tenía debajo la dirección correspondiente. Agarré la lista y a Rita y fui hasta la comisaría. En cuanto vi al inspector Cardona, me acerqué a él.

—Inspector, ¿ha podido hablar con la facultad para lo que le pedí ayer?

—No he podido, Ariadna, todo se ha complicado aún más. Aún no hemos terminado de estudiar el escenario del crimen donde encontramos a Yurena y ahora esto... No hemos parado de buscar rastros en casa de Noelia, ese tío ha saltado nuestra seguridad y se ha cargado a esa pobre chica, pero es imposible que no haya dejado nada atrás, tiene que haber algo y lo voy a encontrar.

—¡Inspector! ¡Necesito que haga lo que le pedí! Tengo una lista de nombres para comparar.

Saqué la lista de las direcciones y nombres.

—Está bien. —Cogió el teléfono y desapareció en su despacho. Cuando salió vino directamente hacia mí—. Dicen que es imposible que nos den nada antes de veinticuatro horas, que harán todo lo posible por ponerse a ello.

—¿No les ha insistido en que es muy importante?

—Sin una orden no puedo hacer nada, tengo que darle algo al juez aparte de un nombre de chico que era amigo de Vanessa, aun así, voy a llamarlo ahora mismo, tengo buena amistad con él y a lo mejor puedo conseguir algo.

—Está bien.

Agarré a Rita del brazo y la arrastré fuera conmigo.

—Por favor, Rita, llévame a la facultad.

Llegamos allí y aquello era una locura, había exámenes finales y los chicos andaban por todos lados. Pedí hablar con el rector y a los pocos minutos salió un hombre de unos sesenta años con cara de bonachón que me hizo pasar a su despacho.

—Por favor, señor, es muy importante. Este asesino no se anda con chiquitas, tenemos que localizarlo. Acaba de matar a una chica de dieciocho años mientras su hijo dormía plácidamente en la cuna y dos policías hacían guardia en la puerta.

—¿Cómo están tan seguros de que tiene que ver con un alumno de este centro?

—No lo sé, porque aparece por todas partes en cada esquina, es una corazonada, quizás. Necesito algo, nombres, fotos, direcciones.

—Sin una orden se me puede caer el pelo, señorita, entiéndame.

Rita estaba desencajada y no decía nada.

—¿Ve a esta chica? Es la última de su lista. Si no hacemos algo pronto, se las ingeniará para encontrarla.

Miré hacia un lado, ese hombre no podía ayudarme. Vi unos libros a la derecha en una estantería y se me encendió la bombilla.

—¿Eso son anuarios?

—Sí.

—¿Desde qué año los tiene?

—Pues creo que desde el ochenta y nueve hasta el curso pasado.

—Eso es algo público, ¿no? Quiero decir que cualquier persona puede verlo sin incurrir en un delito.



Él asintió y se dirigió a la estantería buscando la promoción de dos mil cinco, que enseguida me tendió. Saqué la lista del bolso y se la tendí a Rita.

—Voy a leer todos los nombres de la promoción de dos mil cinco que se licenciaron en Periodismo. Si encuentras coincidencias con alguno de la lista, avísame.

Leí durante un buen rato y apunté dos nombres cuyos apellidos coincidían con alguno de la lista, pero ninguno se llamaba Jordi, volteé la hoja una y otra vez y seguí leyendo, hasta que vi su foto. Ya no me hizo falta leer más, si no fuera porque estaba sentada, me hubiera caído al suelo en ese mismo instante.

—¿Se encuentra bien, señorita? —El rector se levantó y me acercó un vaso de agua.

—No puede ser... —dije tratando de buscar una explicación. Rita se asomó y vio la foto de mi compañero de trabajo, quedándose tan aturdida como yo.

—Rector, necesito que me deje este anuario, se lo devolveré. Él asintió y yo agarré fuertemente a Rita, arrastrándola hasta su coche.

—Vamos a la comisaría, conduce lo más rápido que puedas.

Saqué el móvil y marqué el número de Jordi, que aparecía desconectado. Telefoneé a Meritxell y también tenía el teléfono apagado.

—¡Oh! ¡Dios mío! —Una idea que me puso la piel de gallina pasó por mi cabeza.

Marqué el número de Víctor y recé para que me cogiera el teléfono, sabía que era un auténtico desastre para esos aparatos.

Al segundo tono, descolgó.

—¿Víctor? Soy Ariadna.

—Ariadna, ¡hola! ¿Cómo está Meritxell? Hace días que la llamo y no hay forma de localizarla.

—¿Qué? —Me quedé completamente desencajada, sin saber qué decir. No podía ser, no quería creerlo.

—Que hace días que intento localizar a Meritxell.

—Disculpa, Víctor, me llaman por la otra línea, tengo que cortar, luego te llamo.

Colgué el teléfono antes de que contestara, qué podía decirle, que creía que un psicópata la había... Oh, Dios... Respiré ansiosa mientras mi corazón parecía a punto de salir de mi pecho.

Telefoneé a Miguel.

—¿Dónde estás?

—En la comisaría con los inspectores, ¿has logrado averiguar algo?

—Miguel, no te muevas de ahí, en menos de un minuto llego.

—¿Está todo bien? —me preguntó preocupado por la urgencia en mi voz.

—¡No! —solté un alarido.

Colgué la llamada y Rita ya estaba llegando a la entrada de la comisaría, aún no había parado el coche y yo ya había abierto la puerta del copiloto.

—¡No! ¡Ariadna! ¡No me dejes sola!

—Dios mío, Rita, deja el coche aquí mismo. Pagaré la multa y la grúa.

Subimos corriendo las escaleras y entré en la sala, donde estaban todos reunidos.

—¿Ariadna? ¿Se encuentra bien?

Puse el libro abierto en mitad de la mesa y puse un dedo encima de la foto de Jordi. Miguel fue el primero en verlo. Y ya no pude resistir más, lloré como una loca.

—Meritxell no ha llegado a casa. Ese maldito cabrón tenía que llevarla al aeropuerto, pero Víctor dice que hace días que no logra hablar con ella. —Me miraron todos sobrecogidos—. ¡Dios mío! ¿Cómo vamos a encontrarla?

—Ariadna —dijo Rita—, tenemos la dirección de su casa. —Rita me enseñó el listado que acaban de darle en el ayuntamiento, como si de pronto lo hubiera recordado, y me señaló el nombre de Tomás Ocampo—. Me juego lo que quieras a que Tomás es o era su padre.

# Capítulo 44

## Mertixell

Me despertó el ruido de la puerta. Tenía mucho frío a pesar de que Jordi me había tapado con la manta antes de irse. Me dolían las heridas causadas por los mordiscos, me escocían mis partes íntimas y los ojos y la garganta de tanto llorar.

—Estás horrible —dijo entrando en el dormitorio y acercándose a la cama. No le respondí—. Aguanta, cariño, ya queda poco.

—¿Vas a matarme?

—¡Joder! ¡Deja de preguntarme eso! ¡Y deja de llorar de una vez, vas a volverme loco! ¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza.

Jordi se sentó en el suelo, apoyado en la pared frente a mí y se masajó la sien como si le doliera mucho la cabeza. Estuvo ahí callado mucho tiempo, diría que más de una hora, hasta que empezó a hablar.

—Cuando era pequeño vivía en esta casa con mis padres. Esta era mi habitación. —Lo miré, no parecía su voz—. Mi padre murió cuando yo tenía seis años. Mi madre se volvió otra persona cuando ocurrió, bebía y se drogaba. Apenas dos años después traía a casa a todos los tíos que se encontraba por la calle, estaba todo el puto día follando con cualquiera que se interpusiera en su camino. Alguna vez también vino alguna mujer que se llevó a su dormitorio a hacer quién sabe qué o a varios amigos.

»No creo que tuviera más de diez años cuando uno de esos hijos de puta que ella se traía a casa entró en mi dormitorio en mitad de la noche, borracho como una cuba, drogado quizás. Mi madre dormía o estaba drogada también, no lo sé. Él me obligó a desnudarme, enseñándome un cuchillo que supuse había cogido de nuestra cocina y me dijo que nos íbamos a divertir. Me penetró fuertemente por el culo, desgarrándome y haciéndome sentir un dolor tan fuerte que ni siquiera te puedes llegar a imaginar. Tenía sus manos clavadas en mis hombros, lloraba y gritaba sin parar hasta que pude girarme y morderlo muy, muy fuerte en uno de sus brazos. Sentía su sangre brotar, pero no solté. Empezó a darme puñetazos en el costado, pero aun así apreté más,

mordí más y más fuerte hasta casi quedarme con un trozo de su carne en mi boca.

»En ese momento, mi madre entró en la habitación, el tío me soltó corriendo y sacó su polla de mí... Pensé que ella, por una vez en su vida, iba a ayudarme, pero en lugar de eso me dio una paliza brutal, me gritaba: «¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¡Él me gustaba!» Me dejó encerrado en esta habitación, ni siquiera se dignó a dejarme ir al baño, tenía que mear y cagar en una esquina del cuarto. De vez en cuando me tiraba un bocadillo y una botella de agua. Sentía que seguía trayendo hombres a casa, oía cómo se los follaba, y yo estaba aquí encerrado. No sé cuánto tiempo pasó, semanas o meses quizás, no lo sé... Aquí no hay ventanas, es difícil saber cuándo es de día y cuándo de noche. Un día me dejó salir, yo ya estaba corrupto por el odio. Me duché y me dio un plato de comida caliente, me dijo que nos íbamos de viaje. Cogimos un avión hasta Indiana a casa del hermano de mi padre, Óscar, donde me dejó tirado en la puerta y se largó. Allí viví hasta cumplir los diecisiete, nada supe de mi madre en esos siete años, ella no tenía familia ni nadie a quien yo pudiera dirigirme para saber de ella. Le dije a mi tío Óscar que quería venir a estudiar aquí, a Santa Catalina, y él se informó de todo. La casa de mi padre estaba vacía y, por supuesto, era mía. Podía mudarme, mi madre había desaparecido del planeta, nadie sabía nada de ella. Me trasladé con la ayuda de Óscar, yo había trabajado desde que llegué a Indiana y había ahorrado cada céntimo, tenía un buen dinero, así que le dije a mi tío que se despreocupara, que cuando llegara aquí me pondría a trabajar y me valdría por mí mismo y así lo hice.

»Una vez asentado, mientras estudiaba, los fines de semana me dediqué a trabajar como transportista, sobre todo la conexión era con San Antonio, tenía que traer y llevar documentación y paquetería entre empresas asociadas de ambas ciudades. Era feliz, me había olvidado de todo mi pasado. Hasta que un día vi a mi madre, medio en pelotas, tirada en una de las calles de San Antonio, supongo que era una prostituta o una drogadicta, o ambas cosas. Eran las cuatro de la madrugada, no había nadie cerca y volví a sentir ese odio... Aparqué el coche de la empresa dos calles más allá y fui hacia ella, caminando tranquilamente. No fue difícil matarla, estaba tan drogada que no podía ni moverse. Le corté el cuello con una navaja y me fui por donde había venido. Intenté evitar convertirme en lo que soy, pero fue imposible. Necesito terminar el trabajo, acabar con todas esas putas egoístas que me han ignorado, luego me iré a Indiana con mi tío Óscar, él ya está mayor y le vendrá bien algo

de ayuda.

—¿Qué pasará conmigo?

—Lo siento, cielo, pero ya sabes cuál será el final.

Asentí, ya no lloré más, de nada servía. Aquel chico estaba enfermo, no podía hacer nada para convencerlo de lo contrario.

—¿Puedo pedirte algo? —le pregunté. Él levantó la cabeza del suelo y asintió, sin dejar de masajear su sien derecha—. Hazlo rápido, no quiero sufrir más —le rogué—. Si me quieres, si en algún momento tu cariño hacia mí ha sido sincero, termina con todo de una vez—. Él asintió.

Se acercó y cogió la almohada del otro lado de la cama, comencé a llorar de nuevo. Se puso encima de mí, cerré los ojos lo más fuerte que pude, aun así, las lágrimas no dejaban de salir de ellos. Sentí que Jordi me besaba en los labios.

—Adiós —dijo antes de apoyar la almohada sobre mi cara.

# Capítulo 45

## Ariadna

Miguel corría con el coche tras la policía, Rita había venido con nosotros, yo no podía dejar de temblar, los ojos se me llenaban de lágrimas a cada segundo.

—Maldito hijo de puta, nunca me gustó un pelo ese tío —pude decir sin sentirme estrangulada por el nudo de mi garganta.

Saqué el móvil e intenté llamar de nuevo a Meritxell, pero su teléfono seguía apagado. En poco tiempo llegamos a la casa. La policía apagó las luces y las sirenas un rato antes de llegar, no querían que Jordi se asustara y matara a Meritxell si es que estaban ahí dentro.

La casa estaba en un lugar muy apartado, solo vi una ventana con una verja y en la entrada había una puerta con cerraduras de seguridad.

—¡Mierda! dijo el inspector Cardona, nos costará un rato entrar.

—Por favor, tenéis que hacer algo, estoy segura de que Meritxell está ahí dentro.

Todos los agentes estaban juntos, deliberando qué hacer.

—Tenemos una posibilidad —dijo el agente Becerra—, la única forma de entrar rápido es a través de la puerta principal. La única ventana de la casa tiene verja. Se me ocurre que si él está dentro no tiene por qué haber pasado la llave de las cerraduras. Aun así, un tiro puede cargarse cualquiera de ellas.

—Son cuatro cerraduras, necesitamos cuatro disparos. Tendrá tiempo para matarla si está dentro —rechistó el agente Rojas.

—No si disparan cuatro personas. Cada uno apuntará a una de las cerraduras y volaremos esa puta puerta por los aires. Hay que entrar rápido, no sabemos en qué dependencias se encuentran, es imposible averiguarlo desde aquí fuera —dijo el inspector Cardona.

—Yo apunto a la última de abajo —dijo el agente Rojas aceptando el plan, no tenían otra forma de actuar rápido—. Becerra, apunta a la que está justo encima. Inspector Cardona, usted la siguiente. Alexander, la que está justo encima. —Los cuatro asintieron—. A la de tres.

Cerré los ojos y me abracé a Miguel, Rita estaba prácticamente escondida

detrás de nosotros. No podía dejar de llorar, hacía dos días que Meritxell se había ido. ¿Estaría muerta ya?

—Uno, dos y...

Se oyó un gran estruendo, enseguida todos los agentes y los inspectores entraron en la casa, un minuto después se oyó un disparo en el interior. Yo seguía apretada al pecho de Miguel, no quería mirar, no quería abrir los ojos. Al poco sacaron a Jordi esposado, con una herida de bala en su hombro izquierdo. Solté a Miguel y entré corriendo en la casa en busca de mi amiga.

Entré en una habitación y vi que Meritxell estaba tumbada en una cama, amarrada, desnuda, llena de marcas ensangrentadas por todo el cuerpo, parecía inconsciente. Pocos minutos después entraron dos operarios de ambulancia, para entonces los agentes habían soltado a Meritxell. Tenía pulsaciones, estaba viva. Los chicos de la ambulancia se la llevaron. Miguel entró en la habitación justo en el momento en que yo me derrumbaba en el suelo y me ponía a llorar.

—Se pondrá bien, preciosa, ya lo verás. Es Meritxell, es fuerte como una roca.

Asentí y salí con Miguel de aquella cárcel en la que mi amiga había estado cautiva.

# Capítulo 46

**Meritxell**

¿Estaba muerta? Aún sentía molestias por todas partes, en ese momento me dolía incluso respirar. No podía abrir los ojos, no sentía mi cuerpo. Estaba muerta, seguro. Ya no sentía frío, estaba caliente. Oía ruidos, pero no sabía de dónde venían. Me era imposible luchar contra la fuerza que mantenía mis ojos cerrados y me venció el sueño.

Silencio, a mi alrededor no se oía nada. El dolor seguía allí y mis ojos permanecían cerrados... Tenía mucho sueño, no podía moverme, no podía hablar.

Oía una voz, alguien conocido que me hablaba con cariño..., ¿quién era? No lo sabía, pero me hizo sentir bien. ¿Estaba viva? Sentía que alguien agarraba mi mano. Luché, luché con todas mis fuerzas por abrir los ojos, pero no podía... La última imagen que tenía grabada era la de Jordi, con la cara llena de lágrimas mientras me narraba lo que sin duda había hecho que su psique se trastocara, lo que había hecho que el odio se apoderara de él, lo que lo había convertido en un acosador, en un violador, en un... asesino.

¿Dónde estaba yo? ¿Dónde estaba él? A lo mejor no me había matado del todo, lo había dejado para más tarde. Pero no estaba en esa casa, ya no olía igual... Olía a Víctor, o quizás estaba alucinando. Lejos, como un susurro, oía voces hablar a mi alrededor.

No me quedaría allí, no... Tenía que ver a Víctor, tenía que contarle todo lo que había pasado... Tenía que decirle cuánto lo quería. Víctor...

El sueño volvió a vencerme.

Sentí de nuevo el ruido, podía percibir luz a mi alrededor y una sensación en la mano, como si alguien la agarrara muy fuerte. Me concentré en escuchar, las voces parecían más cercanas... ¿Ariadna? ¿Víctor? Abrí los ojos y allí estaban...

—Víctor —susurré y sonreí.

Él estaba allí, siempre había estado conmigo en todos los momentos de mi vida, buenos y malos, y él seguía allí.

—Hola, cielo.



Empecé a llorar, vi todo lo que había hecho, todas y cada una de las veces que había dejado que Jordi se colara entre mis piernas, que se encaprichara de mí. Cada sonrisa, cada coqueteo que hicieron que me convirtiera en su objetivo... Recordé cómo había dudado de mi matrimonio y ya no podía callármelo, tenía que ser sincera con él, lo merecía. Iba a enfadarse mucho conmigo, yo había provocado todo aquello, no debí permitir que Jordi se acercara.

—Víctor, lo siento, lo siento... He hecho algo horrible.

—Schsst... —Víctor posó un dedo sobre mis labios—. Te quiero, mi amor, nada importa ya.

Sus labios aterrizaron sobre los míos reconfortando el dolor que sentía en el pecho y silenciando hasta el fin de mis días todo aquello que sucedió durante la investigación del Asesino del Mordisco.

# Epílogo

## *Primera parte: Meritxell*

Me restregué los ojos frente a aquella especie de bolígrafo y se me cortó el aliento. Temblé de pánico y sonreí. Guardé el bolígrafo en el bolso antes de salir de casa para acudir a la sesión con el psicólogo que me trataba desde hacía mucho tiempo.

Una chica muy joven, de unos veinte o veintiuno, me paró por la calle justo cuando cruzaba para entrar en la consulta de Nico.

—Disculpe —me agarró del brazo y se me puso la piel de gallina. Aún no había superado del todo la invasión de mi espacio por personas que no conocía. Sin embargo, no me aparté—. ¿Es usted Meritxell Borges?

—La misma —asentí.

Me tendió la mano esta vez y se la estreché.

—Soy Raquel, estudio Periodismo, estoy en el tercer curso y hace una semana conocí su caso. Lo estoy estudiando en profundidad. He leído el especial que redactó para *Redes* junto a su compañera Ariadna Betancor. —Asentí y me relajé, solo era una estudiante—. He leído todos y cada uno de los reportajes que han salido sobre el proceso de investigación y todo lo que usted vivió, el tiempo que pasó en coma, su recuperación, todo. Nos han pedido que escribamos un trabajo sobre un reportaje mediático de los últimos tiempos y... me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Cómo sabías que me ibas a encontrar aquí? —pregunté.

—Bueno, quiero pensar que algún día seré una buena periodista. —Sonrió.

—Raquel... La verdad es que todo aquello es pasado y no me gusta demasiado hablar sobre ello, recordarlo. Fue duro. —Su cara de decepción me dio pena, ya hacía un año de toda aquella pesadilla, había acudido a las sesiones con Nico, había luchado muchísimo por superarlo, ¿y si le daba la oportunidad de escuchar lo que nunca antes le expliqué a nadie?—. Sin embargo, si puedes esperar una hora a que termine mi terapia, puedo tomarme un café contigo para responder a tus preguntas.

—Sería estupendo si pudiéramos reunirnos en algún momento con Ariadna Betancor, las tres juntas. He leído mucho sobre ella también y me gustaría poder hacerle unas preguntas.

—Complicado lo veo, Ariadna lleva cuatro meses trabajando en Santa Catalina, dirige la sucursal de *Redes* que abrimos allí después del boom del reportaje del Asesino del Mordisco. Pero, si lo necesitas, puedo pedirle permiso para facilitarte su teléfono. Luego hablamos —dije mirando la hora—. Se me hace tarde, espérame por aquí.

La joven asintió.

Resultaba extraño, y al mismo tiempo increíble, que aquella chica hubiera dado conmigo allí, precisamente aquel día, un año después de mi infierno, el día de mi última cita para terapia después de tanto tiempo.

Nico y yo hablamos durante largo rato, reímos, charlamos. Nos alargamos más de lo habitual porque había pasado tantos días, tantas horas con él, allí, entre aquellas cuatro paredes, soltando todo, todo aquello que tenía dentro, que me daba pena despedirme.

Aquella etapa de mi vida se cerraba, se había terminado, había superado por fin todo lo sucedido. Había perdonado a Miguel por meterme en aquel embrollo. A Ariadna por no estar a mi lado cuando más la necesitaba, aunque fuese nuestro jefe quien le prohibiera acercarse a mí durante el comienzo de las pesquisas, ella era mi amiga, tendría que habérmelo contado. A Jordi... por todo lo que me hizo. Sin embargo, lo más importante era que me había perdonado a mí misma, fue lo que más me costó, lo que me llevó meses y meses de frustración, de no poder hablar, de vomitar cada cosa que tragaba.

El pánico, las pesadillas, el llanto... solo cesaron cuando fui capaz de entender que yo era humana y que me había equivocado. No era perfecta. Había sido un error grave, lo había pagado caro. Muy caro. Me odiaba. Me tenía asco. Y un día, simplemente, aprendí a perdonarme.

Abracé de nuevo a Nico antes de irme de la consulta, feliz, sonriente. Me había olvidado por completo de Raquel, que me esperaba de pie en la puerta, con paciencia, mirando su teléfono móvil y tecleando algo.

Cuando levantó la cabeza y me vio frente a ella, guardó el aparato en el bolso y me sonrió y yo hice lo mismo. Me sentía preparada.

Raquel no lo sabía en ese momento, pero fue a la primera persona a la que fui capaz de contarle todo lo sucedido desde aquel día que bajé las escaleras al sótano de *Redes* y me encontré con Jordi por primera vez.

La joven me pidió grabar la conversación y acepté, unos minutos más tarde me había olvidado completamente de aquel aparato y simplemente comencé a hablar.

Le conté todo. Todo. Las primeras chispas. Nuestro primer beso. Todos y

cada uno de los errores que cometí durante esas semanas. Lo vivido aquí, en San Antonio, hasta que logré finalizar el reportaje y cómo unos días más tarde tuvimos que trasladarnos a Santa Catalina. Le conté cómo Jordi y yo hicimos el amor en mi habitación de hotel, cómo perdí la razón, cómo me equivoqué de nuevo. Y todo lo demás. El secuestro. Las violaciones. Su confesión. Los mordiscos. El coma. Víctor...

Esa noche volví a casa con la sensación de haberme quitado un peso de encima.

Víctor había pedido comida italiana para cenar y estaba colocando ya todo en la mesa y descorchando el vino. Lo miré y sonreí.

—¡Hola! ¿Qué celebramos? —me acerqué a él y le di un beso en los labios.

—La vida. —Sonreí con su contestación, no lo sabía bien él.

—Para mí mejor agua, cariño —le pedí.

—¿No te ha suspendido la medicación? —me preguntó preocupado, habíamos estado hablando de eso hacía unos meses y Víctor sabía que hoy era mi última sesión de terapia.

Quería ir reduciendo la medicación que tomaba para controlar la ansiedad y, de hecho, después del visto bueno de Nico, había logrado reducirla por completo hacía unos cuarenta y cinco días, aproximadamente. Y, sí, había logrado dejar la medicación y no le había dicho nada a Víctor. Porque el día que tomé el último trozo milimétrico de ansiolítico me tomé la última pastilla anticonceptiva.

Quería vivir, disfrutar de cada momento, ir a por nuestros sueños... sin presiones de ningún tipo.

Sonreí de nuevo.

—Sí, ya no tomo ninguna pastilla desde hace algunas semanas.

De hecho, esa era una forma estupenda de decirle que había dejado las anticonceptivas también.

Víctor soltó la botella y vino a abrazarme, feliz, me levantó por los aires y me giró. Reí a carcajadas.

—Pues te veo estupenda. No te hubiera presionado con eso si me lo hubieras contado. Si hubieras necesitado tomarlas de nuevo o si en algún momento crees que las necesitas, yo te apoyaré. Siempre, Meritxell. Siempre te apoyaré.

Sonreí de nuevo.

—Lo sé. Te quiero, Víctor.

Nos besamos.

—¡Venga! Ahora quiero que vayas al cuarto, que te pongas cómoda y que vengas a cenar conmigo para que me cuentes qué tal te ha ido el día.

Sabía que él quería hablar sobre mi última sesión, pero nunca me preguntaba directamente, prefería que me abriera yo y le contara lo que me apeteciera, al principio lo agradecía porque solía llegar a casa frustrada, enfadada conmigo, con el mundo, con Jordi, hasta con Víctor, pero con el paso de los meses la cosa había cambiado, yo había cambiado y no me molestaba que me hiciera preguntas.

Le hice caso, fui hasta el dormitorio, me cambié rápidamente y aproveché para empaquetar una pequeña y alargada caja de cartón.

La escondí como pude hasta que me senté y la puse en la silla, para que él no pudiera verla. Comimos. Brindamos —yo con agua, llevaba tanto tiempo sin tomar alcohol que no me apetecía hacerlo y él lo entendió—. Reímos un buen rato y cuando Víctor tiró de mi mano para que lo siguiera al salón, la cajita cayó al suelo.

Él la miró extrañado y luego a mí. Yo sonreí, pero no dije nada. Se agachó y la cogió.

—¿Y esto? —me preguntó con curiosidad.

—Ni idea. —Me encogí de hombros e intenté no sonreír demasiado.

Fuimos al salón y me senté en su regazo mientras Víctor desempaquetaba la cajita alargada.

Temblaba nerviosa.

Nunca más volvimos a hablar de tener hijos después de aquella corta conversación antes de trasladarme a Santa Catalina, no me volvió a presionar nunca más con el tema. Se preocupó cada día del último año de ayudarme a mejorar, a recuperarme, a superar todo lo vivido.

Destapó la caja y me miró boquiabierto. Levanté las cejas un par de veces con una sonrisa.

—Celebremos... ¿la vida? —pronuncié, sin saber qué otra cosa decir.

Víctor lloró, yo lloré, moqueamos los dos, nos abrazamos manchándonos de mocos, de lágrimas, de babas... enamorados como tontos —esas mezclas de fluidos dan menos asco cuando estás enamorado, desde luego—. Así era nuestro amor. Feliz. Grande. Fuerte. Más fuerte que nunca.

Nunca le oculté nada. No fui capaz. En cuanto salí del hospital le conté a Víctor todo lo que había sucedido, pero ni un solo día, ni un solo momento se alejó de mí. Estuvo a mi lado, como siempre había hecho, haciéndome feliz cada momento. Sonriéndome. Besándome. Ayudándome a dar pequeños pasos.

Queriéndome. Amándome... Siempre, siempre fue Víctor.



Cinco meses más tarde acudí a Santa Catalina, por primera vez después de aquella pesadilla, pero feliz, feliz como nunca, sin pensar en otra cosa que en ver a Ariadna. Con una barriga tremenda y con el vestido más bonito que encontré en una tienda, acudí a la iglesia, enlazada al brazo de Gonzalo, recorriendo el pasillo mientras sonaba el himno nupcial, viendo en primera fila cómo se casaba mi mejor amiga.

La admiraba.

La admiraba tantísimo.

Había conseguido de la vida muchas cosas que la hacían feliz, estaba preciosa ese día y no podían ser más felices ambos.

Allí me encontré con muchas personas que hacía mucho que no veía. Con Rita que, tras la investigación y el reportaje del Asesino del Mordisco y una vez abrimos nuestra sede de *Redes* en Santa Catalina, pasó a ser la mano derecha de Ariadna y trabajaban codo con codo, colaborando en muchas

ocasiones con el inspector Cardona, el cual, junto a Alexander y el inspector Alvarado se encontraban allí, aquel día, acompañando a mi amiga en un día tan bonito y especial para ella.

Me encontré con muchos compañeros del periódico que se habían trasladado de ciudad con la nueva apertura. Los abracé a todos, brindamos — yo con refresco de manzana, que daba el pego—. Bailé con Miguel y con Víctor, con mi Víctor, que a cada instante acariciaba mi vientre.



Unas semanas más tarde recibí una llamada de Raquel. Sí, de aquella joven estudiante de Periodismo que había escuchado toda mi historia tantos meses atrás y me pidió que nos viéramos en persona. Tenía una propuesta que hacerme.

En un primer momento reí, no sabía qué proposición podía hacerme esa chica que a mí pudiera interesarme y luego me habló de esto. De este libro. De escribir mi historia. De meterse en mi piel. De contar párrafo a párrafo, página a página, capítulo a capítulo, cómo fue aquella experiencia que viví.

Al principio me pareció una locura, pero cuando nos reunimos acudió con un editor y un asesor legal que redactó un contrato que me favorecía muchísimo, con un alto porcentaje sobre los beneficios que obtuvieran con la venta de libros.

Lo consulté con Víctor, con Miguel y con Ariadna y todos parecían de acuerdo en que, si a mí me apetecía hacerlo, ningún mal me podría hacer y lo cierto era que sí, que me apetecía.

Durante los siguientes siete meses, Raquel no se separó de mí ni un solo día. Al principio porque pasábamos muchas horas hablando, me hacía muchas preguntas, infinidad de preguntas. ¡Mira que era preguntona, la muy jodida! Escribía un capítulo, me lo daba para que lo leyera y luego nos pegábamos días corrigiéndolo, reescribiendo, reexplicándole sensaciones, sentimientos, conversaciones, situaciones que de pronto me venían a la memoria.

Con el paso del tiempo nos hicimos amigas y muchos días acudía a mi casa para hablar de lo que fuera, para ayudarme a sujetar a mi bebé para que yo pudiera darme una ducha o simplemente para hacerme compañía, si no estaba de humor para escribir ese día.

Raquel significó mucho para mí, para mi recuperación. No solo fue esa primera persona a la que me abrí, sin pretenderlo, sino que fue más, mucho más. Dio vida, a través de *Redes*, a nuestro primer hijo literario después del cual vendrían muchos más, pero basados en ficción.

Raquel entró a trabajar en *Redes* para suplir mi baja por maternidad, que posteriormente se convirtió en una excedencia de unos meses más, necesitaba dedicarle tiempo a mi familia, el periódico en aquel momento había pasado a un segundo plano. Volvería, por supuesto, con energías renovadas y llena de entusiasmo, pero eso sería un poco más adelante.

Fue la madrina de nuestra pequeña princesa, Claudia, y nos hicimos uña y carne con el paso de los años.

De Jordi... no volví a saber nada más. No quería saber nada más. Había quedado en el pasado, aunque a veces soñaba con él, con sus ojos, con su cabello, con su sonrisa. Se me había quedado grabado para siempre. Jamás olvidaría todo lo que ocurrió desde ese día en el cual me pareció una fantástica idea bajar las escaleras del sótano de la oficina en busca de un poco de tranquilidad para escribir mi reportaje sobre el Asesino del Mordisco, sin saber, sin pensar, sin llegar a imaginar que lo tenía a tan solo unos metros de mí.



## *Segunda parte: Raquel*

Durante el proyecto de Redes, Meritxell y yo nos entrevistamos en multitud de ocasiones, como ella mismo ha contado en las páginas de este libro, nos veíamos cada día, hasta tal punto de que nos hicimos amigas.

Hablé con mucha gente durante todo el proceso de documentación, con el personal de Redes; incluido Miguel Suárez y Ariadna Betancor, la cual no solo me atendió de forma telefónica, si no que tuve la suerte de pasar unos días con ella en la oficina que se abrió en Santa Catalina después del sonado reportaje del Asesino del Mordisco, junto a Rita, otra víctima de Jordi —porque sí, las cosas mejor llamarlas por su nombre, ¿verdad?—, ambas me explicaron su experiencia, y lloré muchísimo con Rita. Ese pánico que sufrió los últimos días de la investigación antes de atraparlo fue terrible, viendo cómo morían una a una sus víctimas sin que la policía pudiera hacer mucho más de lo que hacían. Ambas fueron claves y me apoyaron en la redacción de esta novela y es por ello que Ariadna tiene un peso importante en la misma, pues sin ella, probablemente, Meritxell no lo hubiera contado.

Hablé con Víctor en innumerables ocasiones, pero él me pidió expresamente que no quería tomar protagonismo en esta historia, no quería que yo contase a través de las páginas de la novela qué sintió cuando todo ocurrió, aunque debe ser evidente para todos; frustración, odio, decepción, tristeza, ganas de luchar, amor, mucho amor, paciencia... fue un proceso. Meritxell y yo acordamos que solo contaríamos en el libro lo esencial sobre él para que se entendieran los sucesos.

En definitiva, hablé con muchas personas y lo fui compartiendo día a día con mi amiga, con Meritxell, con la víctima que sobrevivió casi milagrosamente. Lo que nunca fui capaz de contarle es que también vi a Jordi. Me armé de valor y concerté una cita que él aceptó.

Cuando me dirigía a la prisión estatal de Santa Catalina, donde se encontraba preso desde hacía meses condenado a tres cadenas perpetuas sin opción de libertad condicional, temblaba. Temblaba tanto que no sé cómo narices fui capaz de conducir hasta allí, ni siquiera recuerdo cómo llegué, cómo aparqué. No recuerdo mucho, solo estar de los nervios, quedarme sin

ñas ese día.

Cuando estuve frente a frente con Jordi, custodiado por dos agentes el doble de fuertes y mucho más altos que él, me dio más miedo aún y me planteé qué narices hacía allí y para qué demonios necesitaba saber nada que él pudiera decirme, no era más que un puñetero lunático depravado que había violado y asesinado a muchas mujeres sin ningún sentido. Lo vi, con sus ojos azules, con su cabello rubio que le llegaba mucho más abajo de los hombros, su cuerpo fibroso y su sonrisa, porque sí, porque sonreía de forma natural y pude entender a Meritxell, era jodidamente atractivo, un puto adonis que transmitía calma, seguridad, tranquilidad. Eso me dio más miedo aún, porque cuando uno piensa en un asesino en serie la imagen que viene a su cabeza no se parece en nada a la que yo vi.

No me queda mucho más que contar de toda la historia de Meritxell y Ariadna, de Redes y de la búsqueda del Asesino del Mordisco, lo que sí puedo hacer es transmitirlos, por medio de estas páginas, una parte de la conversación que mantuve con él, que a continuación transcribo de forma literal desde la grabación que pude hacer ese día con su consentimiento.

**RAQUEL:**

Buenos días. Me llamo Raquel, soy periodista y escribo sobre su caso y todo lo ocurrido desde que... conoció a Meritxell.

**JORDI:**

Hola, Raquel. Por supuesto..., si puedo ayudarte en algo, aquí estoy para responder a tus preguntas.

**RAQUEL:**

Cuando empecé a estudiar tu caso, me resultó curioso lo de Vanessa Meyer, nunca denunció una violación. Simplemente, en un momento dado se marchó de la ciudad. ¿Qué ocurrió con ella?

**JORDI:**

Ella... ella era especial. Fue la primera mujer de la que me enamoré de verdad. Estaba loco por Vanessa, por sus ojos oscuros, sus hoyuelos al

sonreír, ese lunar que descansaba cerca de su boca, su nariz tan pequeña, su tez morena... Sería capaz incluso de dibujarla, la tengo grabada en mi retina. Vanessa... la quise, la quise mucho.

## **RAQUEL:**

Continúa, por favor.

## **JORDI:**

No tuve que forzarla ni tampoco pensaba en eso en aquel momento, la verdad, simplemente me atraía y no sabía cómo acercarme, solo quería ser feliz con ella, tener una relación normal, como todo el mundo. Cuando logré por fin hablar con ella, fue como magia, una química espectacular. Me miraba embobada, como hipnotizada y adoraba el brillo de sus ojos. Fue un flechazo y no tardó en entregarse a mí. Era virgen..., pero ella me quería tanto como yo a ella y quiso dar el siguiente paso.

Fue especial, fue precioso... y luego. Luego empezó a crecer en mí ese temor a que me hiciera daño, a que se fuera con otro, a que me dejara, a que me engañara. Empecé a sufrir unos ataques de pánico considerables cada vez que la veía hablar o reír con otros hombres, obviamente no le dije nada. ¿Qué iba a decirle? Lo siento, cariño, pero cada vez que te veo hablar con otro creo que me muero. Absurdo. Ese odio que me había corrompido tantos años antes empezó a crecer y, ¡joder!, no podía controlarlo.

Una noche que nos fuimos de copas con sus amigos la vi bailar con Alex, su mejor amigo. Tuve que controlarme mucho, mucho para no armar un espectáculo. Cuando llegamos a mi casa follamos muy bestia y me gustó, me gustó ser rudo, salvaje y escuchar cómo gemía descontrolada. Estaba borracha, muy borracha, pero yo apenas había bebido. No puedo echarle la culpa al alcohol. Fue como un puto instinto, Raquel, como una necesidad que no podía controlar, como cuando tienes mucha sed y necesitas beber agua, o como comer o dormir, que no puedes evitarlo. Para mí fue igual. Me vi con aquel cuchillo en mis manos, haciendo aquella forma de mordisco en su pecho, ella no se enteró, no te sé decir si estaba en coma etílico, pero dormida del trancazo, seguro.

Dejé caer el cuchillo al suelo cuando terminé, las heridas sangraban en su pecho desnudo y lloré, lloré mucho, muchísimo, porque necesitaba

agarrar la jodida almohada y asfixiarla, lo necesitaba. Me faltaba el aire, entré en pánico.

Entonces, la desperté. La llevé hasta la ducha, le curé las heridas del pecho. Ella apenas lograba entender qué ocurría. La vestí y le di un café. Me senté frente a ella y le dije que la quería, que la quería con todo mi ser, que estaba enamorado hasta las trancas y que necesitaba que se marchara lejos de mí. Le conté lo ocurrido en mi infancia —supongo que no necesitas que te lo cuente, porque estoy seguro de que Meritxell ya lo ha hecho—. Y logré convencerla para que se marchase lejos, muy lejos. Lloramos juntos horas, no te puedes imaginar cómo me sentí al saber que no podía controlarlo, que era superior a mí. La quería, quería mucho a Vanessa.

**RAQUEL:**

Pero... la mataste.

**JORDI:**

Sí.

**RAQUEL:**

¿Qué pasó después? ¿Nunca pensaste en acudir a un psiquiatra o a la policía, a alguien que pudiera ayudarte?

**JORDI:**

Tenía miedo. Porque yo... maté a mi madre y no me arrepentía, joder, esa maldita puta se lo merecía. Luego pasó que fui más listo y supe que no podía ir por ahí contándole a la gente que necesitaba matar como respirar... Simplemente, Raquel, eso fue lo que pasó. Dejé que mis instintos dirigieran mi vida, porque ir en contra de ellos me estaba consumiendo lentamente.

**AGENTE:**

Señorita, le quedan cinco minutos.

**RAQUEL:**

Vale. Gracias. Tenía pensando hacerte muchas preguntas más, pero no me da tiempo y, para serte sincera, Jordi; dudo que pueda volver aquí.

**JORDI:**

¿Qué quieres saber? Intentaré ser sincero, ya no tengo nada que perder.

**RAQUEL:**

¿Por qué Meritxell?

**JORDI:**

Bueno, supongo que me preguntas eso porque a ella la conoces y, sin embargo, nunca conociste a Bibiana, a Yurena, a Noelia, a Rita y un largo etcétera, ¿verdad? O quizás porque fue la que me hizo fallar y que me atrapasen.

Meritxell... la quise, Raquel, quise a Meritxell tantísimo que no te lo puedes llegar a imaginar. Me enamoré de ella como no lo había hecho nunca de antes. Lo que sentí en su día por Vanessa parecía hasta infantil en comparación. E hice algo que nunca, jamás, había hecho... recé. Qué absurdo, ¿verdad? ¿Cómo Dios podría escucharme a mí después de todo el mal que había hecho? Pero lo hice, recé para que se me durmiera de una vez ese puto instinto, que pudiera dejar de hacerlo.

Cuando fui hasta casa de Vanessa y llamé al timbre... ¡Joder! ¡Se alegró tanto de verme! Yo no podía evitarlo, lo intenté, pero no podía. Me abrió la puerta y hablamos largo rato, me puso al día de su vida y luego... yo le puse al día de la mía y lo demás ya lo sabes.

Así que recé a ese maldito Dios que se supone que está en alguna parte para que dejara de hacer todo aquello, para que pudiera parar de una jodida vez y cuando me enamoré de Meritxell pensé que lo lograría. Luego se reabrieron los casos de Santa Catalina y ya nada ni nadie pudo parar lo que ocurrió.

Yo no quería matar a Meritxell, estaba jodidamente enamorado de ella. Solo deseaba que me dijera que se había acabado todo entre Víctor y ella, pero eso no sucedió y el odio se hizo incontrolable, me convertí en

el puto monstruo de diez años violado por uno de los hijos de puta con los que follaba mi madre, el monstruo que pasó meses encerrado en una habitación sin ver la luz del día y sin que absolutamente nadie se preocupase por mí. El monstruo que solo quería un poco de amor de su madre y que fue abandonado a su suerte con un hombre que no conocía de nada. Un monstruo corrompido por el dolor y el odio. Cuando me dijo que se volvía a San Antonio, que lo necesitaba, supe que ya no había solución.

Pero... sobrevivió.

**RAQUEL:**

¿Y qué piensas de todo esto ahora que ha pasado un año?

**JORDI:**

¿Sabes lo que pienso, Raquel? ¿Te haces una maldita idea de lo que pienso cada día cuando me levanto y cada noche cuando me acuesto?

**RAQUEL:**

No, no me hago una idea.

**JORDI:**

Pienso en cómo escapar de este puto lugar, de este jodido infierno, cómo demonios puedo hacer para llegar hasta ella. Porque un día lo haré, lo lograré. Escaparé de aquí, Raquel, y entonces... la mataré, otra vez, y luego me iré con ella, como debió pasar hace un año.

**AGENTE:**

Ya está bien por hoy, señor gallito. Vamos, nos vamos a la celda.

**RAQUEL:**

Gra... ci... as.

Y, sí, puedo decir que tartamudeé, que Jordi se fue y yo todavía temblaba,

que fui hasta mi coche y temblaba y que llegué a mi casa y temblaba. Estuve dos días vomitando todo lo que comía, muerta de miedo. Porque yo creí a ese tío, lo creí de verdad. Movería cielo y tierra para escapar de allí, matar a mi amiga y quitarse la vida después, eso creí entonces, que lo lograría. Quería matarla, aunque fuese lo último que hiciera.

Cuando Meritxell me llamó para preguntarme cómo era posible que no hubiera pasado por su casa en días, me inventé una gripe con mucha fiebre, hipercontagiosa. Necesitaba recuperarme, pensar y al mismo tiempo olvidar aquella visita a Jordi.

Me pasé por el despacho de Nico, Meritxell me había hablado cientos de veces de él... y, bueno, supongo que no podía vivir con miedo y tampoco quería que Meritxell lo hiciera.

Si alguna vez ella coge uno de estos ejemplares de Redes y lo relee. Si de casualidad llega al final de sus páginas y lee estas letras que yo he añadido sin su permiso y sin su consentimiento, espero que me pueda perdonar por habérselo ocultado.

Tampoco le conté que unos días más tarde me llamaron para decirme que Jordi se había suicidado en su celda. Al final, pudo con el monstruo, lo mató a él, para dejar vivir en paz a Meritxell. Si no hubiera sucedido así, no estoy segura de que esta historia hubiera acabado aquí...

# Agradecimientos

Esta novela la escribí hace muchos años, antes de que mi vida cambiara completamente, antes de ser madre, antes de que me despidieran tras un ERE, antes de que despidieran a mi marido tras un ERE, antes de aprender que todo en esta vida se pasa incluidas las crisis, antes de aprender que siempre hay que leer la letra pequeña de los contratos... Pero, ¿sabes qué? No me arrepiento de nada de lo vivido, cada época de mi vida me aportó algo que necesitaba y hoy estoy aquí, ocho años después, con una versión muchísimo más trabajada, esculpida, detallada de lo que un día quise que fuera Redes. Lo recuperé, es mío y me costó perdonarme por no haber leído esa letra pequeña que lo condenó al olvido durante años, me costó ilusionarme de nuevo con sus personajes..., pero lo hice.

En estos años he aprendido que después de un trabajo viene otro y no se acaba el mundo. He aprendido lo que es que una sonrisa —o dos— y un te quiero —o dos— te llenen completamente de felicidad y orgullo tras ser madre. He aprendido que la vida puso en mi camino un compañero y que ambos hemos formado una preciosa familia juntos que es el centro de mi universo. He aprendido que en esta vida nada es regalado y que hay que luchar con uñas y dientes por lo que quieres. Al igual que he aprendido que la vida pone en tu camino a gente que necesitas, como a mi Yanira, mi Lorena, mi Patri, mi Sole, lo que yo os quiero no lo llegáis a imaginar. Aprendí que nada más importa cuando alguien te necesita, como tú, mamá; un monstruo vino a por ti, pero no pudo contigo, luchaste, luchamos juntas, luchamos junto a papá... y lo vencimos y aquí estaré al pie del cañón vigilando que no vuelva nunca más y para ahuyentarlo de la forma que haga falta, juntas, siempre... Te quiero.

Hay mil personas más a las que tengo que agradecer, entre ellas amigas y compañeras: como Bárbara o Jossy. A muchas lectoras que me demuestran cada día que esto vale la pena. A todas, lectoras, escritoras, blogueras, administradoras de grupos de Facebook, a todos los que me apoyan en esta locura literaria.

Como siempre, gracias a ti, lector, porque sin ti nada de esto sería posible.





# Biografía



Me llamo Raquel Antúnez, nací en 1981 y vivo en Gran Canaria junto a mi marido y mis dos niños. Soy madre y trabajadora dentro y fuera de casa y por encima de todo soy escritora, básicamente porque lo necesito como respirar. Hay quién requiere horas de gimnasio, una tarde de telebasura o una cerveza en una terraza para despejar la mente, yo necesito teclear.

Escribir ha formado parte de mí toda la vida, cuando intento recordar qué fue lo primero que escribí, soy incapaz, porque siempre, siempre, tengo recuerdos ligados a los libros, los bolis, las libretas, las cartas, los folios

garabateados, los archivos de ordenador en los que me explayaba tecleando... Siempre. Es la mejor palabra que se me ocurre para definir mi relación con la escritura y literatura en general.

Ha habido muchas historias, algunas de ellas las guardo con cariño (iba a decir en un viejo cajón, porque suena muy romántico, pero la verdad es que las guardo en el ordenador y en cientos de copias de seguridad por ahí).

Un día me atreví a teclear una comedia romántica muy cortita que autopubliqué y que fue el principio en esto de Amazon: *Las tarántulas venenosas no siempre devoran a los dioses griegos*. 2011 fue el año de mi despegue, sin saber a qué me enfrentaba y sin tener idea de nada. Esta novela se ha publicado también en portugués unos años más tarde.

Siempre me ha gustado experimentar con las letras, con los géneros, con los subgéneros y un día me vi tecleando una historia en la que el misterio y el erotismo se entremezclaba en sus páginas, dando como fruto *Redes de Pasión*, publicada con el sello Tombooktu de Ediciones Nowtilus, con esta novela fui nominada a mejor autora revelación y mejor novela chick lit en 2012 por la web Premios Chick Lit España. Reeditada en 2019 bajo autopublicación con el título: *Redes*.

En 2014 volví a la comedia romántica, esta vez de la editorial Alentia Ediciones, con la novela *¡A otra con ese cuento!*, que repitió nominación a mejor novela chick lit en ese año. A la finalización del contrato de edición autopubliqué la novela en Amazon. Esta novela está publicada también en italiano.

En 2016: *Besos sabor a café*, una novela romántico-erótica que se ha mantenido a lo largo del tiempo en el top ventas dentro de su género en Amazon. La novela fue publicada también en inglés e italiano en todas las plataformas digitales.

Más tarde me lancé de lleno al thriller romántico con *Te encontraré*, novela que quedó finalista del I Premio de Novela Romántica de la editorial Romantic Ediciones y fue publicada por la misma editorial en abril de 2017. En 2019 es reeditada bajo autopublicación.

En diciembre de 2017: *Tropezando en el amor*, una novela romántica contemporánea con pinceladas eróticas, publicada por Ediciones Besos de papel.

En junio de 2018: *Amor, sexo y otras movidas*. Un libro de relatos románticos que autopubliqué en Amazon.

En septiembre de 2018: *Tus increíbles besos de albaricoque*, una

novela autoconclusiva que se desarrolla con personajes secundarios de Besos sabor a café, donde comedia, erotismo y romance van de la mano.

En febrero de 2019: *No me soples el diente de león*, una novela romántica contemporánea que supuso el mayor reto hasta el momento para mí.

Búscame en las redes sociales:



RaquelAntunezC



Rqantunez



Raquel Antúñez